

UNA NOVELA DE JORGE MOREL



EL PILOTO

UN ATERRIZAJE
UNA SOLA CHANCE
NO HAY PISTA

IRA. EDICION

MARZO 2026

EL PILOTO

Un aterrizaje forzoso.
Sin pista.
Sin segunda oportunidad.

Una novela de Jorge Morel

Colaboradores

Mi más sincero agradecimiento a mis amigos – la piloto Lisa Devries, el Dr. Héctor Scaglia y el juez jubilado Juan Converset – cuya experiencia profesional enriqueció enormemente el realismo de este trabajo. Y también a mi esposa Nancy, cuyo ánimo motiva mi deseo de seguir escribiendo.

Este libro es una obra de ficción. Los eventos, lugares y personas mencionados en este libro son el resultado de la imaginación del autor. Cualquier similitud con personas, hechos u objetos reales es una simple casualidad. Los detalles técnicos aquí expresados son los más cercanos a mi conocimiento, pero no deben considerarse completamente precisos.

Diseño de portada: J. Morel/AI

Derechos de autor reservados. Cualquier reproducción parcial o total de este texto, sin el permiso del autor, está estrictamente prohibida.

Traducción directa del Inglés original

CAPÍTULO 1

DECISIÓN

A seis millas sobre la tierra, el gigante avión parecía casi inmóvil contra el cielo azul, a pesar de que corría hacia adelante a quinientas millas por hora. El Skyliner 787 de Sur Airways se encontraba a mitad de un vuelo de Dallas a Las Vegas. El trayecto había sido tranquilo hasta ahora; el clima estaba en calma, con apenas un ligero viento de cola que adelantaría su llegada 30 minutos según lo previsto.

Las dos turbinas Rolls-Royce, que generaban casi 78,000 libras de empuje cada una, ronroneaban sin esfuerzo y con una vibración mínima. Cualquier variante anormal sería notada de inmediato por el experimentado capitán¹, quien escuchaba inconscientemente, como un músico listo para detectar una nota errónea en medio de una sinfonía. El zumbido constante era una vibración familiar que le indicaba que todo estaba como debía ser.

El capitán Henry Vargas tenía treinta y cinco años, el capitán más joven de la flota de Sur Airways. Era bastante apuesto de una manera discreta: alto, delgado, de cabello oscuro y ojos negros—una mezcla de italiano e indio americano, heredada de su padre siciliano y una madre cherokee, quien también le dotó de un carácter muy fuerte. Tres años de mando lo habían moldeado más que la edad: la espalda recta, la quietud, el hábito de escuchar antes de hablar.

¹ En el vuelo comercial, "Capitán" es el título operativo oficial del Piloto al Mando (PAM) de la aeronave. Normalmente se sienta en el asiento izquierdo. Él manda a toda la tripulación (tripulación de vuelo y cabina).

Vargas provenía de una familia de ingresos modestos. La necesidad de trabajar desde temprana edad transformó su juventud en madurez antes que la mayoría. Sus padres apoyaron su ambición pero no pudieron ayudarlo, por lo que pagó su educación trabajando en empleos extra por las noches.

Quienes conocían a Vargas coincidían en una cosa: era un hombre simpático. Había algo en él que inspiraba confianza inmediata, una naturalidad en su trato que tranquilizaba a la gente. Los extraños simpatizaban con él instintivamente, y sus amigos a menudo bromeaban diciendo que había equivocado su vocación—debería haber sido vendedor de autos, porque con su sonrisa y su sinceridad espontánea, habría hecho una fortuna.

Tras ingresar a Sur Airways como aprendiz, ascendió rápidamente en el escalafón; sus superiores reconocieron tanto su dedicación como su aptitud natural para las exigencias de la profesión. Trabajaba con seriedad, se preparaba cuidadosamente y seguía los procedimientos sin atajos. Al ser ascendido a puestos de responsabilidad, esperaba lo mismo de quienes lo rodeaban. Mandaba con autoridad y sin arrogancia. Su cualidad más importante era su capacidad para mantener la calma y el control durante las emergencias. En la cabina, su voz permanecía controlada incluso cuando las circunstancias no lo estaban. La gente a su alrededor confiaba en él instintivamente; se había ganado esa confianza sin pedirla.

Esta vez, el capitán Henry Vargas, al mando del reactor, estaba ocupado tratando de resolver una situación grave.

En este viaje, el enorme jet estaba casi vacío. Además de los dos pilotos, los únicos ocupantes eran

cuatro hombres y una auxiliar de a bordo para atender sus necesidades.

Vargas había sido elegido para demostrar a estos cuatro ejecutivos de la compañía las cualidades de un nuevo jet. El Skyliner 787, una máquina nueva, dotada de los últimos adelantos técnicos, formaba parte de una nueva flota recién adquirida por Sur Airways a 300 millones de dólares cada una. El propósito no declarado del viaje también era ofrecer a estos ejecutivos una semana remunerada y relajante en Las Vegas.

El Primer Oficial (PO) fue el primero en notar el problema. Unos treinta minutos antes, mientras el Capitán Vargas hablaba con los directivos de la empresa, el primer oficial continuaba ocupado con otros asuntos. De repente fue alertado por una alarma que indicaba que el combustible en los tanques de las alas estaba casi agotado. Reacio a interrumpir a su capitán, el primer oficial intentó corregir el problema por sí mismo, sin éxito. Finalmente cogió el intercomunicador y pidió al capitán que regresara a la cabina.

Vargas, contento de dejar la parte social del viaje en manos de la atractiva auxiliar, regresó a la cabina. Allí, con una voz mezcla de preocupación y miedo, el primer oficial le explicó lo que sucedía.

—Capitán —le dijo, manteniendo la voz a nivel normal a pesar del sonido de la alarma—, tenemos un problema de combustible. El combustible proyectado para llegar a destino está por debajo de los mínimos.

Eso fue todo lo que hizo falta. La palabra ‘problema’ tenía enorme importancia en una cabina. Los ojos de Vargas se posaron en los medidores, buscando la respuesta en el complejo panel de control de combustible. En un instante encontró la causa: la transferencia de combustible del depósito central a los tanques de las alas

no funcionaba. Un diagnóstico rápido reveló la razón: la válvula de alimentación cruzada no funcionaba.

El 787 consumía unos mil quinientos galones² de combustible por hora. Durante el tiempo que Vargas había estado hablando con los ejecutivos, las turbinas habían consumido la mayor parte del combustible de los tanques de las alas. No había tiempo que perder. El primer oficial ya había reemplazado el fusible de circuito de la válvula y hecho todo lo que pudo, sin éxito.

Vargas ordenó al primer oficial que llamara a la torre de control del aeropuerto más cercano, transfiriera la llamada a la empresa y explicara la situación. La empresa se dio cuenta de inmediato de la urgencia y, en cinco minutos, ya estaban comunicándose con el departamento de mantenimiento y hablando con un ingeniero especializado en sistemas de combustible.

El ingeniero les pidió que realizaran una serie de tareas. Luego de reiniciar el ordenador de combustible y concluir con el resto de los procedimientos sin solucionar el problema, el ingeniero les habló con franqueza: la válvula tenía que ser reemplazada y el trabajo no podía hacerse en vuelo.

Vargas y el primer oficial tuvieron que aceptar la inevitable y terrible conclusión: si el problema no podía corregirse en vuelo, el combustible se agotaría y, en un momento imposible de determinar con exactitud, las turbinas se quedarían sin combustible y se apagarían.

La verdad inexorable se presentó, fría e innegable: necesitaban aterrizar el avión.

Vargas instruyó al primer oficial que calculara cuánto quedaba de combustible disponible. Mientras

² 1 galón = 3,78 litros.

tanto, llamó por radio, declaró una emergencia se dedicó a encontrar el aeropuerto más cercano.

Mientras estudiaba el mapa, el oficial le dio la mala noticia:

—Señor, nos quedan unos 700 galones de combustible en los depósitos.

Mentalmente, Vargas hizo el cálculo. La verdad desnuda lo golpeó, imposible de ignorar.

—Con 700 galones de combustible, los tanques quedarán vacíos en media hora. Y me han informado que Phoenix, el aeropuerto más cercano, está a una hora.

Vargas percibió el miedo en los ojos de su primer oficial. Se quedarían sin combustible en aproximadamente treinta minutos.

Habló con determinación, su voz no se elevó ni tembló.

—Tenemos que encontrar un lugar donde aterrizar. Vamos a bajar para hacer una búsqueda visual. Llama a la torre del aeropuerto de Phoenix. Deben tenernos en el radar. Diles que tenemos una emergencia y que tenemos que bajar a 20.000 pies.

La fría seguridad demostrada por Vargas animó al primer oficial. Ajustó la velocidad de descenso a 2.000 pies por minuto, y cinco minutos después estaban lo suficientemente bajos como para inspeccionar el terreno visualmente, intentando encontrar un lugar para aterrizar.

El avión se estabilizó y, con la menor altitud, lo pudieron observar con una decepcionante claridad. Los pilotos buscaban desesperadamente en el terreno un espacio recto y abierto, un lugar que les permitiera sobrevivir.

Pero el terreno entre New Mexico y Arizona es solo desierto rocoso. Interminable y despiadado. Arena y roca quemadas en tonos marrones y óxido, interrumpidas

por crestas que se alzan como dientes afilados. Sin campos abiertos. No hay carreteras en línea recta. No hay claros. No hay estrechos lo suficientemente largos. Ningún lugar dispuesto a recibir un avión del tamaño del Skyliner. No era tierra vacía—era tierra hostil, una enorme negativa a su presencia. A medida que millas y millas pasaban bajo ellos, la terrible certeza se asentaba: la tierra misma no tenía intención de dejarles aterrizar.

La auxiliar se dio cuenta de la repentina pérdida de altitud y entró en la cabina, preguntando si algo iba mal. Vargas no ocultó la verdad.

—Vuelve a la cabina y prepara a los pasajeros para un aterrizaje de emergencia. Y siéntate.

La joven, completamente sorprendida, solo logró preguntar: —¿Aterrizar? ¿Aquí mismo?"

Una mirada severa de Vargas la hizo regresar y, sorprendida, desapareció en la cabina de pasajeros.

La falta de combustible en una turbina de reacción no se anuncia con violencia; se revela lentamente, a través de alarmas y pantallas con números que finalmente dejan de tener sentido, un zumbido que reemplaza el sonido normal y, por último, el terrible silencio de unas turbinas que ya no tienen nada que quemar.

La primera se apagó con un aviso acústico amortiguado, una línea de texto ámbar desplazándose por las pantallas y el sonido de múltiples alarmas. El capitán lo registró al instante, no como una sorpresa, sino como la confirmación de algo esperado. Desconectó el piloto automático y tomó el control del avión; su mano derecha se dirigió a las palancas de empuje y la izquierda se mantuvo firme en el control.

—Turbina uno... apagada —dijo, con voz controlada, recorriendo ya la lista de chequeo en su mente.

El primer oficial leyó los instrumentos en voz alta, nervioso y un poco demasiado rápido,

—Confirmado —confirmó, con los ojos fijos en la pantalla—. N1 disminuyendo. Flujo de combustible en cero.

Las manos del capitán se movían con seguridad. Palancas de empuje en ralenti. Compensación ajustada.

El avión respondió con reticencia, como algo herido que aún sigue obedeciendo.

—Falla de motor... acciones de memoria —dijo el capitán, con voz plana y profesional.

—Empuje... confirme ralenti —recitó el primer oficial.

—Ralenti —respondió el capitán.

—Control de combustible... verificado.

El segundo motor se apagó antes de que completaran la primera lista de chequeo. Los indicadores del panel de control se oscurecieron por completo. La vibración desapareció, reemplazada por un silencio tan absoluto que se sentía agobiante. Un momento después, con un golpe mecánico de bajo del fuselaje, se desplegó la RAT³. Solo unos pocos indicadores —los esenciales necesarios para volar el avión— volvieron a iluminarse.

Los números en la pantalla de altitud comenzaron a disminuir más rápido ahora. El capitán siguió la lista, sin mirar al primer oficial.

—Falla de ambos motores.

³ Una pequeña turbina-generator de hélice que produce suficiente electricidad para alimentar los instrumentos más importantes. Normalmente el horizonte artificial, el indicador de velocidad, el altímetro, el indicador de velocidad vertical, la información de rumbo y una pantalla primaria de vuelo.

Las palabras cayeron con dureza. El primer oficial tragó saliva.

—Confirmado. Ambos motores fuera.

—Velocidad de vuelo —dijo el capitán.

—Manteniendo el mejor planeo —respondió el primer oficial, forzando la firmeza en su voz mientras sus manos temblaban.

El capitán asintió una vez. Ajustó la inclinación del avión por instinto, escuchando el sonido del aire, la forma en que el avión hablaba cuando ya no tenía otra forma de expresarse.

—Lista de chequeo —dijo el capitán.

—Falla doble de turbinas —leyó el primer oficial, con los ojos clavados en la pantalla—. Reinicio... ambas turbinas.

Lo intentaron. Una vez. Luego otra vez. Las turbinas permanecieron inmóviles, indiferentes a las súplicas o al procedimiento.

—Sin encendido —dijo el primer oficial en voz baja.

El capitán asimiló sin reacción visible. El miedo permaneció contenido, comprimido bajo décadas de disciplina.

—Bien —dijo—. Planearemos el avión.

La poderosa máquina se había convertido en un planeador gigante. Dentro de la cabina, cada palabra importaba ahora; cada aviso era un pequeño acto de desafío contra la gravedad, el tiempo y el silencio donde antes estaba la potencia. Debajo, la tierra esperaba.

Vargas hizo otro cálculo mental: desde su altura de 20,000 pies, el 787 podía planear unas sesenta millas hacia adelante. Tenían unos 10 minutos para encontrar un área donde aterrizar. Razonó correctamente que un aterrizaje de emergencia en ese terreno probablemente terminaría en

un choque. El tanque central todavía contenía una gran cantidad de combustible que aumentaba el peso y que muy probablemente se incendiaría cuando el avión se desintegrara, y no había medios para arrojarlo al vacío. La posibilidad de que sus cuatro pasajeros y los tres miembros de la tripulación sobrevivieran era muy pequeña. Pero se resignó a hacerlo; no había otra opción y el tiempo se agotaba.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por una exclamación del primer oficial:

—¡Allí! ¡Justo al frente!

En el resplandor del atardecer, Vargas vio las líneas geométricas formadas por las luces de una pequeña ciudad, a unas 30 millas de distancia. En una coincidencia imposible, estaban alineados con la senda de planeo del jet sin potencia.

El pecho de Vargas se apretó, no por miedo, sino por la fría y aguda claridad de la responsabilidad. La voz del primer oficial rompió el silencio:

—Ciudad al frente. Una pequeña... parece que podríamos caber.

Cada luz en la ciudad lejana parecía a la vez una invitación y una advertencia, un recordatorio de que cualquier elección que hiciera sopesaría vidas contra vidas.

Los pilotos podían escuchar el viento pasando veloz por el fuselaje, la estructura de aluminio temblando bajo la aerodinámica a punto de fallar. Instintivamente, Vargas trató de escanear las calles, buscando tramos rectos lo suficientemente largos para un aterrizaje. Cuando estaban a unas diez millas de la ciudad, apareció a la vista un largo tramo de luces, más brillantes que el resto. Una avenida grande, quizás lo suficientemente larga

para acomodar la distancia necesaria para que el 787 aterrizara.

Pero no estaba vacía. Al acercarse, los pilotos pudieron ver las luces en movimiento del tráfico. Inmediatamente, pensamientos de desastre acudieron a la mente de ambos hombres.

Cada segundo se estiraba hasta la eternidad. El tráfico se movía ajeno a todo, como células sanguíneas fluyendo por las venas, mientras el capitán calculaba, ajustaba e interiorizaba cada riesgo. Las manos del primer oficial apretaban los inútiles controles en un terror silencioso, sus ojos saltaban del horizonte a los instrumentos, su corazón latiendo en sincronía con cada segundo que pasaba.

La ciudad era su única esperanza, pero la esperanza acarrea su propio peso. Cada vida en tierra, cada persona desprevenida, presionaba la conciencia de los pilotos. Ya no eran solo tripulación: eran árbitros del destino, cada decisión una tragedia o un milagro potencial.

La elección se asentó sobre el capitán con un peso insoportable. El desierto se extendía por delante: vacío, vasto e implacable. Si dirigía la aeronave hacia allí, el resultado estaba casi sellado: la pérdida brutal y casi instantánea de seis vidas, incluida la suya.

La ciudad no ofrecía certeza, aunque existía la posibilidad de aterrizar en la avenida y salvar a los de a bordo. Lo que era casi seguro era que un número desconocido de vidas inocentes —personas que no tenían advertencia alguna, que simplemente conducían a casa o caminaban— morirían. Estas personas no tenían la culpa; el sacrificio pertenecía verdaderamente a aquellos que ya habían aceptado el riesgo al abordar el avión.

Pero en ese momento desgarrador, con la altitud desapareciendo, la decisión le pertenecía solo a él, y cualquier cosa que eligiera lo seguiría por el resto de su vida, si es que sobrevivía.

En un momento, con determinación, dirigió la nave hacia la ciudad. La ley lo juzgaría más tarde. La historia podría perdonarlo o condenarlo. Si es que vivía para contarlo.

CAPÍTULO 2

EL ACCIDENTE

La ciudad de Pago Largo, en la frontera entre los estados de Nuevo México y Arizona, descansaba en el desierto, con sus bajos edificios bañados por la ámbar última luz del día. El calor restante del día subía del asfalto en leves reflejos que hacían ondular el aire.

Los coches avanzaban por la avenida principal a un ritmo pausado, con las radios tocando música o transmitiendo el partido, y las ventanillas abiertas a la brisa refrescante. Los comerciantes bajaban las persianas metálicas y algunos peatones se detenían comprobando el tiempo con una mirada al cielo antes de continuar. En algún lugar, un perro ladró por un momento y luego guardó silencio.

Al comenzar a esconderse el sol tras las montañas, la luz fue disminuyendo, pasando de oro a óxido. La ciudad se sintió tranquila y ordenada, ajena al drama que se desarrollaba sobre ella y a lo expuesta que estaba bajo el cielo abierto.

En la cabina del Skyliner 787, habían extendido los flaps por completo y el capitán mantenía la velocidad unos pocos nudos por encima del punto de entrada en pérdida⁴, intentando estirar la distancia de planeo lo suficiente para cubrir las últimas millas. El primer oficial monitoreaba los instrumentos y recitaba la altitud.

—Dos mil pies... mil quinientos pies... mil pies... quinientos... trescientos...

⁴ Del Inglés “stall”: cuando el avión baja la velocidad al punto que ya no se sustenta en el aire y cae sin control.

De repente, el Skyliner emergió del crepúsculo como un titán cayendo sobre la ciudad. Trescientas mil libras de fibra de vidrio, aluminio y acero se estrellaron contra la avenida principal, destrozando por completo la calma.

El impacto violento estalló en un profundo temblor que recorrió el suelo por cuadras, haciendo vibrar las ventanas y sacudiendo los edificios en sus cimientos. El avión golpeó el suelo con tal fuerza que el tren de aterrizaje colapsó, las ruedas cedieron y la aeronave cayó pesadamente sobre su vientre, lanzando chispas mientras continuaba deslizándose todavía a gran velocidad, imparabile, surcando su camino por la avenida principal.

A través de las ventanas de la cabina, Vargas podía ver la avenida pasando, como una exhibición de horror en cámara lenta. El jet era un monstruo rodante que aplastaba todo a su paso; las enormes alas barrían ambos lados de la avenida, la punta del avión trituraban los coches como si fueran de papel. Los autobuses eran arrojados a los lados; los postes de metal se partían como palillos de dientes.

La gente corría en todas direcciones, gritando, voceando nombres, tirando de las puertas; las alarmas de los coches aullaban sin cesar.

Vargas se aferró a los controles, impotente, mientras cada segundo se estrechaba en una eternidad de la que no podía escapar. Su última visión fue la de un autobús escolar detenido justo delante del avión y los ojos aterrorizados del conductor, intentando frenéticamente sacar el vehículo de su paso.

La catástrofe duró menos de cinco minutos. Cuando el avión, indiferente al caos que había causado, finalmente se detuvo, el aire estaba denso de polvo y del olor amargo del combustible. Milagrosamente, el combustible derramado no se incendió.

Entonces, la resiliencia humana tomó el mando y el orden comenzó a restablecerse.

La gente corrió hacia los coches destrozados para ayudar a quienes estaban dentro; algunos se arrodillaron junto a los cuerpos que yacían en la trayectoria del desastre. Alguien empezó a dirigir el tráfico lejos de la avenida. Las sirenas se acercaron, ya no dispersas sino convergiendo: la policía primero, luego los camiones de bomberos, y después las ambulancias llegando en oleadas disciplinadas.

Los bomberos, que llegaron en único camión del pueblo, se desplegaron, lanzando espuma, marcando los peligros, gritando órdenes e intentando hacerse oír entre el estrépito. Los paramédicos subieron a los heridos en camillas y los llevaron a las ambulancias que se alejaban a toda prisa, con sus sirenas tronando en el aire.

La avenida se convirtió en una cuadrícula de urgencia: los vivos se agruparon para ayudar, los heridos fueron estabilizados, los cuerpos inmóviles fueron cubiertos y dejados donde yacían. Lo que había sido un caos se asentó en una coreografía sombría. La ciudad, herida, comenzó a sanar.

Dentro de la cabina, durante unos minutos, hubo silencio.

Los pilotos seguían sujetos a sus asientos, desconcertados por la repentina ausencia de movimiento. Las luces de advertencia parpadeaban ahora sin urgencia; los sistemas de control de vuelo seguían activos, pero eran irrelevantes. Vargas sangraba por un corte en la frente; se había golpeado la cabeza contra algunos de los controles. Sus manos estaban inmóviles sobre el mando y sus pies seguían presionando los pedales del timón, mucho después de que habían dejado de actuar.

El primer oficial, en estado de shock, buscó mecánicamente una lista de verificación, pero se detuvo al darse cuenta de que no existía un procedimiento para este momento.

Ninguno habló durante un rato.

Detrás de ellos, la cabina estaba en penumbra e inclinada. Los cuatro pasajeros y la auxiliar estaban dispersos en sus asientos, sacudidos y magullados, pero vivos. Uno miraba fijamente hacia adelante, con la boca abierta, incapaz de asimilar el hecho de que ya no se movían... y que no estaban en el aire.

La auxiliar lloró suavemente por un instante y luego se recompuso. Un momento después, ya estaba de pie, inestable pero moviéndose. El entrenamiento tomó el control donde el pensamiento fallaba. Llamó, contando, revisando rostros, tocando hombros.

—¿Puede oírme? Permanezcan sentados. La ayuda viene en camino.

Su voz temblaba, pero se mantuvo firme.

En la cabina, el primer oficial dejó su asiento, se revisó para asegurarse de que estaba bien, abrió la puerta de la cabina y entró en la sección de pasajeros para ayudar a la auxiliar.

Vargas descansó un momento, luego se desabrochó del asiento de piloto y se puso de pie. Su camisa blanca estaba ahora manchada de rojo; la herida de su cabeza sangraba profusamente, aunque él no parecía notarlo. Dio dos pasos hacia la puerta y sintió que sus piernas fallaban. Todo se volvió negro y cayó inconsciente al suelo.

Afuera, voces y pasos resonaban contra el fuselaje. Las herramientas golpeaban las puertas.

El avión se había convertido en algo distinto ahora: no en una máquina, sino en un naufragio con supervivientes esperando ser rescatados.

CAPÍTULO 3

LOS HERMANOS

Beacon Hill, un distrito en la ciudad de Boston, con sus casas de ladrillo, faroles de gas y calles estrechas, es conocido como una zona de “antiguo dinero, antiguo poder”. Históricamente, con su prestigio silencioso, formal y discreto, ha sido durante muchos años el hogar de políticos, jueces y de las familias influyentes que manejan la economía y la política del estado de Massachusetts.

Frente al río Charles, en Commonwealth Avenue, se encuentra el edificio que alberga las oficinas de Sur Airways. La aerolínea fue fundada hace doce años por los hermanos Erskin, herederos de una de las familias más ricas de la ciudad. Aunque Sur Airways es relativamente nueva en la industria, en apenas una docena de años se ha convertido en uno de los principales competidores en algunas de las rutas nacionales más codiciadas y rentables.

La historia no oficial es que, contrariamente a la creencia común, la empresa no fue financiada con el dinero de la familia Erskin. Usando la influencia y el prestigio de su nombre, los hermanos, sin temor a las leyes, establecieron un negocio de tráfico de drogas.

Los hermanos, Simón y David Erskin, eran ambos pilotos y poseían un pequeño avión que utilizaban para volar a través de la frontera hasta Canadá, comprar su suministro de drogas y llevarlo de regreso a Boston. Con el tiempo, se convirtieron en los principales proveedores de drogas para la gran cantidad de estudiantes adinerados que atendían su prestigiosa escuela. Difícilmente había una celebración o reunión estudiantil sin una visita de los

hermanos, muy conocidos de proveer los suministros necesarios para animar la fiesta.

Los hermanos eran ambiciosos, pero no tontos. Cuando acumularon suficiente dinero, decidieron transformar su negocio en una operación legal.

Cambiaron su pequeño avión por un Cessna 206 Turbo, una popular aeronave monomotor con cómoda capacidad para seis pasajeros. Fundaron una empresa llamada *Fly With Fun* (Vuele Con Diversión) y utilizaron para la nave para transportar estudiantes y otros jóvenes a cálidos destinos de vacaciones. Uno de los beneficios que los convertía en el medio de transporte preferido eran las píldoras especiales que los pasajeros recibían sin costo adicional: no del todo legales, pero razonablemente seguras. Los hermanos se aseguraban de que las píldoras se ofrecieran gratuitamente y solo después de que el vuelo hubiera cruzado el límite legal de la frontera.

Fly With Fun creció rápidamente. Algunos competidores intentaron iniciar negocios similares, pero pronto quebraron. Los hermanos habían aprendido y adoptado ciertas prácticas duras de la gente del cartel a la que anteriormente compraban las drogas, y sus rivales pronto descubrieron que sus aviones tendían a perder piezas misteriosamente o, peor aún, a fallar en pleno vuelo.

Hubo algunas quejas y algunos intentos por parte de la FAA de investigarlos, pero algunos de sus viejos amigos se habían convertido en importantes abogados con conexiones influyentes, y las investigaciones terminaron rápidamente inconclusas.

Algunos amigos de la familia, gente del “viejo dinero”, notaron el talento empresarial y el éxito de los hermanos. Ansiosos por invertir, ofrecieron suficiente capital para formar una aerolínea local seria. Los

hermanos rompieron todos sus vínculos con el negocio de las drogas, y esos mismos inversionistas ayudaron en el complejo y prolongado proceso de obtener las licencias necesarias.

Doce años después, con los hermanos ya en la mitad de sus treinta, Sur Airways se había convertido en un actor importante en el transporte aéreo nacional, con un valor de mercado de quince mil millones de dólares.

Esa mañana, los hermanos fueron despertados a las cinco, horas antes de que las noticias del aterrizaje de emergencia aparecieran en televisión. Su gerente general había sido notificado del accidente y los había llamado de inmediato.

Una hora más tarde, los tres, junto con su secretaria personal, estaban reunidos en una oficina del edificio de Sur Airways.

Sergio Richter, su gerente general —un hombre de sesenta y cuatro años que había estado con la empresa desde su fundación— habló primero.

—Ayer, aproximadamente a las seis de la tarde, uno de los nuevos Skyliner 787 tuvo que hacer un aterrizaje de emergencia cerca de la ciudad de Phoenix.

Simón Erskin, el hermano mayor, preguntó:

—¿Quiénes eran los pasajeros?

—Según el registro, los pasajeros eran cuatro miembros del directorio de nuestra empresa. Estaban en un vuelo para ver una demostración de los nuevos 787, y el destino final era Las Vegas. La tripulación consistía en una auxiliar y dos pilotos. Aún no tengo sus nombres. Mi secretaria los está buscando ahora.

—¿Cómo te enteraste de esto?

—Un amigo mío es reportero del Phoenix News y fue enviado a cubrir el accidente. Me llamó cuando llegó. Solo pudo hablar por un minuto.

—¿Hubo heridos?

—Nadie en el avión, hasta donde puedo saber.

David, el otro hermano, dijo:

—Bueno, eso son buenas noticias. No hay familias a las que indemnizar.

Richter lo miró.

—No estaría tan seguro de eso, David.

—¿Qué quieres decir?

—El avión no pudo aterrizar en el desierto, y el piloto decidió posarlo en el único lugar adecuado: un tramo comercial en una pequeña ciudad.

Julia, la joven secretaria, dejó caer su cuaderno y se llevó la mano a la boca, conteniendo una exclamación.

Simón se inclinó hacia adelante.

—¿Quieres decir que aterrizaron en medio de la ciudad?

—Eso es lo que me dijo mi amigo.

—¿Cuál es el nombre de la ciudad?

—No lo dijo. Prometió llamarme cuando tenga tiempo.

Julia intervino:

—Si el accidente ocurrió ayer por la tarde, debería haber algo en las noticias de la mañana. Deben estar por comenzar ahora. Se acercó al televisor y lo encendió.

La pantalla cobró vida con un gran cartel de *ÚLTIMA HORA* en la parte superior.

“Ayer, aproximadamente a las seis de la tarde, uno de los nuevos Skyliner 787 de la compañía Sur Airways tuvo que realizar un aterrizaje de emergencia cerca de la ciudad de Phoenix.”

La imagen bajo el titular era una fotografía tomada desde arriba del nivel de la calle. Mostraba el fuselaje dañado del avión descansando casi en diagonal a lo largo de la avenida. Un ala estaba desgarrada y retorcida; la otra quedaba fuera de la imagen.

A su alrededor, la calle aparecía congelada en una escena de algunas horas después del accidente. Camiones de bomberos y ambulancias estaban estacionados alrededor de los restos en filas ordenadas, con sus luces captadas en pleno destello. Bomberos con chalecos reflectores en el acto de guardar su equipo. Personal de emergencia y médicos se preparaban para retirarse, su tarea ya concluida. Una línea de cinta policial amarilla bloqueaba toda el área.

La imagen cambió a una vista a lo largo de la avenida. Algunos autos estaban abandonados en ángulos extraños —puertas abiertas, baúles entreabiertos— algunos aplastados, otros intactos, como si el azar los hubiera protegido del desastre. La espuma esparcida por los bomberos para prevenir un posible incendio del combustible derramado cubría partes del pavimento, acumulándose en las cunetas. Pequeños grupos de flores marcaban los lugares de donde, horas antes, habían sido retirados los restos de las presuntas víctimas.

Nadie hablaba. La ciudad parecía estar en pausa, conteniendo la respiración.

La fotografía no capturaba el momento de la violencia, sino lo que vino después: la confusión, la urgencia por ayudar a los heridos y el hecho inconfundible de que algo irreversible había ocurrido allí.

En un breve video, un equipo de paramédicos cargaba una camilla en una ambulancia. Un primer plano mostraba la frente de un hombre envuelta en una venda blanca.

La pantalla pasó a comerciales.

—Tenemos que enviar a alguien allí. Ahora —dijo Simón—. Manda al jefe del área legal.

Richter negó con la cabeza.

—Yo no haría eso, Simón.

—¿Qué quieres decir?

—En cuanto los reporteros vean a un abogado de la compañía, asumirán que estamos ocultando algo. Parecerá que somos culpables.

Simón dudó.

—Entonces, ¿a quién enviamos?

—Relaciones públicas —dijo Richter—. Pero no solos. ¿Quién es el investigador privado que usamos cuando las cosas se complican?

—Silvio Ramírez, pero ¿de verdad crees que es necesario?

David asintió.

—Richter tiene razón. Ramírez no tiene miedo de los periodistas y sabe contestar preguntas. La gente va a intentar presionarnos por esto. ¿Sabemos quién pilotaba el avión?

—Aún no, pero...—

Julia intervino:

—Era Henry Vargas.

Richter la miró.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo vi en la televisión cuando lo subían a la ambulancia. Parecía herido. Lo reconocí.

Simón murmuró una maldición.

—¿Vargas? Es uno de nuestros mejores pilotos. Tenemos que saber qué tan grave está y darle la mejor atención posible. Y necesitamos saber cuándo podrá

volver a volar. Con todo este desastre, la NTSB⁵ podría retenerlo allí durante semanas.

David levantó un dedo.

—Una cosa más, Simón.

Simón se volvió.

—Alguien tiene que hablar con la tripulación.

Ambos pilotos. La auxiliar.

—¿Para decir qué?

—Para que no digan nada —respondió David—.

Aún no sabemos qué falló. Si empiezan a hablar, esto se convierte rápidamente en una demanda.

Richter miró su reloj.

—Entonces envía a Ramírez y a alguien de relaciones públicas. Que viajen en el jet de la empresa. Ahora. Antes de que alguien más llegue a ellos.

⁵ National Transportation Safety Board.

Del Inglés: Agencia Nacional de la Seguridad del Transporte. Una de las agencias encargadas de investigar accidentes aéreos.

CAPÍTULO 4

DETENIDO

La pequeña clínica de Pago Largo estaba desbordada por las víctimas del accidente. Los casos más graves fueron trasladados en helicóptero o en ambulancia al hospital de Phoenix, a 160 kilómetros de distancia.

El pueblo no contaba con una morgue municipal, por lo que los fallecidos fueron llevados a la única funeraria de la ciudad. Todo el mundo conocía a alguien que había resultado herido o muerto por el avión.

Vargas fue rescatado de la cabina por bomberos voluntarios y permaneció inconsciente hasta la tarde siguiente. Los médicos habían cerrado la herida de su cabeza, pero necesitaban que despertara para realizarle pruebas y verificar si había sufrido una hemorragia u otro daño. El personal médico había trabajado sin descanso desde el accidente y dejó dicho que se les avisara en cuanto despertara.

Por la tarde, cuando Vargas finalmente estuvo despierto, una enfermera le informó que algunas personas de Sur Airways habían llegado desde Boston y llevaban varias horas esperando para verlo. También le dijo que lo llevarían a hacerse una tomografía computarizada en cuanto los médicos estuvieran disponibles.

Vargas sufría un dolor de cabeza lacerante, pero le dijo a la enfermera que hiciera pasar a las personas que querían verlo.

Una mujer y un hombre entraron y se acercaron a su cama. La mujer se presentó como representante de relaciones públicas. Era de mediana edad y muy amable; no dejó de sonreír en todo el tiempo que habló con él. Le preguntó cómo se sentía y si necesitaba algo. Vargas se

dio cuenta de que era solo una conversación de cortesía y la terminó tan pronto como pudo. Durante todo ese tiempo, el hombre permaneció en silencio, a una distancia desde la que podía oírlo todo.

Cuando la mujer terminó la conversación, lo saludó y, tras intercambiar miradas con el hombre, se despidió y salió de la habitación.

Mientras hablaba con la mujer, Vargas había estado observando al hombre, tratando de descifrarlo.

Parecía tener unos cuarenta y cinco años. Era bastante alto; su postura era erguida pero no intimidante, y mantenía una actitud amable y relajada. Su traje oscuro le quedaba a la medida, y combinaba con una camisa ajustada. Sus cómodos zapatos sugerían que trabajaba en un ambiente en donde debía estar de pie por largos períodos. Tenía canas en las sienes, el cabello bien cortado y su rostro presentaba arrugas que no mostraban vejez sino madurez: alguien que escuchaba más de lo que hablaba y sabía observar en vez de reaccionar. Cuando se cruzó con la mirada de Vargas, lo hizo directamente, sin presionar, mostrando cortesía y escrutinio al mismo tiempo.

Después de que la mujer de relaciones públicas se fue, el hombre acercó una silla a la cama. Antes de sentarse, miró lentamente alrededor de la habitación, como si estuviera memorizando cada detalle.

—Comandante⁶ —dijo—, mi nombre es Silvio Ramírez. Soy investigador privado. El Sr. Erskin me pidió personalmente que viniera a verificar que está siendo tratado correctamente.

El hombre hablaba con voz baja pero clara.

⁶ Del Inglés “Commander”. El piloto del avión es a veces referido con el título informal de Comandante.

—El Sr. Erskin quería que supiera que toda la compañía lamenta mucho lo sucedido y expresarle sus deseos de una pronta recuperación. Me informaron que la oficina está haciendo todo lo posible para asegurar que reciba el mejor tratamiento disponible y que será trasladado a una clínica en Boston para completar cualquier tratamiento que pueda necesitar.

Vargas intuyó que había un motivo ulterior tras la visita del investigador. Respondió:

—Se lo agradezco, Sr. Ramírez. Hasta donde sé, no creo que mis heridas sean graves. Pero confío en que no ha venido desde Boston solo para hablar de mi salud.

—Lo que me dice es correcto, Comandante Vargas. No sé si le han informado sobre las víctimas del accidente que *usted causó*.

Se acabaron las cortesías. El hombre estaba allí para dejar una cosa clara: los directivos esperaban que aceptara que aterrizar el avión en la ciudad había sido su decisión.

Desde que despertó, Vargas no había dejado de revivir en su mente las imágenes de los coches y las personas siendo arrolladas por su máquina. Sabía que mientras viviera nunca olvidaría los rostros de horror y los gritos de terror que había visto y oído a través del parabrisas de la cabina. Regresaban una y otra vez, tan vívidos como si el avión todavía estuviera aterrizando.

—Tiene razón —continuó Ramírez—. Hay algo más. También traigo un mensaje especial del Sr. Erskin. Va a ser interrogado por más de una agencia. Para su protección y la de la compañía, debe decir que prefiere no responder ninguna pregunta sin la presencia de su abogado.

El investigador hizo una pausa y luego añadió con una sonrisa:

—Sé que es usted un hombre honesto, así que no espero que siga mi consejo. Pero la honestidad puede ser una cualidad muy cara. Según lo veo, usted ha sufrido una herida en la cabeza. Nadie dudaría si dice que no recuerda nada de lo que pasó. Piénselo; facilitaría las cosas para todos.

Vargas no se sintió insultado. El hombre estaba haciendo su trabajo. Simplemente respondió:

—Tiene razón, Sr. Ramírez. No creo que siga su consejo, pero se lo agradezco.

El hombre volvió a sonreír, una sonrisa diferente esta vez.

—Es lo que esperaba que me dijera. Pero he cumplido con mi deber. Buena suerte, Sr. Vargas. La necesitará.

Después de que el investigador se fue, Vargas permaneció perturbado. La visita lo había obligado a enfrentar la realidad de la situación.

"...No sé si le han informado sobre las víctimas del accidente que usted causó", había dicho el hombre.

Vargas no solo era dolorosamente consciente de que, por su elección, podría haber herido o matado a personas inocentes, sino que había cuestiones legales que tendrían que afrontarse. Y el mensaje era claro: la compañía estaba dispuesta a ayudarlo, pero parecía que esperaban que él asumiera la culpa de lo sucedido. No la culpa por la pérdida material, sino la responsabilidad penal.

Sus pensamientos fueron interrumpidos cuando un médico entró en la habitación, seguido de una enfermera.

—Doctor —dijo Vargas antes de que el hombre pudiera hablar—, por favor dígame... ¿murió alguien en el accidente?

La pregunta incomodó al médico, quien evitó dar una respuesta directa.

—Lo siento, Sr. Vargas. Solo sé de las personas que yo atendí. Hubo algunas personas con fracturas y otras lesiones, y varias tuvieron problemas cardíacos debido a la impresión. Hubo... algunas víctimas fatales —dijo el médico con cuidado—. No sé cuántas.

Durante el resto del día, Vargas se sometió a una serie de pruebas para verificar que no hubiera sufrido una conmoción cerebral u otras lesiones internas.

Siguió las instrucciones de los médicos dócilmente. El dolor de cabeza persistía, pero eso no era lo que más le inquietaba. Las últimas palabras del médico lo habían golpeado profundamente. Se sentía perdido en el dolor; su última esperanza de que el accidente no hubiera causado víctimas fatales se había evaporado y se había hundido en un estado de desesperación.

—Bueno, Sr. Vargas —le dijo el médico después de revisar los resultados de las pruebas—, no tiene más problemas aparte del profundo corte en la frente. Los puntos se retirarán en unos días. Puede salir del hospital mañana. Tengo entendido que la cuenta ha sido liquidada por el departamento de relaciones públicas de su empresa.

Esa noche, a Vargas le dieron un analgésico para ayudarlo a dormir, pero sus sueños estuvieron llenos de la imagen recurrente del autobús escolar amarillo y los ojos horrorizados del conductor.

A las cinco de la mañana, la mujer de relaciones públicas lo despertó. Había traído ropa civil y le explicó que la compañía pensaba que era mejor que no lo vieran con su uniforme de capitán.

—Esperaré afuera mientras se prepara —le dijo—. El avión de la empresa está esperando para llevarnos de regreso a Boston.

Estaba claro: la compañía quería que se fuera del hospital—en realidad, que escapara— antes de que pudiera hablar con alguien más. Y él tenía que obedecer.

Salieron del hospital en silencio mientras aún estaba oscuro, antes de que el pueblo comenzara a despertar.

El viaje en limusina hasta el aeropuerto de Phoenix tomó dos horas. Durante el trayecto, Vargas intentó encontrar una respuesta a la pregunta que lo había estado torturando continuamente. Le preguntó a la mujer de relaciones públicas:

—Le agradecería que me dijera cuáles han sido las consecuencias del accidente en términos humanos. Necesito saber si, a través de mis acciones, he quitado alguna vida... y si es así, cuántas.

Pero no pudo ser. La respuesta de la mujer no fue la que él quería.

—Lo siento, Capitán. No he sido informada de los detalles del accidente.

Para Vargas, la agonía de no saber era inexplicable e injusta, pero tendría que soportarla aún más tiempo antes de enterarse de si había segado una vida humana.

Cuando llegaron al aeropuerto, el Cessna Citation de la compañía esperaba con las turbinas encendidas, listo para partir.

La mujer de relaciones públicas habló con el piloto por unos minutos y ya estaban subiendo la escalerilla cuando un automóvil negro entró al aeropuerto y se acercó haciendo señales con las luces.

El coche se detuvo y un individuo en traje oscuro bajó, seguido por un policía. El hombre caminó hasta la base de la escalerilla, levantó un documento que tenía en la mano y dijo:

—Mi nombre es Jameson. Soy agente especial de la ABI⁷ y tengo una orden de detención para el Sr. Henry Vargas.

Vargas bajó los escalones. El agente lo enfrentó y dijo, en un tono educado pero decidido:

—Sr. Vargas, permítame explicarle esto: no está bajo arresto. Está siendo detenido como persona de interés en la investigación del accidente en el que se vio involucrado. No tiene permitido salir del estado.

Luego añadió con calma:

—Le aconsejo encarecidamente que regrese a Pago Largo.

⁷ ABI. Del Inglés. Arizona Bureau of Investigation. El equivalente al FBI en el Estado de Arizona.

CAPÍTULO 5

LA INVESTIGACIÓN

Desde el aeropuerto, los agentes de la ABI llevaron a Vargas de regreso al pueblo. Allí evitaron a los reporteros que acosaban a los habitantes. En lugar de la pequeña comisaría, lo llevaron a la municipalidad, el edificio más grande de la localidad.

El edificio de la Municipalidad había sido en su día la mansión de un buscador de oro que se hizo rico en el siglo XIX, durante la breve fiebre del oro a lo largo de lo que entonces se llamaba el Río Seco. Fiel a su nombre, el río acabó secándose y la fiebre del oro se desvaneció casi tan rápido como había comenzado.

El pueblo de Pago Largo se aferraba al borde de la Interestatal 40, la gran arteria que une las ciudades del Medio Oeste con Arizona, Las Vegas y, más al oeste, Los Ángeles. Con el tiempo, el pueblo se convirtió en un modesto centro de transporte. La gasolinera, con su extensa parada de camiones y un vasto estacionamiento para tráileres, solía estar llena de conductores de larga distancia que descansaban antes de la dura travesía del desierto.

Los turistas rara vez se quedaban más de una noche, pero su arribo constante era suficiente para mantener un par de moteles, un puñado de tiendas de recuerdos y varios restaurantes que atendían a los viajeros de paso. Tras el accidente, los pocos moteles del pueblo fueron ocupados rápidamente, por lo que algunos propietarios de las casas más grandes decidieron alquilar sus habitaciones sobrantes a los reporteros que abarrotaban la ciudad. El resto se instaló en caravanas alquiladas o durmió en sus coches.

A Vargas le preocupaba cómo reaccionarían los habitantes ante su presencia. Para su sorpresa —quizás porque algunos comprendían su situación, o porque la afluencia de recién llegados prometía un beneficio económico para los negocios locales—, muchos lo trataron con consideración.

En la comisaría, Vargas fue guiado al despacho del jefe de policía, una oficina modesta con un escritorio y unas pocas sillas. El jefe no estaba allí; la Agencia de Investigación se había hecho cargo del caso y dos de sus agentes lo esperaban. Vargas notó que los dos agentes estaban en mangas de camisa y no iban armados; sus cinturones con las fundas de las pistolas colgaban de un perchero en una esquina.

Los dos agentes se presentaron y le repitieron que no estaba bajo arresto; estaba detenido por ser considerado una persona de interés en la investigación. No tenía obligación de hablar con ellos y era libre de irse en cualquier momento. Le ofrecieron café o agua; Vargas, ansioso por proceder con el interrogatorio, les dio las gracias pero rechazó la oferta.

Tras esperar unos minutos, un hombre entró en la habitación. El recién llegado evidentemente no era del pueblo. Era un hombre de unos sesenta años, vestido con un traje a medida. Su cabello se había tornado de un cuidadoso color plateado, peinado hacia atrás con sobriedad. Las líneas de su rostro mostraban largos años dedicados a sopesar palabras y consecuencias, y le daban una expresión de permanente reflexiva gravedad. Se movía con la autoridad tranquila de alguien acostumbrado desde hace tiempo a ser escuchado.

Se presentó ante Vargas como Mitchell Taylor, Fiscal de Distrito del condado de Maricopa, que incluía la ciudad de Phoenix.

—Pago Largo es un pueblo no incorporado — dijo— y cae bajo la jurisdicción de Phoenix. Estoy a cargo de la investigación del accidente.

La voz del fiscal era calmada y mesurada; precisa, como si cada frase fuera sometida a una prueba de resistencia antes de ser pronunciada en voz alta. Vargas y el fiscal se estrecharon la mano y se sentaron uno frente al otro.

—Capitán Vargas —dijo el fiscal con respeto—. Esta es una conversación informal. Como le dijeron los agentes, nada de lo que diga aquí podrá ser usado en su contra en futuros procedimientos. Estoy seguro de que es consciente de que ésta es una situación extremadamente complicada, y creemos que usted es la persona indicada para ayudarnos a entender cómo llegó a este momento.

Vargas no estaba feliz de estar allí, pero pensó que, al menos, alguien le iba a informar de cuáles habían sido las consecuencias humanas de su acción. Así que, tratando de ocultar su ansiedad, preguntó:

—Sr. Taylor, ¿puede decirme, por favor, cuántas personas resultaron heridas en el accidente?

Pero no pudo ser; la respuesta del fiscal volvió a no decirle nada:

—Lo siento, Capitán; no tengo libertad para discutir eso. Mi único deber en este momento es recopilar información.

Vargas declinó comentar, pero no lograba entender el propósito de mantenerlo en la oscuridad.

—Le agradeceríamos que nos contara, con todo el detalle que pueda recordar, por qué decidió aterrizar el avión en medio del pueblo.

La respuesta de Vargas no se hizo esperar; miró al fiscal a los ojos y dijo:

—Lo recuerdo todo perfectamente, Sr. Taylor. El primer oficial pilotaba el avión y yo estaba en la cabina hablando con los pasajeros. En un momento dado, el primer oficial me llamó de vuelta a la cabina y me informó de que el avión estaba a punto de quedarse sin combustible.

Vargas detuvo su explicación y miró al fiscal, esperando una reacción. Pero el fiscal permaneció imperturbable.

—El tiempo que quedaba era difícil de calcular — continuó Vargas—, pero sabíamos que era cuestión de minutos. Intentamos solucionar el problema, pero no pudimos. Nos pusimos en contacto con el departamento de mantenimiento de mi empresa y nos dijeron que el problema no podía repararse mientras la máquina estuviera volando.

—¿Con quién habló allí?

—Con uno de los ingenieros; no sé si me dijo su nombre. De todos modos, no lo habría recordado, dada la presión de la situación.

El fiscal asintió con la cabeza. —Por favor, continúe, Capitán.

—Nos dimos cuenta de que teníamos que aterrizar el avión...

El fiscal lo interrumpió. —¿Nos?

—Sí, el primer oficial y yo. Ambos estuvimos de acuerdo en que debíamos aterrizar de inmediato. Pero, para aclarar, la decisión final fue mía. Como capitán, todas las decisiones tomadas en la cabina son mías o deben contar con mi aprobación.

—Entiendo. Continúe, por favor.

—Ordené al oficial que redujera la altitud para observar el terreno y encontrar un lugar adecuado para

aterrizar. Estábamos buscando uno cuando ambas turbinas se quedaron sin combustible y se apagaron.

—¿Ambas al mismo tiempo?

—Prácticamente, quizás con una diferencia de unos pocos segundos; no sabría decirle exactamente.

—¿Qué pasó entonces?

—Con las turbinas apagadas, el avión puede planear durante unos minutos.

—¿Puede decirme cuánto tiempo?

—Depende de la altitud. Estábamos a 20,000 pies, por lo que podía mantenerse en el aire entre 10 y 15 minutos.

—¿Fue en ese momento cuando vio la ciudad?

—Sí, estaba listo para aterrizar allí mismo cuando vimos las luces de Pago Largo. El sol se estaba poniendo y las luces se hicieron visibles.

—¿Fue entonces cuando decidió intentar aterrizar en la ciudad? ¿Qué habría pasado si hubiera aterrizado en el desierto?

La pregunta iba directa al corazón del asunto. Vargas pensó en el consejo que le había dado el investigador privado, Ramírez —"Mantén la boca cerrada"—, y decidió no seguirlo. Contaría lo que sabía, aunque no estuviera obligado a hacerlo. Si iba a ser juzgado por sus acciones, decidió que empezara ahora mismo.

—Había una posibilidad muy fuerte —casi segura— de que nos hubiéramos estrellado. El choque habría sido muy violento y el avión se habría incendiado.

—¿Cómo estima la probabilidad de que eso ocurriera?

La respuesta de Vargas fue inmediata y decisiva:

—Entre un 80 y un 90%.

El fiscal levantó las cejas, sorprendido por la respuesta.

—Lo siento, Capitán. No sé prácticamente nada sobre máquinas voladoras. ¿Quiere decirme que un jet como ese no puede aterrizar en la arena?

—Sr. Taylor, un jet de ese tamaño solo puede aterrizar en un suelo preparado para soportar un impacto de medio millón de libras, y eso en un aterrizaje controlado. Aterrizar en condición de planeo es aún peor, mucho más violento; es un choque incontrolado. Estoy seguro de que intentar aterrizar en cualquier lugar de esta zona habría terminado en un desastre total, con muy pocas probabilidades de supervivencia.

El fiscal reflexionó un momento y dijo: —Capitán, ha respondido a todas mis preguntas de forma franca y sincera, y se lo agradezco. Eso es todo lo que tengo para usted por el momento.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó Vargas.

—El Departamento de Justicia debe definir si se ha cometido algún delito y determinar si habrá un juicio. Pero es demasiado pronto para hablar de eso.

Dicho esto, el fiscal agradeció a Vargas la información, se despidió de él y de los agentes, y se marchó.

Vargas empezó a preguntarse a dónde lo llevarían después cuando uno de los agentes, con humor jovial, le dijo:

—¡Le va a encantar el alojamiento que le hemos reservado, Capitán!

El alcalde del pueblo era un aficionado a la aviación y poseía una pequeña Cessna monomotor de cuatro plazas. Tenía un rancho a las afueras del pueblo con una pequeña pista de aterrizaje y había organizado que Vargas se quedara en su casa. Cuando Vargas bajó del

automóvil frente a la vivienda, quedó favorablemente impresionado.

La casa se asentaba en la tierra reseca por el sol, un rancho de una sola planta con paredes de estuco, pintadas en suaves tonos arena y ocre, que se mezclaban casi a la perfección con el desierto circundante. Un tejado de tejas de terracota con una ligera pendiente le daba un encanto cálido y sin pretensiones, mientras que los amplios aleros ofrecían una agradecida sombra contra el sol implacable. Un porche cubierto recorría la parte delantera, suficiente para un par de sillas mecedoras y uno o dos cactus en macetas. En conjunto, el lugar era una encantadora postal del desierto.

Vargas fue recibido por la esposa del alcalde, una señora de unos 60 años, muy delgada, con el pelo teñido de un rojo brillante, el rostro muy bronceado y pecoso, ojos azules y una sonrisa muy amable. Tras estrecharle la mano, la dama le dijo su nombre y añadió, con un fuerte acento sureño:

—Por favor, llámeme simplemente Helen; aquí somos muy informales. Sam estará con nosotros en breve; está jugando con su juguete favorito.

Justo cuando Helen terminó la frase, una pequeña avioneta monomotor voló muy bajo sobre ellos y desapareció tras la casa. Al poco rato, se oyó el ruido ronco del motor deteniéndose y, unos minutos más tarde, el alcalde apareció para unirse a ellos.

Vargas vio a un hombre con el rostro curtido por décadas bajo el sol del desierto. Parecía pasar de los sesenta y tenía la constitución delgada de alguien que ha trabajado más con sus manos que detrás de un escritorio. Su piel estaba bronceada y surcada de arrugas, especialmente alrededor de los ojos, donde las risas y las preocupaciones habían grabado líneas profundas. Vestía

ropa práctica: pantalones de color caqui muy usados, una camisa de botones con las mangas remangadas y zapatillas de deporte. De su cinturón colgaban una pequeña navaja y un llavero.

Estrechó la mano de Vargas con un apretón muy fuerte y dijo que se llamaba Sam Jones. Vargas pensó que el nombre encajaba perfectamente con su apariencia.

—Mucho gusto, Capitán Vargas, y bienvenido a mi humilde rancho —dijo—. Es un honor conocer a un colega piloto. Estoy cerca de los setenta y sigo volando. Pienso hacerlo hasta que el Señor me lleve a volar entre las nubes. —Sonrió—. Aunque confieso que eché un vistazo al interior de la cabina de su avión y, por Dios, no tengo idea de cómo tiene el valor de manejar todas esas palancas e indicadores. Todo lo que tengo en mi avioneta es lo que llamamos el "six pack": altitud, velocidad y lo demás. ¡Pero qué demonios! Nunca los miro. ¡Vuelo, como dicen, por puro instinto!

El alcalde se rio a carcajadas de sus propias palabras. Vargas pensó que había algo honesto y decente en este tipo. Había una calma constante en su voz y tendía a hacer pausas antes de hablar, sopesando sus palabras con cuidado, un hábito que sin duda le había ganado respeto.

Iba a seguir hablando, pero Helen lo detuvo.

—¡Vamos, Alcalde! ¿Va a dejar a su invitado fuera de la casa? Entremos; tengo preparada una limonada dulce.

A Vargas le pareció gracioso que su esposa llamara a su marido "Alcalde". También le sorprendió ver lo delgada que era la pareja. Apostaría a que, combinados, apenas llegarían a las 300 libras.

Dentro de la casa, la distribución era modesta pero práctica: una sala de estar con un sofá desgastado pero cómodo, una mesa de comedor de madera sencilla y una

cocina con repisas descoloridas por el sol y estantes llenos de lo básico más que de lujos. Tumbados en el sofá había dos perros de raza indefinida que se quejaron cuando Helen les dijo que bajaran; parecía que el desierto volvía vago a todo el mundo.

A Vargas le enseñaron su habitación y dejó allí la bolsa con la ropa que la señora de relaciones públicas le había traído. Luego Helen preparó la cena mientras él y el alcalde bebían limonada y hablaban de aviones. La cena fue sencilla y la conversación agradable e informal. Mientras los Jones hablaban de su familia, Vargas intentó desviar la conversación hacia el accidente, pero los anfitriones parecían evitarlo, probablemente por consideración hacia él.

De repente, para sorpresa de Vargas, Jones dijo:

—Vaya lío el que armó allí, Capitán... apuesto a que tuvo que cambiarse la ropa interior cuando todo terminó.

Su esposa le dirigió una mirada de reproche.

—¡Alcalde! —dijo ella—, ¿qué clase de lenguaje es ese? ¡El capitán es nuestro invitado!

Vargas intervino. —Está bien, Helen... no me importa hablar de ello. Siento que estoy entre amigos aquí.

—Entonces, déjame decirte algo, hijo —continuó el alcalde—. Todos los daños se arreglarán; el seguro y tu compañía probablemente pagarán por eso. Pero esas dos personas que murieron...

Helen exclamó: —¡Alcalde! —pero las palabras ya habían salido. En un momento inesperado, sin intentarlo, Vargas se había enterado de lo que había estado tratando de averiguar desde el momento del accidente.

El alcalde dejó de hablar al ver la reacción de su invitado. Vargas se puso pálido como un fantasma y sus manos se quedaron rígidas. Las palabras le golpearon

como un impacto físico: dos personas... muertas... por su culpa. El estómago se le revolvió, se le cortó la respiración y el sonido de sus latidos en los oídos lo aturdió. No podía moverse, no podía hablar; solo mirar fijamente. Entonces, un dolor hueco y mudo surgió en su pecho, enredado con una pena tan cruda que casi lo derriba. Él había sobrevivido. Ellos no.

Hubo un momento de silencio y el alcalde, tratando de disculparse, dijo:

—¡Oh! Por el amor de Dios, hijo, ¡no lo sabías! —
Luego, a su mujer—: ¡Eso pasó hace dos días! ¿Cómo iba a imaginarme que no lo sabía?

Puso su mano sobre el hombro de Vargas. —¡Lo siento, hijo! A veces puedo ser un verdadero estúpido.

Pero Vargas se había recuperado y se sentía agradecido con el alcalde.

—No se preocupe, Alcalde —dijo—. Me ha hecho un favor. Hasta ahora, nadie me había dicho la verdad sobre las víctimas mortales. Ahora sé lo que pasó y a qué tendré que enfrentarme.

—Oiga, Capitán, nadie puede culparle por lo que hizo. ¡Todos habríamos hecho lo mismo, pregúntele a cualquier piloto! —respondió el alcalde.

La conversación volvió a la normalidad; después de cenar, tras una corta charla, Vargas dio las gracias a la pareja, les dio las buenas noches y se retiró a su habitación. Se duchó y se acostó, agotado por los acontecimientos del día.

Pero el sueño no llegó pronto. Los recuerdos del aterrizaje —calculado, preciso y, sin embargo, de alguna manera fallido— cruzaban por su mente, cada momento teñido ahora por una culpa irreversible. Se sintió confundido. No podía entender por qué todo el mundo estaba siendo tan amable con él. Había matado a dos

personas y él estaba vivo. Sin embargo, los médicos, la gente del hospital, el alcalde y su mujer, e incluso los agentes, no habían sido más que considerados con él. Estos últimos pensamientos le trajeron algo de tranquilidad y le permitieron conciliar el sueño. No sabía que las cosas no iban a tardar mucho en cambiar. De hecho, empezaron a cambiar al día siguiente.

CAPÍTULO 6

CULPA

Al día siguiente del accidente, los hermanos Erskin celebraron una reunión urgente con sus empleados de mayor confianza, el gerente general y el abogado de la empresa, para analizar la situación creada por el desastre.

Sergio Richter, el gerente general, habló primero.

—Mi contacto en Pago Largo me informó que el fiscal del distrito ha hablado con el piloto del avión, el capitán Vargas, y ha decidido imputarlo por cargos que aún no han sido especificados.

—¿Cuándo será arrestado? —preguntó David Erskin, uno de los hermanos propietarios de Sur Airways.

—Probablemente en una semana más o menos. A Taylor, el fiscal, le gusta tener todas las pruebas listas y alineadas antes de proceder.

Simón, el otro hermano, preguntó:

—¿Cuáles serían los cargos?

El abogado dudó un instante.

—Podrían ser tanto penales como civiles, a nivel estatal y federal, ya que la FAA también tiene jurisdicción. Es un caso complicado. Los cargos podrían ir desde homicidio hasta agresión o destrucción de propiedad, dependiendo de la evidencia y de lo que decida el fiscal.

—¿Y qué cargos recaerían sobre la compañía?

—Eso depende de lo que se determine respecto a las acciones del piloto —explicó el abogado—. Si Vargas decidió aterrizar en el pueblo sin razón alguna, y le permitimos volar, aun sabiendo que no estaba bien mentalmente, seríamos responsables. En caso contrario, si no estábamos al tanto de su condición, nuestra

responsabilidad sería mínima. Al tomar esa acción sin causa justificada, él sería el responsable y podría ser declarado culpable de homicidio voluntario.

El abogado reflexionó un momento antes de continuar.

—Pero ese puede no ser nuestro caso. Si fue obligado a aterrizar, puede no excluirse la responsabilidad de la empresa. Si una falla mecánica causó el desastre, podríamos ser acusados de homicidio por negligencia criminal, imprudencia temeraria o, al menos, operación negligente de un instrumento peligroso. Cada muerte o lesión podría constituir un cargo separado.

La persona de más experiencia, el gerente general, expresó lo evidente.

—Entonces, Leonard —dijo, dirigiéndose al abogado por su nombre de pila—, lo que nos estás diciendo es que nos convendría que solo el piloto sea culpado del desastre.

—Dicho crudamente, sí.

Tras esas palabras, una evidente ansiedad, no expresada, se apoderó de la sala. La posibilidad de imputaciones, reputaciones arruinadas y enormes indemnizaciones estaba en la mente de todos. La empresa estaba asegurada, pero podrían tener que enfrentarse a responsabilidades personales y a años de litigios costosos.

Se trataba de supervivencia... y de quién terminaría pagando el precio.

Las secretarías de Simón y David habían permanecido en silencio a un lado, tomando notas. David se volvió hacia ellas y les pidió amablemente que abandonaran la sala.

Cuando quedaron solos los cuatro hombres, David le dijo al abogado:

—Bien, Leonard. Todo depende de ti ahora. Todos apreciamos a Vargas, pero, pase lo que pase, debemos evitar que se sepa que hubo un problema con el avión.

Su hermano y el gerente asintieron en silencio.

El abogado negó con la cabeza.

—Lo pensé, pero aunque Vargas confíe en mí, no creo que sea el tipo de hombre que aceptaría mentir bajo juramento.

—Entonces tendrás que encontrar la manera de convencer al jurado de que eso fue lo que ocurrió. Ese veredicto sería una prueba importante a nuestro favor si más adelante nos acusan de negligencia.

—Eso podría significar una condena muy larga para Vargas —advirtió el abogado.

David y Simón no se inmutaron ante esa posibilidad.

Simón dijo:

—Lo sentimos, Leonard, pero ¿se te ocurre alguna otra solución?

El abogado guardó silencio.

Muy lejos, a cinco mil millas de Vargas y sin que él lo supiera, su destino ya había sido sellado. Un simple piloto no tiene medios para enfrentarse a una corporación multimillonaria.

Ignorando su juramento y decidido a proceder como le habían pedido, el abogado preguntó:

—¿Quién más sabe del problema con la válvula?

El gerente respondió:

—Solo el primer oficial que volaba con él y el ingeniero del departamento de mantenimiento. Vargas habló con él desde el avión.

—Conozco bien al primer oficial. Es un muchacho joven y está realmente asustado. Me ha llamado varias veces, preguntando qué podemos hacer por él. Incluso me

pidió ayuda para salir del país. Lo ayudaré a irse lejos y me aseguraré de que desaparezca allí. Puede costar dinero, pero lo haré. No tenemos que preocuparnos por él.

—¿Y el ingeniero del departamento de mantenimiento?

El gerente general respondió:

—Es un veterano, un tipo llamado Antonio Santini, originario de Italia. Está a punto de jubilarse. Le daremos una buena indemnización, suficiente para que regrese a su país. El fiscal no tendrá motivos para traerlo de vuelta.

La reunión terminó, los hombres dejaron la oficina decididos a hacer lo necesario para evitar que el desastre los afectara personalmente, sin importar las consecuencias.

En Estados Unidos, un incidente relacionado a un vuelo comercial es investigado por diferentes organismos según su gravedad.

La primera investigación inmediata la realiza el propio departamento de mantenimiento y seguridad de la aerolínea.

Si el incidente es más serio, como una declaración de emergencia o un riesgo para los pasajeros, la Administración Federal de Aviación (FAA) asume la investigación.

En los casos más graves, la Junta Nacional de Seguridad en el Transporte (NTSB) lleva adelante la investigación, generalmente en situaciones de aterrizajes de emergencia, incendios, fallas graves de motor o accidentes personales.

Unos días después de que su futuro fuera decidido fríamente en Boston, Vargas recibió la visita de dos hombres vestidos con trajes formales.

Se identificaron: uno pertenecía a la FAA y el otro a la NTSB. Habían viajado juntos desde Washington para interrogarlo oficialmente sobre las circunstancias del accidente.

Después de sentarse los tres en la sala de estar del alcalde, y luego de que Helen les sirviera café, los hombres le preguntaron a Vargas si deseaba la presencia de un abogado.

Él respondió que no era necesario. Estaba dispuesto a contar exactamente lo sucedido y responder todas sus preguntas.

La reunión se desarrolló en un ambiente cordial. Vargas relató las circunstancias del accidente —las mismas que había contado al investigador de la ABI— y los hombres tomaron abundantes notas.

Prestaron especial atención cuando Vargas mencionó el problema con la válvula.

El investigador de la FAA preguntó:

—¿Hay alguien más que pueda corroborar lo que usted dijo sobre esa válvula?

Vargas tuvo la incómoda sensación de que dudaban de la veracidad de sus palabras.

—Pueden preguntarle al primer oficial —les dijo—. Él fue el primero en notar el problema.

La respuesta del hombre sorprendió a Vargas.

—Sí —dijo—. Hemos estado intentando contactarlo, pero no ha estado disponible. Seguimos tratando de localizarlo.

Los dos hombres terminaron con sus preguntas, le agradecieron a Vargas su colaboración y se marcharon.

Vargas quedó desconcertado por el hecho de que no hubieran podido hablar con el primer oficial.

Después de que los hombres se fueron, el alcalde y Vargas se sentaron en el patio a tomar café. Para entonces, Vargas llevaba varios días viviendo con el alcalde y Helen, y había desarrollado cierta intimidad con la familia.

Vargas le contaba al alcalde sobre los investigadores y sobre el hecho de que no habían logrado hablar con el primer oficial, cuando Helen entró en la habitación con un periódico en la mano.

—Será mejor que vean esto —les dijo, entregándoselo al alcalde.

El alcalde leyó la primera plana y se la mostró a Vargas.

El artículo decía:

“Investigadores de la FAA y la NTSB se encuentran en la ciudad para examinar las circunstancias del aterrizaje forzoso y sus trágicas consecuencias. El piloto y otras personas involucradas han sido identificados y detenidos temporalmente, con la excepción del primer oficial, a quien las autoridades aún no han logrado localizar.”

El alcalde reflexionó un momento y dijo:

—Esto no me huele bien, Henry. El primer oficial es el único que puede confirmar lo que dices sobre lo que causó que las turbinas se quedaran sin combustible. Será mejor que tengas cuidado.

Al día siguiente, Vargas recibió una llamada del abogado de la compañía. Le informó que había llegado a Phoenix y que necesitaba reunirse con él. Vargas consultó con el alcalde, y éste aceptó que el encuentro se realizara

en su casa. Vargas le pasó el teléfono, y el alcalde le dio al abogado indicaciones para llegar.

Cuando colgó, Vargas dijo:

—Bueno, supongo que pronto sabré qué espera la compañía de mí.

El alcalde sentía simpatía por el joven capitán, y Vargas percibió que podía confiar en la amistad y el consejo del veterano alcalde. Ambos ya se trataban por sus nombres de pila. Mientras esperaban al abogado, Vargas le contó al alcalde los detalles del accidente.

—Henry —le dijo el anciano—, esto puede sorprenderte, pero yo solía ser abogado. Y no sé cuáles son tus planes ni los de tus jefes, pero he sido abogado y alcalde de este pueblo durante muchos años, y una de las cosas que he aprendido es que los abogados rara vez están aquí para ayudarte.

—Lo creo, Sam. Nunca he estado en una situación como esta; me siento como un sapo en el charco equivocado. ¿Qué opinas de todo esto? ¿Podría la compañía alegar que fue solo un accidente?

—Bueno... muy pronto el equipo de la NTSB estará en la ciudad, si no es que ya está aquí. Esos agentes no tardan en empezar a recopilar datos para su investigación. En seis meses o un año emitirán un veredicto. Y alguien será culpado. Y aprende una cosa: no existen los accidentes.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que dije. No existen los accidentes. Hay actos de Dios, como terremotos y tornados, o hay casos de negligencia, errores humanos. Todo “accidente” puede rastrearse hasta una de esas causas. Si no es un fenómeno natural, lo que llamamos un acto de Dios, entonces es una falla humana.

»Si un avión es alcanzado por un rayo y se estrella, es un acto de Dios. Si un piloto se ve obligado a aterrizar en el desierto porque una válvula falló, no es mala suerte del piloto ni un acto de Dios. Alguien en mantenimiento no probó la válvula correctamente, o alguien la ensambló mal, o fue diseñada de forma incorrecta, o alguien la almacenó en un lugar donde se corroyó. Pero alguien hizo algo mal, y esa persona —o esa empresa— es la responsable.

—¿Qué tratas de decirme, Sam?

El alcalde habló despacio, eligiendo sus palabras con cuidado, como si cada una tuviera un peso especial.

—Esto es lo que pienso, Henry: las familias de las personas heridas, especialmente las de los fallecidos, reclamarán una indemnización a la parte responsable del accidente. Eso significa que alguien debe ser culpado, y ese alguien será la compañía o las personas que pilotaban el avión.

»La empresa hará todo lo que esté a su alcance para trasladar la responsabilidad al piloto, para presentarlo como la única causa de la tragedia y protegerse de cualquier culpa. Para la compañía, admitir su responsabilidad significaría demandas, daños compensatorios y un juicio público que la aerolínea quiere evitar a toda costa.

El alcalde habló con franqueza; no era momento de maquillar la verdad.

—Es más fácil —continuó diciéndole a Vargas—, sacrificar a un hombre que exponer fallas endémicas; más fácil dejar que el piloto cargue con la responsabilidad, mientras la empresa preserva su imagen y sus balances financieros. Y esa será la misión del abogado de la compañía: el hombre que viene a hablar contigo.

Vargas comprendió que el alcalde le decía la verdad. Hasta ahora, la gente del pueblo no le había mostrado animosidad, pero sabía que había familias que merecían y exigirían explicaciones. Mientras que la compañía era una entidad abstracta, él estaba allí mismo: un blanco fácil, alguien a quien culpar. Las palabras del alcalde lo hicieron sentir profundamente solo.

Cuando Vargas se dirigió al alcalde, sus palabras fueron un llamado silencioso de ayuda.

—¿Qué puedo hacer, Sam?

—Bueno, hijo, aún no se ha determinado nada. Veamos: ¿quién conoce la verdadera causa del accidente? ¿Quién sabe lo que me contaste sobre esa válvula?

—El primer oficial lo sabe. También el ingeniero de mantenimiento con el que hablé, el fiscal del distrito y los dos investigadores que me entrevistaron ayer.

—¡Bien! Que siga así. Puedes decírselo a tu abogado, pero no se lo digas a nadie más —dijo el viejo alcalde con entusiasmo—. ¡Esa será nuestra arma secreta!

Vargas se dio cuenta de que el alcalde traía algo entre manos.

—¿Vas a ser tú mi abogado, Henry? —preguntó esperanzado.

—No, hijo —respondió el alcalde con voz decidida—. Tengo algo mejor en mente. Pero no tenemos tiempo que perder. El abogado de la compañía llegará pronto y querrá hablar contigo a solas. Acepta lo que te sugiera, pero no te comprometas a nada. No debe saber que tendremos nuestra propia defensa. Y ahora, tengo unas cuantas llamadas que hacer.

El alcalde sonaba como un hombre con un propósito, y Vargas se sintió revivir. Tenía un aliado, y uno muy capaz.

El abogado de la compañía, el mismo que había atendido la reunión con los hermanos el día antes, llegó a la mañana siguiente. Era un hombre de unos cincuenta años, elegantemente vestido con un traje a medida. Era bajo, calvo y llevaba gafas gruesas. Vargas notó que sus manos estaban cuidadosamente manicuradas.

Se presentó y dijo que su nombre era Leonard Bernstein.

—Sin parentesco con el director de orquesta — explicó bromeando—. Simplemente sucedió que mis padres eran músicos.

El alcalde lo guio a él y a Vargas a su pequeña oficina y se retiró, ofreciéndoles privacidad.

—Bien, capitán Vargas, aquí estamos —dijo el abogado—. La compañía me ha enviado para hacerme cargo de su caso. ¿Por qué no empieza contándome qué pasó? Sabe que, como su abogado, todo lo que me diga será confidencial y solo lo usaré si usted lo aprueba.

En una conversación de veinte minutos, Vargas relató al abogado los hechos que habían provocado el accidente, incluido el problema con la válvula. Cuando terminó, el abogado dijo:

—Tenemos mucho trabajo por delante. Se ha puesto usted en una situación difícil, amigo mío. Pero no debe preocuparse; los hermanos le tienen mucho aprecio y haremos todo lo posible para minimizar su implicación en el suceso.

Miró a Vargas esperando una señal de aprobación, pero Vargas, advertido por el alcalde, dudaba de si el abogado decía la verdad y no dijo nada. El abogado fue directo al grano del asunto.

—Tengo malas noticias. Hicieron revisar la válvula que Ud. mencionó por un equipo independiente y descubrieron que funcionaba normalmente. Sabemos que

a veces pasa: algo falla en el momento inoportuno y después funciona perfectamente.

—¿Y qué sucede con eso?

—Como abogado, le aconsejaría que no mencione más el tema de la válvula. Sería difícil de probar y no marcaría ninguna diferencia. El punto aquí es si aterrizó en el pueblo porque no tenía otra opción. Esa será nuestra defensa.

—¿Qué diré cuando el fiscal me pregunte por qué tuve que aterrizar? Necesito una razón.

—Déjeme eso a mí. Objetaré la pregunta. Y si el juez lo permite, investigaré y presentaré una explicación creíble, para que ni usted ni la compañía tengan la culpa.

Vargas no creía que eso fuera suficiente. Estuvo a punto de protestar, pero recordó el consejo del alcalde de aceptar lo que dijera el abogado. Así que simplemente preguntó:

—¿Eso es todo, Sr. Bernstein?

—Eso es todo por ahora, capitán. En unos días comparecerá ante un juez, quien leerá los cargos y le pedirá que se declare culpable o inocente; usted, por supuesto, se declarará inocente. Después de eso, se fijará la fecha del juicio. Debería tener lugar en un par de semanas. En un pueblo pequeño como este, las cosas se mueven rápido.

—¿Y qué haré mientras tanto? ¿Va a prepararme para el juicio o algo así?

—No será necesario, capitán. Simplemente proceda como le dije y todo saldrá bien. Y la empresa estará muy agradecida.

El abogado insinuó —sin mencionarlo explícitamente— una recompensa económica. Decirlo abiertamente habría constituido un soborno, un delito grave.

Tal como había dicho el abogado, unos días después Vargas fue detenido oficialmente por la ABI y llevado ante un juez en la sala de justicia del ayuntamiento. La sala era muy pequeña y el juez no permitió la entrada de periodistas ni del público.

Allí se le leyó la acusación. El único juez de Pago Largo era dueño de una zapatería; en esos días estaba celebrando una liquidación y se había excusado, alegando una situación de "fuerza mayor", por lo que trajeron a un juez de Phoenix. El juez local prometió que la liquidación habría terminado para cuando empezara el juicio real.

Vargas fue acusado de dos cargos de homicidio por negligencia criminal, múltiples cargos de imprudencia temeraria y múltiples cargos de destrucción de propiedad. De pie junto a su abogado, Vargas se declaró inocente de los cargos.

El juez declaró la sesión terminada y fijó la fecha del juicio para dos semanas después. Consideró que Vargas no representaba riesgo de fuga y no tenía antecedentes penales, por lo que ordenó su libertad bajo palabra.

También impuso una orden de silencio: nadie relacionado con el caso debía hablar sobre el juicio con nadie más. El juez sabía que, en ese pueblo, tal orden era inútil; pero cuando se le preguntó al respecto, dijo que la orden "sonaba muy apropiada".

Cuando Vargas y su abogado salieron, fueron asaltados por varios lugareños curiosos y un gran grupo de reporteros de prensa y televisión de "la ciudad", como llamaban los locales a Phoenix.

El juez había intentado mantener la fecha en secreto, pero eso resultó imposible en un pueblo donde todos conocían los asuntos de todos.

Esa noche, y en los días siguientes, Vargas, junto con el alcalde y su esposa Helen, se sentaron en la sala a ver el rostro de Vargas aparecer en todos los canales de noticias. El alcalde intentó darle ánimos.

—Hijo —le dijo—, por lo que he sabido, los familiares de las dos personas que murieron en el accidente ya han contactado con abogados en Phoenix y planean demandar a tu compañía. Lo mismo ocurre con las personas que resultaron heridas y las que sufrieron daños materiales. Tú no formarás parte de esa demanda civil.

Pero eso no hizo que Vargas se sintiera mucho mejor. Preguntó:

—Sam, ¿qué tipo de sentencia podría recibir? En otras palabras, ¿cuántos años podría pasar en la cárcel si me declaran culpable?

—Podría ser cualquier cosa, desde una sentencia suspendida hasta diez o quince años. Depende del juez y del fiscal. Pero es demasiado pronto para hablar de eso. Incluso si te declaran culpable, pueden pasar años antes de que realmente tengas que ir a la cárcel. Si llegamos a ese punto, hay procesos de apelación que tardan mucho tiempo.

Hasta entonces, Vargas había logrado evitar a los reporteros y mantener su identidad en secreto. Pero desde el momento en que su nombre y su rostro se hicieron públicos, el pueblo se dividió según líneas invisibles.

Todo el pueblo entró en un estado de reflexión. La gente de Pago Largo era en general amable, pacífica y compasiva. Las diferencias de opinión sobre las acciones del piloto se discutían en voz baja, sin que nadie levantara el tono. La gente expresaba sus puntos de vista con moderación, sopesando la tragedia frente a la necesidad, el dolor frente a la gratitud. Vargas sentía que sus

corazones se inclinaban hacia la comprensión, aunque no aprobaran del todo sus acciones.

Poco a poco, surgieron dos grupos distintos, casi como dos corrientes opuestas en un río. Algunos se maravillaban ante el hecho de que el enorme avión hubiera aterrizado justo en el centro de la avenida, evitando los edificios. Hablaban de valentía y lo veían a Vargas como un héroe, un hombre cuya pericia había evitado un desastre aún mayor.

Pero también estaban los familiares y amigos de las personas fallecidas. Ellos exigían una explicación de por qué tuvo que suceder, por qué la monstruosa máquina había caído sobre gente inocente.

La gente trataba de entender cómo un mismo acto podía ser visto como heroísmo y tragedia al mismo tiempo. El pueblo necesitaba cerrar ese capítulo, y para ello exigía respuestas.

Pago Largo esperaba el juicio como un pueblo espera una tormenta: en silencio, con paciencia, sabiendo que cuando llegara, traería finalmente las respuestas que todos buscaban.

CAPÍTULO 7

EL JUICIO

Durante las dos semanas siguientes, Vargas se quedó con los Jones, quienes lo trataron como a un miembro de la familia. El alcalde insistió en llevarlo a volar en su pequeña avioneta y se divirtieron sobrevolando a baja altura la Reserva Indígena Isleta y las montañas alrededor de Ponderosa Pine. Vargas juzgó que el alcalde era un excelente piloto, y el anciano se deleitó cuando se lo dijo.

Vargas se reunió con Bernstein un par de veces, pero el abogado solo le hablaba de los procedimientos del juicio, nunca de tácticas ni de su plan para defenderlo. Vargas estaba seguro de que Bernstein planeaba "echarlo a los leones" en beneficio de la empresa y se lo dijo al alcalde, pero el anciano le dijo que no se preocupara; ellos tenían su propio plan.

Durante esos días notó que una atractiva joven rubia visitó la casa varias veces y se reunió en privado con el alcalde en su oficina. Vargas intuyó que las reuniones tenían algo que ver con su caso, pero el alcalde nunca mencionó nada al respecto; Vargas decidió no preguntar. La joven seguía siendo un misterio y él supuso se resolvería el día del juicio.

Pago Largo era un pueblo de gente sencilla, no acostumbrada a los espectáculos propios de las grandes ciudades. A medida que se acercaba el día del juicio, las conversaciones en las tiendas de comestibles, en la gasolinera y a lo largo de las aceras sombreadas derivaban inevitablemente hacia el tribunal. El pueblo bullía de grandes expectativas, y no se hablaba de otra cosa que del

próximo juicio, que se había convertido en el evento más importante que el pueblo había visto en años.

El concejo municipal decidió que la sala del ayuntamiento era demasiado pequeña para albergar a la cantidad de reporteros y miembros del público que se esperaba que asistieran, y optó por trasladarla a la cancha de baloncesto de la escuela del pueblo, el espacio cubierto más grande del lugar.

Una semana antes del "Día D" —la fecha del juicio—, la canasta de baloncesto de un extremo fue apartada y la cancha se dividió con barreras temporales. Se colocó una larga mesa a un lado para que sirviera como estrado del juez, elevada sobre una modesta plataforma, para que el juez pudiera ver por encima de la sala. Las mesas para la fiscalía y la defensa estaban frente al estrado y se instaló un pequeño podio para los testigos.

El día anterior al Día D, se dispusieron filas de sillas prestadas del teatro del pueblo para el público y los reporteros. Las primeras filas se reservaron para la prensa y las familias involucradas en el caso. El banquillo del jurado se improvisó con un grupo de sillas apartadas a un lado.

Detrás del estrado del juez se colocaron una bandera estadounidense, la bandera del estado de Arizona —de color amarillo brillante con el símbolo rojo del sol en el centro, el signo sagrado del Pueblo Zia— y el sello del tribunal, lo que confería una sensación de legitimidad al improvisado entorno. El contraste entre la seriedad del juicio y el espacio familiar de la cancha de baloncesto subrayaba lo extraordinario que era el evento para el pueblo.

El Día D, horas antes de que comenzara el juicio, la sala ya estaba abarrotada de reporteros y miembros del público, y el aire vibraba de anticipación. Afuera, el gran

campo de césped frente a la escuela había sido tomado por camionetas de televisión de las principales cadenas del país, con sus imponentes antenas parabólicas brillando bajo el sol de la mañana.

Las familias extendían mantas sobre el césped, susurrando con entusiasmo sobre lo que estaba por venir. Los vendedores ambulantes se movían entre la multitud, ofreciendo refrigerios, sombreros y recuerdos; una camiseta con un avión 787 estampado en el frente se convirtió en un éxito de ventas instantáneo, vendiéndose más rápido de lo que nadie podía contar.

Unos minutos antes de las 10:00 de la mañana, los principales participantes estaban sentados: Vargas con Bernstein —su abogado— en la mesa de la defensa y el fiscal el fiscal de distrito y su secretaria en la mesa de la acusación.

Vargas notó al alcalde sentado detrás de él, con la misteriosa mujer rubia a su lado. Miró al alcalde con aire de pregunta, pero este simplemente dijo:

—Tú solo sígueme la corriente, no te preocupes.

Exactamente a las 10:00, el alguacil pidió a todos que se pusieran de pie y el juez entró en la sala. El juez Rupert White entró con pasos lentos y pausados. Aparentaba tener unos 60 años. Su toga negra colgaba pulcramente sobre su delgada complexión, y su cabello gris brillaba bajo las luces del gimnasio. Bajo sus redondos anteojos sus ojos eran agudos pero amables, y recorrieron la sala con familiaridad.

El juez Rupert, además de ser conocido como el dueño de la zapatería del pueblo, también era conocido por ser un juez honesto y justo. Saludó con la cabeza a algunos rostros conocidos, golpeó ligeramente el estrado con su mazo y, con voz tranquila y mesurada, puso orden en la sala y declaró abierta la sesión.

El alguacil leyó el orden del día y, una vez completados los preliminares, el juez invitó al fiscal a presentar el caso del estado. Sin embargo, antes de que el fiscal pudiera levantarse, el alcalde se puso de pie y se dirigió al estrado.

—Su Señoría, con todo respeto, como amigo del tribunal, me gustaría informarle de un acontecimiento de última hora.

El juez miró al alcalde por encima de sus gafas y respondió, llamándolo por su nombre de pila:

—Está bien, Sam, no hay problema. ¿Qué pasa? Di lo que tengas que decir.

—Bueno, Su Señoría, mi nombre es Sam Jones, y conozco al acusado...

El juez lo interrumpió: —Todos te conocemos, Sam. Sé breve. Solo di lo que sea.

Unas cuantas sonrisas recorrieron la sala. El fiscal y el abogado defensor estaban visiblemente impacientes, pero el alcalde se negó a que lo apresuraran.

—Bueno, Su Señoría, dado que el acusado es un extraño en este pueblo y está aquí completamente solo, pensé que sería justo que tuviera un rostro amigo a su lado. Así que le sugerí que, además de su experimentado —y costoso— abogado, permitiera que alguien familiarizado con nuestro pueblo actuara como segunda abogada. Solo es alguien que conoce las costumbres de aquí, por si pudiera ayudar.

—¿Y en quién tienes pensado, Sam? —preguntó el juez.

—Pensé en la señorita Yolanda Cardinale —dijo el alcalde, señalando a la mujer sentada a su lado—. Ella es abogada, y se lo pedí. Siendo la persona amable que es, aceptó.

El alcalde apenas había terminado de hablar cuando Bernstein, el abogado de Vargas, ya estaba de pie.

—¡Su Señoría! ¡Esto está completamente fuera de lugar! La defensa tiene su estrategia planeada, y añadir un nuevo miembro en esta etapa anularía todo. ¡Protesto en los términos más enérgicos!

El alcalde abrió la boca para responder, pero el juez habló primero.

—Su objeción ha sido anotada, Sr. Bernstein. Por favor, siéntese. Resolvamos esto adecuadamente.

El juez se dirigió al alcalde: —Sam, todos sabemos que Yolanda es abogada, pero al presente es maestra en la escuela. ¿Ha aceptado el Sr. Vargas este acuerdo?

El juez miró directamente a Vargas y le preguntó:

—Sr. Vargas, le recuerdo que los cargos contra usted son graves y, si es declarado culpable, la sentencia podría ser de muchos años de prisión. ¿Está de acuerdo con este cambio?

Vargas miró al alcalde, quien asintió levemente.

—Sí, Su Señoría.

—Bueno —dijo el juez—, esto debería haberse revelado antes, pero daré mi consentimiento. ¿Tiene el Estado alguna objeción?

El fiscal se enderezó en su silla. —Sin objeciones, Su Señoría. Sin embargo, me gustaría que conste en acta que esto no será motivo para un nuevo juicio.

—Muy bien —dijo el juez—. Entonces queda acordado. Señorita Cardinale, por favor, tome su lugar en la mesa de la defensa.

Por primera vez, Vargas pudo observar a la mujer que había visitado la casa del alcalde varias veces. Yolanda parecía estar en sus 30 años e, incluso con sus zapatos de suela plana, se veía bastante alta. Tenía el

cabello largo y rubio, una figura atlética y una piel suave de tono oliva.

Cuando ella tomó asiento al otro lado de Vargas, Bernstein dijo en voz baja:

—No tengo problema con que esté aquí, Srta. Cardinale. Pero se me debería haber advertido de esto antes.

Su voz era suave y musical; ella respondió, disculpándose:

—Lo siento mucho, Sr. Bernstein. Fue una decisión de último momento.

Mientras tanto, el fiscal estaba listo para comenzar. No tenía nada personal contra Vargas y no necesitaba otro triunfo profesional. Durante 20 años había demostrado ser un fiscal de primera clase. Pero había muerto gente, y alguien tenía que ser responsable. Iba a intentar presentar la versión del estado al jurado de manera clara, controlada y moralmente firme, evitando las especulaciones mientras guiaba a los jurados hacia el hecho de que la responsabilidad pertenecía al piloto.

Se paró frente a las cuatro mujeres y ocho miembros del jurado, se presentó, les dio la bienvenida al tribunal y, con una voz marcadamente profesional, comenzó:

—Debo decirles que en todos mis 20 años como fiscal de distrito, este es el caso más difícil que jamás haya procesado. Este caso no trata de malicia. No trata de odio ni de intención de hacer daño. Trata de una elección.

»El acusado nos dice que, en la tarde del accidente, experimentó una falla técnica. ¿Qué tipo de falla? Eso sigue siendo un misterio. La defensa no ha probado definitivamente ninguna falla en el sistema. Lo que sí sabemos es que, a pesar de sus afirmaciones, nunca se ha establecido la necesidad de aterrizar donde lo hizo.

»La evidencia mostrará que el acusado era un piloto experimentado, un profesional con un historial impecable. Un hombre entrenado para evaluar riesgos bajo presión. Y ese día, tuvo una opción.

»Podría haber desviado su aeronave hacia el desierto que rodea al pueblo. Un aterrizaje de emergencia allí habría sido peligroso —quizás incluso fatal para los que iban a bordo—, pero habría evitado poner en riesgo vidas humanas en tierra. El acusado lo sabía. Su entrenamiento se lo decía.

»En cambio, eligió bajar un jet comercial en una vía principal de un pueblo habitado. Sabía que habría gente allí. Sabía que habría vehículos allí. Sabía que cualquiera en la trayectoria de esa aeronave no tendría posibilidad de escapar.

»Debido a su decisión, dos personas están muertas ahora. Jorge García, un estudiante de 17 años, un atleta brillante cercano a su graduación, había recibido una beca de fútbol de la Universidad de Phoenix. Tenía la promesa de una carrera en un deporte que amaba, pero ya no estará para perseguirla. El sueño de su vida se vio truncado por la decisión del Sr. Vargas.

»Margarita Gonzales, una madre de tres hijos de 31 años, no estará aquí para ver a sus hijos crecer, ir a la escuela o para guiarlos en la vida. Ese deber ahora pertenece a un padre con el corazón roto, un esposo que se preguntará para siempre por qué el destino decidió romper su maravillosa familia. Pero no es al destino a quien hay que culpar; ustedes saben quién es.

El fiscal notó que algunas de las mujeres entre los jurados buscaban sus pañuelos y guardó silencio durante unos minutos para dejar que se secaran las lágrimas. Luego, sintiéndose satisfecho de que sus palabras habían surtido efecto, continuó:

—Damas y caballeros, la ley no nos exige probar que el acusado quería que alguien muriera. Sabemos que ese no es el caso. Nos exige demostrar que él eligió conscientemente un curso de acción que puso vidas inocentes en un riesgo extremo y previsible, y que esas vidas se perdieron como resultado.

»Este caso trata sobre la rendición de cuentas. Sobre si se ejerció el juicio profesional —o si lo abandonó— cuando más importaba.

»Al final de este juicio, les pediremos que emitan un veredicto basado no en la simpatía, sino en la responsabilidad. Porque en nuestro sistema de justicia, incluso las elecciones trágicas deben ser juzgadas por las consecuencias que imponen a los demás. Gracias.

Ahora era el turno de la defensa. El Sr. Leonard Bernstein tenía una tarea muy difícil por delante. Pero el experimentado abogado había cruzado ese puente inestable muchas veces. Lo que necesitaba hacer era parecer competente y leal, mientras socavaba silenciosamente a Vargas sin traicionarlo abiertamente. No podía defender la inocencia con fuerza, pero tampoco podía parecer que estaba sabotando a su propio cliente. Había sido elegido por la compañía porque era un experto en retorcer los hechos y limitar la responsabilidad, y no tenía reparos en ceder terreno moral.

El abogado caminó teatralmente hacia el frente de los asientos del jurado, sonrió a las damas y comenzó:

—Damas y caballeros del jurado, me presento ante ustedes en una posición que ningún abogado desea: defendiendo a un hombre bueno que tomó una decisión terrible.

»Han escuchado que el Sr. Vargas tenía experiencia. Eso es cierto. Han escuchado que era responsable. Eso también es cierto. Y es precisamente por

esas cualidades que el peso de este caso recae con tanta fuerza sobre sus hombros.

»Nadie discute que algo salió mal en el aire ese día. Pero la aviación no es un reino de certezas; es una profesión donde el juicio más importa cuando la claridad es menos accesible. Y el juicio —el juicio humano— nunca es infalible.

»El Sr. Vargas creía, sinceramente, que aterrizar en el pueblo era la opción menos catastrófica disponible para él. Pero la creencia, por honesta que sea, no siempre se alinea con la realidad. Y la ley no pregunta si un hombre tenía buenas intenciones. Pregunta si la decisión que tomó fue razonable dadas las circunstancias.

»La fiscalía tiene razón en una cosa: aterrizar en el desierto era una opción. Peligrosa, sí. Aterradora, sí. Pero una opción, al fin y al cabo.

»El Sr. Vargas eligió lo contrario. No se les pide que lo condenen como a un villano. Se les pide que evalúen una decisión profesional tomada bajo presión, y que decidan si esa decisión cruzó la línea entre la tragedia y la responsabilidad.

»Este no es un caso sobre sistemas, corporaciones o fallas abstractas. Se trata de un solo momento, una sola elección y las consecuencias que siguieron.

»Sea cual sea el veredicto al que lleguen, solo les pido que se base en los hechos, y no en la simpatía, ni en el comprensible deseo de encontrar sentido a una pérdida. Gracias.

El abogado regresó a su asiento satisfecho. Se daba cuenta de que los jurados habían recibido su mensaje. No había usado palabras complicadas y su discurso había sonado ético, comedido, profesional y, sobre todo, sincero.

Lo que no mencionó fue que había aceptado la premisa de la fiscalía; nunca cuestionó la idea de que Vargas debería haber actuado de otra manera. Había cumplido su trabajo para la compañía: había eliminado por completo la culpa de la empresa y había dejado a Vargas moralmente expuesto.

El juez agradeció tanto a la fiscalía como a la defensa y preguntó si iban a llamar a algún testigo.

El fiscal no tenía testigos. El Sr. Bernstein, el abogado defensor de Vargas, también declinó. Pero la segunda abogada de Vargas, la mujer sentada a su lado, se puso de pie y dijo:

—Su Señoría, la defensa llama al Capitán Vargas.

Bernstein, el abogado de la compañía, se interpuso ante Vargas y le dijo a ella, en un murmullo:

—¿Qué está haciendo? Le dije a Vargas que no necesitaba testificar.

Pero la mujer se mantuvo firme y el alguacil llamó a Vargas al estrado de los testigos. Después de que Vargas prestara juramento, Yolanda le preguntó:

—Capitán, ¿cuántos años lleva volando para aerolíneas comerciales?

La respuesta de Vargas llegó simple y honesta:

—Unos dieciséis años. Cinco como primer oficial y nueve como capitán.

—Durante esos años, ¿ha sido alguna vez reprendido o ha tenido algún tipo de suspensión?

—No.

—Y durante esos años, ¿cuántos aterrizajes de emergencia tuvo que realizar?

—Dos veces, incluyendo este último.

—Cuéntenos sobre el primer aterrizaje.

—Perdí una de las turbinas y aterricé en el aeropuerto más cercano.

—¿Pudo aterrizar correctamente con una sol turbina?

—Sí, nos entrenamos especialmente para ese tipo de situaciones.

—Cuéntenos sobre este último aterrizaje. ¿Qué lo obligó a aterrizar?

—El avión se quedó sin combustible.

—¿Cómo sucedió eso? ¿No suelen llevar combustible de reserva adicional para emergencias?

—Había combustible en el tanque principal, pero las turbinas toman su combustible de los tanques de las alas. Se supone que el combustible se bombea desde el tanque principal hacia las alas, pero eso falló.

—¿Qué falló específicamente? ¿Puede explicárselo a los jurados en términos sencillos? Estoy segura de que todos queremos saber qué pasó.

Bernstein, el abogado de la compañía, se movió incómodamente en su asiento. El interrogatorio se dirigía exactamente hacia un tema que le habían ordenado evitar.

—La válvula encargada de transferir el combustible del tanque principal a los tanques de las alas no funcionó.

El fiscal se puso de pie. —Su Señoría, lo que el testigo afirma que sucedió no ha sido probado...

El juez lo interrumpió. —Siéntese, Sr. Taylor. Tendrá su oportunidad de interrogarlo.

—Está bien, Su Señoría. Cambiaré de tema —dijo Yolanda y miró sus notas—. Capitán, le pido disculpas de antemano por la siguiente pregunta, pero es necesario hacerla: ¿Por qué eligió aterrizar en el pueblo?

—Fue una decisión instintiva. El avión se había quedado sin combustible y estaba seguro de que si aterrizábamos en el desierto, todos moriríamos.

La gente se estremeció ante la respuesta directa. La contestación de Vargas había sido espontánea y franca, sin adornos. Yolanda esperó a que las palabras hicieran efecto en el jurado y dijo:

—Gracias, Capitán, por sus respuestas honestas. He terminado, Su Señoría.

Tan pronto como se sentó, tal como esperaba, el fiscal se levantó, listo para el contrainterrogatorio. Ella había tendido la trampa y esperaba que el fiscal cayera en ella.

—Comandante —dijo el fiscal—, usted mencionó que la válvula de transferencia falló. ¿Tiene alguna forma de probarlo?

Bernstein sintió que debía hacer algo. Los directivos de la compañía habían sido muy explícitos: *mantenga el asunto de la válvula fuera del juicio*. Levantó la mano y dijo:

—Objeción, Su Señoría; ese asunto aún está bajo estudio.

El juez le dirigió una mirada seca.

—Su colega abrió la puerta, Sr. Bernstein. El fiscal acaba de cruzarla. Objeción denegada.

El fiscal repitió la pregunta:

—Capitán, ¿puede probar que la válvula falló? ¿Quién más puede verificar eso?

—Bueno, mi primer oficial estaba allí. De hecho, él fue el primero en ver el problema.

—¿Por qué no está él aquí, actuando como testigo de la defensa?

—La compañía lo envió en un vuelo al extranjero y desapareció.

—¿Desapareció?

—Sí, nadie parece saber dónde está.

El fiscal no pudo reprimir un toque de sarcasmo al decir:

—Eso parece muy conveniente, ¿no cree?

Vargas mantuvo el mismo tono de voz al responder:

—No para mí, si es que estoy diciendo la verdad.

—¿Hay alguien más que pueda saber sobre el fallo de la válvula?

—Cuando eso estaba sucediendo, hablamos con un ingeniero del departamento de mantenimiento, quien dijo que el problema no podía repararse en el aire. Pero, hasta donde sé, se jubiló justo después del accidente.

Otro posible testigo para la defensa no estaba disponible. El fiscal se dio cuenta de que esa no era la línea adecuada de interrogatorio, así que cambió de tema.

—Capitán, usted dijo que si hubiera aterrizado en el desierto, habría sido fatal para todos. ¿Tiene alguna forma de probarlo? ¿O fue solo su intuición?

—Ninguna de las dos; solo mi experiencia.

El fiscal se dio cuenta de que no llegaba a ninguna parte y le dijo al juez que había terminado.

Yolanda, sentada junto a Vargas, sonrió satisfecha. Había forzado al fiscal a poner en primer plano el caso de la válvula y la elección del lugar de aterrizaje. Había gente inteligente en el jurado; estaba segura de que la desaparición del primer oficial y la falta de disponibilidad del ingeniero para testificar olerían a conspiración para al menos algunos de ellos. Y para la elección del aterrizaje, tenía preparada una sorpresa.

Cuando el juez preguntó de nuevo si tenían testigos, Yolanda miró al alcalde. Él asintió y ella levantó la mano.

—¿Sí, abogada? —preguntó el juez—. ¿Tiene algo que añadir?

—Con todo respeto, Su Señoría, me gustaría llamar a un nuevo testigo.

Cuando Yolanda declaró su intención de llamar a un testigo, una oleada de sorpresa recorrió la sala y la gente se enderezó en sus asientos. El espectáculo aún no había terminado.

—No veo a nadie en la lista de testigos, Yolanda —dijo el juez—. ¿Qué está pasando?

Bernstein, tratando de mantener la voz baja, le dijo:

—¿Qué diablos está haciendo, señorita? ¡Usted no está a la altura de esto!

Pero la mujer no le prestó atención y le dijo al juez:

—Lo siento, Su Señoría. No estábamos seguros de si el testigo iba a testificar, pero ha aceptado y se me ha informado que está fuera de la puerta. Le aseguro a Su Señoría que esto es importante. Esta persona también es un piloto experimentado y puede refutar una afirmación importante de la fiscalía.

—¿Tiene el fiscal algún problema con que este testigo testifique?

—No, Su Señoría —respondió Taylor—. Este es un asunto confuso y cualquier aclaración razonable es bienvenida.

—Muy bien, Yolanda, llame a su testigo.

Un hombre alto, con un uniforme de piloto azul oscuro y la gorra bajo el brazo, entró en la sala. Eso provocó muchos murmullos y gestos de sorpresa. Las cuatro franjas doradas en sus mangas decían a todos que era un capitán.

El capitán se sentó en la silla de los testigos, prestó juramento y se relajó, listo para responder preguntas. El juez le pidió a Yolanda que comenzara. Ella se puso de pie, se enfrentó al testigo y dijo:

—Bienvenido, Capitán. Debo decir, con todo respeto, que es la primera vez que coincido con dos capitanes en la misma sala. Por favor, hablemos de usted.

El capitán habló con voz clara, seguro de sí mismo y sin arrogancia.

—Mi nombre es Brian Robinson. Fui piloto comercial durante doce años. Volé principalmente aviones grandes y fui instructor de vuelo durante cinco años.

—Dijo "fui". ¿Cuál es su ocupación ahora?

—Durante los últimos quince años, he sido investigador de la NTSB. Por eso es que estoy aquí; soy uno de los especialistas que investigan el accidente. Un amigo del Capitán Vargas se enteró de que yo estaba aquí, me preguntó si quería testificar en su juicio, y aquí estoy.

Yolanda notó que los jurados estaban impresionados por las credenciales del testigo. Miró sus notas y comenzó:

—Antes de que usted llegara, el fiscal nos dijo que en ese momento crítico, cuando el avión se quedó sin combustible...

—¡Objeción, Su Señoría! —dijo el fiscal—. Ese hecho nunca fue probado.

—De acuerdo —dijo el juez—. Por favor, reformule la pregunta.

—Lo siento, Su Señoría; reformularé. El fiscal nos dijo que, en ese momento crítico, cuando ambas turbinas se apagaron, el Comandante Vargas tenía una opción. Podía aterrizar en la avenida del pueblo o podía aterrizar en el desierto. Díganos, Capitán, según su experiencia, ¿qué cree que habría pasado si el avión hubiera aterrizado en el desierto?

El fiscal se puso de pie nuevamente, diciendo:

—Objeción a la pregunta, Su Señoría. Con todo respeto al Comandante Robinson, la respuesta sería una especulación.

El juez pensó por un minuto y luego dijo:

—Veamos qué sabe el capitán sobre eso. Comandante —preguntó el juez—, usted dijo que en la actualidad su trabajo consiste en investigar accidentes de avión. ¿Cuántos aterrizajes de emergencia ha investigado?

—Durante los últimos quince años, unos veinte aterrizajes forzosos, Su Señoría.

—Creo que el testigo está calificado para responder a la pregunta —dijo el juez.

Yolanda volvió a preguntar al capitán:

—¿Cuál es su opinión sobre lo que habría pasado si el Capitán Vargas hubiera intentado aterrizar en el desierto?

Los jurados se inclinaron hacia adelante, ansiosos por escuchar. Las palabras del capitán no dejaron dudas sobre su pericia.

—Para empezar, cualquier aterrizaje en el desierto tendría que hacerse con el tren de aterrizaje retraído; de lo contrario, las ruedas se enterrarían en la arena y se romperían inmediatamente, con consecuencias imprevistas para el resto de la estructura.

»Pero este caso va más allá de eso. Un aterrizaje con las turbinas apagadas —es decir, en condición de planeo— es completamente diferente de un aterrizaje normal y controlado. Durante el aterrizaje de un gran jet, el "ángulo de cabeceo", es decir, la actitud de la nariz hacia arriba en relación con el horizonte, debe ser de 6 o 7 grados...

El juez lo interrumpió.

—Disculpe, Capitán. ¿Podría explicar lo mismo en términos sencillos? La mayoría de nosotros somos bastante ignorantes en el tema de pilotar un avión. Creo que el único que podría estar entendiendo lo que dice es el alcalde, y él no es miembro del jurado.

Una risa general y contenida siguió a las palabras del juez. El capitán sonrió y continuó:

—Lo siento, Juez. Lo que quise decir es esto: en un aterrizaje normal, el piloto levanta suavemente la nariz del avión para evitar incrustarse en el suelo. Eso es extremadamente difícil de hacer sin potencia. Aterrizar en la arena es muy similar a aterrizar en el agua. En muchos casos, el impacto entierra la parte delantera del avión en la arena y hace que dé una voltereta, hiriendo o matando a todos a bordo. Y si por alguna razón, la parte delantera del avión no se entierra y el avión continúa deslizándose a 100 millas por hora, el primer choque con un obstáculo lo suficientemente grande destruiría la mayor parte del avión e inmediatamente se incendiaría, probablemente matando a todos a bordo.

Yolanda había estado escuchando atentamente y dijo:

—Disculpe, Capitán; si no había combustible, ¿por qué se incendiaría?

—En este caso, había combustible en el tanque central. El problema pudo haber sido causado cuando falló una válvula y esta no transfirió combustible a los tanques de las alas, desde donde normalmente se bombea a las turbinas. Incluso un choque menor podría haber agrietado el tanque, permitiendo que el combustible escapara.

El fiscal ya estaba de pie, dirigiéndose al juez.

—Objeción, Su Señoría. No se ha probado que la mencionada válvula fallara.

—De acuerdo. Borre la última respuesta —dijo el juez.

Yolanda no se dio por vencida:

—Lo siento, Su Señoría. Cambiaré la pregunta. Comandante, sin mencionar detalles específicos, ¿había suficiente combustible para iniciar un incendio?

—Sí. Verificamos que los tanques de las alas estaban vacíos, pero había más de 20,000 galones de combustible en el tanque principal. Suficiente para inflamarse y matar a todos a bordo.

—Una última pregunta, Capitán. En su opinión experta, ¿cuál habría sido el resultado de aterrizar ese avión en el desierto?

—No tengo ninguna duda de que todos los que estaban dentro del avión habrían muerto.

Yolanda agradeció al capitán y dio dos pasos hacia su asiento. Pero de repente se detuvo y se volvió hacia el testigo.

—Lo siento, Capitán. Una pregunta más, si me permite. Si usted estuviera pilotando el avión, ¿dónde habría elegido aterrizar?

Antes de que nadie pudiera intervenir, el capitán respondió:

—Habría aterrizado en el pueblo.

Una ola de murmullos recorrió la sala como un tsunami. El fiscal saltó de pie, exclamando fuertemente para ser escuchado por encima del ruido.

—¡Protesto, Juez! ¡El Comandante Robinson no está siendo juzgado aquí!

El juez miró a Yolanda con la expresión de un padre que sorprende a su hija en una falta muy grave.

—De acuerdo —dijo el juez—. La respuesta será eliminada del acta. Srta. Yolanda, ha ido demasiado lejos. Otra como esta y la declararé en desacato al tribunal.

Yolanda, fingiendo una expresión de remordimiento, dijo:

—Lo siento, Su Señoría. No volverá a suceder. — Pero por dentro estaba sonriendo. El jurado ya había escuchado la última respuesta. Cuando regresó a su asiento, miró al alcalde, quien le hizo una señal de aprobación con el pulgar.

El juez le preguntó a Bernstein si tenía alguna pregunta para el testigo.

—Solo una, Su Señoría. Comandante Robinson, ¿tuvo la oportunidad de probar la válvula a la que se refirió el acusado durante su declaración?

Robinson respondió con seguridad:

—¿La válvula de transferencia? Sí, probamos rutinariamente todas las válvulas durante una investigación. Todas las válvulas de combustible funcionaron correctamente.

La respuesta del capitán no dejó dudas y un murmullo se levantó entre el público. Cuando la sala se calmó, el juez preguntó si tanto la defensa como el fiscal tenían algo más que presentar. Ambos declinaron dar un discurso de clausura, y el juez dio las instrucciones al jurado, diciéndoles que podían encontrar a Vargas culpable de algunos o todos los cargos, y que debían "decidir de acuerdo con la ley y sin dejarse influir por sentimientos personales". Luego los envió a almorzar con la advertencia de no discutir el caso con nadie más hasta que estuvieran en la sala del jurado.

Cuando el juez salía, se detuvo junto a Yolanda y dijo, en tono de reproche:

—Has sido una niña mala, Yolanda; me sorprendes.

Yolanda, fingiendo estar arrepentida, respondió:

—¡Oh, Juez! Tengo mucho respeto por el tribunal y por usted. ¡Mire! ¡Llevo puestos unos zapatos que compré en su tienda!

La gente a su alrededor escuchó la respuesta y se rio. El juez sacudió la cabeza y se fue.

El juicio en sí había terminado. El abogado de la compañía había intentado mantener la válvula fuera de los argumentos, pero Yolanda la había traído de vuelta. Había presentado la mejor defensa posible para Vargas. Ahora dependía del jurado.

Cuando salieron de la escuela, Vargas, el alcalde y Yolanda fueron rodeados por reporteros y personas que les tomaban fotografías. Dieron respuestas superficiales a sus preguntas, y los reporteros se marcharon cuando Bernstein, el abogado de la compañía, se detuvo en los escalones de la escuela mostrando su disposición a responder preguntas y a que le tomaran fotos.

Los tres entraron en un restaurante para almorzar y esperar allí hasta que el jurado llegara a su decisión. El lugar estaba abarrotado, pero el dueño, un hombre llamado Gordo, los reconoció y los sentó en un lugar privado al fondo. Cuando tomó el pedido del almuerzo, dijo con entusiasmo:

—El almuerzo corre por mi cuenta hoy. Sé que no debería decir esto, ¡pero esto ha sido una mina de oro para el restaurante! Me han dicho que va a tomar al menos un mes dismantelar el avión. ¡Y a estos científicos les gusta comer bien!

Miró a la mujer y añadió:

—¡Y tú, Yolanda, estuviste fantástica en el juicio! ¡Deberías dejar tu trabajo en la escuela, irte del pueblo y conseguir un empleo en una gran ciudad! ¡Te casarás con uno de esos empresarios de cuello duro y conducirás un Mercedes!

—Prefiero un Porsche, Gordo. Y de todos modos no puedo tener ninguno de los dos, pero me gusta la gente de aquí; tengo un trabajo que me agrada, ¿por qué debería irme?

Gordo miró a Vargas y dijo:

—Comandante, tal vez usted pueda meterle algo de sensatez en la cabeza. Una mujer tan guapa y con tanto talento no debería quedarse desperdiciándose en un pueblo como este.

Por primera vez, Vargas se tomó el tiempo de observar a Yolanda. Era atractiva, con su figura alta, cabello rubio y ojos oscuros y profundos. Pero lo que más atraía a Vargas era su determinación; se desenvolvía con una confianza única y natural que inspiraba confianza. Había ignorado las "pseudo-órdenes" de Bernstein sin dudarle y había cumplido las instrucciones del alcalde al pie de la letra.

Los tres hablaron sobre el juicio y la sensación era que había ido bastante bien. Cuando Vargas preguntó por qué no le habían avisado con antelación sobre el plan, Yolanda se rio y dijo:

—No queríamos que ni la fiscalía ni tu abogado lo supieran. Y en este pueblo, los secretos crían alas en el momento en que nacen.

—Por cierto, amigo mío —dijo el alcalde—, hablando de secretos, ese asunto de la válvula me huele muy mal. Bernstein estaba decidido a no mencionarlo, y ahora resulta que las dos personas que saben lo que pasó prácticamente han desaparecido.

—Estoy de acuerdo —dijo Yolanda—. Una coincidencia del demonio.

—Entiendo —dijo Vargas—, pero mi única preocupación ahora mismo es qué va a decidir el jurado. ¿Qué crees que harán, Sam?

La expresión en el rostro del alcalde le indicó que debía preocuparse.

—Henry —dijo—, esta es buena gente. Creo que la mayoría entiende tu situación y está de tu lado. Muchos creen que actuaste bajo circunstancias imposibles y te ven como un profesional que hizo lo mejor que pudo para salvar vidas. Para ellos, un veredicto de culpabilidad probablemente se sentiría no solo injusto, sino cruel. Aun así, hay un grupo silencioso pero persistente que sostiene que la simpatía no puede borrar las consecuencias de tu decisión. Hay dos muertos, otros heridos, y sienten que alguna forma de castigo —simbólico o limitado— es necesaria para reconocer esa pérdida.

El alcalde tenía razón. Afuera, en la calle, en los bares, entre la admiración y el duelo, el pueblo luchaba por ponerse de acuerdo sobre cómo debería ser la justicia.

Llevaban dos horas hablando cuando un vecino le dijo al alcalde que el juez había enviado a todos a casa hasta el día siguiente. El alcalde le dijo a Vargas:

—Está bien, hijo, es demasiado tarde para ir a volar; supongo que iremos a casa a ver algo de televisión.

Vargas estaba decepcionado. Los jurados estaban decidiendo su destino para los próximos años; fuera cual fuera el castigo, estaba ansioso por conocerlo. Yolanda hizo una sugerencia:

—Henry, vamos a darles un respiro al alcalde y a Helen. Si quieres, te recojo más tarde y te llevo a cenar.

Vargas estaba demasiado inquieto por su situación como para pensar en una cita, si es que eso era lo que ella proponía. Estaba a punto de explicar que estaba demasiado preocupado para ser una buena compañía, pero el alcalde no lo dejó hablar.

—Por supuesto que le gustaría —respondió el alcalde por él—. Lleva días viendo a dos viejos. Ustedes

vayan y disfruten; es un día despejado y va a ser una noche aún más clara. Palabra de piloto.

A las 7 p.m., sonó el timbre en la casa del alcalde. Henry abrió la puerta. Yolanda estaba encantadora con una blusa ajustada y jeans entallados. Había una naturalidad en su elegancia, una sensualidad discreta que atraía las miradas. Él notó por primera vez que, incluso con sus sandalias planas, ella era casi tan alta como él.

Ella sonrió en cuanto lo vio, una sonrisa abierta y natural que le llegaba a los ojos, y Henry, que había estado tenso todo el día, se relajó. Helen y el alcalde bajaron a saludar y tuvieron una breve conversación; Vargas se dio cuenta de que ella sonreía a menudo, no por cortesía, sino porque parecía ser algo innato en ella.

Cuando se sentó junto a ella en su pequeño Fiat 500e, Vargas pensó que el coche era demasiado pequeño para una chica de casi un metro ochenta. Pero Yolanda parecía perfectamente cómoda. Cuando se pusieron en marcha, el zumbido del motor le pareció extraño.

—Nunca he estado en un coche eléctrico; ¿cómo sabes cuándo está encendido el motor? —bromeó él.

—No te burles de mi coche, amo a esta cosita —dijo ella sonriendo—. Por cierto, no creo que encontremos mesa en ningún restaurante a menos que estemos dispuestos a esperar dos horas. Tengo una idea. Vamos a mi casa y pidamos comida china.

—Me parece bien, ¿puedo pagar yo?

—Esta vez no; espera a que te envíe mi factura. Además, tengo una botella de Cabernet en frío. ¿Bebes vino?

—¿Has conocido alguna vez a un piloto que no lo haga?

Ella respondió, un poco más seria:

—No sabría decirte; eres el primer piloto que conozco. Pero bebas o no, creo que hoy necesitas una copa de vino.

La casa de Yolanda era pequeña y decorada con buen gusto. El frente tenía un jardín con hileras ordenadas de flores, y el pequeño porche tenía un par de sillas que habían visto muchas mañanas tranquilas. El interior hacía evidente que el lugar pertenecía a una abogada o a una maestra. Todo estaba en su lugar. Tratados de derecho llenaban los estantes junto a unas cuantas fotografías enmarcadas. En la sala, una sola lámpara proyectaba un brillo cálido sobre un sofá modesto, y unas cortinas suaves dejaban que la luz de la tarde se esparciera por la habitación. Toda la casa era sencilla y confortable.

Pidieron comida china y la comieron sentados en el sofá, frente a una pequeña mesa de centro. Charlaron sobre los emocionantes eventos del día y Yolanda le dio a Vargas una buena imagen de cómo era la vida de una maestra en un pueblo pequeño.

En un momento dado, ella dijo:

—He estado hablando todo este tiempo y sé que muy poco de lo que he dicho ha sido emocionante, ni siquiera interesante. Así que ahora es tu turno. Estoy segura de que después de todos esos años volando y tratando con pasajeros, debes tener algunas buenas historias que contar.

—Probablemente sea cierto, Yolanda —respondió Vargas—. Pero aunque normalmente no me importa hablar de mi trabajo, con todo lo que está pasando ahora mismo, prefiero mantenerlo fuera de mi mente... al menos por hoy.

Yolanda lo estudió con una expresión sutilmente traviesa.

—Hagamos una cosa —dijo ella—. Hemos terminado de cenar y la botella de vino todavía está a la mitad. No tengo nada especial en la casa para ofrecerte, pero eres nuevo en el pueblo y puedo regalarte uno de los mejores atardeceres que verás en tu vida.

Se puso de pie, sin darle oportunidad de pensarlo.

—Vamos a guardar la botella, un par de copas y una manta, y te llevaré a mi lugar secreto con vistas a la Sierra Madre. Valdrá la pena.

Cuando llegaron a las montañas del desierto, el sol ya estaba bajo, derramando su última luz sobre las crestas y los valles. El cielo ardía con capas de colores: ámbar profundo cerca del horizonte, fundiéndose en rosa y violeta, para luego desvanecerse en un azul suave e infinito. Las siluetas dentadas de las montañas se alzaban en un contraste tranquilo, con sus bordes afilados por el resplandor y sus sombras alargándose sobre la arena.

Estirando las piernas sobre la manta, Yolanda colocó su copa en la arena y se recogió el cabello para evitar que la brisa se lo echara a la cara.

—Quiero que sepas que eres el primer hombre al que traigo a este lugar. Estar aquí a esta hora del día me levanta el ánimo, y creo que tú también necesitas que te lo levanten un poco.

Luego, bromeando, añadió:

—Cuando volvamos, tendrás que firmar un acuerdo de confidencialidad prometiendo no revelar esta ubicación a nadie —se rio y agregó—: No lo olvides, soy abogada.

Ambos se rieron. Vargas realmente se sentía mejor. En ese momento, le parecía que los jurados, el juez y todo lo demás estaban a miles de kilómetros de distancia. Bajo el crepúsculo, la mujer se veía aún más atractiva.

Yolanda sintió que él la miraba y se sintió complacida, pero un poco avergonzada. Él lo notó y se dio cuenta de que llevaba mucho tiempo mirándola y que prácticamente no había dicho nada desde que llegaron.

—Bueno, voy a preguntarte algo muy original — le dijo él—. ¿Qué hace una chica hermosa como tú en un lugar como este? Y no me digas que ya has oído eso antes.

Ella soltó una carcajada cristalina, como una adolescente.

—Solo lo he oído un millón de veces; pero no te sientas mal, nunca lo había oído en este lugar. Hablaba en serio cuando te dije que nunca había traído a nadie aquí. Y si realmente quieres saber más de mí, no me importará contártelo.

—Me gustaría mucho saber más de ti.

Ella se tomó su tiempo para servir el último poco de vino en las copas, dio un sorbo y, sin mirarlo, contemplando el cielo púrpura sobre las montañas donde el sol estaba desapareciendo, dijo:

—No siempre he vivido aquí. Crecí en Nueva York con mi familia. Mis padres todavía viven allí. Me gradué en la Universidad de Columbia hace trece años. Mi padre me consiguió un trabajo en una de las firmas más grandes de la ciudad y trabajé allí durante tres años. Era un buen trabajo; aprendí mucho.

Él escuchaba atentamente. Ella hizo una pausa y fijó la vista en la distancia, claramente recordando imágenes de esa época de su vida.

—Tenía la sensación de que habías tenido una buena formación —dijo él—. En el juicio no te comportaste como una abogada novata. Entonces, ¿qué pasó después? ¿Cómo terminaste aquí?

Ella suspiró.

—Fui víctima de una de las enfermedades más comunes de la sociedad —dijo en voz baja—. Fui una baja del amor. Me enamoré de un colega abogado, uno de los abogados emergentes con un futuro brillante, el mimado de los socios de la firma. Lo ayudaba con sus casos, a veces trabajando hasta altas horas de la noche. Y luego vino la misma historia que les pasa a millones de mujeres todo el tiempo. Se suponía que nos íbamos a casar. Cuando lo nombraron socio, me dejó por otra mujer. No una abogada, sino una decoradora profesional, hija de una familia adinerada.

—¿Y entonces?

—Era demasiado joven para controlar mis sentimientos. Estaba mal. Mis padres gastaron una fortuna buscando un psiquiatra que pudiera ayudarme. Pero todo lo que yo quería era alejarme de allí. Tan lejos como pudiera. Una amiga mía me habló de este lugar y de que necesitaban una profesora de inglés. Después de pasar seis meses aquí, tiré todas mis medicinas. Volví a ser normal. He estado aquí desde entonces y me encanta. La gente aquí es auténtica.

Ella tomó una de las manos de él entre las suyas, la sostuvo, lo miró a los ojos y sonrió.

—Lo sé —dijo ella—. Una historia como un millón de otras y, aun así, cada una es única.

Vargas sintió que ambos habían entrado en un momento de fuerte intimidad. Ella intentó soltarle la mano, pero él la retuvo.

—Y me gusta mi trabajo —terminó diciendo—. No quiero saber nada de la abogacía, pero Sam me habló de tu caso y de que necesitabas ayuda. Conozco a Sam; es una persona muy agradable y decente, y cuando me lo pidió, supe que debía tener sus razones, así que acepté.

A medida que el sol se ocultaba más, el desierto parecía contener el aliento. Las rocas y los matorrales se encendieron en tonos de cobre y oro, y el aire se enfrió lo suficiente como para transportar el tenue aroma del polvo y la tierra seca. Cuando el sol finalmente desapareció, los colores permanecieron, disolviéndose lentamente en el crepúsculo, dejando atrás un silencio que se sentía casi religioso, como si las montañas mismas estuvieran observando el día llegar suavemente a su fin.

Ella dijo que tenía que ir a trabajar temprano al día siguiente. Recogieron la manta y el resto de las cosas, y ella lo llevó de vuelta a casa del alcalde en su pequeño coche. Se despidió con un beso en la mejilla y se fue, pero el momento mágico en su lugar secreto permaneció con ellos por un largo rato.

A la mañana siguiente, la realidad golpeó a Vargas de nuevo, y sintió la ansiedad de no saber qué iba a pasar con él. No podía concebir la idea de tener que cumplir una condena en la cárcel, pero sabía que era muy posible; lo sabía desde aquel fatídico momento a los mandos del jet que caía, cuando tomó la decisión letal.

Después de tomar café con los Jones, el alcalde intentó distraer a Vargas de sus problemas y lo llevó a volar. Vargas estaba acostumbrado a manejar máquinas enormes y le pareció divertido zumbar por las montañas en la avioneta del alcalde; el pequeño Cessna se sentía como un juguete en sus manos.

Cuando aterrizaron, era cerca del mediodía. Helen los estaba esperando y, muy emocionada, les dijo que el jurado había llegado a una decisión y que se esperaba a Vargas en el tribunal de la escuela a la 1 p.m.

CAPÍTULO 8

LA SENTENCIA

A la hora establecida, Vargas estaba allí, sentado entre Bernstein y Yolanda. Taylor, el fiscal, se encontraba en su escritorio junto a su secretaria. La misma multitud de reporteros y público del día anterior ocupaba todas las sillas, con algunas personas de pie en los pasillos y en cualquier otro espacio posible. Mientras esperaban la aparición del juez, el tiempo en la sala se estiraba incómodamente; como si cada segundo perdurara más que el anterior.

En un momento, el alguacil pidió a todos que se pusieran de pie, y el juez, caminando con la dignidad que el momento merecía, entró en la sala y ocupó su lugar. Vargas contuvo el aliento y el tribunal quedó en una quietud tensa. Las conversaciones se desvanecieron en susurros y luego en nada.

El juez pidió a todos que se sentaran y pronunció un breve discurso recordando al público su obligación de adherirse a la gravedad del momento, permaneciendo respetuosos y no realizando comentarios ruidosos ni manifestaciones tras la lectura de la decisión del jurado.

Luego, dirigiéndose a los miembros del jurado, preguntó si habían llegado a una decisión. El portavoz dijo que sí y le entregó al alguacil una hoja de papel. El juez la miró y se la devolvió al alguacil, quien la leyó en voz alta.

El Capitán Vargas es absuelto de negligencia criminal con resultado de muerte y es declarado culpable de imprudencia con resultado de lesiones corporales.

Una multitud de comentarios y opiniones resonó en la sala, ahogando cualquier otro sonido. Vargas no estaba seguro de lo que significaba la decisión, pero se

sintió mejor cuando Yolanda se giró y le dio un fuerte abrazo, y el alcalde lo miró con una gran sonrisa.

Cuando el tumulto finalmente amainó, el juez agradeció a los jurados por su servicio y les dijo que podían retirarse. Tanto el abogado como el fiscal se pusieron de pie y, casi al unísono, solicitaron una sentencia pronta. El juez fijó la fecha para dos días después.

La primera etapa de su castigo se había cumplido. Vargas había tenido la esperanza, pero nunca la expectativa, de ser declarado completamente inocente.

Esa tarde, le preguntó a Yolanda y al alcalde sobre el significado de "*poner en peligro por imprudencia*" y cuál podría ser la pena. El alcalde dejó que Yolanda respondiera.

—Se acusa de imprudencia temeraria cuando alguien ignora conscientemente un riesgo sustancial e injustificable para los demás —explicó ella—. Es el menos grave de los cargos que se te imputaron. La pena podría ser de hasta un año de cárcel, o podría reducirse a multas, libertad condicional o servicio comunitario.

El alcalde le dio una palmadita en la espalda. —Muchacho, eres un hijo de perra con suerte —le dijo sonriendo—. Aunque no creo que ocurra, si te dan tiempo de cárcel, Yolanda presentará una solicitud al tribunal para que lo cumplas bajo arresto domiciliario. Lo peor que pasará es que tendrás que aguantar la comida de Helen durante un año...

Helen, a su lado, le dio un suave puñetazo en el brazo, pero ella también sonreía. Vargas se sentía aliviado y confundido al mismo tiempo. Había hecho algo terrible, y estas personas todavía eran amables con él. Sentía que

no lo merecía, pero no podía evitar la sensación de que se le había quitado un enorme peso de encima.

—Ya puedes relajarte, Henry —dijo el alcalde—. Deberíamos esperar a la sentencia para celebrar, pero podemos empezar un poco antes.

Vargas se sintió abrumado. —Siento que debería hacer algo por ustedes —alcanzó a decir.

Yolanda les contó que había recibido un par de botellas de champán de los padres de uno de sus alumnos e invitó a todos a su casa para disfrutarlas. Todos estuvieron de acuerdo; el alcalde, Helen y Vargas subieron al coche del alcalde y siguieron al pequeño Fiat de Yolanda.

La cena improvisada estuvo muy animada. Helen tocó una canción country en su guitarra, y el alcalde y Helen le ofrecieron a Vargas una breve demostración de *square dance*⁸. Vargas no tenía ganas de hablar de su trabajo, pero contó la historia de una vez que tuvo que regresar al aeropuerto porque la esposa de uno de los directores había olvidado allí a su perro pequinés. Todos se rieron y festejaron bebiendo el champagne.

Nadie lo dijo en voz alta, pero todos esperaban que estos dos días pasaran rápido para poder celebrar de verdad. Estaban felices por Vargas.

Cerca de las diez, los Jones decidieron que ya habían celebrado suficiente y que era hora de irse. Cuando salían, Vargas empezó a seguirlos, pero el alcalde lo detuvo diciendo:

—Lo siento, hijo, llevamos muchos recipientes con comida. No creo que haya sitio para ti en el coche.

⁸ Un baile típico del sur de EEUU, donde las parejas se mueven al unísono siguiendo las órdenes del director.

Vargas se sorprendió, pero rápidamente captó el mensaje. Ese había sido el plan desde el principio. Después de que el alcalde y Helen se fueran, Yolanda, sonriendo, le dijo:

—Bueno, caíste en la trampa. Aún queda algo de champán y creo que tenemos más de qué hablar.

Se sentaron en el sofá, un poco melosos por la bebida, y Yolanda sirvió el resto del champán. Después de un momento, Vargas le preguntó:

—¿No tienes perro?

Yolanda fingió sentirse herida.

—¿Por qué preguntas eso? ¿Soy la típica solterona? ¿Debería tener un perro como sustituto de un hombre?

—Para nada —respondió él disculpándose—. Solo que me gustan los perros. Tendría uno si viviera solo.

—Tienes razón. Pero los perros del alcalde son prácticamente míos; simplemente nunca pensé en tener uno propio. —Luego añadió, enigmáticamente—: Me gustan todos los animales excepto los lobos. Odio a los lobos.

Vargas reaccionó sorprendido.

—Vaya. Es una afirmación muy fuerte. ¿Te gustaría decirme por qué?

Yolanda se quedó en silencio, con una expresión seria en su rostro.

—Lo siento —dijo Vargas—. Supongo que pisé arenas movedizas.

—Para nada. Al contrario. Ese recuerdo no es agradable, pero es una parte importante de mi vida y quiero que lo sepas.

Intrigado, Vargas se recostó en su silla, listo para escuchar. Yolanda fue directo a la historia.

—Perdí a un querido amigo. Fue asesinado por lobos.

—Lo siento... Si no te gusta hablar de ello...

—No, está bien. Sucedió hace años.

Yolanda hizo una pausa, rescatando un recuerdo que aún era doloroso, pero quería que Vargas lo supiera.

—Éramos un grupo, cuatro parejas. Todos trabajábamos juntos en la escuela. Mi amigo tenía un autobús viejo y algunos fines de semana nos adentrábamos en el desierto de Sonora para encender una hoguera, tocar las guitarras y amarnos discretamente. En uno de los viajes, el autobús se averió. Los chicos intentaron arreglarlo, pero una pieza estaba rota. Era domingo por la mañana; habíamos llegado allí la noche anterior. No podíamos conseguir ayuda. No había señal de celular. Hacía calor y nos quedamos dentro del autobús para protegernos del sol.

»Mi amigo se sentía muy culpable de que estuviéramos varados allí. Sabía que había un rancho a poca distancia y decidió ir allí a buscar ayuda. Le pedí que esperara, pero estaba decidido. No pensamos que pudiera haber ningún peligro real, aparte del calor y el sol. Así que se llevó el resto del agua y se puso en camino.

» Habíamos estado esperando unos veinte minutos cuando oímos gritos. Salimos del autobús y miramos hacia donde venían los chillidos. A lo lejos, podíamos verlo correr. Un grupo de sombras lo seguía. Estaban demasiado lejos para que pudiéramos distinguir claramente qué eran. Todos desaparecieron en una hondonada. Oímos los gritos durante un minuto y luego, silencio. Pero algunos de los chicos lo supieron. Eran lobos del desierto de Sonora.

»Nadie durmió esa noche. Yo no podía dejar de llorar. Quería ir al último lugar donde lo vimos, pero mis

amigos no me dejaron. Nos rescataron al día siguiente. Cuando el director de la escuela vio que no habíamos regresado, alertó a la policía. Él sabía dónde estábamos y los guardaparques nos encontraron esa mañana. Los llevamos al lugar, pero no había cuerpo. Solo arena y sangre seca. Los lobos lo habían arrastrado. Nunca lo encontraron.

Ella tomó las manos de Vargas. —Sé que son animales, y me gustan los animales. Pero como dije, odio a los lobos.

Vargas se conmovió con la historia de Yolanda. Pensó en decirle que la protegería pasara lo que pasara, pero ella ya lo sabía. Después de que la tensión causada por la historia se calmara, Yolanda dijo:

—Ya conoces la historia de mi vida, pero yo no sé prácticamente nada de ti, aparte de que eres un piloto pésimo —dijo riendo—. ¿Quién va a pagar por ese juguete que rompiste?

Vargas notaba que el champán había puesto a Yolanda un poco alegre, y eso le agradaba.

—¿Qué quieres saber de mí? —preguntó.

—Bueno, para empezar, ¿cómo es que no estás casado? Ustedes los pilotos son legendarios rompecorazones.

Vargas replicó.

—¿Cómo es que tú no estás casada?

—Eso no es justo, yo pregunté primero —dijo ella riendo.

—Realmente no sé por qué, no tengo nada en contra del matrimonio. —Vargas pensó por un minuto—. Diría que es el trabajo. Pasamos muy poco tiempo en casa. La mayoría de los pilotos que conozco están divorciados o van por su segundo o tercer matrimonio.

Ella insistió: —Eso suena más a una excusa que a una razón.

Él reflexionó un rato hasta que dio con la respuesta real. —Tienes razón —dijo—. Esa no es la verdadera razón. Lo que creo que pasa es que nunca he estado realmente enamorado.

—¡Vaya! ¡Finalmente, un hombre que reconoce la verdad! Ustedes normalmente nos culpan a nosotras cuando algo sale mal...

Vargas notó un poco de hostilidad en sus palabras. Ella había sido lastimada. Al notar la reacción de él, ella se arrepintió de lo que dijo y se disculpó.

—Lo siento. Las copas han removido algunos sentimientos inquietantes en mí y me desquité contigo.

Él le tomó la mano y ella cedió fácilmente.

—¿Y tú? —preguntó él—. Sé lo que pasó en Nueva York, pero ¿has salido con alguien desde que estás aquí? Estoy seguro de que has tenido tu legión de admiradores y muchas propuestas de pretendientes.

—No hace falta que me adules, Henry; y sí, salí varias veces. Pero eso fue hace muchos meses. Todos mis "pretendientes", como tú los llamas, eran hombres más jóvenes que yo. Eran impacientes y hacían sus intenciones demasiado obvias. —Suspiró—. Pago Largo es un pueblo muy agradable y me gusta, pero no hay muchos hombres profesionales solteros de mediana edad.

Ella lo miró directamente a los ojos y dijo: —Tuve algunas aventuras, pero no me hacían sentir bien, así que dejé de hacerlo hace mucho tiempo.

Ambos notaron que el ambiente nocturno había cambiado de una manera que no les gustaba. Yolanda fue la primera en reaccionar. Miró la botella y sonrió.

—Bueno —dijo levantándola—, al menos podemos estar de acuerdo en una cosa: somos muy malos terminando el champán.

Vargas soltó una risita. —O muy buenos iniciando conversaciones que no planeábamos tener.

Las palabras mantuvieron la intimidad pero aligeraron el ambiente. Vargas la miró a los ojos y le apretó la mano, solo una vez, como para darle las gracias por confiar en él.

—Sabes —dijo él—, esta puede ser la primera conversación honesta que he tenido en años.

Ella sonrió, sorprendida.

—Entonces tal vez la noche no fue un desastre después de todo.

Vargas la miró por un momento. —Es más fácil hablar contigo de lo que crees.

Yolanda arqueó una ceja. —Ese es un cumplido extraño.

—Traté de ser original —dijo él.

Ella se rio suavemente y la tensión se disipó. Yolanda dejó la botella vacía sobre la mesa.

—Suficientes verdades pesadas por una noche.

—De acuerdo —dijo Vargas.

Ambos sintieron la carga emocional acumulada. Yolanda sonrió levemente; él todavía sostenía su mano.

—Sabes —dijo él—, esta es la primera noche en mucho tiempo que sentí un poco como una entrevista. Y continuó bromeando—: Espero no haber reprobado mi examen.

—No —dijo ella sonriendo—. Pasaste.

Él no soltó su mano. En un gesto distraído, ella le acarició el brazo con la otra mano.

—Has hecho suficiente por esta noche —dijo ella—. No tienes que ser nada más que eso.

Se quedaron callados de nuevo. No era el silencio pesado de antes, sino uno más suave, casi cómodo. Vargas se dio cuenta de lo cerca que estaba ella de él; lo suficiente como para sentir el tenue aroma del champán en su aliento.

—Yolanda... —comenzó él, luego se detuvo, inseguro de lo que iba a decir. Ella lo miró. —¿Sí?

Por un momento, ninguno de los dos se movió. Entonces ella se inclinó, pero no del todo, solo lo suficiente para que la pregunta fuera innecesaria. Él se encontró con ella a mitad de camino.

El beso fue tentativo al principio, casi cuidadoso, como si cualquiera de los dos pudiera cambiar de opinión. Luego se profundizó, lento y sin prisas, llevando consigo todo lo que no habían dicho. Cuando finalmente se apartaron, no se separaron. Sus frentes permanecieron juntas, con la respiración ligeramente agitada.

—Bueno —murmuró Yolanda, con un rastro de sonrisa en la voz—, eso fue inesperado.

Vargas exhaló una risa silenciosa. —He estado diciendo lo mismo mucho últimamente.

Ella estudió su rostro, como si tomara una decisión en silencio.

—Probablemente deberíamos detenernos —dijo, aunque no hizo ningún movimiento para hacerlo.

—Probablemente —asintió él. Ninguno de los dos se movió.

Tras un momento, ella apoyó la cabeza en el hombro de él y pronunció las palabras mágicas:

—No tienes que irte esta noche.

Vargas la rodeó con un brazo, con cuidado, casi con reverencia, como si temiera que el hechizo pudiera romperse. Por primera vez en esa noche, la tristeza había desaparecido y ya no se sentía solo.

Dos días después, la cancha de baloncesto de la escuela volvió a estar configurada como sala de tribunal. Todos los asientos estaban ocupados por personas involucradas o interesadas en el juicio, presentes allí para escuchar la sentencia.

Habían ocurrido tantas cosas desde el accidente que Vargas, el origen causante de todo, no lograba captar la completa magnitud de lo sucedido. Pero sabía que, en unos instantes, el hombre en el estrado le devolvería su libertad o lo enviaría a la cárcel. Yolanda, sentada a su lado y sosteniendo su mano, ayudaba a aliviar su preocupación.

Cuando terminaron los procesos preliminares, un profundo silencio se apoderó del salón. El juez estaba a punto de dictar la sentencia. Vargas y sus abogados se pusieron de pie. El juez se ajustó las gafas y bajó la mirada hacia los papeles que tenía delante. Su postura era la de un juez decidido a aplicar la justicia, no a provocar un espectáculo; era consciente de que la sentencia cerraría un capítulo pero abriría otro con el que Vargas tendría que vivir.

Cuando finalmente levantó la vista hacia la audiencia, su expresión seria mostraba que no solo estaba considerando las palabras de la sentencia, sino el peso que estas cargarían. Su voz tenía una gravedad que reconocía el costo humano en ambos lados del caso:

—Sé que lo que estoy a punto de decir no equivaldrá a una justicia perfecta. Casos como este nunca lo hacen. La ley me pide una decisión, y ninguna sentencia que imponga puede deshacer lo que se ha perdido ni borrar el dolor que nos trajo a todos a esta sala. El caso parece haber llegado no solo a Arizona, sino a todo el país, e incluso ha tenido repercusiones en algunos países

extranjeros. He recibido numerosas misivas y he estudiado cada una con detenimiento. Algunas, de familias o personas cercanas a la víctima, exigen el máximo castigo. Otras mencionan los antecedentes impecables del señor Vargas y señalan que nada se ganará sometiéndolo a una extensa condena en prisión.

»De todas ellas, una en particular me llamó la atención. El remitente afirma tener 82 años y ser un piloto retirado que voló durante muchos años, tanto para nuestro país en la guerra como para aerolíneas comerciales. Esta breve carta incluye solo un párrafo para recordarme que el deber primordial y absoluto de un piloto, aceptado y honrado por cada hombre y mujer piloto, es *"proteger la integridad de los pasajeros, por cualquier medio disponible y a cualquier costo. Esta obligación tiene prioridad sobre cualquier otra"*.

»No tengo ninguna duda de que, en ese momento crítico, cuando las acciones requerían mentes frías pero también exigían una respuesta urgente e inmediata, estas palabras debieron influir, en mayor o menor medida, en la decisión del señor Vargas.

» En las acciones del señor Vargas veo tanto juicio como falla, y no puedo separar uno de la otra. Su experiencia importó. Moldeó su respuesta en un momento en que el pánico podría haber hecho que el resultado fuera mucho peor. No actuó por indiferencia o arrogancia, sino por entrenamiento, instinto y el pesado peso del mando. Lo entiendo. Lo respeto. Pero la experiencia también impone responsabilidad. El mismo conocimiento que le permitió actuar con decisión también le exigía un estándar más alto. La ley no me permite mirar solo la intención e ignorar las consecuencias. Tampoco me permite tratar los resultados trágicos como aceptables simplemente porque

las opciones eran difíciles. Hacerlo sería abandonar la rendición de cuentas, y eso también sería injusto.

»Me queda, entonces, una verdad que es incómoda pero inevitable: el señor Vargas no es ni un criminal en el sentido habitual, ni un hombre libre de culpa. Es un profesional que tomó una decisión crítica bajo una presión extraordinaria, una decisión que conllevó tanto sabiduría como un costo trágico. Mi sentencia debe reflejar esa complejidad. No puede castigarlo como si hubiera actuado con malicia, ni puede absolverlo como si nada hubiera salido mal. Este tribunal no puede entregar una justicia absoluta hoy. Solo puede reconocer el equilibrio entre lo que se salvó y lo que se perdió, entre el juicio humano y la consecuencias. Esta es mi decisión, y ahora pronuncio la sentencia del señor Vargas.

El juez continuó: —Siendo absuelto de negligencia criminal con resultado de muerte y declarado culpable de poner en peligro a terceros por imprudencia con resultado de lesiones corporales, este tribunal condena al señor Vargas a un período de encarcelamiento de un año, seguido de un período de libertad condicional de cinco años. El señor Vargas debe entregar su certificación de piloto, la cual queda suspendida por quince meses y podrá ser reinstalada después de ese período con la aprobación de la FAA. Considerando que el señor Vargas tiene un historial criminal limpio, el tribunal reduce el encarcelamiento a treinta días de detención domiciliaria. Mientras esté en libertad condicional, el señor Vargas no debe abandonar el Estado sin permiso del tribunal.

Finalmente, el juez dijo las palabras que Vargas se moría por escuchar: —Señor Vargas, queda usted libre para retirarse y cumplir con los términos de su sentencia.

La sala explotó en fuertes expresiones de acuerdo y disconformidad. Yolanda exclamó: "¡Sin cárcel!" y abrazó y besó a Vargas. El alcalde y Helen hicieron lo mismo, abrazándolo por encima de la barrera que los separaba. Bernstein, el abogado de la compañía, sonrió, estrechó la mano de Vargas y Yolanda, y salió de la sala para llamar a sus jefes.

Mientras la gente comenzaba a irse, un clamor llamó su atención. Un hombre le gritaba al juez a todo pulmón:

—¡¿Lo deja ir?! ¡Mató a mi hijo y usted lo deja libre! ¡Qué clase de justicia es esta!

Yolanda se volvió hacia Vargas:

—Henry, ese es el padre del estudiante que murió en el autobús.

El hombre seguía gritando cuando un nuevo altercado dirigió la atención hacia el estrado del juez. El juez había intentado retirarse, pero un grupo de reporteros lo acorraló antes de que llegara a la puerta lateral. Un hombre había saltado la barrera y se abalanzó para agredir al juez cuando el alguacil y un policía lo agarraron justo a tiempo para evitar que lo golpeará.

Vargas y sus compañeros salieron a toda prisa, y el alcalde le dijo: "Ese tipo que intentó golpear al juez es el marido de la mujer que murió en el accidente".

El júbilo y la paz mental que Vargas había sentido tras escuchar su sentencia se vieron empañados por los dos estallidos causados por el padre y el marido. El juez había dicho que Vargas tomó esa decisión para salvar las vidas de sus pasajeros... pero ¿era eso cierto? ¿O había estado pensando en sí mismo?

David Simon, uno de los dueños de Sur Airways, estaba en su oficina cuando recibió una llamada de Bernstein, el abogado de la empresa.

—Todo bien, David —le dijo Bernstein—. Se anunció la sentencia de Vargas. Hemos terminado aquí, ya pueden relajarse.

—¿Cuál fue la sentencia?

—Vargas fue declarado culpable de imprudencia con resultados de daños serios. Solo recibió detención domiciliaria, pero tuvo que entregar su licencia de piloto.

—¿Por cuánto tiempo?

—Hasta que la FAA decida que puede solicitarla de nuevo. Pero tienen que esperar a que la NTSB termine la investigación.

—¿Lograste mantener el asunto de la válvula de transferencia de combustible fuera del registro del juicio?

Bernstein suspiró antes de responder.

—No del todo. Lo tenía todo preparado, pero esa mujer local que Vargas trajo como segunda abogada introdujo la válvula.

—Eso no es lo que te pedimos, Leo —dijo David con voz tensa—. ¿Cómo sucedió? Eres un abogado con experiencia.

—El alcalde la metió a escondidas sin decirme nada. No me lo esperaba... ¡la mujer es solo una maestra, por el amor de Dios! Pero no hay de qué preocuparse. El investigador de la NTSB dijo que revisaron la válvula y funcionaba bien.

—Más vale que sea así. De todos modos, vuelve a Boston. Tenemos que lidiar con la indemnización para las víctimas del accidente.

—Estaré en la oficina mañana por la mañana.

David colgó, pensó por un momento y realizó una llamada simultánea a su hermano, Simón, y a Sergio Richter, el gerente general. Cuando respondieron, les dijo:

—Acabo de hablar con Bernstein. Todo está bien. Vargas fue declarado culpable de imprudencia temeraria. No irá a la cárcel, pero su licencia de piloto ha sido suspendida. No sabemos por cuánto tiempo.

—¿Qué significa eso para nosotros? —preguntó Richter.

—Eso es bueno para nosotros. El hecho de que Vargas sea culpable de imprudencia temeraria significa que la culpa del accidente es toda suya. Eso deja a la compañía fuera de peligro penal. Todavía tenemos que pagar indemnizaciones a las víctimas, pero el seguro se encargará de eso.

El gerente general no parecía del todo satisfecho.

—¿Nadie mencionó la válvula de transferencia?

—Vargas lo hizo. Pero Bernstein logró que se descartara como posible causa del accidente.

El gerente y Sergio se relajaron.

—Bueno, supongo que no tenemos de qué preocuparnos —dijo el gerente—. En el taller de mantenimiento nadie sabe nada; fuimos muy cuidadosos con eso. Las otras dos personas que lo saben, el copiloto y el ingeniero, están fuera de escena.

—¿Qué pasó con el copiloto?

—El tipo estaba desesperado por irse del país; no quería ser parte de la investigación ni del juicio. Creo que tenía algo en su pasado que no quería que saliera a la luz. Le di suficiente dinero e hice que Ramírez lo llevara a través de la frontera hacia México. Las autoridades no lo encontrarán allí.

—¿Y el ingeniero con el que habló Vargas?

—Él tenía familia en algún lugar de Italia y estaba listo para jubilarse. Le aseguré una pensión mensual y se fue de inmediato. Solo me dio una dirección para enviarle los cheques. Nadie sabe dónde está.

—Entonces, Vargas es el único que puede hablar de la válvula. ¿Qué vamos a hacer con él?

David pensó por un momento.

—Bueno, hasta ahora nadie le cree y no puede probarlo. Le daremos una licencia pagada por ahora. Luego ya veremos.

—¿Qué pasa si sigue hablando de ello? —preguntó Sergio—. Alguien podría tomarlo en serio.

—Puede que tengas razón —dijo David—, y creo que conozco a alguien que puede ayudarnos.

Colgó, buscó en su tarjetero y marcó un número. Una voz de mujer respondió:

"Sonora News. ¿En qué puedo ayudarle?"

—Soy David Erskin. Necesito hablar con Richard Atkinson.

—El señor Atkinson está en una conferencia en este momento, señor Erskin. ¿Desea dejar un mensaje?

—Sí, por favor. Pídale que me devuelva la llamada; él tiene mi número.

Atkinson, el hombre al que David había llamado, era uno de los editores del *Sonora News*, una revista sensacionalista de Phoenix. Su sección se especializaba en escándalos, y era conocido por exagerar y publicar pseudonoticias sin verificar su autenticidad. Una hora después, le devolvió la llamada a David.

—Gracias por devolverme la llamada, Richard. ¿Cómo está el clima en Phoenix?

—Esa es una pregunta estúpida, David. Siempre hace calor en Phoenix. En fin, ¿qué puedo hacer por ti?

—Necesito un favor. Puede que requiera algo de tu talento creativo.

—Me gusta cómo suena. ¿Qué necesitas?

David le explicó su idea. Cuando terminó, preguntó: —¿Crees que puedes hacerlo?

Richard se rio. —David, ¿has olvidado con quién estás hablando? Además, noticias como esa ayudan a vender periódicos. ¿Cuándo necesitas que se haga?

—Lo antes posible.

—Te avisaré. Y me debes una cena.

David colgó, satisfecho. Muy pronto, pensó, Vargas podría decir lo que quisiera; nadie le prestará atención.

Una semana después, Vargas jugaba al ajedrez con el alcalde mientras Yolanda y Helen preparaban la cena. Helen llamó a su marido:

—Alcalde, mejor venga a ver esto.

El alcalde y Vargas dejaron el juego y fueron a la cocina. Helen sostenía un periódico abierto, y Vargas notó la expresión de preocupación en el rostro de Yolanda. Helen le entregó el papel al alcalde y dijo:

—Lee esto.

El titular en medio de la página decía: "*¿SE LE PUEDE PERMITIR VOLAR A ESTE PILOTO?*"

El texto continuaba: "*Hace tres semanas, un avión de pasajeros se quedó sin combustible sobre el desierto, y el piloto realizó un aterrizaje de emergencia en el pueblo de Pago Largo, una pequeña comunidad situada a 100 millas de Phoenix. El piloto del avión, un capitán de excelente reputación llamado Henry Vargas, logró realizar un aterrizaje hábil que salvó a los pasajeros pero que, desafortunadamente, cobró la vida de dos transeúntes inocentes.*"

En una investigación posterior, el comandante Vargas culpó a una válvula del sistema de combustible por el accidente. Sin embargo, los investigadores de la NTSB y la FAA anunciaron que todas las válvulas relacionadas fueron probadas y ninguna resultó defectuosa.

Esta pasada semana, recibimos una carta que puede arrojar algo de luz sobre este enigma que ha desconcertado a la comunidad y a las agencias responsables de la seguridad de la navegación aérea. El remitente es el Dr. Jones Blumenthal, un psicólogo formado en la Universidad de Baviera, Alemania. A continuación, reproducimos segmentos de la carta del doctor:

'He leído los detalles del accidente y me gustaría proponer una posible explicación. Me especializo en trastornos que afectan a personas en profesiones ocasionalmente sometidas a una presión extrema, como bomberos, oficiales de policía, controladores de tráfico aéreo, socorristas y, por supuesto, pilotos.

Durante mis veinte años de estudio de estas condiciones, encontré varios casos en los que una persona sometida a esta presión sufre lo que se conoce como un episodio psicótico. La víctima pierde el contacto con la realidad y, en su mente, desarrolla un escenario que la empuja hacia acciones absurdas y potencialmente peligrosas. Puede creer que está siendo atacada por enemigos, o que está cayendo en un precipicio, o, en el caso de un piloto, que el avión se está incendiando. Esto puede ocurrir en una persona sin antecedentes psiquiátricos previos y puede durar solo un breve momento, sin consecuencias notables a largo plazo.

Un caso que me gustaría mencionar ocurrió cuando un gran avión de pasajeros se estrelló en los

montes Urales sin declarar una emergencia previa. La investigación posterior reveló que la "caja negra", el instrumento que registra las señales más importantes de los controles del avión, mostró que pocos minutos antes del choque, alguien —el piloto o el copiloto— había apagado ambas turbinas. Esto se probó sin lugar a dudas, pero nunca se supo el motivo.

El motivo de esta carta es mi preocupación de que la FAA pueda devolverle el certificado de piloto al comandante Vargas sin comprender realmente por qué tomó una decisión que, desafortunadamente, cobró dos vidas. Creo que el caso de Vargas debe ser sometido a un escrutinio exhaustivo por parte de especialistas antes de devolverlo plenamente a su profesión”.

CAPÍTULO 9

CONSECUENCIAS

La ciudad de Phoenix, ubicada en el llamado Valle del Sol, emerge del desierto de Sonora como un oasis, enmarcada por montañas que nunca se pierden de vista y que cambian del cobre al púrpura a medida que varía la luz.

El desierto de Sonora es uno de los más calurosos de América del Norte. Por la mañana temprano, el aire es diáfano y las montañas se recortan nítidas contra un cielo pálido; por la tarde, la temperatura puede alcanzar fácilmente los 46°C, y la refracción del aire caliente nubla la imagen, haciendo que Phoenix brille como un espejismo. Para los turistas, el desierto parece inmóvil; pero está vivo, día y noche. Cuando el sol desaparece, el cielo arde en tonos naranja y violeta, las montañas se vuelven sombras y la ciudad brilla con un resplandor tenue y cálido, consciente de que existe por la gracia del agua, la sombra y la terca voluntad humana.

Los vecindarios que bordean la ciudad pueden definirse con una palabra: acogedores. Las casas son del color del ocre y la arena, bajas y conectadas a la tierra, evocando el estilo de los pueblos apaches y de las reliquias indígenas que alguna vez salpicaron esta tierra. Las fachadas de las viviendas están adornadas con motivos decorativos: patrones geométricos simples, dinteles tallados y sutiles toques de color turquesa. Sus jardines están cuidadosamente cultivados, y su sed de agua es saciada por rociadores automáticos que funcionan puntualmente cada noche.

Esa tarde, un viejo Ford circulaba por las calles levantando nubes de polvo y se estacionó frente a una

casa. Este hogar en particular era un poco más grande que los demás; no mucho, solo lo suficiente para sugerir que el dueño disfrutaba de una vida cómoda. Un letrero en el tapete de la entrada decía: *"Entre como un extraño, váyase como un amigo"*.

Pero no había pensamientos amistosos en la mente del hombre que bajó del coche. Tenía treinta años y la apariencia modesta de un ranchero trabajador: jeans gastados, camisa de manga larga, botas vaqueras y un sombrero de ala ancha. Su nombre era Manuel Rodríguez, y unas semanas antes había perdido a su esposa.

Cruzó el jardín y llamó a la puerta principal. Una empleada abrió, lo invitó a pasar y lo guio hasta la sala, un espacio amplio decorado al antiguo estilo del Oeste. Al entrar, la mujer lo invitó a sentarse, pero él se quitó el sombrero y permaneció de pie, un gesto de respeto hacia el patrón.

Unos minutos después, el dueño de la casa entró en la habitación y estrechó la mano de Rodríguez. El patrón —el hombre llamado José García— tenía unos sesenta años, era alto y delgado, con un espeso cabello negro que encanecía en las sienes. Su rostro estaba surcado por profundas líneas talladas por el sol y los años, y su piel lucía un bronceado tan oscuro que parecía menos un color y más una marca permanente de la tierra misma.

García poseía las cualidades que un hombre necesitaba para sobrevivir, y luego prosperar, en un lugar tan implacable como el desierto. Era honesto, inteligente e incansable en su trabajo. Había comenzado con nada más que un camión destartado y un contrato para transportar combustible por las carreteras vacías. Aprendió pronto que, en una tierra donde las distancias eran vastas y la ayuda nunca estaba cerca, quien controlaba las líneas de suministro controlaba el futuro.

Mientras otros perseguían ganancias rápidas, García compraba tierras —extensiones secas y olvidadas— porque las escrituras ocultaban algo mucho más valioso que el polvo de su superficie: los derechos sobre el agua enterrada a gran profundidad. Cuando los pueblos del desierto alrededor de Phoenix empezaron a crecer y más tarde llegaron las perforadoras y las bombas de sustraer el petróleo, García ya estaba allí. Sus pozos alimentaban las refinerías, sus camiones cisterna entregaban el combustible y sus tuberías de agua corrían silenciosas junto a los caminos, que nadie pensó en cuestionar. Para cuando la gente se dio cuenta de lo dependiente que se había vuelto la región, ya no había alternativa. Si los camiones de García dejaban de rodar, el trabajo se detenía, los taladros enmudecían y los grifos se secaban.

García vivía cómodamente, sin extravagancias. Pagaba a sus trabajadores de manera justa, y ellos le devolvían el gesto con lealtad y respeto. En los pueblos, su nombre se pronunciaba con la familiaridad reservada a los hombres que se han convertido en parte del paisaje mismo.

Hasta que murió su hijo menor.

Tenía otros dos hijos, adultos y establecidos con sus propias familias. Pero Ricardo, el más joven, había sido la luz de la casa; aquel a quien tanto él como su esposa amaban sin reservas. Tras la muerte de Ricardo, su esposa, antes una mujer alegre y vivaz, pasaba los días en la iglesia, susurrando oraciones por el alma del chico al que ya no podía tocar. García perdió el interés en su trabajo, y luego en sus amigos. El desierto que alguna vez había dominado de repente le pareció vacío. Todos sus pensamientos se redujeron a un único punto ardiente: usaría el alcance de su riqueza y el peso silencioso de su

poder para castigar al hombre que le había arrebatado lo único que nunca podría reemplazar.

Rodríguez, el recién llegado, era uno de los trabajadores de García. Había estado con el patrón durante varios años y se había ganado su confianza. Cuando García supo que Rodríguez había perdido a su esposa bajo las mismas circunstancias que causaron a muerte de su hijo Ricardo, supo que había encontrado al hombre que necesitaba para llevar a cabo su plan.

Le pidió a Rodríguez que se sentara, tomó una botella de tequila, llenó dos pequeños vasos e invitó a su huésped a acompañarlo. Después de que ambos bebieron, Rodríguez le dijo:

—¡Muchas gracias, patrón! ¡Este es un buen tequila!

Tenía razón. La etiqueta decía *Tequila Ley .925 Ultra Premium*, una marca conocida tanto por sus botellas esculturales como por su sabor... y por su precio de trescientos dólares la botella. El patrón sirvió el costoso tequila no por arrogancia, sino como una forma silenciosa de decirle a Rodríguez que era bienvenido, no como un trabajador, sino como un amigo.

Una vez que ambos dejaron sus vasos sobre la mesa, García habló. —Manuel, mi amigo, déjame decirte cuánto lamento la pérdida de tu hermosa esposa. Y creo que ya sabes que ésta es la razón por la que quería hablar contigo.

Tras un largo momento de silencio, Rodríguez respondió con tono respetuoso: —Gracias, patrón. Y yo quiero decirle cuánto lamento que usted también haya perdido a su hijo. Y sí, tengo una idea de por qué quería verme.

García se puso de pie, caminó unos pasos por la habitación y habló pensativamente.

—Ambos hemos perdido a las personas más queridas de nuestras vidas, y sabemos que nada de lo que hagamos podrá traerlas de vuelta. Confiamos en que la ley nos daría justicia... pero la justicia nos fue negada. Mientras nuestros seres queridos descansan bajo tierra, el hombre responsable de sus muertes camina libremente entre nosotros.

Tras hablar, García guardó silencio, perdido en sus pensamientos. Rodríguez lo miró y preguntó:

—¿Qué tiene en mente, patrón?

García respondió lentamente, eligiendo sus palabras con cuidado.

—Hice algunas indagaciones sobre ti, Manuel, y sé que, al igual que yo, no eres un hombre violento. "*Mía es la venganza, dice el Señor*", eso dicen... y yo soy un hombre religioso. Pero esta vez, no seguiré la Biblia. — La voz de García se elevó, firme e imponente—: Esta vez, tomaré la justicia por mi mano. Dios me juzgará después.

La fuerza de las palabras estremeció a Rodríguez. Permaneció en silencio, sin saber qué decir. Entendía hacia dónde iba el patrón y eso lo asustaba. Sin embargo, el respeto que sentía por el hombre mayor le impidió expresar sus dudas. García lo vio en sus ojos.

—Así es, Manuel. Pienso darle a mi hijo muerto la paz que merece. No dejaré que un criminal se salga con la suya.

Al darse cuenta de que había asustado a su amigo —y de que lo necesitaba como aliado— García se obligó a calmarse. Miró a Rodríguez a los ojos y dijo:

—Amigo mío, no te voy a mentir. Lo que estoy a punto de hacer es para vengar a mi hijo y también para quitar de en medio a este hombre antes de que vuelva a hacerlo. Mira esto.

García le mostró el artículo del periódico sobre Vargas. Rodríguez lo leyó, luego levantó la vista y dijo, confundido: —Patrón... yo no sabía... —Se detuvo, sin palabras.

—Como dije, sé que no eres un hombre propenso a la violencia. Pero te elegí porque sé que eres alguien en quien puedo confiar. Nadie más puede saber de esto. Y debemos ser realistas. Si nos atrapan, yo puedo ir a la cárcel, quizás por mucho tiempo. Pero tú estás en una situación diferente. No tienes familia aquí. Si algo sale mal y la policía empieza a buscarte, me aseguraré de que puedas salir del país y tengas suficiente dinero para empezar de nuevo en otro lugar.

García puso la mano sobre el hombro de Rodríguez en un gesto de amistad.

—Hay algo más. No te pido que lo mates. Solo necesito tu ayuda para atraparlo. Una vez que lo hayamos hecho, yo me encargaré de él. Puedes quedarte conmigo o irte, y siempre te estaré agradecido.

Rodríguez era lo suficientemente inteligente como para comprender que el patrón había trazado planes muy cuidadosos. Él mismo había pensado en la venganza, pero por sus propios medios no era posible. Empezó a pensar que ahora podría lograrlo. Al igual que García, sabía que no encontraría paz completa hasta que su adorada esposa fuera vengada. Cuando comprendió por primera vez lo que el patrón planeaba hacer, tuvo miedo. El patrón hablaba de asesinato; pero ahora, las cosas habían cambiado. Hablaba de justicia. Y con los medios de García, era capaz de obtenerla.

La carta llegó un martes por la mañana, doblada con precisión burocrática y sellada con el timbre de la Administración Federal de Aviación.

Henry Vargas le dio vueltas en sus manos antes de abrirla, como si solo su peso pudiera decirle si traía malas noticias. Yolanda observaba desde la cocina, fingiendo enjuagar una taza.

—Es de Phoenix —dijo Vargas.

—Eso nunca son buenas noticias —respondió ella.

La carta era breve, de tono oficial:

"Estimado Sr. Vargas: La oficina del Fiscal de Distrito del Condado de Maricopa requiere su asistencia a una reunión de revisión relacionada con el accidente en Pago Largo, con el fin de aclarar ciertas inconsistencias en el expediente y resolver preguntas pendientes relacionadas con el siniestro".

La carta incluía la dirección, la fecha y la hora de la reunión. Yolanda la leyó dos veces cuando él se la entregó.

—Esto no me gusta —dijo ella—. La fecha es mañana. ¿Por qué querrían hablar contigo otra vez?

—Podría ser sobre mi certificación de piloto. Sea lo que sea, tengo que asistir. Son dos horas de camino a Phoenix.

—Mañana tengo una reunión en la escuela; no podré ir contigo. Y no me gusta que vayas solo. Pídele al alcalde que te acompañe.

Vargas sonrió; le gustaba la forma en que ella se preocupaba por él.

—No es necesario, cariño. Estaré de vuelta antes de que termine el día.

Vargas salió antes del amanecer, la mañana siguiente, con el desierto aún envuelto en una pálida luz azul. La carretera se extendía vacía frente a él, una delgada línea negra cortando el polvo y la piedra. La radio

se desvanecía intermitentemente, con las voces disolviéndose en estática.

A una hora del pueblo, vio un vehículo detenido en el acotamiento con las luces de emergencia parpadeando. Un hombre estaba de pie al lado, haciendo señas. Vargas redujo la velocidad. El hombre le resultó familiar; no de Pago Largo, sino de otro lugar. Del juicio, tal vez.

Cuando Vargas bajó de su coche, el mundo cambió en un solo movimiento silencioso.

—¡Levante las manos y manténgalas donde pueda verlas! —le dijo el hombre del coche.

Sostenía un revólver, apuntándole. Su voz tenía un fuerte acento mexicano, pero era clara, calmada y decidida. Vargas, confundido, permaneció inmóvil. El hombre dijo:

—Por favor, no haga esto más difícil de lo necesario, señor. —Sonaba respetuoso.

Vargas obedeció. Rodríguez le ató las manos a la espalda y le ordenó subir al asiento del pasajero. Rodríguez se sentó en el asiento del conductor, colocó el revólver en el compartimento de la puerta y arrancó el coche.

—No haga ninguna estupidez —dijo—. Mi patrón quiere hablar con usted.

El trayecto duró casi una hora. Llegaron a una cabaña completamente aislada; a su alrededor no había más que arena y algunos saguaros, esos cactus gigantes que pueden crecer hasta doce metros o más. La cabaña era vieja; el interior olía tenuemente a polvo y madera podrida. José García esperaba sentado a una mesa y se puso de pie cuando trajeron a Vargas, asintiendo una vez, como si saludara a un invitado que llega tarde.

—Siéntese, Comandante —dijo—. Ha tenido un viaje largo. —Hizo una señal a Rodríguez, quien sacó un cuchillo y cortó las ataduras de Vargas. Rodríguez se quedó cerca de la puerta, con el rostro ladeado.

Vargas se sentó y miró al viejo, esperando una explicación. Cuando llegó, no fue lo que esperaba.

—Mi nombre es José García. Yo era el padre del muchacho que usted mató.

García le habló de Ricardo. De la casa que se había quedado en silencio. De una esposa que ahora pasaba sus días en la iglesia, hablando con un Dios que no respondía.

—Usted fue juzgado —dijo García—. Y mi hijo fue enterrado.

Una imagen cruzó la mente de Vargas. Solo por un segundo, vio al aterrorizado conductor del autobús amarillo, y detrás de él la imagen de un joven, inmóvil, con los ojos cerrados, esperando el choque que lo mataría. Vargas tragó saliva.

—Yo no quería que nadie muriera.

—Lo sé —respondió García—. Nadie quiere matar sin razón. Pero usted decidió hacerlo para salvar su propio e insignificante pellejo.

Vargas no respondió; había algo de verdad en las palabras del hombre. García no lo había amenazado. No lo había golpeado ni castigado de otra forma. Pero Vargas sabía que era peor. En los modales controlados de García, en su voz baja y determinada y en sus ojos, vio la intención inquebrantable de ejecutarlo.

García continuó: —No voy a torturarlo. No voy a hacerlo sufrir, porque no hay forma de que usted sufra como mi familia y yo sufriremos por el resto de nuestras vidas. Pero matarlo me traerá algo de consuelo, por cruel que parezca. Y también porque usted es un hombre peligroso.

Vargas había mantenido la vista baja, incapaz de mirar a García mientras hablaba, pero al escuchar la última frase, levantó el rostro y miró al hombre a los ojos. Su mirada no era la de un hombre culpable. Al ver la reacción de Vargas, García dejó de hablar por un momento. Luego repitió:

—Así es, Comandante. Es usted un hombre peligroso.

Hubo amor propio en la respuesta de Vargas:

—Sé lo que le pasó a su hijo, Sr. García, y sé que soy culpable de matar y herir a otras personas. —La mirada de Vargas tenía la intensidad de un hombre dispuesto a morir pero que no temía hablar con franqueza—. Pero no soy un asesino.

Una sombra de duda cruzó el rostro del anciano. Tomó la hoja del periódico y la puso frente a Vargas.

—Ya vi eso —fue la respuesta despectiva de Vargas—. Eso es una mentira.

García había vivido lo suficiente para reconocer cuándo un hombre mentía, e inmediatamente supo que ese no era el caso de Vargas.

—Explíquese —le dijo.

Vargas obedeció:

—El avión se quedó sin gasolina. Era cuestión de aterrizar en el pueblo o matarme yo mismo y a todos a bordo.

—¿Cuántas personas había en el avión, Comandante?

—¿Qué diferencia hay? Usted habría matado a cien personas para proteger a su hijo. Esas son el tipo de decisiones que nunca son correctas.

El anciano se levantó, abrió el grifo de un fregadero y llenó un vaso con agua. Se lo ofreció a Vargas sin decir palabra. Vargas bebió el agua hasta el fondo.

—¿Por qué un avión así se quedaría sin combustible? ¿Qué fue lo que pasó? —preguntó García.

—Sé por qué, Señor García, pero alguien se está asegurando de que la causa real nunca vea la luz. Mi primer oficial, el único testigo del fallo, ha desaparecido.

García pensó por un minuto. —¿Puede probar lo que dice? ¿Puede probar que la válvula realmente falló?

Vargas habló no como un hombre que quiere discutir, sino como alguien que sopesa algo pesado en sus manos.

—No lo sé, quizás. Podría haber una forma. Podría haber una grabación que lo pruebe. En el momento en que la válvula falló, llamamos al taller. Pero no pudimos hablar directamente; un controlador de aeropuerto transfirió la llamada. Se supone que todas las llamadas y conversaciones de los pilotos quedan grabadas.

García caminó hacia donde estaba Rodríguez y los dos hombres intercambiaron unas palabras. Luego regresó y encaró a Vargas.

—Comandante, lo traje aquí con la intención de matarlo, y no he cambiado de opinión. Sigo dispuesto a hacerlo. Pero si lo que dice es cierto, entonces alguien más es el verdadero responsable de matar a mi hijo. Déjeme preguntarle esto: ¿conoce a alguna persona que, con nuestra ayuda, pueda obtener la prueba de lo que ha dicho? Si es así, le daré dos días para conseguir esa prueba.

García pedía algo casi imposible. Pero era la última oportunidad de Vargas. Solo conocía a una persona dispuesta a hacer eso por él: Yolanda. Respondió a García:

—Tal vez haya alguien. Necesito hacer una llamada.

García hizo una señal a Rodríguez para que le devolviera el teléfono a Vargas y dijo:

—Sé que usted no es hombre de trucos, Comandante. Pero tenga cuidado. No diga nada que pueda ser malinterpretado.

Yolanda contestó el teléfono; se alegró al oír la voz de Vargas.

—¡Henry, cariño! Estaba esperando tu llamada. ¿Vas a volver o piensas pasar la noche en Phoenix?

—Ni lo uno ni lo otro, querida. Ha pasado algo y quiero que escuches con atención.

Yolanda notó la urgencia en la voz de Vargas y se concentró en la llamada.

—Te vas a reunir con un hombre llamado Manuel. Con él, tienes que encontrar al controlador al que mi primer oficial y yo llamamos cuando el avión se quedó sin gasolina —le dijo.

Yolanda, asustada, lo interrumpió:

—¿Qué está pasando? ¿Estás en problemas? ¿Dónde estás?

—Yolanda —dijo Vargas, tratando de sonar tranquilo—. Te lo explicaré después. Todo saldrá bien si haces lo que te digo.

Yolanda tuvo ganas de gritar, pero hizo un esfuerzo y se recompuso.

—Está bien, cielo. Estoy lista. Dime.

—Tienes que ir con Manuel al aeropuerto donde trabaja este controlador y decirle que necesitas la grabación de la llamada que transfirió al taller de mantenimiento de Sur Airways el día del accidente. La llamada se hizo unos quince minutos antes de que aterrizáramos.

—Entiendo. ¿Qué más?

—No estoy seguro del nombre del aeropuerto, pero solo hay dos aeropuertos pequeños en esa zona. Uno es el San Nicolás y el otro se llama Rómulo Fernández. Ambos son aeropuertos privados y pequeños, pero graban todas las llamadas de los aviones que vuelan entre Albuquerque y Phoenix.

—¿Cómo se llama el controlador? —No puedo decírtelo, pero estaba de servicio a las seis y media de aquel día.

—De acuerdo, lo tengo. ¿Puedes darme una idea de qué se trata todo esto?

—Confía en mí, amor, no puedo. Manuel te recogerá mañana temprano. Y hay algo más.

—¿Qué es?

—Me duele decirte esto, pero solo tienes dos días. Manuel se irá después de eso, con o sin la grabación. Estas últimas palabras sonaron tan definitivas que Yolanda tuvo que aferrarse a una silla para no caerse.

Logró decir: —Lo haré, cielo. No te preocupes. Pero solo escuchó el clic de la conexión terminando.

Vargas le devolvió el teléfono a Manuel y se sentó sin decir palabra. García le dijo:

—Si lo que ha dicho es verdad, no tiene por qué preocuparse. Pasado mañana será libre. Pero si para entonces Manuel no ha regresado, podré decirle a mi hijo que ha sido vengado y que puede descansar en paz.

Luego anotó un número de teléfono, se lo dio a Manuel y le dijo:

—Lleva este número contigo en todo momento. Puede que tú y la dama se encuentren con algún burócrata perezoso que no esté dispuesto a apresurarse o ayudarles. Si ese es el caso, tú o la dama llamen a este número y

pregunten por el Sr. Wilson. Díganle que están haciendo un trabajo especial para mí y explíquenle lo que necesitan.

García se volvió hacia Vargas y dijo:

—Tal vez no lo sepa, Sr. Vargas, pero soy un hombre conocido desde Las Vegas hasta Dallas. La mención de mi nombre puede mover montañas y lograr tareas increíbles. Si esa grabación existe, Manuel estará de vuelta con ella a tiempo.

Señaló una cama recién hecha en la esquina y dijo:

—Esta cabaña está en medio del desierto, Comandante. La usé hace mucho tiempo cuando necesitaba esconderme. Me aseguré de que tenga todo lo que necesita. Incluso hay algunos libros viejos que dejé aquí. Estamos al menos a cien millas de cualquier lugar civilizado, y hay muchas bestias sueltas. La puerta no tiene llave. Puede intentar escapar, pero le aseguro que será un suicidio. Lo veré en dos días.

Con eso, el anciano se marchó.

CAPÍTULO 10

LA GRABACIÓN DESAPARECIDA

El sol ya estaba alto cuando la camioneta entró en el pequeño aeropuerto de San Nicolás.

Durante el viaje desde Pago Largo, Yolanda no dejaba de observar al hombre sentado a su lado, preocupada por su propia seguridad pero dispuesta a hacer lo que fuera necesario para ayudar a su amante.

La apariencia de Mendoza y la forma en que la trataba ayudaron a disipar algunos de sus temores. Parecía uno de los muchos trabajadores que mantenían a diario los ranchos de los alrededores de Phoenix. Sus manos y brazos estaban profundamente bronceados y surcados de cicatrices, y sus botas habían pisado demasiados terrenos difíciles. Vestía de forma demasiado modesta para ser un gánster; ni siquiera llevaba reloj. En la consola del coche había una fotografía de una mujer joven y guapa, sonriente; una cinta negra cubría parte de la imagen.

Desde el momento en que pasó a buscar a Yolanda, ella había estado intentando obtener información sobre lo que le ocurría a Vargas. Su llamada telefónica del día anterior había señalado claramente que estaba en problemas, pero ella no podía imaginar de qué tipo. Mendoza solo le contó lo suficiente para que supiera cuál era su misión, y ella estaba decidida a correr los riesgos necesarios para completarla.

Cuando llegaron al aeródromo de San Nicolás, este parecía más una parada de autobús olvidada que un aeropuerto. Una única pista cortaba el desierto como un tajo, y la torre de control se alzaba entre el polvo en una línea torcida y cansada. El viento empujaba maleza seca por el asfalto y, en algún lugar, un trozo de hojalata suelto

repiqueteaba como un reloj nervioso. Solo dos avionetas cubiertas con lonas, estacionadas en un extremo, indicaban que el aeropuerto seguía en uso.

Mendoza condujo hasta la oficina en la base de la torre de control, frenó bruscamente y apagó el motor.

—Es aquí —dijo—. No perdamos tiempo.

Yolanda bajó de la camioneta, alisándose el pelo con manos que temblaban a pesar de su esfuerzo por mantener la calma. El calor la presionó como una pared mientras caminaban hacia el bajo edificio de hormigón.

En el interior, el aire estaba viciado y fresco. Un hombre con camisa arrugada estaba sentado tras un escritorio frente a una pantalla, con una radio murmurando suavemente a su lado. Levantó la vista con una ligera molestia.

—¿Puedo ayudarles?

Yolanda habló antes de que Mendoza pudiera hacerlo.

—Buscamos a un controlador que trabajó la noche del aterrizaje de emergencia de Sur Airways hace tres semanas. Él transfirió una llamada al taller de mantenimiento.

El hombre frunció el ceño y se giró hacia una computadora. Sus dedos se movían lenta y deliberadamente, como si hubiera que convencer a cada tecla para que cooperara.

—¿Fecha?

Yolanda se la dio. Él se desplazó por los registros, entrecerrando los ojos ante la pantalla. Después de un momento, sacudió la cabeza.

—Esa llamada no pasó por aquí —dijo—. Registramos un jet de Avianca esa noche, pero ninguna transferencia a mantenimiento. Debió de ser enrutada a través de Rómulo Fernández.

Mendoza se inclinó hacia delante.

—¿Está seguro? El hombre le sostuvo la mirada, imperturbable. —Estoy seguro de que no fue aquí. Este sistema no olvida. La gente sí.

Yolanda sintió que se le oprimía el pecho. Le dio las gracias, se dio la vuelta y salió antes de que Mendoza pudiera decir algo que cerrara más puertas de las que abría. De vuelta en la camioneta, Mendoza golpeó el volante.

—Cada minuto cuenta —murmuró—. Vámonos.

Yolanda había tenido miedo de este hombre desconocido, pero su determinación y su prisa por hacer el trabajo la impresionaron y la hicieron sentir mejor. La camioneta no tenía GPS. Mendoza sacó un mapa viejo y arrugado de la guantera, lo estudió un breve momento, lo volvió a guardar y arrancó el motor.

El trayecto hasta el aeropuerto Rómulo Fernández los llevó más adentro en el desierto. La carretera se estrechó hasta convertirse en una línea recta de arena y rocas. Yolanda miraba el horizonte, contando los minutos en su cabeza; cada uno era un pequeño paso más cerca del plazo límite.

Este aeropuerto era diferente. El edificio era más nuevo, la torre más recta y la pista más limpia. Una avioneta estaba amarrada cerca de un hangar, con las alas balanceándose ligeramente por el viento. En el interior, un controlador joven estaba sentado al escritorio, tocando una tableta. Levantó la vista y sonrió cortésmente.

Yolanda repitió la historia. La fecha. La llamada. La sonrisa del joven se desvaneció al consultar los registros de llamadas en su computadora.

—Hubo una llamada a las 6:32 PM de ese día. Walter estaba de servicio. Él es el otro controlador. — Luego los miró, perplejo—. Pero no entiendo. Las fechas

y horas se registran automáticamente. El asunto de la llamada se introduce manualmente. Y ha sido borrado.

—¿Quién pudo haber hecho eso? —preguntó Yolanda.

—Bueno, solo Walter y yo tenemos la contraseña. Somos los únicos controladores. El aeropuerto cierra de noche...

El joven pareció recordar algo. Yolanda se inclinó hacia delante. —¿Qué pasa?

—Hace unas dos semanas apareció un tipo, habló con Walter un rato y se fue.

Yolanda y Mendoza se miraron. Habían llegado demasiado tarde. Ella preguntó:

—¿Está Walter aquí?

El hombre vaciló. —No. No está de servicio hoy.

Mendoza se acercó más. —¿Dónde está?

El controlador miró hacia la puerta y luego volvió a mirarlos.

—Vive a unas veinte millas de aquí. Un lugar pequeño, al lado de la Ruta 17. Casa blanca. Camioneta azul en el patio.

Yolanda sintió una oleada de alivio... y de miedo.

—Gracias —dijo, dándose ya la vuelta.

La casa de Walter estaba sola al borde de un campo seco, con la pintura descascarada y la cerca inclinada como si estuviera cansada de estar en pie.

Yolanda llamó. Un hombre de unos cincuenta y tantos años abrió la puerta. Sus ojos pasaron de Yolanda a Mendoza y volvieron a ella. —¿Sí?

—¿Es usted Walter? —preguntó Yolanda. Él asintió.

—Mi nombre es Yolanda Vargas. Necesitamos hablar con usted sobre una llamada que atendió hace tres

semanas. Un vuelo de Sur Airlines. Transferencia de emergencia a mantenimiento.

El hombre palideció. —No sé de qué me hablan — dijo, empezando ya a cerrar la puerta.

Mendoza puso una mano contra el marco.

—Sí lo sabe —le dijo en voz baja.

Walter vaciló y luego retrocedió. Entraron en una pequeña sala que olía a café y polvo. Una radio sonaba suavemente en un rincón. Walter se sentó. Sus manos descansaban sobre sus rodillas, apretadas con fuerza. Miró el cuchillo que colgaba del cinturón de Mendoza.

—Yo la borré —dijo de repente—. Eso es lo que quieren oír, ¿verdad? Borré la grabación.

Yolanda contuvo el aliento. —¿Por qué?

Walter tragó saliva.

—Un hombre vino a verme hace dos semanas. La llamada había sido de un vuelo de Sur Airlines. Dijo que era del departamento legal de la compañía; me mostró su identificación. Dijo que la grabación era un "asunto de seguridad". Dijo que podría causar problemas. Grandes problemas. Le creí. Me dio mil dólares para que la borrara.

La voz de Mendoza se endureció.

—Y Ud. lo hizo. Aun sabiendo que era ilegal y que podía ir a la cárcel.

El hombre casi lloraba.

—Escuchen... tengo más de cincuenta años, estaban a punto de jubilarme... —Se detuvo—. Puede que haya algo. Guardo copias de seguridad. No oficiales. Vieja costumbre. Disco externo.

Cruzó la habitación, abrió un cajón y sacó un pequeño pendrive. Sus manos temblaban mientras lo conectaba a su computadora. Los minutos pasaron como horas. Entonces apareció un archivo.

Walter exhaló. —Es este. Marca de tiempo. Datos de enrutamiento. Muestra la transferencia a la línea del taller de mantenimiento.

Yolanda cerró los ojos un momento. "Eso no es suficiente", pensó.

—¿Escuchó la conversación?

—Algunas partes. No presté atención; estaba trabajando en otras cosas. Era algo sobre una válvula. Recuerdo algo que dijo el ingeniero justo antes de colgar, y eso me llamó la atención. Dijo algo como: "Advertí a la empresa sobre la válvula, ahora todos podríamos estar en problemas".

—Necesitamos que venga con nosotros —dijo ella—. Él no creerá en un archivo. Le creerá a usted.

Walter se resistió. —No voy a ninguna parte. Ya tengo bastantes problemas; no quiero involucrarme más en esto. Mendoza lo agarró por el cuello y lo empujó hacia la puerta.

—Usted viene. ¡Suba a la camioneta!

Una vez los tres en la camioneta, Mendoza arrancó el motor, llevando la vieja máquina al límite. Pero forzó demasiado; a los pocos minutos de conducir, oyeron un fuerte *¡chof!* y la camioneta viró hacia la derecha. Un neumático había reventado.

—¡Maldita sea! —exclamó Mendoza—. Y mi repuesto también está desinflado.

Yolanda, angustiada, miró su reloj. Apenas tenían cuatro horas para volver a la cabaña a tiempo. Bajaron del coche y se quedaron de pie, mirando el neumático desinflado. Hasta que Walter, como una idea tardía, dijo:

—Solo hemos conducido un par de millas. Podemos volver caminando y traer mi camioneta.

Mientras Yolanda los miraba esperanzada, los dos hombres se marcharon caminando hacia la casa que

habían dejado diez minutos antes. La temperatura de la tarde rondaba los 32 grados C y no había lugar donde resguardarse de los despiadados rayos del sol. Ella se sentó en la camioneta y esperó. Calculó que los hombres tardarían unos quince minutos en cubrir la distancia a pie, y unos pocos minutos más en volver.

Pasaron treinta minutos y los hombres no regresaban. Yolanda se sintió invadida por la angustia. Bajó de la camioneta y se quedó mirando hacia la carretera, deseando desesperadamente ver aparecer un vehículo. Diez minutos después, oyó la camioneta. Walter conducía. Se detuvo junto a ella y bajó, con una herida sangrando en la cabeza.

Antes de que Yolanda pudiera preguntarle nada, él dijo:

—El hijo de perra me pilló cuando estaba subiendo a la camioneta; casi me deja inconsciente. Intenté agarrarlo, pero huyó tras las dunas de arena. Tenemos que encontrarlo; es un hombre viejo, no puede correr muy lejos.

—¡No tenemos tiempo! —suplicó Yolanda—. ¡Debemos irnos! Tenemos el pendrive.

Mendoza sacudió la cabeza. —Eso no es suficiente. Conozco al patrón; debe tener más pruebas o matará a su amigo. Esta camioneta puede pasar por encima de las dunas. Lo encontraré.

Yolanda aceptó, resignada. Se sentó de nuevo dentro de la camioneta a esperar. Cada minuto que pasaba se sentía como una puñalada en el corazón. Se sentía enferma y sedienta; habían bebido agua por última vez esa mañana, y sentía que podía desmayarse en cualquier momento. Yolanda dudaba que fueran a llegar a tiempo. No conocía al hombre que retenía a Vargas, pero

Mendoza le había dicho que el hombre estaba decidido a cumplir su amenaza.

Finalmente, tras quince minutos que parecieron una eternidad, oyó el motor de la camioneta. Dentro estaban Mendoza y Walter. Mendoza se detuvo a su lado. Ella subió a la camioneta y se sentó junto a Walter, viendo que tenía una decoloración púrpura alrededor de los ojos y que sus manos estaban atadas. No le importó; lo único que quería era volver a tiempo.

Pero aún tenían que evitar otro escollo. Cuando llegaron al cruce entre la casa de Walter y la carretera principal, vieron un coche de policía estacionado allí. Dos patrulleros estaban de pie junto al coche, hablando, y cuando vieron la camioneta, les hicieron señas para que se detuvieran.

Mendoza se desvió hacia el borde, levantando polvo alrededor de las ruedas. El corazón de Yolanda empezó a latir con fuerza mientras el motor moría y el desierto volvía a quedar en silencio.

Dos agentes bajaron de la patrulla. Uno se acercó a la ventanilla de Mendoza, con una mano apoyada casualmente cerca de su cinturón.

—Buenas tardes —dijo el oficial—. ¿Tienen prisa esta noche?

—Solo regresamos al pueblo —respondió Mendoza con voz firme.

Los ojos del oficial recorrieron el interior de la cabina. Captaron la mancha oscura en la camisa de Mendoza: sangre seca cerca del cuello. El oficial entrecerró los ojos. Luego movió la mirada de nuevo hacia Walter, en el asiento trasero. El oficial se tensó al ver la cuerda alrededor de las muñecas de Walter. Retrocedió.

—Ustedes dos, bajen del vehículo —dijo, con la mano ya desenfundando su pistola. Llamó por encima del

hombro—: Tom, ven aquí. Ahora. Miró a Yolanda—: Usted, señora, quédese donde está. Mantenga las manos a la vista y no haga ningún movimiento brusco.

El segundo oficial se acercó a la camioneta, pistola en mano. Antes de bajar, Mendoza le pasó discretamente a Yolanda un trozo de papel. Los dos agentes estaban seguros de haber tropezado con algún tipo de crimen y, alarmados, actuaron de acuerdo. Con voz seca y autoritaria, ordenaron a Mendoza y a Walter que pusieran las manos sobre la camioneta y procedieron a cachearlos.

Mientras los oficiales se concentraban en los dos hombres, registrándolos e interrogándolos, perdieron de vista a Yolanda. Ella sacó su teléfono con cuidado y llamó al número escrito en el papel. Alguien respondió de inmediato.

—¿Diga? Dejando el teléfono en su regazo, dijo en voz baja: —Con el Sr. Wilson, por favor.

Inmediatamente, otra voz apareció en la línea y dijo solo dos palabras: —Hable, por favor.

En pocas palabras, Yolanda explicó que estaban siendo detenidos por la policía.

La misma voz preguntó: —¿Los detiene la policía local o la patrulla de caminos?

—No estoy segura —fue la respuesta ansiosa de Yolanda.

—¿Puede ver la placa del coche de policía?

Yolanda recitó los números y letras de la placa de la patrulla. Tras unos segundos de silencio, la voz volvió a hablar.

—Estamos rastreando su ubicación a través de su teléfono. Deje la línea abierta y espere.

Mientras tanto, los oficiales habían registrado y esposado a Mendoza y a Walter, quienes permanecían de pie en silencio junto a la camioneta. Uno de los agentes

estaba en la patrulla solicitando una verificación de las identificaciones de los hombres. El otro abrió la puerta de la camioneta y le ordenó a Yolanda que bajara.

Ella hizo lo que le pidieron. El oficial se disponía a registrarla cuando el otro agente lo llamó desde el coche.

—¡Espera, espera! —le gritó a su compañero—. ¡Ven aquí!

Los dos mantuvieron una breve conversación junto al coche y luego caminaron apresuradamente hacia donde estaban Yolanda y los dos hombres. Sin decir palabra, uno de ellos les quitó las esposas a Mendoza y a Walter. El otro oficial, en un tono sumiso, dijo:

—Lo lamentamos. Hubo algún tipo de confusión. No sabíamos que se trataba de una operación encubierta.

Yolanda y Walter estaban desconcertados. Mendoza miró a los oficiales con una mueca de suficiencia, y luego los tres subieron a la camioneta. Uno de los agentes preguntó si necesitaban escolta, pero Mendoza se limitó a sacudir la cabeza y la camioneta arrancó. Yolanda se dio cuenta de que la influencia del señor García iba mucho más allá de su actitud reservada.

El sol rozaba el horizonte cuando circularon por el camino de tierra que conducía a la cabaña. La camioneta aceleró, rebotando sobre rocas y arena. Cuando llegaron a la cabaña, el sol había desaparecido; solo el cielo ardía en tonos naranja y rojo.

Dentro de la cabaña, García y Vargas estaban sentados a la mesa, con el arma descansando sobre la madera decolorada entre ellos. García oyó el vehículo y, al darse cuenta de que no era el sonido de la camioneta de Mendoza, agarró el arma y salió. En el crepúsculo, vio a tres figuras bajar del vehículo y acercarse. Mendoza le gritó:

—¡Somos nosotros, patrón, no dispare!

Una vez dentro, Yolanda corrió a abrazar a Vargas, intentando contener las lágrimas. García hizo una señal a Mendoza, y este cortó las ataduras de Walter con su cuchillo. García aún sostenía el arma en la mano. Apuntó a Walter y dijo:

—Está bien, Mendoza, explica. ¿Quién es este?

—Él es la prueba, patrón. —Le mostró a García el pendrive—. Aquí tenemos la fecha, la hora y los números de teléfono. Y nuestro amigo aquí presente era el controlador que hizo la conexión; y escuchó parte de la conversación.

El patrón miró a Walter. Aunque García era mayor, vio ante sí a un hombre viejo y cansado.

—Muy bien hecho, Mendoza —dijo, y se guardó el arma en el cinturón—. Ahora sentémonos todos y hablemos de esto.

Walter, todavía temblando por las experiencias recientes, explicó las circunstancias de la llamada entre los pilotos y el ingeniero del taller de mantenimiento. El patrón quedó particularmente impresionado por la última frase del ingeniero: «*Advertí a la empresa sobre la válvula, ahora todos podríamos estar en problemas*».

Cuando Walter terminó, García, con expresión seria, fijó la vista en él. Tras un momento, le preguntó:

—Walter, ¿sabes quién soy yo?

La voz de Walter era temblorosa.

—Sí, señor García. Todo el mundo por aquí lo conoce.

—¿Crees que soy un hombre de palabra?

—Sí, señor.

—Si te digo que necesitamos tu ayuda, que un día necesitaremos que digas lo que acabas de contarnos bajo juramento, y te doy mi palabra de que no te pasará nada malo, ¿estarías dispuesto a hacerlo?

A pesar de que no había bebido agua en un buen rato, la frente de Walter estaba cubierta de gotas de sudor; presentía que su pesadilla estaba a punto de terminar.

—Sí, señor, se lo prometo.

García caminó hacia la puerta y miró hacia fuera. Luego le preguntó a Walter:

—Esa camioneta de ahí fuera, ¿es tuya?

—Sí, señor, es mía —dijo Walter.

—¿Crees que puedes encontrar el camino de vuelta?

—Sí, creo que puedo.

García tomó cinco billetes de cien dólares y se los mostró a Walter.

—Toma esto. No es un soborno; ahora trabajas para mí. Y no hables con nadie de esto. Te llamaremos cuando te necesitemos. ¿De acuerdo?

Walter empezó a respirar mejor. Se apresuró a decir: —¡SÍ, SEÑOR! ¡Absolutamente!

—Espero que seas un hombre que sepa cumplir su palabra. Porque si se te escapa algo sobre lo de hoy, lo sabré, puedes estar seguro.

García le entregó los quinientos dólares y, diez minutos después, oyeron el ronco estruendo de la camioneta de Walter alejándose por el desierto.

Vargas preguntó: —¿Qué pasa ahora, García? ¿Qué significa todo esto?

Los ojos de García volvieron a endurecerse.

—Ahora sabemos quiénes son los verdaderos criminales. No conocemos todos sus nombres, sus motivos o sus intenciones. Pero la venganza por mi hijo y por la querida esposa de Mendoza los alcanzará, aunque sea lo último que yo haga en esta tierra. Significa que la tormenta no termina aquí. Solo cambia de dirección.

CAPÍTULO 11

EN BUSCA DE JUSTICIA

A las 9 PM, todas las luces parecían estar apagadas en la casa del Señor García, pero unas plantas en un rincón del jardín reflejaban la débil luz que se filtraba a través de las cortinas de una de las ventanas del sótano. En esa habitación, cuatro personas estaban sentadas a un extremo de una mesa de conferencias.

—Tenemos razones para creer —dijo García— que el aterrizaje que mató a mi hijo y a la esposa de Mendoza fue forzado por las acciones de una o varias personas que desconocemos. Hasta hace unos días, yo echaba toda la culpa a alguien que resultó ser solo el ejecutor accidental de esas acciones.

»Pero ahora sé que la verdadera culpa pertenece a un grupo de individuos aún desconocidos para nosotros, y esta vez no me apresuraré a señalar culpables hasta que esté seguro. Sabemos que alguien en esa empresa oculta algo; probablemente sean personas de las altas esferas de la aerolínea, aunque desconocemos sus motivos. Estoy dispuesto a usar todos mi recursos para descubrir quiénes son estas personas y revelar si fue solo un error humano o si la tragedia fue causada por la codicia o por la negligencia deliberada de estas personas sin escrúpulos.

García miró a sus tres compañeros.

—Los considero mis amigos; sé que cada uno de ustedes tiene intereses personales en esta causa, y espero que trabajen conmigo. Y debo decirles esto de antemano. García levantó el puño en el aire, como si amenazara a una persona invisible, y dijo:

—Cuando los encontremos, usaré todos los medios legales posibles para castigarlos; pero si la justicia

falla, yo personalmente les aplicaré mi propio tipo de justicia. Y de esto, solo yo seré responsable.

Siguió un silencio absoluto. Los amigos estaban conmovidos por la pasión y la determinación en las palabras de García. Yolanda fue la primera en hablar:

—Con la declaración de Walter, podemos probar que hubo una llamada desde el avión al taller de mantenimiento, pero eso no es suficiente. Tenemos que demostrar que se trataba de la falla de la válvula...

—...y el único que puede testificar sobre eso es el ingeniero con el que hablé en el avión —intervino Vargas—. Iré al taller de mantenimiento y veré si puedo encontrarlo, o al menos averiguar quién era.

—Estoy de acuerdo —dijo Yolanda—. Otra cosa: la NTSB está investigando lo que sucedió antes y después del accidente. Necesitaremos esa información. Presentaré una moción para preservar toda la evidencia del accidente: las declaraciones presentadas en el juicio de Henry y cualquier otra cosa que la NTSB descubra, incluyendo todos los registros de vuelo, registros de mantenimiento, transcripciones de radio y correos electrónicos internos de la empresa. También debemos estar preparados para presentar citaciones judiciales a la compañía, especialmente con respecto a cualquier trabajo realizado en el avión durante el último año.

—Conozco a un buen investigador privado —dijo García—. Él puede buscar todo eso.

Yolanda no estuvo de acuerdo.

—Yo no haría eso, García. Un investigador privado llamará demasiado la atención. Si estas personas descubren que alguien anda husmeando, esconderán o borrarán la información. Ya borraron la grabación de la llamada. Hizo una pausa para enfatizar sus palabras:

—Sé por experiencia que todos nuestros esfuerzos serán inútiles si alguien descubre nuestras intenciones. Necesitamos hacer esto sin levantar sospechas, y tengo una idea. Miró a García.

—Usted, Señor García, va a dejar saber que intenta demandar a Vargas personalmente por un millón de dólares por la muerte de su hijo. Yo defenderé a Vargas; eso me permitirá enviar las citaciones sin levantar sospechas.

Todos estuvieron de acuerdo con la sugerencia de Yolanda. García cerró la reunión diciendo:

—Bien, tenemos un plan. Por favor, manténganme informado de lo que descubran. Y tengan cuidado: no sabemos hasta dónde está dispuesta a llegar la compañía para mantener oculto lo que sea que hayan hecho. Y como han visto, conozco a algunas personas influyentes en la zona. Llámenme si puedo ayudar.

Al día siguiente, Vargas habló con un juez en Phoenix, solicitando permiso para viajar fuera del estado por motivos de negocios. Al día siguiente, recibió un documento que lo autorizaba a viajar sin salir de los EE. UU.

Vargas viajó primero a Boston, a la oficina de Sur Airways, vestido en su uniforme de Capitán. Allí fue recibido por varios de sus compañeros pilotos, quienes lo felicitaron por su hábil aterrizaje en el pequeño pueblo y expresaron su esperanza de que se le permitiera volar de nuevo. Al enterarse de su presencia, su jefe inmediato — el Director de Operaciones de Vuelo, un hombre llamado Striker— lo citó en su oficina.

Striker le dijo lo contenta que estaba la compañía de que él y sus pasajeros hubieran sobrevivido al aterrizaje:

—¡Henry, ese aterrizaje fue increíble! Lograste meter el 787 en una avenida tan pequeña. Todos los pilotos están hablando de ello.

Luego le preguntó:

—¿Cuáles son tus planes ahora, mientras esperas a ser rehabilitado y poder volar de nuevo?

—Esperaba que usted pudiera decírmelo, jefe — respondió Vargas.

—Bueno, Henry, mi primera intención era ponerte como instructor. Pero desde "allá arriba" me dijeron que, hasta que todo esto pase, sería mejor que cortaras cualquier relación con Sur Airways.

—¿Me está despidiendo, jefe?

Striker lo negó de inmediato. Había sido advertido por "poderes superiores" —es decir, los dueños de la compañía— de no enemistarse con Vargas de ninguna manera. No le dijeron el motivo, y él no preguntó. Se apresuró a decir:

—¡Para nada, Henry! Tú entiendes cómo funcionan las cosas, es solo política. Tu puesto siempre estará abierto. La noticia de que estás en libertad condicional se conoce en Boston, y preferiríamos que no te viera por la oficina algún reportero ruidoso —Striker sonrió—. ¡Estás en vacaciones pagadas, Henry! Y te lo mereces. Aprovéchalo, lleva a tu novia a alguna playa.

Vargas tomó nota: sabían que tenía una amante. La compañía lo había estado vigilando.

—Está bien, jefe. No me importa descansar un rato. Tengo ordenado quedarme en Arizona, así que supongo que iré a esquiar a Flagstaff o a acampar en el desierto.

Vargas sabía que cuando visitara el taller de mantenimiento, Striker se enteraría, así que lo planteó abiertamente.

—¿Le importaría a la compañía si paso a saludar a algunos de los muchachos en el taller de mantenimiento antes de irme?

Por un instante, el rostro de Striker mostró preocupación. Pero respondió:

—En absoluto. Haz lo que quieras, sigues siendo un empleado de Sur Airways.

Vargas se fue y condujo hacia el este durante un par de horas. El taller estaba ubicado en la Reservación Apache. Una instalación de mantenimiento de aeronaves necesita un área muy extensa donde se puedan construir hangares enormes. Sur Airways había firmado un contrato con los administradores de la reservación y ocupaba una superficie lo suficientemente grande para los hangares, por un precio mínimo. Otra ventaja era la disponibilidad de mano de obra barata, para tareas no especializadas, entre los habitantes.

Vargas conocía a algunos de los ingenieros y, de nuevo, fue bien recibido. Cuando Vargas preguntó por el ingeniero con el que había hablado desde el avión, sus amigos no sabían quién podría haber sido. Pero uno de ellos mencionó algo extraño: un ingeniero se había retirado el día después del accidente. Se llamaba Antonio Santini; de repente anunció su jubilación y se fue el mismo día. Nadie sabía el motivo.

Vargas preguntó en qué área trabajaba Santini, y la respuesta lo sacudió.

—Trabajaba en el sistema de combustible —le dijo alguien.

Cuando Vargas se iba, un joven técnico que había estado escuchando se le acercó y le dijo:

—Sobre ese ingeniero italiano... mi novia trabaja como secretaria en contabilidad y me dijo que todavía le están enviando cheques.

“Ese tiene que ser él”, pensó Vargas. Pero nadie pudo decirle dónde estaba el hombre ni proporcionarle ninguna otra información.

Mientras caminaba de regreso a su auto, se le ocurrió una idea. Eran más de las cuatro de la tarde; los empleados del taller saldrían en menos de una hora. Esperó.

Cuando los trabajadores comenzaron a salir en grupos, divisó entre ellos al mismo técnico que le había hablado. Vargas salió de su auto y se le acercó.

—¿Puedo hablar contigo un minuto? —preguntó.

El uniforme de Vargas causó un profundo efecto en el joven; la mayoría de los técnicos allí soñaban con convertirse en pilotos algún día.

—Claro, Capitán. ¿Qué puedo hacer por usted? —le dijo.

—Estoy tratando de encontrar al ingeniero Antonio Santini. Mencionaste que tu novia trabaja en contabilidad y sabe de los pagos de la empresa hacia él. ¿Crees que ella podría encontrar su dirección? Es importante que me ponga en contacto con él.

El joven dudó un momento, pero las cuatro franjas amarillas en los hombros de Vargas le decían que el hombre que tenía delante tenía que ser alguien de confianza.

—No estoy seguro —dijo—, pero se lo preguntaré, Capitán.

Vargas le dio su número de teléfono, le estrechó la mano y le dio las gracias antes de dirigirse a su coche. Estaba seguro de que el joven haría lo mejor posible.

Cuando Vargas regresó a casa de Yolanda esa noche, encontró una nota dirigida a él en el buzón. No había sello en el sobre; la nota había sido entregada a mano. Intrigado, la abrió. La nota comenzaba:

"No pierda su tiempo. No encontrará respuestas dentro de la compañía. Debería hablar con un colega suyo, un piloto llamado Edward Milles". La nota estaba firmada: "Un amigo".

—¿Te resulta familiar el nombre? —preguntó Yolanda.

—Sí, el nombre me suena —respondió Vargas—. Creo que puede ser un capitán de Sur Airways.

—Supongo que deberías hablar con él. Pero primero, hablemos con García —sugirió Yolanda.

Llamaron a García, le explicaron lo que habían hecho hasta el momento y le contaron lo de la nota.

—Tememos que pueda ser una trampa de la compañía —explicó Vargas—. No conozco a este piloto lo suficiente como para confiar en él.

—Deme el nombre y yo me encargaré de eso —dijo García—. Los llamaré mañana.

Yolanda invitó al alcalde y a Helen a cenar, y se olvidaron de sus problemas por un rato. Más tarde, cuando se sentaron en la sala, la conversación volvió a tratar la situación actual. Después de que le contaron al alcalde sobre la reunión con García, lo que habían descubierto y lo que habían decidido hacer, el alcalde dijo:

—Tienen un buen aliado en García. No es el tipo de persona a la que le gusta alardear de su posición, por lo que mucha gente no sabe demasiado sobre él. Pero no solo es decente; también tiene una fortuna considerable y, más que eso, muchas personas importantes en Arizona le deben favores.

—Bueno, la verdad es que necesitamos ayuda —dijo Vargas—. Estamos estancados. Sabemos que la compañía oculta algo, pero quienesquiera que sean, se mueven rápido. Lograron borrar el registro de mi llamada con el ingeniero y lo obligaron a jubilarse.

—Tiene que haber algo sobre él en los archivos de la compañía. Dijiste que le están enviando dinero a alguna parte.

—Conocí a un técnico que me dijo que su novia podría ayudar. Veremos.

—Bueno, si todo lo demás falla, hay una forma de hacerlo —dijo el alcalde.

—¿Se refiere a entrar por la fuerza en la oficina?

—Exactamente —respondió el alcalde, con total naturalidad.

—Has estado bebiendo demasiado —dijo su esposa—. Será mejor que nos despidamos.

Al día siguiente, García los llamó.

—Mi investigador privado investigó al piloto mencionado en la nota. Es un tipo normal. No tiene antecedentes policiales, tiene familia en Boston y trabajó para Sur Airways durante cinco años, hasta que renunció hace dos meses. Ahora está en Avianca. Supongo que es de fiar y que puedes hablar con él.

Vargas agradeció a García, colgó y llamó a la oficina de despacho de Avianca. Se identificó como capitán de Sur Airways y pidió el itinerario de Edward Milles. Confirmaron que Milles era capitán y le dijeron a Vargas que tenía programado volar desde Bogotá y llegar a Los Ángeles la tarde siguiente.

A la mañana siguiente, Vargas en su uniforme de capitán, viajo a Los Ángeles. Entró en la sala de descanso de las tripulaciones de Avianca y esperó a Milles, charlando con los pilotos y auxiliares de vuelo que descansaban allí. Media hora después de que el vuelo de Avianca desde Bogotá aterrizara, la tripulación entró en la habitación. Vargas reconoció un rostro familiar y se acercó al hombre de uniforme de piloto.

—¿Comandante Milles? —preguntó.

Milles lo miró por un instante y su expresión cambió a una sonrisa.

—¿Vargas? —respondió sorprendido—. Tenía el presentimiento de que me buscarías.

Esta vez, Vargas fue el sorprendido.

—¿Qué te hizo pensar eso?

Milles miró a su alrededor. Luego, en voz más baja:

—No hablemos aquí. Me reportaré en despacho y te veré en el bar de la planta superior en treinta minutos.

Media hora más tarde, ambos pilotos estaban sentados a una mesa al fondo del bar.

—Como dije, Vargas —dijo Milles—, tenía el presentimiento de que querías hablar conmigo. Es por la válvula de transferencia, ¿verdad?

Vargas se dio cuenta de que estaba hablando con la persona adecuada.

—Sí, Milles, así es. ¿Qué puedes decirme sobre eso?

Milles, hablando en voz baja, se inclinó hacia adelante para que lo escuchara bien y dijo:

—Tuve el mismo problema en un vuelo de Caracas a Boston. Pero lo descubrimos a tiempo para aterrizar en Washington. La maldita válvula se quedó bloqueada en posición cerrada.

Milles miró a Vargas, que esperaba ansioso sus siguientes palabras, y continuó:

—Pero por supuesto, amigo mío, eso es solo la mitad. En Washington estábamos a solo una hora de vuelo del taller. Así que, después de aterrizar, llamé a mantenimiento para que enviaran una válvula nueva por

avión y así poder completar el vuelo. Al principio, un técnico de servicio en el taller dijo que me enviarían una válvula nueva. Pero luego me devolvieron la llamada y me dijeron que transfiriera el vuelo a otra aeronave.

Vargas lo interrumpió.

—¿Por qué? Habría tomado menos de dos horas traer una y reemplazar la válvula.

—Eso es lo que le dije al tipo de mantenimiento. Le dije que yo estaba al mando del vuelo y que yo tomaba las decisiones. Entonces otro tipo se puso al teléfono. Me dijo que era el gerente general de Sur Airways, que él tenía más rango que yo, y que "mantuviera la boca cerrada e hiciera lo que se me ordenaba si quería conservar mi empleo", así de simple.

Vargas estaba a punto de preguntar algo, pero Milles continuó:

—Y hay más. Tomó tres horas conseguir un avión nuevo y una hora hacer el traslado, así que llegamos a Boston con cuatro horas de retraso. Ya sabes lo que piensa la compañía sobre los vuelos retrasados, y yo no iba a aceptar la culpa ni a tener eso en mi expediente. En cuanto aterrizamos, fui a la oficina para redactar un informe completo. Pero cuando llegué, el gerente general me estaba esperando. Me dijo que el informe ya estaba hecho, me agradeció por ser un buen hombre de empresa y me envió a casa.

Mientras Vargas aún digería las palabras de su amigo, Milles terminó diciendo:

—Algún tiempo antes de que todo esto sucediera, me habían ofrecido un puesto en Avianca. En cuanto llegué a casa, renuncié a Sur Airways y lo acepté. Algo raro está pasando en Sur Airways, y sea lo que sea, no quiero formar parte de ello.

Vargas le dio las gracias y Milles se levantó, listo para irse. Al retirarse, como arrepiñándose de no haberlo dicho antes, añadió:

—Después que me enteré de lo que te pasó a ti, sé que hice lo correcto. Ten cuidado.

De vuelta en casa de Yolanda, Vargas abrió una cerveza y se sentó, tratando de encontrarle sentido a la situación. El misterio que rodeaba a la válvula se volvía cada vez más profundo. Cuando hay una falla endémica en una cierta clase de avión, la FAA normalmente ordenaría todos esos aviones permanecer en tierra hasta que el problema se resuelva y corrija. Pero la FAA no había emitido ninguna AD (Directiva de Aeronavegabilidad) sobre el Skyliner 787.

"*Conocemos al menos dos casos*", pensó Vargas, "*pero solo uno se ha hecho público. La compañía debe estar ocultando los otros casos. ¿Por qué?*". Milles, el otro piloto, sabía del problema, pero había decidido alejarse y olvidarlo. Pero Vargas no podía pensar de esa manera. A solas, en un momento de gran carga emocional, se sintió abrumado por la culpa y obsesionado con la necesidad de hacer algo para redimirse.

Mientras Milles restaba importancia al fallo de la válvula, confiando en que alguien más descubriría la causa, Vargas no podía hacerlo. El problema se le clavaba como una astilla bajo la piel: punzante e imposible de ignorar. Necesitaba respuestas, no por la investigación ni por el expediente, sino por sí mismo.

En los rincones silenciosos de su mente, dos rostros, aunque desconocidos, nunca lo abandonaban. Cada noche, cada momento de quietud, revivía la elección que había terminado con dos vidas. Encontrar la verdad sobre la válvula era la única forma que conocía de calmar

ese dolor. Si se podía dar nombre a los responsables del accidente, tal vez su culpa podría ser contenida en lugar de dejarla vagar libremente por su conciencia.

Sabía que no era justicia lo que perseguía. Era paz.

CAPÍTULO 12

EL INGENIERO ITALIANO

Dos días después, David Erskin y su hermano Simón discutían negocios con varios empleados en la oficina de David. También estaba presente Richter, su gerente general.

Bernstein, el abogado de la compañía, entró y dijo a los hermanos que había noticias importantes. David pidió a los empleados que salieran de la oficina y, una vez que los cuatro estuvieron solos, Bernstein cerró la puerta y comenzó:

—Hay un par de cosas de las que creo que deberían estar al tanto. Primero, la novia de Vargas nos ha enviado una carta de preservación relacionada con el accidente.

—¿Y qué es eso? —preguntó David.

—La carta es un documento legal que nos ordena preservar y mantener todos los documentos que puedan relacionarse de alguna manera con el accidente.

—¿Qué abarca?

—Cubre cosas como registros de mantenimiento y órdenes de trabajo, correos electrónicos, memorandos internos, y demás.

—¿A quién más le ha enviado la carta?

—A todo el mundo: a la FAA, a la NTSB, a todas las agencias que manejaron la investigación, al fabricante de la válvula y a las compañías de seguros.

Los hombres permanecieron en silencio un rato, hasta que Simón preguntó: —¿Estamos obligados a acatar eso? ¿Podemos ignorarlo?

Bernstein sacudió la cabeza. —No podemos ignorarlo. Una vez que la recibimos, estamos legalmente obligados a cumplir.

Sin ocultar su indignación, David preguntó:

—¿Quién carajo es esta chica?! ¡Pensé que solo era una estúpida abogada de pueblo!

El gerente general lo corrigió:

—Esta es la mujer que engañó a Bernstein y logró introducir la válvula en el juicio de Vargas. Ya la subestimamos una vez. Tengamos cuidado de no hacerlo de nuevo.

Bernstein protestó: —¡No fui engañado! No se suponía que ella fuera la segunda abogada de Vargas. Fue una trampa.

—No importa eso. Leonard, ¿por qué crees que está haciendo esto? —preguntó David.

—A eso iba. No creo que debemos preocuparnos. El padre del chico fallecido está demandando a Vargas por la muerte de su hijo, y ella va a defenderlo.

—¿El padre nos está demandando a nosotros también?

—No, él ya está en litigio con la compañía de seguros. Como dije, no hay razón para alarmarse.

—¿Qué debemos hacer?

—Solo hagan lo que dice la carta. Veamos qué más pasa. Probablemente llegará a algún tipo de acuerdo con García y él retirará la demanda.

Todos en la oficina se tranquilizaron. Richter, el gerente, dijo:

—Hay algo más. Probablemente no sea nada, pero todos deberíamos estar al tanto.

—¿Qué es? —preguntó Simón.

—Vargas vino a verme. Quería saber qué planea hacer la compañía con él ahora que no puede volar. Como acordamos antes, le dije que se tomara unas vacaciones pagadas hasta que se resuelva su situación.

—¿Aceptó?

—Parecía satisfecho. Está preocupado por su situación financiera y por su exposición a las reclamaciones del accidente. Le dije que no se preocupara; nuestra compañía de seguros se está encargando de todo.

—Entonces, ¿qué crees que hará?

—Creo que él y la chica probablemente se irán de viaje a algún lado. Dada su situación, estamos siendo generosos con él. Pero hay algo más.

David, frustrado: —¡Siempre hay algo más! ¿Qué es?

—No sé si significa algo —dijo Richter—. Vargas me pidió permiso para saludar a algunos de los ingenieros en el taller de mantenimiento, y acepté. Pero descubrí que preguntó por el ingeniero con el que habló desde su avión cuando falló la válvula.

—¿El italiano que acabamos de jubilar?

—Sí. Alguien le dijo a Vargas quién era, pero nadie sabe dónde está el tipo.

David frunció el ceño. No le gustaba la idea de que Vargas intentara hablar con el ingeniero. Pero el gerente dijo:

—Eso no significa nada. Es lógico que Vargas intente averiguar qué pasó; esa cosa casi lo mata. Pero el ingeniero se fue y probablemente esté en algún lugar de Italia. Vargas nunca lo encontrará. El tipo tuvo cuidado de no dar a nadie aquí su nueva dirección.

—¿No le estamos enviando los cheques de la pensión?

—Los cheques van a un apartado de correos en Roma. Como dije, no tenemos nada de qué preocuparnos.

Dos días después, una sombra se apareció sobre el horizonte de los hermanos.

Simón entró en la oficina de David, con la mandíbula tensa y los ojos inquietos. David estaba a mitad de una frase con su secretaria y le hizo un gesto para que saliera. La puerta se cerró tras ella.

—Arreglas un problema —masculló David— y tres más salen de las paredes. ¿Qué pasa, Simón?

—Acabo de recibir una llamada por cobrar. Eugene Holt.

David frunció el ceño. —El nombre me resulta familiar, pero no lo ubico.

—Claro que no. Solo trabajó para nosotros seis meses. Lo suficiente para ser peligroso.

David se echó hacia atrás. —Continúa.

—Era el primer oficial que volaba con Vargas. El que se suponía que debía desaparecer.

Un silencio.

—¿Qué quiere?

—Antes de responderte eso... él sabe lo de la válvula. Pensamos que se había esfumado del mapa. Está en Tijuana ahora. Lo suficientemente cerca como para venir a llamar a la puerta —la boca de Simón se torció—. Está hundido en deudas de juego y, por el tono de su voz, la botella no anda muy lejos.

—¿Y?

—Quiere doscientos mil dólares.

David lo estudió. —¿Tú qué crees?

—Creo que si va a la FAA, la historia de Vargas se convierte en un titular. Entonces la NTSB nos desgarrará y cuenta nuestros huesos.

La respuesta de David fue fría.

—Hay tres cosas que los hombres nunca dejan, Simón, las mujeres, las drogas y el juego. Págame una vez y será nuestro dueño para siempre.

Simón se cruzó de brazos. —¿Entonces cuál es tu plan, filósofo?

—Yo me encargaré de él.

—¿Encargarte cómo?

David se puso en pie, ajustándose la chaqueta. — Exactamente como debe ser.

Vargas y Yolanda estaban en casa del alcalde. El grupo que intentaba ayudar a Vargas había crecido; además del Señor García y su asistente, Mendoza, ahora incluía al alcalde y a Helen, la esposa del alcalde.

García y el alcalde, los dos más veteranos del grupo, se conocían desde hacía años. Uno dueño de un negocio y el otro funcionario público, a menudo se reunían para discutir los problemas del pueblo y planificar celebraciones comunitarias. Sus personalidades no podían ser más diferentes. García era sobrio y cauteloso en su pensamiento; el alcalde actuaba rápido y estaba mucho más dispuesto a correr riesgos. Sin embargo, como el resto del grupo, trabajaban bien juntos. Todos estaban decididos a descubrir la verdad sobre el accidente.

Un periódico yacía abierto sobre la mesa. La noticia impresa en la página abierta había despertado nuevas preocupaciones en el grupo.

“El cuerpo de Eugene Holt, de 32 años, el primer oficial buscado por las autoridades estadounidenses en relación con el reciente accidente aéreo en Pago Largo, fue encontrado por federales mexicanos en la ciudad de Tijuana, en el estado de Baja California. Las autoridades

sospechan que la muerte ocurrió como resultado de una sobredosis de drogas”.

La respuesta inmediata del alcalde fue:

—¡Sobredosis de drogas, mi trasero! Tenía el presentimiento de que esto iba a pasar. Todos sabemos quién mató a ese tipo.

García, en un tono tranquilo y lógico, añadió:

—Estoy de acuerdo. Los hermanos están silenciando a los testigos... ¿pero hasta ese extremo? El fallo de una válvula no justifica un crimen como este. Algo siniestro se oculta detrás de todo esto, algo que, si se descubre, puede tener consecuencias horribles para ellos.

Todos los ojos se volvieron hacia Vargas, esperando una explicación.

—No sé qué es, pero sospecho algo —dijo él—. A mi amigo piloto le falló la misma válvula hace unos meses. Pero su caso no se hizo público porque pudo aterrizar sin víctimas. Eso va más allá de la coincidencia. Podría ser la raíz de algo mucho más grave.

Yolanda lo interrumpió.

—Si la compañía permitió que el avión volara sabiendo el peligro, eso podría considerarse homicidio: asesinato en primer grado u otros grados de culpabilidad, dependiendo de las circunstancias.

García asintió; con su tono lento y pausado, dijo:

—Con el primer oficial muerto, los hermanos han demostrado que están decididos a no dejar cabos sueltos —miró a Vargas—. Tú eres demasiado conocido en este momento. No creo que vengan a por ti. Pero no tengo dudas de que intentarán eliminar al otro testigo: el ingeniero que habló contigo durante el accidente. Sin él, no tendrás a nadie para probar tu caso.

—Estoy de acuerdo. Necesitamos encontrarlo antes que ellos —dijo el alcalde—. ¿Pero cómo?

—Puede que tengamos algo —dijo Vargas—. Para mi sorpresa, el joven técnico con el que hablé ayer me devolvió la llamada esta mañana. Según su novia, los sobres que contienen la pensión de la empresa están dirigidos a un apartado de correos en Roma. En Italia es ilegal recibir dólares del extranjero, por lo que el dinero pasa a través de una agencia que gestiona los pagos para italianos que trabajaron y se jubilaron en países extranjeros. El nombre del destinatario en la agencia es '*Pensionato No. 33787, Agenzia per pensionati stranieri*'. Si Santini sigue vivo, su rastro pasa por esa oficina.

—Bien —dijo el alcalde—. Entonces ya sabemos dónde tocar a la puerta.

—El problema —añadió Yolanda— es que Henry está en libertad condicional. No puede salir del país.

García se inclinó hacia adelante. —¿Quién firmó la orden?

—Un juez estatal de Phoenix —dijo Yolanda—. El fiscal de distrito lo trajo. Tengo el nombre en mis archivos.

García asintió una vez. —Búscalo.

—¿Cree que escuchará? —preguntó el alcalde.

García se permitió una delgada sonrisa.

—La gente en Phoenix siempre escucha... si sabes cuál es la forma correcta de hablarles.

La habitación se quedó en silencio. Vargas comprendió lo que García estaba dispuesto a hacer por él, y su agradecimiento se instaló en su pecho como otra deuda que nunca podría terminar de pagar.

—Bueno —dijo—, supongo que me voy a Italia.

Yolanda intervino, con voz ligera pero mirada firme.

—Nos vamos, quieres decir. Si este rastro termina en Roma, no voy a dejar que lo recorras solo.

—¿Sabes hablar algo de italiano? —preguntó él.

La respuesta de Yolanda sonó sarcástica.

—¿Recuerdas mi apellido?

Él lo recordaba:

—Cardinale.

Al mismo tiempo que Vargas y Yolanda decidían ir a Roma para intentar encontrar al ingeniero italiano, los hermanos Erskin confirmaban el destino del primer oficial.

David, frotándose las manos en un gesto de satisfacción, le dijo a su hermano:

—Bueno, ya no tenemos que preocuparnos por el primer oficial.

Simón lo miró inquisitivamente.

—Quieres decir...

—Sí. ¿No has visto las noticias? Y Ramírez me llamó para confirmarlo. Se encargó de ello en algún lugar de México. Los federales mexicanos lo declararon una ‘muerte por sobredosis’.

—Bien. Este asunto se estaba alargando demasiado. Esperemos que no tengamos que pensar más en ello.

Como si el destino insistiera en trabajar en su contra, un momento después Julia, la secretaria de David, llamó y dijo:

—Señor, Jonás, el supervisor de nóminas, está al teléfono. Quiere hablar con usted.

A David no le gustaba Jonás; pensaba que el tipo hablaba demasiado.

—Estoy ocupado, Julia, y cuando Jonás empieza a hablar nunca para. ¿Puedes encargarte tú? ¿Qué quiere?

—No quiere decírmelo. Dice que es importante.

David suspiró. Molesto, tomó la llamada.

—Está bien, Jonás. ¿Qué pasa?

—Siento molestarte, David, pero pensé que deberías saber esto.

David hizo un gesto a su secretaria para que le trajera una taza de café y se reclinó en su silla.

—Te escucho.

—Ayer, cuando todo el mundo estaba almorzando en la cafetería, me di cuenta de que había olvidado mis gafas en mi oficina. Cuando volví a por ellas, me encontré con una chica que salía. Parecía alarmada al verme; bajó la cabeza y se fue de prisa.

David intervino, impaciente.

—¿Puedes abreviar, Jonás?

—Espera, querrás oír esto. Más tarde me crucé con ella de nuevo y evité mirarme. Pensé que estaba ocultando algo, así que la llamé. Vino a mi oficina y me di cuenta de que estaba asustada. Empezó a llorar. Es una chica muy guapa; creo que está comprometida con uno de los técnicos del taller de mantenimiento.

David golpeó el escritorio con la mano.

—¡Por el amor de Dios, Jonás! No me importa cómo se vea. Ve al grano.

—El punto es que finalmente me dijo lo que estaba haciendo. Alguien le había pedido la dirección en Italia a la que enviamos los cheques de la pensión.

David se enderezó en su silla. —¿Qué dirección, Jonás?

—Esa es la parte extraña. Es una dirección sin nombre, solo un número, todo en italiano. Le dije que no le dijera nada a nadie. Luego hice una referencia cruzada. Es donde enviamos los cheques de Antonio Santini, el ingeniero que se jubiló hace un par de semanas.

David se quedó inmóvil. La confianza constante que había sentido momentos antes se colapsó en un nudo de alarma en su pecho. Vargas. El nombre cruzó su mente como una luz de advertencia. Si Vargas había encontrado el rastro de Santini, entonces todo lo que habían enterrado estaba luchando por volver a la superficie. Sintió una oleada de frustración, caliente y aguda: después de todas sus precauciones, un solo hilo suelto era suficiente para desentrañar todo.

—¿David? ¿Estás ahí? —preguntó Jonás. David forzó su voz para que sonara firme.

—Sí, Jonás. Probablemente no sea nada. Gracias por avisarme.

Jonás intuyó que algo andaba mal, pero no dijo nada y colgó. David cerró la puerta de la oficina y se quedó allí un momento, pensando. Luego tomó el teléfono.

Diez minutos más tarde, su hermano Simón y Sergio Delaney, el gerente general, estaban sentados frente a él. Delaney cruzó las manos, con toda la calma corporativa.

—Vargas estuvo en Boston —dijo David—. Llevaba su uniforme de capitán y hacía preguntas. Estaba buscando al ingeniero italiano, y es posible que tenga la dirección donde enviamos los cheques. Los ojos de Delaney se alzaron.

—¿Qué tan cerca está de encontrarlo?

—Lo suficientemente cerca como para ser peligroso —dijo Sergio—. Una vez que encuentre al hombre, todo se desmorona.

El silencio llenó la habitación, espeso como humo. Afuera, un carrito traqueteaba por el pasillo. Delaney se reclinó.

—No podemos permitir que un capitán de aerolínea aparezca con una historia sobre válvulas defectuosas y pasajeros muertos. Los reguladores meterán las narices. Los abogados olerán la sangre.

—Entonces lo distraemos —dijo Sergio—. Ganamos tiempo.

David sacudió la cabeza. —Vargas no es del tipo al que asustas. La culpa lo impulsa. No se detendrá.

Delaney golpeó la mesa una vez, con fuerza.

—Entonces el problema no es Vargas. Los hermanos intercambiaron una mirada. —El problema —finalizó— es el ingeniero.

David miró hacia la ventana, al reflejo de su propio rostro en el cristal.

—Si el hombre desaparece, Vargas no tiene a dónde ir.

Delaney se puso en pie. —Que sea limpio. Sin ruido. Sin rastros que vuelvan a nosotros. Apagó su cigarrillo en el cenicero y dijo:

—Ramírez ha trabajado en Italia antes. Puede encontrarlo antes que Vargas.

David vaciló, solo un instante. Luego asintió.

—Hazlo —dijo—. Y mantén a Vargas en la oscuridad todo el tiempo que puedas.

El plan se asentó sobre ellos como una sombra, y ninguno intentó objetar.

Al día siguiente, los hermanos David y Simón estaban sentados a una mesa en un elegante bar de Boston, esperando. La luz ambiental era débil; el lugar era ideal para reunirse con alguien discretamente, sin ser notado. David miraba su reloj cuando un hombre alto, elegantemente vestido, se acercó a la mesa. El hombre era Ramírez, el mismo investigador privado que los hermanos

habían enviado a hablar con Vargas justo después del accidente.

El investigador había trabajado para los hermanos varias veces, sin fallar nunca, y les gustaba recurrir a él para asuntos delicados e importantes. Al mismo tiempo, no podían evitar sentirse un poco intimidados cada vez que se reunían con él. Ramírez se movía con cuidado y hablaba con una voz suave y clara. Sin duda era un hombre educado. Pero no era un hombre al que convenía contrariar, ni siquiera enemistar.

Después de que los hermanos le pidieron que se sentara a la mesa, pidió un bourbon solo y esperó a que hablaran.

—Tenemos un trabajo importante para usted, Ramírez —dijo David—. Requiere un viaje internacional de un par de días.

El investigador miró a David a los ojos, con la sombra de una sonrisa en su rostro.

—Para mí, cada trabajo es importante. Por favor, continúe, David.

—Se relaciona con el accidente y el capitán que fue a ver a Arizona hace unas semanas.

El rostro de Ramírez mostró reconocimiento.

—Ah... sí... lo recuerdo. Le di su mensaje de que guardara silencio sobre algo, y me dijo allí mismo que no lo iba a hacer. No es un tipo fácil de intimidar. Me agrada. ¿Es él el objetivo?

—No es él. Es el viejo ingeniero que habló con él cuando ocurrió el accidente. Está jubilado en algún lugar de Italia ahora, pero acabamos de enterarnos de que Vargas lo está buscando. Necesita encontrarlo y silenciarlo antes de que Vargas lo encuentre.

—Dijo "en algún lugar" de Italia. ¿No saben dónde está?

—No. Todo lo que tenemos es la dirección del lugar donde enviamos sus cheques de pensión.

Ramírez sacudió la cabeza con reproche y miró a los hermanos.

—Así que es una carrera. ¿Qué tan retrasado estoy?

—Quizás un día. Pero Vargas tampoco tiene la dirección exacta. Y no tiene los medios para encontrarla, como usted.

—¿Por qué no simplemente matarlo a él?

—Eso no funcionará. Está demasiado involucrado en la investigación y despertaría todo tipo de sospechas. Además, él no sabe nada; no puede hacer ningún daño. Otra cosa: viaja con su novia. Preferiríamos que ella no saliera herida.

La respuesta de Ramírez fue tajante:

—Lo intentaré, pero no puedo garantizar eso. Envíenme la información que tengan por texto. Y no necesitamos hablar hasta que los llame para decirles que el trabajo está hecho. Depositen la tarifa habitual hoy, más cinco mil para gastos. Ha sido un gusto hablar con ustedes.

Ramírez se levantó y se fue, su figura disolviéndose en la tenue luz como una sombra. Los hermanos no eran ajenos a la violencia; la habían utilizado cuando eran más jóvenes mientras dirigían su negocio de drogas. Pero no pudieron evitar sentirse un poco conmocionados por la naturalidad con la que Ramírez había aceptado el hecho de que se le había pedido matar a alguien, y que ya estaba en camino para hacerlo.

CAPÍTULO 13

DE BOSTON A ROMA

Si Boston es una ciudad donde el jazz impregna las tardes de la misma manera que la nieve convierte las calles en un silencio blanco y errante, entonces Roma es una ciudad donde los tiempos antiguos parecen respirar a través de las piedras, y cada paso cae en un eco de siglos pasados.

Pero Vargas y Yolanda no podían perderse en el arte y las obras clásicas que dominaban, inevitablemente, cada rincón de la ciudad. Tenían una misión. Yolanda no había hablado italiano en mucho tiempo, pero recordaba lo suficiente como para ayudarlos a moverse.

Tras pasar por inmigración, alquilaron un coche en el aeropuerto. En el mostrador, ella preguntó y obtuvo la dirección de la *Agenzia per Pensionati Stranieri*. Después de maniobrar a través del caótico tráfico de Roma, llegaron a un antiguo edificio de oficinas que lucía el emblema de la ciudad y el cartel “*Ministero del Lavoro*” sobre la entrada.

En el interior, los dirigieron a una oficina con un cartel que decía “*Pensionati*” en la puerta. Tomaron un número y, tras esperar dos horas entre una docena de personas, finalmente los llamaron a un escritorio. El empleado, un joven italiano que ignoró por completo a Vargas y estaba obviamente cautivado por la alta mujer estadounidense, le preguntó cómo podía ayudarla.

Yolanda, hablando en italiano, explicó que necesitaba la dirección del pensionista número 33787. El empleado, acostumbrado a tratar con extranjeros, se disculpó en un perfecto inglés y le dijo que los pensionistas se identificaban por número precisamente

para mantener el anonimato; por lo tanto, no podía darle ni el nombre ni la dirección.

Yolanda se había desabrochado deliberadamente dos botones de su blusa, y el joven italiano no podía quitarle la vista de encima. Muy educadamente, le preguntó por qué necesitaba la información. Mirándolo directamente a los ojos, ella le dijo que el pensionista era su abuelo. La familia en América no había sabido de él en mucho tiempo y estaban preocupados por su *nonno*.

El joven vaciló un momento y luego dijo que, ya que ella había venido desde tan lejos buscando a su abuelo, haría una excepción. Trabajó en su computadora durante unos minutos mientras Yolanda y Vargas esperaban ansiosos. Cuando terminó, se disculpó de nuevo y le dijo que la dirección no estaba en el sistema local. Todo lo que podía decir era que todo el correo asociado a ese código estaba siendo redirigido a su agencia en la ciudad de Catania, en Sicilia. Escribió una nota y se la entregó a Yolanda, diciendo:

—Puede preguntar en nuestra oficina de allí, esta es la dirección. Es un lugar pequeño y son más informales.

Yolanda le agradeció con una brillante sonrisa. Mientras se marchaban, el joven, ignorando la presencia de Vargas, le dijo que, ya que era turista, estaría encantado de mostrarle Roma de noche. De vuelta en el coche, Vargas le comentó sobre su "conquista".

—No lo sé —dijo ella riendo—. Nadie me ha pellizcado el trasero todavía. Veremos si tengo más suerte en Sicilia.

Regresaron al hotel, cenaron y terminaron de hacer el amor temprano. Salían hacia Sicilia al día siguiente.

A la tarde siguiente, tras un vuelo de 1 hora y 20 minutos, llegaron al Aeropuerto Vincenzo Bellini, nombrado así por el famoso compositor nacido en

Catania. Decidieron que era demasiado tarde para visitar la agencia y, tras registrarse en el hotel y reservar un coche para el día siguiente, salieron a cenar.

De vuelta en la habitación del hotel, parecía que Catania no dormía; respiraba energía. Desde el balcón, Vargas podía escuchar el mar, el tráfico y el murmullo bajo y distante de la ciudad aumentando hacia la noche, como una marea.

El destino los había traído a una ciudad moldeada por el fuego, la supervivencia y el fatalismo. Este era un momento terminante en sus vidas. Dejar que el romance tomara el control se sentía como un acto de rebeldía. Sus emociones estaban despertadas por el peligro físico de su misión en Sicilia. La ciudad zumbando abajo y el Etna brillando tenuemente a lo lejos, el olor del mar... Catania los había seducido. Yolanda se inclinó a su lado, con el hombro cálido contra su brazo. Por un momento, ninguno de los dos habló. La misión, las preguntas, el peligro... todo eso podía esperar.

El “*Ministero del Lavoro*” en Catania compartía su edificio con el “*Ufficio Postale*” (la oficina de correos). Al entrar, la gente que esperaba dentro los miró con curiosidad. Vargas le dijo a Yolanda:

—Veamos si tus encantos funcionan de nuevo. Esta gente no parece muy amigable.

A pesar de que había otros delante de ellos, el empleado les hizo una señal para que se acercaran al mostrador. El hombre era de edad indeterminada, bajo y de piel oscura, como la mayoría de la gente que habían visto hasta ahora. Pero resultó ser muy amable.

—*Americani, vero?* —dijo con una gran sonrisa—. ¿Qué necesitan?

El hombre se sorprendió cuando Yolanda, hablando en italiano, le explicó lo que estaban buscando. El hombre sonrió, pensó por un minuto y les pidió que esperaran. Se fue y regresó cinco minutos después con otro hombre de apariencia similar, algo mayor. Este hombre les preguntó en inglés:

—¿Puedo preguntar por qué necesitan la dirección de esta persona?

Yolanda le respondió en italiano, repitiendo la mentira sobre su abuelo. El hombre la estudió por un momento, dudando. Luego le preguntó:

—¿Es usted italiana?

Yolanda fingió sorpresa.

—*¡Signore! Il nome della mia famiglia è Cardinale!* (¡Señor! ¡El nombre de mi familia es Cardinale!)

El hombre sonrió y dijo:

—*¡Va bene!* (¡Está bien!). El proceso para obtener esa información cuesta cien euros, o 120 dólares americanos, lo que prefiera.

Le entregaron el dinero al hombre. Él fue a su escritorio, trabajó en su computadora y escribió algo en un trozo de papel. Les entregó el papel y dijo:

—Esta dirección está a unos 150 kilómetros de aquí. Tomen la Ruta A19 y, cuando se acerquen a la zona de Caropepe, pregunten a alguien allí. Y he visto su coche... no es bueno ir allí con ese. Necesitan alquilar uno diferente. Díganle a la agencia de alquiler que necesitan uno con *trazione integrale*. Buena suerte.

Salieron de la oficina impresionados. No solo habían obtenido la dirección de Santini, sino que también habían recibido un consejo valioso. Estuvieron de acuerdo en que la gente en Sicilia no era antipática, simplemente no estaban acostumbrados a hablar con extranjeros.

Situado casi en el centro de la isla, el pueblo de Piconero se alzaba desde un valle verde hacia las plantaciones de olivos que cubrían las laderas bajas de la montaña del mismo nombre. Allí arriba, el aire se volvía más seco y ligero, cargado con el olor a polvo, hierbas silvestres y hojas calentadas por el sol.

El pequeño pueblo se agazapaba en una cresta como si hubiera brotado de la roca. Un puñado de casas de paredes de piedra pintadas en color blanco, con sus techos de terracota descoloridos hasta alcanzar el color de la tierra.

La isla de Sicilia era hermosa en sus bordes, donde las playas de arena y los acantilados escarpados ofrecían vistas espectaculares de un azul que se tornaba aguamarina a lo largo del Mediterráneo. Pero el interior de la isla, donde se encontraba Piconero, era una tierra esteriliza y brutal de montañas secas y valles áridos, escasamente poblada por gente que parecía haber sido olvidada por el tiempo. Senderos de tierra se adentraban en las colinas, desapareciendo en barrancos y pliegues del terreno. Largos muros de piedra serpenteaban entre los olivares, contruidos con rocas que los granjeros habían cargado en silencio, una a una, a través del suelo seco. Sus superficies rugosas guardaban el recuerdo del calor, el sudor y años de trabajo impresos en cada línea irregular.

Hombres duros, curtidos por el sol y su lucha diaria contra el suelo, y mujeres con vestidos negros calzando *zoccoli* —los resistentes y tradicionales zuecos de madera— se movían sobre los adoquines en camino a cuidar los olivares o a ordeñar sus cabras.

La vida se movía con quietud, casi con desgana. En el centro del pueblo, las casas se agrupaban alrededor de una plaza cuadrada con un campanario de iglesia recortado contra el cielo, cuya sombra se deslizaba

lentamente por la plaza a medida que pasaba el día. Un anciano barría el mismo tramo de adoquines una y otra vez, frente a un café que servía espresso y nada más.

Sentados en un banco de la plaza, bajo la sombra de una palmera, dos hombres conversaban en el dialecto local. Eran ancianos, cercanos a los setenta años. Ambos vestían el clásico *berretto* negro y ropas rústicas de campo, pero el parecido entre ellos iba más allá de la vestimenta y llegaba hasta sus rostros: los dos hombres eran primos.

Antonio le dijo a su primo:

—Genaro, te agradezco tu hospitalidad. Sabía desde hace mucho tiempo que tarde o temprano regresaría a Sicilia.

Su primo sonrió, intentando ahuyentar las preocupaciones de Antonio.

—No hay por qué darme las gracias, Antonio. Eres parte de la familia. María y yo nos alegramos de que hayas decidido volver después de tantos años. Y este es el mejor lugar para que te jubiles. Nadie te amenazará aquí. Esta gente sabe quién soy. Si algo extraño llama la atención, me lo harán saber.

Antonio, sin sonar completamente convencido, respondió: —Espero que tengas razón.

El hombre que lo tranquilizaba era su primo, el *Signore* Genaro Santini. Alrededor del pequeño pueblo siciliano de Piconero, la familia Santini no vivía en una sola casa, sino en un anillo de ellas, dispersas entre olivares, muros de piedra y estrechos caminos de tierra que semejaban pálidas pinceladas separando los campos. Desde la distancia, sus granjas parecían vidas separadas. De cerca, se movían como partes de un solo cuerpo.

Genaro Santini estaba en el centro de todo. El mayor de la familia por años y por presencia, no se le

llamaba *capo* en voz alta, pero todos conocían la palabra. Las decisiones fluían a través de él como el agua que corría por los canales de irrigación.

Los Santini eran agricultores de oficio y tradición. Trabajaban la tierra como sus abuelos les habían enseñado: con las manos en el suelo y los ojos en el cielo. Olivares, viñas y pequeños huertos vegetales alimentaban sus mesas, compartidas por todos.

La sangre los mantenía unidos. Primos se casaban con primos lejanos de valles vecinos, los tíos actuaban como segundos padres, las tías como segundas madres. Cuando un techo se agrietaba, diez hombres aparecían con escaleras y madera. Era en la casa de Genaro donde la familia se reunía los domingos, desbordándose hacia el patio en largas mesas de madera, pan partido a mano y vino servido sin medida. Pero bajo esa calidez corría una corriente más intensa.

En el corazón de todos yacía una verdad más profunda que cualquier otra. La lealtad no se mencionaba entre los Santini; se daba por sentada. Una palabra de Genaro podía enviar a todos los hombres de la familia a los campos, y nadie cuestionaba el porqué; la familia cerraba filas como un muro de piedra. Un Santini nunca estaba solo, y aunque Antonio había pasado muchos años en tierras lejanas, era un Santini, era uno de ellos.

Y como buen siciliano, su familia era sagrada para Genaro. Cuando su primo Antonio le escribió diciendo que necesitaba un lugar donde esconderse, Genaro le abrió su casa y lo recibió con los brazos abiertos.

Pero Antonio Santini tenía miedo. Sabía lo que los hermanos Erskin habían hecho, y sabía que su testimonio podía enviarlos a la cárcel por mucho tiempo. Su temor estaba justificado: había trabajado para ellos durante muchos años, entendía que eran implacables y estaban

dispuestos a llegar a extremos para eliminar cualquier cosa o persona que amenazara su negocio.

Él había tomado todas las precauciones posibles. Cuando los hermanos le sugirieron en términos inequívocos que debía jubilarse y abandonar el país, bajo la promesa de enviarle su pensión, él organizó recibir los cheques no en su domicilio, sino a través de una agencia privada. Todo lo que quedaba era un número, sin nombre. Nadie sabía dónde planeaba vivir ni cómo comunicarse con él. Se esforzó por borrar todo rastro de su pasado.

Pero eso resultó ser imposible. Vargas necesitaba encontrarlo, y él y Yolanda no serían los únicos buscándolo.

Mientras, en Roma, el avión de Ramírez aterrizó a las 6 a.m. El investigador privado enviado por los hermanos Erskin para terminar con Santini había volado toda la noche y se sentía exhausto. Estaba en una carrera contra el tiempo y había ido directamente desde su reunión con los hermanos al aeropuerto, justo a tiempo para tomar un vuelo directo a Roma.

No había podido encontrar un asiento en primera clase, y en la sección económica un equipo de futbolistas italianos —gritando y cantando— le impidió dormir. Necesitaba tres o cuatro horas de descanso para sentirse alerta de nuevo. Pero primero, tenía que conseguir una "herramienta". Había dejado su arma en casa, pero ya había trabajado en Italia antes y sabía cómo conseguir una.

Tras pasar por inmigración, esperó en el vestíbulo hasta que un personaje se le acercó y, sin mirarlo, dijo en voz baja, apenas lo suficiente para ser escuchado:

—¿El *signore* necesita un taxi?

Media hora después, el taxi se detuvo frente a una casa de empeños. Ramírez le dio al conductor un billete de cien dólares y le dijo que esperara.

La tienda estaba vacía. Miró las armas detrás del vidrio en los estantes de exhibición. Todas eran pistolas. No era lo que necesitaba. Después de unos minutos, apareció el dueño y se quedó en silencio, mirando inquisitivamente al hombre corpulento frente a él. Sin decir palabra, Ramírez colocó cinco billetes sobre el mostrador y señaló una caja fuerte grande descansando contra la pared trasera.

El dueño abrió la caja fuerte, sacó un rifle de caza semiautomático Browning .308 con mira telescópica y lo puso sobre el mostrador. El precio de la etiqueta era de quinientos euros. Ramírez tomó el arma, echó hacia atrás la corredera, dejó que volviera hacia adelante y apretó el gatillo. El arma respondió con un suave clic.

Añadió otros cinco billetes a la pila — aproximadamente el doble del precio solicitado. El dueño tomó una caja de balas, la colocó en un estuche con el rifle, tomó el dinero y lo deslizó en la caja registradora. Ramírez tomó el estuche y se fue. No hicieron falta palabras.

De vuelta en el taxi, le dijo al conductor que lo llevara a un hotel. Se registró, se acostó en la cama y se quedó dormido de inmediato.

Cuatro horas más tarde, se despertó descansado, se duchó, se puso una camisa limpia, bajó al vestíbulo y pidió otro taxi. Le dijo al conductor que lo llevara al edificio del *Ministero del Lavoro*.

En la recepción, tal como les había sucedido a Vargas y Yolanda dos días antes, lo dirigieron a la oficina de *Pensionati*. Allí fue atendido por el mismo joven empleado que había ayudado a Yolanda. Pero cuando

Ramírez pidió la dirección del pensionista número 33787, el empleado le explicó que no se le permitía revelar el destino de los sobres de las pensiones.

Ramírez sacó un billete grande y se lo ofreció. El joven, ignorando las explicaciones de Ramírez, se negó obstinadamente. Ramírez le dio las gracias y salió del edificio.

Frustrado pero decidido, Ramírez cruzó la calle y se posicionó en la esquina, vigilando la entrada. A las seis de la tarde, los empleados del *pensionati* empezaron a salir para dirigirse a sus casas.

El joven empleado estuvo entre los últimos en salir. Ramírez lo vio caminar hacia el estacionamiento detrás del edificio y lo siguió.

Cuando el empleado llegó a su coche y alcanzó la puerta, una mano poderosa lo agarró del cuello por detrás. Ramírez lo estampó contra la puerta y la cabeza del joven golpeó el cristal. Cuando Ramírez lo soltó, el aturdido empleado se giró para enfrentar a un hombre una cabeza más alto que él, que lo miraba con una mirada penetrante e irascible.

—La dirección —dijo Ramírez con una voz ronca y grave—. La de Antonio Santini. Tú la tienes. La vi en tu pantalla.

—Se lo dije allá dentro, *signore* —balbuceó el joven—. Las leyes de privacidad... los registros de los *pensionati* están protegidos. No puedo...

Ramírez estiró el brazo y su mano rodeó la garganta del empleado con la fuerza de una prensa hidráulica. Se inclinó cerca, dejando que el olor de su cuerpo envolviera al joven.

—No me importan tus leyes. Me importa esa dirección. Si tengo que insistir, la conversación será mucho menos... educada.

El empleado miró los nudillos pesados y cicatrizados del estadounidense. Sintió que no tenía elección.

Minutos después, el conserje que limpiaba el edificio oyó que alguien golpeaba la puerta de cristal. Reconoció al joven empleado y abrió. Notó un gran bulto en la frente del hombre, pero antes de que pudiera preguntar, el empleado dijo: “Lo siento, Giuseppe, olvidé mis llaves. Saldré en un minuto”, y fue directo a su oficina.

Cuando el empleado salió momentos después, el conserje vio a un hombre corpulento esperándolo en la acera. Intercambiaron unas palabras y el hombre se alejó caminando.

Ramírez había obtenido lo que buscaba, pero el empleado se sintió humillado. No iba a dejarlo así. Siguió a Ramírez y lo vio subir a su camioneta. Memorizó los números de la placa. Un ataque a un funcionario del gobierno no quedaría sin respuesta.

A los pocos minutos, Ramírez ya había descartado el incidente y decidido a dónde ir después. “No guardamos las direcciones de los *Pensionati* aquí”, le había dicho el empleado. “Todo lo que puedo decirle es que los sobres se envían a nuestra oficina en Catania. Se distribuyen desde allí”.

Su siguiente parada era Catania, en Sicilia. Pero cuando Ramírez llegó al aeropuerto, el último vuelo a Catania ya había partido.

“He perdido otro día”, pensó.

Al día siguiente, tras un corto vuelo desde Roma, Ramírez llegó a Catania.

Después de seguir la misma ruta que Vargas y Yolanda habían tomado dos días antes, visitando la

oficina de pensiones y pagando los 120 dólares, obtuvo la dirección de Santini.

Una cosa lo había perturbado: cuando pidió la dirección, el empleado se volvió hacia otro hombre y dijo algo como: “dos veces la misma dirección en dos días...”. Eso solo podía significar que Vargas y Yolanda le llevaban un día de ventaja. Pero él estaba dispuesto a matarlos a los tres si era necesario. Para él, seguía siendo una misión de rutina. Todo lo que tenía que hacer era alquilar un coche, conducir hasta la dirección donde vivía Santini y encargarse del asunto. Le gustaba trabajar en Italia; a la gente no le importaban las reglas y eran fáciles de sobornar o intimidar.

Pero Ramírez se equivocaba en un detalle. Nunca había trabajado en Sicilia. Esta era gente que, cuando era necesario, no dudaba en enfrentar a la muerte cara a cara. Cientos de años antes, esta tierra había dado a luz a la ‘*Cosa Nostra*’, conocida más tarde como la mafia. Este era un lugar donde los hombres no desaparecían en silencio. Eran recordados. Contados. Vengados. Décadas atrás, bandidos y jefes habían gobernado estas colinas, hombres que no respondían a uniformes ni a tribunales, solo a la sangre y a la obligación. Sus nombres aún se pronunciaban en voz baja, como oraciones o advertencias. La ley había ido y venido, pero la estructura permanecía.

Aquí, el poder no vivía en las oficinas. Vivía en las familias. En favores que duraban generaciones. En una lealtad que sobrevivía a la muerte. Los patrones o padrinos se rodeaban de hombres ferozmente leales, dispuestos a cumplir con su deber y que sabían que desobedecer una orden podía traer consecuencias quizás peores que la muerte.

Ramírez había pasado su vida cazando hombres que corrían cuando se veían acorralados. En Sicilia, estaba

entrando en una tierra donde los hombres, en lugar de correr, daban un paso al frente ante el desafío. Listo para completar su misión, alquiló una camioneta 4x4, tomó un mapa de la guantera y se puso en camino.

CAPÍTULO 14

UNA CARRERA EN TIERRA DESCONOCIDA

El *Signore* Genaro Santini estaba inclinado sobre su jardín, entregado a su pasatiempo favorito: cuidando un lecho de orquídeas. Su primo Antonio descansaba en una silla cerca de allí. Sin levantarse, Genaro lo llamó:

—¿Qué pasa, *cugino*? Estás muy callado esta mañana. ¿Sigues preocupado por esos miserables hermanos de Boston? Lo que necesitas es un pasatiempo, como yo. ¡Mira estas hermosas orquídeas! ¡Son como *bambini*: necesitan cuidados!

Antonio se acercó y Genaro empezó a explicarle cuánta atención requerían las orquídeas, cuando su esposa lo llamó desde la casa. Alguien en el teléfono quería hablar con él. Genaro le pasó la regadera a Antonio, le dio una breve explicación de cómo regarlas y desapareció en la cocina.

Cuando regresó diez minutos después, Antonio notó la expresión grave de su primo. Algo andaba mal. Cuando Genaro le dio la noticia, la mano de Antonio empezó a temblar; la regadera se le resbaló de los dedos y golpeó estruendosamente el suelo de piedra.

Genaro le explicó que acababa de recibir una llamada de un empleado de la oficina de pensiones en Catania. Alguien había preguntado por la dirección donde Antonio recibía sus cheques de jubilación. El empleado reconoció el apellido y, en un gesto de respeto, decidió informarle.

Antonio se sentó y luchó por encontrar su voz.

—Eso solo puede significar una cosa: los hermanos han puesto precio a mi cabeza. Sabía que esto

pasaría. ¿Cuándo preguntaron esas personas por mí en Catania?

—Ayer. Pero no hay de qué preocuparse. Estamos a ciento cincuenta kilómetros de allí, y son mayormente carreteras de montaña. Les tomaría un par de días llegar en coche.

Antonio, a diferencia de su primo, no era un hombre acostumbrado a la violencia. Tratando de controlar el pánico que subía por su pecho, dijo:

—Debería irme, Genaro. Estoy poniendo a toda tu familia en peligro.

Cuando Genaro respondió, su voz fue firme, como la de un padre corrigiendo a un niño.

—¡No hables así! ¿Qué estás diciendo? Eres familia. No permitiré que te vayas. Permaneceremos juntos. El que se enfrente contigo se enfrentará con todos nosotros.

Las palabras tranquilizaron a Antonio, quien sintió la profundidad de la lealtad de su primo. Abrazó a Genaro con lágrimas en los ojos. Cuando finalmente se apartó, pudo ver que Genaro no parecía alarmado en absoluto.

Genaro pensó por un momento y luego volvió a desaparecer en la cocina. Antonio lo escuchó hacer varias llamadas telefónicas. Al regresar, Genaro se sentó en una de las sillas, le hizo una señal a Antonio para que lo acompañara y llamó a su esposa para que trajera limonada. Antonio se sentó, impresionado por la calmada determinación de su primo. Era cerca del mediodía y el aire se sentía pesado, pero bajo los árboles una suave brisa lo hacía casi agradable.

Llevaban hablando veinte minutos cuando oyeron el sordo trote de caballos que se acercaban. Un momento después, dos hombres a caballo cruzaron la puerta y se detuvieron a la entrada del jardín. Desmontaron y

caminaron hacia los primos. Quitándose los sombreros, saludaron a Genaro con respeto, luego miraron a Antonio e inclinaron la cabeza.

Los dos hombres eran primos de Genaro. El mayor, Pietro, tenía un rostro tallado por el sol y el viento, con líneas tan profundas que eran permanentes, como los surcos de su propia tierra. Sus manos eran gruesas y nudosas, del tipo que podía acunar a un cordero o romper la mandíbula de un hombre con la misma seguridad.

El más joven, Luca, se mantenía medio paso detrás de él, no por sumisión, sino por respeto. Sus ojos eran más jóvenes, más afilados, curiosos por Antonio, el visitante de otro mundo. Eran agricultores. También eran soldados. Olían a tierra y a hojas de olivo —tierra en sus botas, hierro en sus huesos—, imágenes vivas de lealtad absoluta.

Ambos estaban armados. La legendaria '*lupara*'⁹ había sido reemplazada por rifles con miras ópticas. Genaro se puso de pie y mantuvo una breve conversación con su primo en dialecto siciliano. Antes de irse, Pietro metió la mano en su bolsillo y sacó un pequeño terrón de tierra seca, envuelto en un trozo de tela. Lo partió por la mitad con el pulgar y le entregó un pedazo a Genaro.

Mirándose el uno al otro, Pietro dijo: —*La terra ricorda.* (La tierra recuerda). Genaro respondió: —*E noi con lei.* (Y nosotros con ella).

Los hombres se volvieron hacia Antonio, inclinaron la cabeza, montaron sus caballos y desaparecieron al galope. Las órdenes habían sido entregadas. Cada hombre convocaría a sus soldados. En pocas horas, todo alrededor de Piconero, cualquier rostro

⁹ La conocida escopeta de cañón recortado usada por la mafia siciliana.

extraño, cualquier suceso inusual, cualquier visitante foráneo, hombre o mujer, sería inmediatamente detectado y, a través de líneas invisibles de comunicación, se realizarían preparativos contra cualquier amenaza hacia la familia del *Signore*. El trabajo del campo, dejado atrás, esperaría; la lucha tenía prioridad.

Mientras el *Signore* Genaro alertaba a sus hombres, todavía lejos de Piconero, Vargas detuvo el jeep, mirando el campo que tenía delante. El camino se había estrechado hasta convertirse en algo que ya no podía llamarse carretera, solo una pálida cicatriz que serpenteaba a través de las montañas. Las últimas señales de habitabilidad habían desaparecido hacía kilómetros. Ni casas, ni luces, ni ladridos distantes de perros. Solo piedra, polvo y silencio.

El y Yolanda bajaron del jeep y caminaron unos pasos, mirando a su alrededor. El paisaje no era para nada lo que esperaban. Senderos estrechos cortaban las montañas en todas direcciones, bordeados por profundos precipicios que eran difíciles de ver durante el día y probablemente imposibles de detectar por la noche.

El sol moría detrás de las crestas dentadas, desangrándose lentamente en el horizonte. Su última luz se extendía sobre la tierra en largas sombras. Las montañas se alzaban en picos ennegrecidos contra un cielo violeta, sus laderas cubiertas de hierba seca, arbustos espinosos y olivos retorcidos en formas fantasmales.

Una hora antes, se habían encontrado con un niño que cuidaba un rebaño de cabras. Le habían preguntado al chico el camino hacia Piconero, y él había señalado directamente hacia el sendero. Pero una hora después, llegaron a un punto donde tres caminos divergían. Habían elegido uno, pero ahora sabían que se habían equivocado.

Yolanda se inclinó hacia adelante, con los ojos escaneando la oscuridad que tenían delante y, en un susurro, expresó lo obvio:

—Tomamos el camino equivocado.

Vargas no respondió de inmediato. Había estado seguro una hora atrás. El mapa, las instrucciones... todo parecía claro entonces. Pero ahora no había marcadores, ni señales, ni pruebas de que se dirigieran a ninguna parte. La luz se desvanecía rápido. Los colores desaparecían en la tierra, dejando solo tonos de gris y negro. El aire se había vuelto más frío. El calor del día se retiraba hacia las piedras, dejando atrás un frío progresivo. El viento se movía a través de la hierba seca con un leve susurro, como algo que respira.

El camino detrás de ellos ya se estaba disolviendo en la oscuridad. Sería fácil perderlo ahora. Por primera vez desde que habían entrado en las montañas, Vargas estaba preocupado. No era miedo todavía. Pero algo cercano. Estaban completamente solos. Sin luces en ninguna dirección. Sin sonidos de civilización. Solo las montañas cerrándose sobre ellos mientras la noche tomaba posesión de la tierra.

Yolanda se envolvió más fuerte en su abrigo.

—Hace como media hora pasamos una casa. Quizás podamos volver y pedir ayuda allí —sugirió.

Subieron al jeep y Vargas dio la vuelta. Viajaron en silencio, ocultando su ansiedad, durante lo que pareció mucho tiempo. Cuando el último resplandor del día pasó de rojo a negro, notaron algunas luces a lo lejos. Después de un rato, llegaron a una casa adosada a un gran granero. A través de las grietas en el muro de piedra, vieron el reflejo de una lámpara.

Vargas apagó las luces del jeep y el cielo oscuro reveló un número infinito de estrellas brillantes. Se

acercaron a la puerta. Estaban a punto de llamar cuando una voz femenina desde adentro preguntó:

—¿Quiénes son? ¿Qué quieren?

Yolanda respondió en italiano: —Lamentamos molestarla, señora. Estamos perdidos. ¿Puede ayudarnos?

Después de un minuto, oyeron que se abría la cerradura y la puerta giró hacia adentro. Una mujer de mediana edad que llevaba un abrigo de lana sobre su pijama sostenía una lámpara en alto para verlos.

—Entren —les dijo.

Entraron en la casa. A la luz de la lámpara de queroseno, vieron una sala modesta, los sillones cubiertos por un viejo brocado. La mujer se quedó cerca de la puerta. Parecía tener unos cuarenta años, con el cabello recogido en un nudo sencillo en la nuca. Bajo su abrigo, llevaba un pijama abrigado. Desde la habitación contigua, un hombre gritó algo en dialecto, y la mujer le respondió. Luego volvió a mirarlos y les dijo, en un tono amable:

—Mi marido está en el dormitorio. Preguntó quiénes eran ustedes.

—Somos turistas —respondió Vargas—. Mi nombre es Henry, y esta es mi esposa, Yolanda.

La mujer se relajó.

—Sé que están perdidos —dijo—. Los oí ir por el camino equivocado hace veinte minutos. Me preguntaba a dónde irían. No hay nada allí —advirtió—. No llegarán a ningún pueblo esta noche. Los senderos son peligrosos.

La mujer fue a la cocina y reapareció sosteniendo una botella de vino y dos vasos. Les hizo señas para que se sentaran a la mesa, salió de nuevo y regresó con dos platos de sopa caliente.

—Beban y coman —dijo, en un inglés entrecortado—, deben estar cansados.

La sopa tenía algún tipo de carne y patatas y, junto con el vino, disipó parte de la tensión. Se dieron cuenta de que la mujer tenía razón: estaban muy cansados. Cuando terminaron, la mujer retiró los platos. Luego tomó unas mantas gruesas de un armario y se las entregó, diciendo:

—Pueden dormir aquí esta noche. Hay agua en una olla en la cocina. El baño está detrás de la casa, aunque yo no caminaría afuera de noche. Les dejaré una vela.

Yolanda y Vargas aceptaron con gusto. No había forma de que pudieran conducir a través de las montañas por la noche. Extendieron las mantas sobre los bloques de piedra del suelo, se quitaron los zapatos, soplaron la vela, se acostaron e inmediatamente se durmieron.

Vargas se despertó en medio de la noche y escuchó a la esposa y al esposo discutiendo, pero hablaban en dialecto y él estaba demasiado cansado para intentar entender lo que decían, así que volvió a dormirse.

Vargas se despertó cuando una mano sacudió vigorosamente su hombro. Todavía estaba tan cansado que al principio no supo si pertenecía al mundo de los sueños o a la realidad. Una voz fuerte le hizo abrir los ojos.

—¡Despierten!

La luz de una linterna lo cegó por un instante y vio la silueta de un hombre de pie junto a él. El hombre era de hombros anchos y vestía el contorno pesado de un abrigo de piel de oveja. Vargas sintió que se le oprimía el pecho. Se volvió hacia Yolanda; ella ya estaba despierta a su lado, con los ojos muy abiertos por el miedo. Ambos se pusieron rápidamente de pie y, por un momento, nadie se movió. El hombre dijo algo en italiano y dos hombres aparecieron por detrás; ambos tenían rifles colgados de sus hombros.

—¿Qué es esto? —preguntó Vargas, con la voz temblorosa—. ¿Qué quieren?

Los hombres no respondieron. Uno le colocó una capucha sobre la cabeza y le ató las manos por delante. El otro hizo lo mismo con Yolanda. Ella inhaló profundamente.

—Por favor... —comenzó.

—¡*Silenzio!* —dijo el hombre.

Los hombres los llevaron afuera. A través del grueso tejido de la tela, Vargas pudo distinguir un rastro de claridad. Calculó que serían las 6 o 7 de la mañana. Fueron guiados hasta un coche que esperaba y les ordenaron sentarse en la parte de atrás. Uno de los hombres se sentó junto a ellos, con su rifle descansando sobre las rodillas. Los otros dos al frente. Yolanda acercó su cabeza a la de él y susurró:

—¿Qué crees que está pasando? ¿Quiénes son estas personas?

Antes de que Vargas pudiera responder, el hombre de adelante se dio la vuelta y repitió: —¡*Ho detto silenzio!*

Mientras conducían, Vargas intentó concentrarse lo suficiente para dar sentido a su situación. ¿Quiénes eran estos hombres? Y lo que es más importante, ¿quiénes creían ellos que eran él y Yolanda? Los hombres hablaban entre sí en dialecto y demasiado rápido para intentar captar el significado de lo que decían. Entonces Vargas escuchó dos palabras que entendió: “*Il patrone*”.

—El jefe.

En ese momento, una posible explicación le vino a la mente: la pareja que los había acogido en su casa los había denunciado. A alguien; no podía saber a quién.

Después de conducir durante media hora, el coche se detuvo. Les ordenaron salir. Yolanda exclamó en italiano:

—¡Por favor! ¡No puedo respirar!

El primer hombre dijo algo y uno de ellos les quitó las capuchas. Inhalaron profundamente; el aire fresco de la montaña se sentía tonificante. Miraron a su alrededor. Estaban en un estrecho sendero de montaña. Detrás de ellos se alzaba la pared de una montaña. A un lado, el terreno caía hacia un vacío profundo. Un paso —un empujón— y sus cuerpos desaparecerían en el abismo de abajo.

Dos de los hombres estaban a un lado, discutiendo. El otro estaba apoyado contra la pared, con el rifle en la mano, vigilándolos. Por primera vez, podían verlos con claridad. Eran obviamente campesinos. Llevaban chalecos de lana de oveja, gorras negras y pañuelos de colores atados al cuello. El jefe parecía tener unos 30 años, los otros dos parecían aún más jóvenes. El hombre mayor y uno de los más jóvenes discutían lo suficientemente alto como para que Yolanda captara parte de lo que decían en dialecto. En un momento, algo que creyó entender la conmovió.

Temblando, le dijo a Vargas:

—Están hablando de matarnos. El más joven dijo que el jefe siempre decía que no dejaran testigos. El mayor dice que hay que esperar a un *capo*.

El joven que los vigilaba se acercó a Vargas, estudiando su rostro con abierta sospecha. —*È lui? Cosa stai facendo qui?* —preguntó. —Quiere saber qué estamos haciendo aquí —explicó Yolanda.

Vargas le dijo a Yolanda que les dijera la verdad. Ella explicó que estaban buscando a Antonio Santini y que no tenían malas intenciones. Y le preguntó si planeaban matarlos. El hombre vaciló. —*Non lo so. Ma il patrone non vuole rischi.* (No lo sé. Pero el patrón no quiere riesgos).

El hombre mayor se acercó a ellos y escupió al suelo. —*Sono venuti per Antonio. Lo sappiamo.* (Han venido por Antonio. Lo sabemos).

Vargas sintió un peso frío en el estómago. —Creen que vinimos a matar a Antonio Santini —gritó Yolanda, aferrándose a su brazo.

Antes de que Vargas pudiera hablar, una mano lo agarró y lo forzó contra la ladera de la montaña. Yolanda se puso a su lado.

—Muévete —le dijo uno de los hombres en un inglés entrecortado y con acento—. *¡Va via!* (¡Aléjate!).

Levantó su rifle. Yolanda se aferró a Vargas con ambas manos, gritando:

—*¡Hanno torto, per Dio, non siamo assassini!* (¡Están equivocados, por Dios, no somos asesinos!).

Uno de los hombres más jóvenes intentó separarlos, pero Yolanda siguió sujetando a Vargas con todas sus fuerzas. Los gritos y alaridos resonaban en las montañas, indiferentes al dolor y a la violencia a punto de ocurrir.

En ese momento, un coche dobló la curva. El conductor, al encontrar a los hombres y a Yolanda en medio del camino, pisó a fondo los frenos. El coche derrapó varios metros y se detuvo. Luca Santini, el primo menor de Genaro, bajó del vehículo. Los hombres se quitaron los sombreros y lo saludaron con respeto. El “capo” había llegado.

Preguntó qué estaba pasando. El hombre mayor explicó en dialecto:

—Estas son las personas que vinieron de América para matar al primo del *signore* Genaro Santini. Los atrapamos esta mañana. Sabemos que al *signore* no le gusta correr riesgos, así que estábamos pensando en terminar con todo aquí mismo.

Luca estudió a Vargas y a Yolanda cuidadosamente.

—¿Confesaron? —preguntó.

—No. Pero la *signora* que los denunció dijo que preguntaron por el camino a Piconero.

Luca era primo hermano de Genaro Santini. Aunque no era mucho mayor que los otros tres hombres, tenía la autoridad para tomar el mando. Le dijo al hombre mayor:

—Quita esa estúpida cuerda de sus manos. ¿Les tienes miedo? ¿A dónde van a correr?

El hombre hizo lo que se le ordenó; después de quitarles las ataduras, Yolanda miró a Luca con gratitud. “Tal vez no es tan malo como parece”, pensó ella. Luca se acercó a Yolanda y Vargas y les habló en inglés:

—¿Quiénes son ustedes y qué hacen aquí?

—Necesitamos hablar con Antonio Santini. Trabajábamos para la misma empresa —respondió Vargas.

—¿De dónde vienen?

—De Boston.

Luca sacudió la cabeza.

—Mientes. Vinieron aquí para matar a Antonio. Nos avisaron sobre ustedes —se volvió hacia Yolanda—. ¿Quién es usted?

Ella le respondió en italiano.

—Soy abogada; mi novio y yo estamos investigando un accidente.

—¿Es usted italiana? ¿Cuál es su nombre?

—Yolanda Cardinale. Mi *nonno* era italiano.

Luca se molestó. Dijo en voz alta:

—¿Cardinale es un nombre siciliano! ¡Debería darle vergüenza traer problemas a la tierra de su familia! No voy a matarla, nosotros no matamos *donne*. Pero su

amigo está prácticamente muerto. Dejaremos que el *signore* decida qué hacer con ustedes dos.

Se volvió hacia los hombres y ordenó que todos regresaran a sus coches. Mientras los llevaban hacia lo más profundo de las montañas, Yolanda y Vargas comprendieron que los llevaban a la casa del *Signore*. Quienquiera que fuese, su destino iba a ser decidido por esta persona desconocida.

Después de un rato, mientras continuaban por un camino estrecho montaña abajo, vislumbraron un pequeño pueblo en el valle, cada vez más cerca. Finalmente, el coche se detuvo ante un arco hecho de rocas que señalaba la entrada a un rancho. En la parte superior, tenía un letrero de hierro oxidado: "*Casa Bianca*". Un hombre armado con un rifle miró dentro del coche y les hizo señas para que entraran.

Tras cruzar un gran campo de olivos, se detuvieron frente al patio de una casa grande. Todos bajaron de los coches y se quedaron esperando. Yolanda se acercó más a Vargas.

—Pase lo que pase —susurró, con voz apenas audible—, nos mantenemos juntos.

Él asintió. Tenía miedo por ella. Todo este tiempo se había estado arrepintiéndose de haber permitido que lo acompañara. Habían venido a Italia con la única intención de interrogar a un hombre y descubrir la verdad. No tenían absolutamente ninguna otra intención, nada que significara daño para nadie.

El tal Luca había dicho que no mataban mujeres. Pero todo había sido tan inesperado, tan absurdo, que nada podía darse por sentado. Si los hombres pensaban que habían venido a su mundo con malas intenciones — incluso sin saberlo— no habría argumento ni explicación lo suficientemente larga para salvarlos.

¿Qué había pasado? ¿Quiénes creían estas personas que eran ellos? Si el *Signore* decidía que Vargas había venido a dañar a Antonio Santini —si creía que Vargas era un asesino o un enemigo— entonces, este sería su día del juicio final. Por un momento, incluso consideró la posibilidad de que todo fuera un complot de los hermanos para deshacerse de él. ¿Pero por qué en Italia?

Los pensamientos de Vargas se vieron interrumpidos cuando, con un fuerte chirrido, la gran puerta de la casa se abrió y un hombre salió al patio. Los hombres se quitaron los sombreros y retrocedieron a una distancia respetuosa. Nadie habló.

El *Signore* no era alto en el sentido imponente, sin embargo, había algo en su forma de pararse. Emanaba autoridad de una manera silenciosa. Genaro Santini miró a las personas en el patio. Sus ojos, firmes y alerta, ignoraron a sus hombres y se fijaron en Vargas y Yolanda. Luego miró inquisitivamente a Luca.

—¿*Chi sono queste persone?* (¿Quiénes son estas personas?)

Incluso sin entender las palabras, la voz del hombre que tenía sus vidas en sus manos sonaba tan decisiva, tan final, que Vargas y Yolanda sintieron que la sangre se les escapaba del cuerpo. ¿Qué iba a pasar con ellos?

Un momento más tarde, Yolanda y Vargas miraron alrededor de la habitación donde les habían pedido que esperaran. Era una habitación agradable y acogedora, decorada con sencillez, con muebles artesanales muy antiguos y robustos y una gran chimenea, y un retrato en blanco y negro de una pareja de ancianos colgado sobre la repisa.

Oyeron pasos. Vargas sintió que los dedos de Yolanda se apretaban alrededor de los suyos. La puerta se abrió y el *signore* entró. Detrás de él estaba otro hombre.

Antonio.

Vargas lo reconoció de inmediato. Los mismos hombros cansados, los mismos antebrazos gruesos todavía ennegrecidos por el aceite y el polvo metálico. El mismo rostro que había visto inclinado sobre un motor abierto en el taller de mantenimiento, iluminado por la cruda luz blanca de las lámparas industriales.

Antonio se detuvo al verlo. Por un momento, su expresión cambió por la sorpresa. Se quedó mirando, tratando de ubicar el rostro de Vargas, reconstruyendo el recuerdo. Entonces llegó el reconocimiento.

—Usted —dijo Antonio en voz baja—. El piloto.

Vargas asintió lentamente. Se le había secado la boca. Antonio volvió la cabeza hacia su primo.

—Genaro —dijo—. Lo conozco. Vino al taller. Hacía preguntas, sí... pero no es un asesino.

El *signore* no reaccionó de inmediato. Sus ojos permanecieron sobre Vargas, inmóviles, sopesándolo. Luego, después de un momento, inclinó levemente la cabeza.

—Signor Vargas, *signora*. —Su voz era tranquila y culta—. Les debo una disculpa.

Las palabras parecieron alterar el aire mismo.

—Mis hombres —continuó Genaro Santini— son leales. Y la lealtad, a veces, se mueve más rápido que la certeza. —Su mirada se desvió brevemente hacia Yolanda y luego regresó a Vargas—. Creyeron que estaban aquí con intenciones violentas. Espero que los hayan tratado con cortesía.

Yolanda logró sonreír pero no dijo nada. Todavía estaba temblando. Los ojos de Genaro se suavizaron, solo un poco.

—Deben entender —dijo— que hay quienes defienden a la familia. Y no todo el mundo viene con buenas intenciones. —Luego añadió con tranquila finalidad—: Pero son bienvenidos. Usted y la *signorina* son mis invitados aquí.

Afuera, en algún lugar más allá de los muros de piedra, el viento se movía a través de los campos secos de Sicilia. Adentro, por primera vez desde que la puerta se había cerrado tras ellos, Vargas y Yolanda comprendieron que habían sido juzgados... y perdonados.

CAPÍTULO 15

LA VERDAD

Al día siguiente, Yolanda y Vargas estaban sentados con Antonio Santini.

—Han recorrido un largo camino buscándome — les dijo Antonio—. Cuando lo dejé todo atrás, pensé que ya nadie podría encontrarme. Supongo que me equivoqué. Los cheques de la pensión me delataron. Pero necesito el dinero.

—Antonio —dijo Vargas—, estamos aquí porque creemos que la compañía —es decir, los hermanos Erskin— es la verdadera responsable del accidente. Esperamos que pueda contarnos de qué se trata todo esto. Y si lo que sospechamos es correcto, estamos dispuestos a hacer lo que sea necesario para enviarlos a ellos y a todos los implicados a la cárcel. Entonces ya no tendrá que preocuparse más.

Tras un momento de silencio, Antonio se inclinó hacia adelante en su silla, miró a la pareja a los ojos y dijo:

—Tienen razón. Y creo que contarles lo que sé no me causará ningún daño, y quizás finalmente se haga justicia.

Durante los siguientes veinte minutos, en una conversación muy clara, el ingeniero les explicó a Vargas y a Yolanda lo que sabía. La pareja escuchó con atención. Estaban a punto de descubrir la verdad.

La historia de Antonio comenzó en los EE. UU.: En Boston, el prestigio era una moneda más valiosa que el efectivo, y los hermanos lo perseguían con una disciplina que rozaba la devoción. Entendían que el verdadero poder en la ciudad no se anunciaba a gritos; se

movía a puerta cerrada, en conversaciones tranquilas entre hombres que nunca alzaban la voz.

David y Simón habían empezado a aparecer donde tales hombres se reunían. Al principio, se les toleró. Se les midió. Últimamente, empezaban a formar parte del grupo. Su empresa, antes modesta y práctica, había empezado a transformarse en algo más: algo más grande, más ambicioso. Las oficinas fueron renovadas. El área de recepción brillaba con piedra pulida y cristal ahumado. Su nombre aparecía en publicaciones financieras, con cautela al principio, luego con frecuencia creciente. La gente empezó a asociarlos con la expansión, con la visión, con el impulso.

Pero el prestigio, lo sabían, no podía basarse solo en las apariencias. Requería escala. Requería riesgo. Y requería fe. No fe en la empresa tal como era en realidad, sino fe en la empresa tal como se podía hacer que otros la vieran.

La junta directiva seguía pensando de forma conservadora. Hablaban de estabilidad. No apreciaban la urgencia que impulsaba a los hermanos. Ellos, a diferencia de los hermanos, no entendían que en Boston la percepción se movía más rápido que la verdad, y los que vacilaban eran olvidados.

Así que David y Simón empezaron a actuar a espaldas de los directores. Comenzó silenciosamente. Se ajustaron las cifras, no lo suficiente como para atraer la atención. Los ingresos se proyectaron con un optimismo disfrazado de certeza, oculto bajo capas de contabilidad legítima. Los libros crearon la imagen de una empresa que ya estaba situada donde aún no había llegado.

Simón supervisaba cada documento para asegurar la coherencia con su historia, mientras David gestionaba las reuniones con los bancos. Las conversaciones se

llevaban a cabo en sus lujosas oficinas con vistas al puerto. A los oficiales de préstamos se les agasajaba con cenas y costosos viajes en primera clase en sus jets.

El préstamo para comprar la nueva flota de Skyliners 787 —modernos, eficientes, símbolos de permanencia y alcance global— fue aprobado y aclamado internamente como un triunfo. Los directores expresaron sorpresa, luego una cautelosa admiración. Los hermanos lo presentaron como una oportunidad que había surgido de repente, una que requería una acción decisiva.

Los aviones llegaron, sus fuselajes blancos reflejando el pálido sol de invierno mientras rodaban por la pista. El Skyliner no era simplemente un avión: era una magnífica obra de arte. Cuando el primero aterrizó en Boston, David y Simón se pararon tras el cristal de la plataforma de observación, observándolo con la tranquila satisfacción de los hombres que creen haber llegado finalmente a la cima.

Pero entonces, apareció un problema. El problema no se reveló ruidosamente, sino de forma sutil, en forma de un informe técnico. Luego llegó una llamada de mantenimiento, precisa en sus detalles. Los sistemas de combustible tenían un "error". Uno de esos que los ingenieros odian, de los que aparecen solo cuando no estás mirando.

Los fallos aparecían sin previo aviso y desaparecían de forma igual de impredecible. Nada era suficiente para que la FAA dejara los aviones en tierra. El presupuesto para repararlo llegó días después. Millones.

Simón leyó el informe dos veces en silencio, con el rostro inexpresivo. David permanecía junto a la ventana, de espaldas, mirando hacia el puerto. Ambos comprendieron la misma verdad al mismo tiempo. No tenían el dinero.

El préstamo ya se había consumido: por la compra y por obligaciones que no podían posponerse. Y por otras cosas. Asuntos privados. Noches perdidas en habitaciones sin relojes. Mesas donde las fortunas se movían al girar una carta, en momentos en los que perder no parecía importante. El prestigio había exigido un estilo de vida a su altura. Y ellos habían cumplido.

Ahora los directores hacían preguntas. Los bancos habían sido pacientes, pero los términos del préstamo requerían flujo de caja. Los aviones no generaban dinero estando parados en tierra. Y exponer la realidad de la situación destruiría la reputación de los hermanos. Perderían sus puestos en la jerarquía de la empresa y estarían arruinados para siempre.

Simón fue el primero en decirlo: —No fallarán todos a la vez. Las pruebas muestran que el fallo es esporádico. Puede tardar cientos de horas, o puede no ocurrir nunca.

—¿Entonces, qué sugieres? —preguntó David.

—El problema afecta solo al combustible del tanque principal. El combustible de las alas no se ve afectado. Pero no podemos decirles a los pilotos que vigilen esto específicamente. Eso sería aceptar que sabemos que hay un problema, y la FAA podría prohibir el vuelo de los aviones.

—¿Entonces, qué hacemos?

—Enviamos una Carta de Servicio anunciando que el consumo de combustible es mayor de lo especificado originalmente, y que todos los aviones deben aumentar su carga de combustible en un porcentaje determinado, digamos un 10%. Por regulación de la FAA, todos los aviones ya llevan suficiente combustible extra para aterrizar en un aeropuerto alternativo.

—Y luego los reemplazamos uno a uno, a medida que fallen.

—Eso es. Ese es el fin de nuestros problemas.

Y con ese pequeño gesto, se tomó la decisión. Los Skyliners empezaron a volar. A los pasajeros les gustaba su servicio y sus instalaciones cómodas y exclusivas. Y durante un tiempo, no pasó nada.

Entonces, una mañana, llegó una llamada de Edward Milles, un piloto veterano. Reportó un fallo en el sistema de combustible a mitad de vuelo. Las advertencias se sucedieron en las pantallas de la cabina, lo suficiente como para forzar un desvío inmediato al aeropuerto más cercano. Aterrizó el avión de forma segura. Sin heridos. Sin incidente público.

En los Estados Unidos, un incidente en un vuelo comercial es investigado por diferentes agencias, dependiendo de su gravedad. Primero, la investigación interna realizada por la propia empresa, luego por la FAA y, en los peores casos, por la NTSB (Junta Nacional de Seguridad en el Transporte).

Edward Milles completó el informe requerido del incidente y esperó, esperando ser llamado a declarar. Pero pasó el tiempo y no ocurrió nada. Sabía que debía ser llamado, si no por la NTSB, al menos por la FAA.

Después de dos semanas, llamó a Sergio Delaney, el gerente general, solicitando una actualización de su informe. Delaney le explicó que el informe había sido revisado, archivado en canales restringidos, y que estaban esperando una respuesta. Milles era un piloto experimentado y sabía lo que eso significaba. El informe había sido silenciado.

Los hermanos se convencieron a sí mismos de que estaban ganando tiempo, no apostando con vidas

humanas. Nunca habían tenido la intención de que nadie saliera herido, y esa era la verdad a la que se aferraban.

Y la vida continuó. Hasta que un día, sin previo aviso, Vargas estrelló su avión en Pago Grande, y la mentira exigió su precio.

Antonio terminó su explicación diciendo: — Cuando me llamaste el día del accidente, Henry, supe que iba a haber repercusiones. Así que, más tarde, hablé con una secretaria que conozco desde hace años... y ella me dio una copia del informe de Milles. No solo eso: también tengo una grabación de nuestra conversación, cuando te dije que el problema con la válvula no podía arreglarse en vuelo. Eso debería ser suficiente para confirmar lo que dijiste en el tribunal. La copia del informe y la grabación son tuyas ahora.

Vargas y Yolanda permanecieron en silencio, deslumbrados por la explicación del ingeniero. Su viaje y los riesgos no habían sido en vano. Yolanda se levantó y abrazó a Antonio en un tierno gesto. El anciano estaba tan aliviado por contar su historia que casi estaba llorando.

Tenían las pruebas para hundir a los hermanos, pero el camino que tenían por delante todavía estaba lleno de peligros.

CAPÍTULO 16

RAMÍREZ

Al día siguiente de que Vargas y Yolanda fueran capturados por los hombres de Genaro y posteriormente exonerados, Ramírez ya estaba en camino. Pero no era solo para encontrar a Antonio Santini. Las cosas habían cambiado. Sus órdenes habían cambiado.

Antes de salir de Catania, Ramírez entró en una oficina de servicios telefónicos y realizó una llamada de larga distancia a Boston. El número correspondía a un teléfono desechable que David había adquirido con el único propósito de comunicarse con él.

Le dijo a David que ya tenía la dirección de Antonio y que estaba listo para completar la misión. Pero tenía malas noticias: Vargas y Yolanda probablemente le llevaban ventaja. Quizás incluso un día entero.

Aquella era una noticia muy preocupante. Pero David no tuvo que pensarlo mucho; solo quedaba una opción.

—Entonces debes detenerlos. El ingeniero ya no es el problema. David y su novia lo son. Podemos encargarnos del ingeniero más tarde. ¿Puedes hacerlo?

Ramírez no discutió. Uno o dos no marcaban la diferencia para él. Su única respuesta fue:

—Se puede hacer, pero es un pedido grande. El precio del contrato se acaba de duplicar.

No era momento de regatear el precio. Si Antonio ya le había entregado toda la información a Vargas y Yolanda, el riesgo para los hermanos había crecido exponencialmente.

—No te preocupes por el dinero, solo hazlo — respondió David.

Ramírez salió de Catania. Había alquilado la camioneta más vieja que pudo encontrar y vestía ropa comprada en una tienda de segunda mano. Con su cabello negro y ojos oscuros, podía pasar fácilmente —no por un granjero local— sino por alguien de uno de los pueblos olvidados de la montaña. Alguien que pertenecía a la tierra. Alguien que no sería recordado.

La suerte estaba de su lado. Cuando Vargas y Yolanda demostraron que no tenían malas intenciones, el *signore*, convencido de que la alarma había sido un error, retiró a sus hombres. Nadie vigilaba buscando enemigos. Nadie esperaba peligro. El *padrone* estaba a salvo. La tierra había vuelto a su rutina.

Ramírez sabía que ya llegaba tarde. Vargas y la mujer tenían al menos un día de ventaja. Tras salir de Catania, Ramírez condujo el resto del día y toda la noche sin detenerse. Para cuando llegó a Piconero al mediodía del día siguiente, se sentía agotado y le ardían los ojos. Se sintió decepcionado al descubrir que la dirección que tenía pertenecía a una oficina de apartados postales.

Se quedó dentro de la camioneta un momento, pensando. Consideró entrar y preguntar por Antonio Santini, pero sabía cómo funcionaban los pueblos pequeños. El rostro de un extraño sería notado y sus preguntas recordadas.

A una manzana de distancia, vio lo que parecía ser una tienda de ramos generales. Entró y compró una bufanda de hombre y una tarjeta. En la tarjeta escribió: “Signor Santini”

Cuando llevó la bufanda a la caja, se la mostró a la joven empleada. Ella la miró y asintió con naturalidad. — “*Ah sì... Signor Santini. Vada alla Casa Bianca, dritto per questa strada.*” (Ah, sí... el señor Santini. Vaya a la ‘Casa Bianca’, todo recto por esta calle).

Ramírez le dio las gracias, regresó a la camioneta y siguió conduciendo.

La calle pavimentada pronto dio paso a un camino de tierra. A media milla de las afueras del pueblo, vio un gran arco de piedra con las palabras *Casa Bianca* talladas en la parte superior. Pasó por delante sin frenar, con los ojos escaneando todo. No vio a nadie vigilando la entrada. A quinientos pies más allá del arco, parcialmente oculta tras hileras de olivos, se alzaba la casa.

No se detuvo. Continuó hasta que encontró una estrecha hendidura en el terreno donde pudo ocultar la camioneta tras la maleza y las rocas. Apagó el motor y esperó, escuchando. Nada.

Subió una colina cercana y se instaló entre los arbustos. Desde allí, podía ver la casa claramente. A través de sus binoculares vio a una mujer se movía por una de las habitaciones, ajena a todo. Otra ventana revelaba lo que parecía ser un comedor. Afuera, varios hombres trabajaban entre los olivos. Ninguno de ellos portaba armas.

Ramírez bajó los binoculares. La fatiga lo presionaba ahora, pesada. No había dormido en casi dos días. Sus manos permanecían firmes, pero sabía que no debía confiar en el agotamiento. La fatiga genera errores. Regresó a la camioneta y la ocultó más profundamente, cubriéndola con ramas.

Comió algo de la comida que llevaba consigo. Cuando terminó, se reclinó en la cabina y cerró los ojos. Al instante, se quedó dormido. No le perturbaba en absoluto el hecho de que, si todo salía según lo planeado, en unas pocas horas le quitaría la vida a una persona.

Cinco horas más tarde, Ramírez se despertó, con el cuerpo aún reclinado contra el asiento desgastado. Estaba empezando a refrescar. El armazón metálico de la

camioneta chasqueaba suavemente mientras liberaba el calor del día. Afuera, el viento se movía a través de la maleza seca con un susurro tenue y quebradizo. En algún lugar, ladera abajo, oyó el golpe sordo del metal contra la madera; herramientas, tal vez, siendo recogidas tras la jornada de trabajo.

A través del parabrisas, vio que el cielo había empezado a oscurecerse. El sol ya estaba detrás de las montañas, dejando tras de sí un resplandor tenue de color cobre. Las sombras se alargaban. Pronto, la tierra no sería más que formas oscurecidas.

La fatiga casi había desaparecido. Sus manos volvían a estar firmes. Buscó detrás del asiento y recogió el estuche con el rifle. Lo destapó con cuidado, admirando el metal oscuro y la madera lisa de la culata. Sus dedos se movían con una calma precisa. Sacó el cargador y lo recargó, presionando cada bala ligeramente con el pulgar. Reinsertó el cargador hasta que encajó con un suave clic mecánico.

Accionó el mecanismo e introdujo el primer proyectil en la recámara. Sacó un pequeño paño de su bolsillo y lo pasó una vez por la lente de la mira, eliminando una película invisible de polvo. Estaba listo.

Afuera, la luz seguía muriendo. Los olivos se convertían ahora en siluetas, sus formas retorcidas mezclándose unas con otras. Abrió la puerta de la camioneta con cuidado y salió, cerrándola sin hacer ruido. El aire fresco, con los olores a tierra y hojas secas, lo vigorizó.

Sigilosamente, se movió cuesta arriba hasta llegar a la misma posición oculta entre los arbustos desde donde había observado antes la casa. Se acomodó en el suelo, ajustando su cuerpo hasta que el rifle descansó en sus manos en forma natural, cómoda, como si perteneciera a

ese lugar. La casa permanecía visible, pálida contra la tierra que se oscurecía. Algunas ventanas brillaban tenuemente desde el interior.

A través de la mira, una ventana distante apareció nítida, más clara, más cercana. En la habitación, claramente iluminada, vio a cuatro personas sentadas a una mesa, cenando. Una pareja estaba de frente a la ventana; reconoció al piloto con el que había hablado en el hospital. La mujer sentada a su lado tenía que ser su novia abogada. Le habían ganado la carrera hasta la casa. Pero no importaba; no había nada que pudieran hacer ahora.

Una mujer entró en la habitación con una bandeja. La colocó sobre la mesa y se sentó fuera de la vista de la ventana.

Colocó la retícula de la mira sobre los dos hombres que estaban de espaldas a él. Uno de ellos tenía que ser Antonio. Había memorizado su rostro por fotografías, pero no podía ver su cara.

Analizó la situación con su mente profesional. Sabía que esta era una oportunidad única que podría no presentarse de nuevo. Mataría a Vargas primero y, antes de que pudieran reaccionar, se encargaría de Yolanda y tal vez incluso del ingeniero. Se había entrenado para eso; él era el experto.

CAPÍTULO 17

INTENCIÓN DE MATAR

Genaro había ordenado que trajeran de vuelta el jeep de Vargas, y la pareja se había bañado y puesto ropa limpia. La esposa de Genaro se llamaba María, como la mayoría de las mujeres en Sicilia, e insistió en encargarse de su ropa. Hablaba un poco de inglés y estaba encantada de tener invitados extranjeros en su casa. Lavar y planchar sus prendas le aseguraba que se quedarían en la casa al menos un par de días.

Durante la cena, Yolanda explicó a sus anfitriones el motivo de su presencia en Sicilia. Antonio era el único que podía confirmar la historia de Vargas sobre el fallo de la válvula, y ahora, con la información y los documentos que él les había entregado, tenían la prueba que necesitaban.

—Hay algo que no entiendo —dijo Genaro después de que ella terminó—, y agradecería que pudieras explicármelo.

—Dígame, Sr. Santini —respondió Yolanda—. ¿Qué le inquieta?

Genaro hizo una pausa mientras María entraba con una gran fuente de pasta y la colocaba en la mesa.

—Llámame Genaro, todos somos *amici* aquí —dijo Genaro sonriendo—. Y dime una cosa, ¿cuántas veces fueron al *pensionati* en Catania a preguntar por esta dirección?

—Solo una; dudaron un momento pero, tras insistir, nos la dieron.

—Ese es el problema; mi contacto en Catania me dijo que dos personas diferentes preguntaron por esta dirección —dijo Genaro.

—¿Podría estar equivocado su contacto? —

—Absolutamente no, tengo plena confianza en él.

Todos permanecieron en silencio. Una sombra de duda planeó sobre el grupo. Antonio, el ingeniero, rompió el silencio y dijo:

—Yo creo que puedo explicar eso. Es lo que sospechaba desde hace tiempo. Los hermanos enviaron a un sicario para matarme. Hizo lo mismo que ustedes. Preguntó por esta dirección después de que lo hicieran ustedes.

Genaro, alarmado, dijo:

—Entonces, si eso es lo que está pasando, retiré a mis hombres demasiado pronto. ¡El asesino podría estar ahí fuera ahora mismo! —Miró por la ventana y exclamó—: ¡Debo alertar a mis hombres, cierren las cortinas!

Antonio giró hacia la ventana detrás de él, intentando alcanzar la cortina, en el mismo instante en que Ramírez disparaba desde su escondite. Con ese movimiento, su brazo se interpuso en la trayectoria de la bala destinada a Vargas. Antes de que Antonio pudiera agarrar el cordón para cerrarla, el cristal estalló con un gran estruendo y el cuerpo de Antonio se sacudió hacia un lado, arrancado de su silla como si hubiera sido agarrado por una mano invisible. Cayó al suelo, jadeando, con la mano apretando su brazo y la sangre filtrándose entre sus dedos. La bala había penetrado el vidrio, le había dado en el brazo y se había desviado de su trayectoria, terminando incrustada en la pared. La bala había viajado más rápido que el sonido; una fracción de segundo después, escucharon el estallido del disparo.

El movimiento repentino de Antonio salvó la vida de Vargas; si se hubiera movido un instante después, la bala habría impactado en su cabeza.

Todos se ocultaron. Yolanda se quedó congelada por un instante, incapaz de respirar. Vargas la agarró del brazo y tiró de ella hacia abajo, tras la pesada mesa de madera. Genaro apagó la luz y dio la alarma.

Algunos de los trabajadores se alojaban en una cabaña cerca de la casa. Los primeros que corrieron hacia la vivienda tras oír la alarma escucharon el ruido de una camioneta en el camino, alejándose a toda prisa.

Genaro se reunió en el patio con varios de los trabajadores que habían acudido corriendo al oír la conmoción. Algunos estaban armados. Le informaron que dos de ellos ya habían salido en su camioneta para buscar al tirador. Le dijo a otro hombre que fuera a buscar al médico; la señal de teléfono celular en el rancho era muy inestable y Genaro necesitaba ayuda inmediata.

Una hora más tarde, Genaro había apostado hombres alrededor de la casa, y algunos de los que salieron habían regresado sin poder localizar al tirador. Luca Santini, el primo joven de Genaro, había traído a algunos de sus hombres y estaban ayudando en la búsqueda.

La tensión del intento de asesinato había disminuido. María estaba preparando café y todos estaban reunidos en la cocina de la casa, discutiendo lo que acababa de suceder.

Luca decía: —Mis hombres encontraron las huellas de la camioneta y pisadas en el lugar desde donde disparó. Había arbustos rotos en la cima de la colina. Tenía que ser un tirador de primera clase; estaba a unos 300 metros de la casa.

—Agradezco tu ayuda, Luca —dijo Genaro—. Pero puedes retirar a tus hombres. Nunca lo encontrarán, probablemente esté a millas de aquí ahora; estoy seguro

de que era un sicario profesional. No lo intentará de nuevo, al menos no en la casa.

—Probablemente tengas razón, pero te aseguro que si alguno de mis hombres lo encuentra, deseará estar muerto.

Durante toda la conversación, Antonio se mantuvo en silencio. Seguro se que él había sido el blanco, estaba obviamente conmocionado por el atentado. Genaro se acercó a él y le dio unas palmaditas en la espalda.

—Hoy fue tu día de suerte, primo. *La Vergine Maria* no quiso que murieras; debes ir a la iglesia con un gran ramo de flores.

Vargas comentó: —Este asesino debe haber estado vigilando la casa un tiempo antes de decidirse por un lugar desde donde disparar. Si ese es el caso, debe saber que Yolanda y yo ya hemos hablado con Antonio y obtenido la información que necesitábamos.

Yolanda estuvo de acuerdo: —Así que, ahora, Henry y yo estamos en peligro. Ese asesino vendrá tras nosotros ahora. Debemos volver a Boston tan pronto como podamos.

—Puede que tengas razón —dijo Antonio—. Yo ya no corro peligro aquí, pero ustedes estarán arriesgando la vida en el momento en que salgan de esta casa. Genaro no puede protegerlos una vez que se vayan.

—No importa —replicó Vargas—. No vamos a ser prisioneros de este criminal.

—Yo los llevaré en mi coche a Catania cuando estén listos para partir. Estarán a salvo hasta que lleguen al aeropuerto. —Gracias, Genaro —dijo Yolanda—. Estaremos bien.

María sonrió y anunció en voz alta: —*¡Va bene!* ¡Volvamos al comedor y terminemos la comida; esto es Italia, nada puede detener *una buona cena!*

Todos rieron; el asesino los había asustado a todos, pero no había destruido sus espíritus.

Esa noche, después de que el silencio se asentara en la casa y el único sonido fuera el viento rozando las viejas paredes de piedra, Vargas y Yolanda yacían en la oscuridad, uno al lado del otro, ninguno de los dos durmiendo. No pensaron en sexo esa noche; la escena que acababan de vivir había trascendido todas las experiencias previas y fortalecido su conexión emocional más que nunca. Simplemente permanecieron abrazados, Vargas con ella envuelta en sus brazos y Yolanda apoyando la cabeza en su pecho, sintiéndose absolutamente protegida. No necesitaban hablar, sabían que sus pensamientos los unían. Ambos pensaban en lo cerca que habían estado de perderse el uno al otro. Después de un rato, Yolanda habló, con la voz apenas por encima de un susurro:

—Pensé que habías muerto.

Él giró la cabeza hacia ella. En la tenue luz de la ventana, pudo ver sus ojos abiertos, observándolo.

—Estaba justo a tu lado —dijo él.

—Lo sé —respondió ella—. Por eso.

Él entendió a qué se refería. Si el tirador hubiera elegido de otra manera —si Antonio no se hubiera movido— podría haber sido él. Sin pensar, buscó su mano. Ella la tomó de inmediato, con fuerza, como si hubiera estado esperándola. Ninguno de los dos volvió a hablar. No lo necesitaban. Por primera vez desde que esto había comenzado, Vargas no se sentía solo.

Al día siguiente, el Jefe Romano, el jefe de policía de Piconero, y un *carabiniere* acudieron a la casa de los Santini. Como ocurre en la mayoría de los pueblos pequeños, el Jefe Romano conocía a casi todo el mundo y era un viejo amigo del *Signore* Santini. Yolanda y Vargas

le contaron toda la historia sobre el atentado y el Jefe se dio cuenta de inmediato de que la solución a este crimen estaba fuera de su alcance.

—Genaro —le dijo el jefe a Santini—, como sabes, este no es el primer tiroteo que veo en la zona. Pero hasta ahora, todos han sido un marido disparando al amante de su mujer o viceversa. No había necesidad de investigar, el culpable siempre estaba pidiendo perdón o diciendo que lo volvería a hacer. ¡Pero esto es diferente, un asesino a sueldo! ¡Nunca pasa nada parecido por aquí!

—No es necesario que te preocupes por esto, Romano —le dijo Santini—. Esto empezó muy lejos de aquí; el asesino probablemente ya esté de camino a Boston.

La policía recuperó la bala que había herido a Antonio. Registraron la zona donde había estado estacionada la camioneta de Ramírez y la ladera desde la que había disparado, pero encontraron muy poco. El Jefe Romano se fue convencido de que el asesino se había ido y que eso era lo último que sabrían de él.

El Jefe Romano no sabía lo equivocado que estaba.

CAPÍTULO 18

DESAPARECIDO

Ramírez siempre se había considerado uno de los mejores hombres en su profesión, pero era realista y sabía que algún día fallaría un tiro. El día anterior había sido ese día. No había sido culpa suya; el objetivo había estado inmóvil hasta el instante mismo en que apretó el gatillo; pero eso no hacía ninguna diferencia. No solo estaba en juego el pago del contrato, sino su reputación.

Estaba seguro de que la policía y el resto de las partes involucradas asumirían que estaba en camino de escapar, de salir del país. Pero eso era lo más alejado de su mente. Sabía dónde vivía el objetivo e intentaría de nuevo. Esta vez, no fallaría.

Ramírez no necesitó ver el impacto de la bala a través de su mira para saber que había fallado. Inmediatamente aceptó el fracaso y su instinto tomó el mando. Su premisa era que “a cualquiera se le puede matar. Lo importante es poder escapar.” En consecuencia, había preparado su plan de escape con antelación. Recogió el casquillo vacío, guardó su rifle y, dos minutos después de disparar el tiro que erró en su blanco, estaba en su camioneta, abandonando el lugar a gran velocidad.

Ramírez no sintió miedo mientras se alejaba. El miedo pertenecía a otros hombres: hombres que dudaban, hombres que vacilaban. Lo que sentía era algo mucho peor. La frustración ardía en su interior como una fiebre lenta y venenosa. Sus manos apretaban el volante con tanta fuerza que sus nudillos se tornaron pálidos. La vieja camioneta traqueteaba y gemía mientras la forzaba más allá de lo que debía soportar; el motor lloraba en señal de protesta. Apenas lo notó. Sus ojos estaban fijos en la

carretera, pero no la veía. Estaba viendo el momento de nuevo: la mira, la respiración, la presión de su dedo.

Y el fallo.

Lo reprodujo en su mente con una precisión despiadada. Había hecho todo bien. Había esperado. Había sido paciente. Había controlado su respiración, ralentizado su corazón, se había quedado quieto. Había tenido en cuenta la distancia, la luz, el movimiento. No había razón para fallar. Sin embargo, algo —alguna pequeña y traicionera fracción de segundo— lo había traicionado.

Odiaba la imperfección de lo sucedido. Odiaba la grieta en lo que siempre había sido una certeza absoluta. Hasta ahora, su trabajo había sido limpio. Final. No era un hombre que disparara dos veces. No era un hombre que corrigiera errores. Era un hombre que no los cometía.

La camioneta golpeó un bache y saltó violentamente, pero Ramírez no redujo la velocidad. Agradeció la violencia del impacto. Encajaba con la turbulencia en su interior. Esto no era simplemente una oportunidad perdida. Era una ofensa. Una mancha. Peor aún, Antonio había sido advertido. Santini lo sabía ahora. La caza ya no era un secreto.

Ramírez no pudo evitar un sentimiento extraño —no miedo, nunca miedo— sino una urgencia agudizada por el orgullo herido. Se obligó a calmarse. Sabía bien que la policía pensaría que, tras su fracaso, estaría intentando desesperadamente llegar a Catania para salir del país. Nadie en su sano juicio intentaría repetir el atentado ahora que todo había salido a la luz. Pero Ramírez no era un sicario como los demás. Antonio seguía vivo. Eso era lo único que importaba. Y Ramírez no era el tipo de hombre que fallaba dos veces.

Después de conducir en la oscuridad durante una hora, empezó a sentirse cansado. Pasó por una gasolinera cerrada; una camioneta vieja estacionada allí no atraería la atención. Necesitaba dormir unas horas para despejar su mente y trazar un nuevo plan. Pero solo había dormido cuatro horas en un período de cuarenta y ocho, y cuando despertó, seis horas más tarde, la estación estaba abierta y había otros coches estacionados junto a su camioneta. Uno de ellos era un coche patrulla. En la puerta llevaba el rótulo “*Polizia de Sicilia*”.

Ramírez despejó su cabeza y arrancó la camioneta. Estaba a punto de salir del estacionamiento cuando dos policías salieron de la tienda con tazas de café en las manos. Los dos parecían jóvenes y obviamente orgullosos de sus vistosos uniformes azul oscuro con cinturones blancos, fundas de pistola del mismo color, rayas rojas en sus pantalones y la insignia llameante en sus gorras.

Ramírez sabía que nadie lo había visto antes a él ni a su camioneta, pero sintió una sensación de náusea en el estómago cuando uno de los policías se detuvo detrás de su vehículo, mirando la matrícula. En el espejo retrovisor, vio al policía sacar una libreta de su bolsillo, mirarla por un momento y decirle algo a su compañero. Los dos conversaron durante un minuto; uno de ellos caminó hacia su coche patrulla y el otro se acercó a la ventana y lo saludó en italiano.

Ramírez bajó el cristal de la ventana y respondió en inglés.

—¿Cómo está, oficial?

—Ah... *Americano* —dijo el policía, sonriendo—. ¿Qué hace por aquí, señor?

Ramírez pensó en el rifle que había colocado detrás del asiento.

—Un poco de caza... jabalí principalmente.

—Ah, por supuesto, *cinghiale*. Esos son peligrosos, pero buenos para comer.

Luego, casi disculpándose, añadió: ¿Puedo ver sus papeles, por favor?

Ramírez le entregó su pasaporte. En ese momento, el otro policía regresó y intercambiaron unas palabras en italiano. Después, el primer policía se volvió hacia Ramírez.

—*Signore...* lo siento. Pero debe venir con nosotros. Mi compañero habló con la estación por radio y hay una denuncia vinculada al conductor de esta camioneta.

—¿Qué clase de denuncia? Este coche es alquilado.

—Eso no puedo decírselo. Probablemente no sea nada, tal vez algo relacionado con un conductor anterior. Todo se le explicará en la estación.

Al instante, la mente de Ramírez se puso a mil por hora. ¿Cómo podía estar pasando esto? Estaba absolutamente seguro de que nadie lo había visto después del tiroteo. Pero no lo estaban buscando a él; habían mirado las placas de su camioneta. Fuera lo que fuese, tenía que ver con el vehículo. En el pueblo, cuando compró la bufanda y pidió direcciones, la chica no le había prestado atención, y mucho menos había visto su camioneta. ¿Era solo un error, una coincidencia desafortunada? Fuera lo que fuese, no podía permitirse ser detenido. Eso descarrilaría todo, incluso si se trataba de un error.

Ramírez miró a su alrededor, pero no había nadie más a la vista. Con los dos policías mirándolo, sonrió, sacudió la cabeza en un gesto de resignación y abrió la puerta. Empezó a salir, pero pareció recordar algo.

—¿Está bien si tomo mi abrigo? —preguntó.

Los policías asintieron. Ramírez volvió a entrar y agarró algo de detrás del asiento. Cuando salió, los dos policías se quedaron congelados. El extraño sostenía un potente rifle de caza apuntándoles. Unos minutos más tarde, Ramírez aceleraba por una carretera desconocida, y los dos confundidos policías permanecían encerrados en el maletero del coche de policía.

Las cosas habían cambiado. Necesitaba un nuevo plan. Necesitaba esperar unos días, hacer que todos pensarán que había salido del país. Y necesitaba deshacerse de su camioneta y perderse en una ciudad.

Había estado conduciendo durante dos horas cuando se detuvo a un lado de la carretera y sacó un mapa de la guantera. Estimó que estaba en algún lugar entre Corleone y Gibellina. Podría llegar a Palermo en unas pocas horas. Palermo era una ciudad grande. Allí no llamaría la atención y tenía suficiente dinero para quedarse el tiempo necesario.

Pero era arriesgado conducir durante el día. La policía estaría buscando su camioneta en este mismo momento. Se escondería e intentaría llegar a Palermo por la noche. En lugar de tomar la autopista, tomaría los senderos de montaña; le tomaría el doble de tiempo, pero eran demasiados para que la policía pudiera vigilarlos todos.

Arrancó la camioneta de nuevo y condujo hasta que vio un lugar adecuado para esconderse. Un pequeño sendero al lado de la carretera desaparecía bajo una densa bóveda de castaños de troncos retorcidos. Condujo hacia adentro por un par de minutos y quedó satisfecho. Comprobó que el rifle estuviera cargado, lo dejó a su lado, programó una alarma mental de cuatro horas en su reloj circadiano y se fue a dormir.

Se despertó en el silencio de la noche. La vista a través del parabrisas era completamente negra. Arrancó la camioneta, salió con cuidado del pequeño bosque y se dirigió hacia Palermo. La noche era fría, el cielo negro e infinito, cuajado de estrellas. Frente a él, el camino a Palermo se extendía como la promesa de un nuevo comienzo. El motor de la camioneta zumbaba bajo él, sus faros cortando débiles túneles amarillos a través de la oscuridad siciliana. Sus manos descansaban ahora ligeramente sobre el volante.

Los pensamientos de la noche anterior se habían asentado en un plan. Antonio Santini todavía estaba vivo. Eso era todo lo que importaba. Terminaría de cumplir con su contrato.

Abrió su ventanilla; una ráfaga de aire frío vigorizó su cuerpo y su mente. Condujo hacia Palermo con la paciencia constante de un hombre que regresa a un trabajo inacabado. La carretera se desenrollaba ante él en una línea larga y brillante, subiendo y bajando por las colinas sicilianas. Estaba tranquilo ahora. No la calma breve del alivio, sino la calma más profunda de la decisión. Había fallado. Lo aceptaba, no como debilidad, sino como un hecho. No necesitaba excusas. Pero el fallo iba a ser corregido. No importaba el riesgo.

El hecho de que Antonio estuviera vivo era un desequilibrio que lo perturbaba. Era una ecuación no resuelta. Una puerta entreabierta. Él la cerraría. Su mandíbula se tensó ligeramente, pero no permitió que la emoción lo alterara. La emoción nublaba el juicio. La emoción pertenecía a otros hombres: los que eran las presas, no los cazadores. Siguió conduciendo, con los ojos fijos en el camino, pensando que en algún lugar más allá de las colinas, más allá de las granjas dispersas y los

pueblos silenciosos, Antonio Santini existía en tiempo prestado.

La carretera giraba suavemente a la izquierda, subiendo por la ladera de una cresta. Ramírez la siguió sin pensar, con las manos firmes en el volante, los ojos relajados pero atentos.

Vio los coches de policía antes de que su mente los procesara. Dos formas más adelante, inmóviles, más oscuras que el cielo detrás de ellas. Entonces, como respondiendo al sonido de su camioneta, las luces rojas y azules cobraron vida. Cuando pisó los frenos, estaba a menos de cincuenta metros de ellos.

Ramírez entrecerró los ojos.

Polizia.

Las luces rojas y azules teñían la oscuridad.

Ramírez comprendió al instante. No habría un escape silencioso esta noche. Sus manos no se movieron. Su respiración no cambió. Solo su visión se agudizó, enfocando con la misma fría precisión que usaba al mirar a través de una mira telescópica. Uno de los coches estaba de costado, bloqueando parte de la carretera. El otro permanecía detrás, alineado con el borde. Varios policías estaban detrás de los vehículos, con sus armas en las manos. Por un momento, nada se movió.

“*No han tardado mucho en encontrarme*”, pensó Ramírez. “*Santini debe tener amigos importantes*”.

Entonces, una voz sonó a través de la noche:

—¡Conductor, salga, necesitamos hablar con usted!

Hablaban en inglés; sabían quién era él. Muy lentamente, cogió su rifle. Había decidido. No iba a ir a una prisión Siciliana. Después de un minuto interminable, Ramírez pisó a fondo el acelerador; el motor rugió rompiendo la frágil quietud. Agarró el volante y apuntó al

estrecho espacio entre el coche de policía y el borde de la carretera. Al mismo tiempo, con su mano izquierda, sostuvo el rifle fuera de la ventana y disparó ciegamente, sin detenerse, enviando una lluvia de balas hacia los coches patrulla.

Los policías se escondieron automáticamente tras sus coches, la camioneta pasó entre un vehículo y el lado de la carretera, pero la policía reaccionó de inmediato, disparando una descarga atronadora dirigida a la camioneta. Ramírez los oyó disparar y sintió golpes secos contra la cabina. Una bala entro por detrás y atravesó el parabrisas, que explotó hacia afuera. Un instante después, Ramírez sintió el impacto antes de comprenderlo. Una fuerza aplastante, profunda y final, clavándose en su cuerpo, robándole el aire de los pulmones.

El volante se le resbaló de las manos. Su pie dejó de presionar el acelerador y la camioneta redujo la velocidad hasta arrastrarse a una zanja al lado de la carretera. El silencio que siguió solo fue roto por la bocina de la camioneta, mientras Ramírez se desplomaba contra el volante.

Pasos se acercaron apresurados. Una sombra se cernió sobre la ventana rota. Era un oficial joven, con el rostro pálido y expresión confusa. Miró el arma en la mano de Ramírez, luego todos los casquillos vacíos en el asiento y en el suelo.

—¿Por qué? —susurró el oficial en un inglés entrecortado—. ¿Por qué disparó?

Ramírez tosió, una ráfaga de rojo salpicó sus labios. Logró una sonrisa forzada y desafiante.

—Antonio Santini... él los llamó... ¿verdad? Sabía que iba tras él...

El oficial frunció el ceño, mirando a su compañero.

—¿Antonio Santini? ¿El ranchero? ¿Qué tiene él que ver con todo esto?

Los ojos de Ramírez se abrieron de par en par, solo por un instante.

El oficial sacudió la cabeza, confuso, mientras le mostraba un trozo de papel: una citación oficial del gobierno.

—Lo buscamos durante tres días, *Signore* Ramírez. No por ningún crimen. Lo buscamos debido a una denuncia de la *Ufficio Pensionati* en Roma. ¿Recuerda? ¿El empleado? ¿Usted lo amenazó, lo insultó porque no le daba una dirección?

El oficial suspiró, mirando al moribundo con una mezcla de lástima y repulsión.

—El empleado presentó una denuncia formal por “alteración de la paz pública”. Lo siguió hasta su camioneta, anotó el número de matrícula y lo denunció por amenazarlo. Era una infracción menor, *signore*. Todo lo que tenía que hacer era pagar una multa.

Se inclinó más cerca, con la voz bajando a un murmullo sombrío.

—La multa era de cincuenta euros. Podría haberla pagado en cualquier oficina de correos.

—Un asunto sin mucha importancia —dijo el otro oficial—. Restitución. Una queja. Nada más.

Nada más.

Las palabras se posaron sobre él como polvo que cae.

No fue Antonio Santini.

No fue el tiro fallido.

Fue el empleado.

Ramírez vio la policía y llenó el silencio con su propia culpa. Había visto una mano alzada e imaginado una acusación. Había visto un policía y creído que era el

final. Toda su vida se había creído preciso. Controlado. Superior. Un hombre que no cometía errores. Se rio débilmente.

Los oficiales se inclinaron más y observaron en silencio, tratando de comprender, mientras la vida se desvanecía de sus ojos.

Un hombre que había sobrevivido a innumerables peligros, que había escapado de innumerables trampas, deshecho no por sus enemigos, sino por sí mismo.

Los ojos de Ramírez se dirigieron hacia el horizonte. Miró fijamente el oscuro cielo siciliano. Lo absurdo de todo lo golpeó justo antes de que la luz se apagara: un depredador profesional, abatido por un secretario vengativo y una multa de cincuenta euros.

El mundo se desvanecía en una neblina gris y borrosa. Cerró los ojos. Ramírez ya no existía.

CAPÍTULO 19

ESCAPE

Habían pasado dos días desde el atentado contra la vida de Antonio.

Esta mañana, Vargas y Yolanda se sentaron a la mesa de la familia Santini, compartiendo el desayuno bajo la suave luz que entraba por los altos ventanales de la cocina.

El aroma a café y pan tostado llenaba la estancia. Hablaron de cosas cotidianas: el clima, la cosecha de aceitunas, las reparaciones que Genaro aún tenía pendientes. Pero, por más que intentaban evitarlo, la conversación siempre encontraba el camino de vuelta al tiroteo.

El hombre que había apretado el gatillo seguía ahí fuera. Nadie sabía dónde. Pero todos sospechaban que volvería a intentarlo.

Vargas y Yolanda tenían ahora lo necesario para desenmascarar a los hermanos. Los documentos descansaban seguros en el bolso de cuero de Yolanda, siempre a su alcance. Estaban listos para regresar a Boston, listos para sacarlo todo a la luz.

Pero la policía había retrasado su partida. Necesitaban declaraciones completas: cada detalle que Vargas y Yolanda pudieran recordar. Si el tirador era capturado, sus testimonios ayudarían a asegurar una condena. Esa incertidumbre pendía sobre ellos como una tormenta que se negaba a estallar.

Estaban terminando su café cuando la criada apareció en el umbral.

—El Jefe Romano está aquí.

Un momento después, Romano, el Jefe de policía, entró en la habitación.

Su presencia relajó a todos. Saludó primero al Signor Santini y a su esposa, luego a Antonio, Yolanda y Vargas; su expresión era seria, pero no sombría.

Aceptó el café que le ofrecieron y se sentó lentamente, como si eligiera sus palabras con cuidado.

—Creo que tengo buenas noticias —dijo.

Luego de sus palabras, la habitación quedó en silencio. El jefe continuó:

—Recibí una llamada de la policía de Buonavista. Es un pueblo a unos cincuenta kilómetros de aquí, en la carretera a Palermo. La noche siguiente al incidente aquí, detuvieron un camión en un control rutinario. Cuando se acercaron al conductor para interrogarlo, este abrió fuego sin previo aviso.

El jefe hizo una breve pausa.

—Los agentes devolvieron los disparos. El conductor murió en el acto.

Antonio se inclinó ligeramente hacia adelante tratando de no perder palabra.

—Encontraron un pasaporte en él —continuó el jefe—. Era falso. Sin identificación. Pero circularon un aviso a las comisarías cercanas. Cuando leí el informe, les pedí que me enviaran una fotografía. Metió la mano en su chaqueta y sacó una hoja de papel doblada.

—La recibí esta mañana. La desdobló y la colocó sobre la mesa.

Vargas sintió que se le oprimía el pecho incluso antes de mirar, y por un momento no pudo hablar.

—Lo conozco —dijo en voz baja.

Los demás se volvieron hacia él.

—Su nombre es Silvio Ramírez. Lo conocí en el hospital después de mi accidente. Dijo que era un investigador privado.

Mientras hablaba, Vargas se daba cuenta de lo cuidadosamente que Ramírez se había ocultado tras esa mentira. Qué tranquilo parecía. Qué ordinario.

El Jefe Romano asintió.

—Es más que un investigador privado. Llevaba un rifle —dijo—. Por la descripción y el arma recuperada, estamos casi seguros de que es el hombre que disparó a Antonio. Cuando se complete el análisis balístico, lo confirmaremos.

Antonio se sentía confundido. Todo aquello solo para matarlo.

—Lo enviaron para matarme —dijo Antonio—. Y falló.

—Y ahora está muerto —dijo Yolanda en voz baja.

El jefe inclinó la cabeza y dijo: —Sí.

La mesa quedó en silencio.

Ramírez se había ido.

El hombre que los había cazado, que había seguido a Vargas a través de los continentes, que casi había matado a Antonio, estaba muerto a un lado de la carretera, con su verdadero nombre desconocido para todos excepto para ellos.

Antonio rompió el silencio.

—Los hermanos se enterarán de esto —dijo—. Hombres como Ramírez no desaparecen simplemente.

Vargas asintió.

—Y cuando se enteren, los hermanos entenderán lo que significa.

—Entenderán —dijo Yolanda suavemente— que él falló. Y que alguien más tiene que terminar el trabajo.

El jefe los miró a ambos.

—Deberían irse —dijo—. Pronto.

—Estoy de acuerdo —dijo Vargas—. Una vez que estemos de vuelta en Boston, estaremos más seguros.

No estaba realmente seguro, pero necesitaba que fuera verdad, por Yolanda.

—Les organizaré una escolta hasta el aeropuerto —dijo el Jefe Romano.

Una vez que empacaron, llegó el momento de despedirse.

Antonio abrazó a Vargas con firmeza.

—Hiciste lo que tenías que hacer —le dijo.

—Tú también —respondió Vargas.

No hubo grandes palabras. No hacían falta. Yolanda abrazó a la Signora Santini, quien la retuvo más tiempo de lo esperado, como si se resistiera a dejarla volver a lo que ella sabía era un mundo de peligro.

Antonio, Vargas y Yolanda habían llevado su situación mortal al hogar de los Santini. Y ellos habían arriesgado su familia para protegerlos, sin tener ningún interés personal en el asunto. Y cuando se despidieron, Yolanda y Vargas solo recibieron palabras de aprecio y amistad. Así eran los fuertes lazos que mantenían unidas a las familias en Sicilia. Nada, ni siquiera la propia vida, era más importante que la sangre. Yolanda y Vargas sintieron que estarían en deuda con ellos para siempre.

Ramírez estaba muerto.

Pero ninguno de ellos creía que el peligro hubiera muerto con él.

Se marchaban de Sicilia. Pero presentían que había otros peligros esperándoles en algún lugar. Tenían razón.

En Boston.

En su oficina en Boston, los hermanos Erskin se estaban volviendo preocupados.

Su enviado Ramírez no había informado en dos días. Había partido cuatro días antes, y en su última comunicación les había asegurado que había localizado al objetivo y esperaba completar el encargo en un plazo de cuarenta y ocho horas.

Pero había surgido una complicación.

—Debo advertirles —les había dicho Ramírez a David por la línea encripta—, Vargas y su novia probablemente me llevan un día de ventaja. Puede que no llegue al ingeniero antes que ellos.

David no dudó. Alteró la misión de inmediato. Vargas y Yolanda no debían salir vivos de Italia. Costara lo que costara.

A Ramírez se le duplicaron los honorarios en el acto y aceptó sin protestar. Los mataría a ambos.

Eso fue hace dos días, la última vez que supieron de él.

Simón, el hermano mayor, entró preocupado en el despacho de David. Intentó parecer sereno, pero sus ojos lo traicionaban.

—¿Ha llamado?

—No —David mantuvo un tono uniforme—. He contactado con Roma. Deberíamos saber algo pronto.

—¿Y si no es así?

—Esperamos —David señaló hacia una silla—. Siéntate. Toma un té. No necesitas más café.

Simón ignoró la sugerencia. Los dos hermanos se parecían físicamente —misma estatura, mismos rasgos afilados—, pero el temperamento los dividía en polos opuestos.

Simón se destacaba en la estrategia y la logística operativa, pero era vulnerable a la ansiedad. Ante la más

mínima interrupción, exigía una acción inmediata. Para él, el control significaba velocidad.

David era diferente. Paciente. Analítico. Prefería observar todo el tablero antes de mover una sola pieza. Actuaba sin emoción visible, previendo las consecuencias, calculando los tiempos, esperando la ventaja.

Últimamente, sin embargo, se sentía preocupado. Desde el accidente, Simón había empezado a tomar Valium y otras recetas para calmar sus nervios. Las drogas mitigaban el pánico, pero agudizaban algo más oscuro. Su hostilidad hacia Vargas y los demás se había vuelto una obsesión. Su venganza teñía cada conversación. Hablaba de matarlos lentamente, con imaginación.

A David le disgustaba ese tono. Consideraba la situación con Vargas como un problema de negocios: grave, sí, pero seguía siendo una cuestión de gestión de riesgos y contención. En el momento en que la emoción dictaba la acción, seguían los errores. Se lo había explicado repetidamente. Pero la furia de Simón empezaba a anular la razón.

Una vibración interrumpió sus pensamientos.

El fax oculto en el cajón de su escritorio zumbó suavemente. David sacó una pequeña llave de su bolsillo, abrió el compartimento y retiró la única hoja que se había impreso.

En la parte superior aparecía el membrete oficial del *Ministero dell'Interno*, el Ministerio del Interior de Italia. Debajo, una granulosa fotografía en blanco y negro de un hombre muerto.

Incluso a pesar de la mala calidad de la impresión, lo reconocieron al instante.

Ramírez.

Bajo la imagen había un titular traducido: “TURISTA ESTADOUNIDENSE MUERTO EN ENFRENTAMIENTO POLICIAL”

El artículo era breve y vago: “*La policía de Sicilia respondió a informes de un individuo armado cerca de una propiedad rural. El sospechoso intentó huir. Se produjo un intercambio de disparos. Murió en el lugar de los hechos. Se desconoce su identidad. No se encontraron documentos en el cuerpo*”.

Eso era todo, pero decía lo suficiente.

Simón habló primero.

—Así que Ramírez está muerto —tragó saliva—. Lo que significa que Vargas y su novia siguen vivos.

El problema no se había resuelto. Se había multiplicado. Simón reprodujo en su mente el último mensaje de Ramírez: “*Puede que me lleven un día de ventaja.*”

—Si eso es cierto —dijo—, Vargas debe haber obtenido alguna información del ingeniero.

David le corrigió en voz baja. —Probablemente tengan todo lo que necesitan.

Se recostó en su silla, juntando las puntas de los dedos.

—Si llegan a los Estados Unidos, será difícil detenerlos. Estarán libres. Una frase neutra que ocultaba implicaciones catastróficas.

Simón empezó a moverse de un lado a otro, murmurando entre dientes, mientras David permanecía sentado, calculando.

—Los detendremos antes de que salgan de Italia —dijo David por fin—. Ya he enviado sus nombres y los datos de sus pasaportes a nuestro contacto en Roma. Si intentan reservar vuelos internacionales, lo sabremos.

La llamada llegó a la mañana siguiente a las cuatro de la madrugada, hora de Boston —las diez de la mañana en Italia.

David escuchó en silencio durante casi veinte minutos, respondiendo en un italiano cuidadoso y planteando preguntas precisas.

Al terminar la llamada, telefoneó de inmediato a Simón.

—Simón —dijo con calma—, puede que hayamos encontrado una solución temporal. Al menos lo suficiente para ganar tiempo.

—Espero que estés hablando de eliminarlos.

—No exactamente —David hizo una pausa—. Salieron de Catania. No hicieron la conexión en Roma. En su lugar, volaron a Milán, buscando una conexión transatlántica: Boston o Nueva York.

Simón se puso tenso. —¿Y? —

—Y eso juega a nuestro favor. Nuestro contacto en Roma tiene influencia en Milán. Conoce a un capitán de la *Polizia di Stato*. Por la suma adecuada, puede asegurar que Vargas y la mujer sean detenidos.

—¿Detenidos cómo?

—Irregularidades administrativas. Discrepancias en los pasaportes. Posibles alertas de seguridad. Algo que los mantenga en tierra durante mucho tiempo.

Simón preguntó:

—Y esos policías... ¿están dispuestos a solucionar el problema de forma permanente?

La expresión de David se endureció.

—No seas ingenuo. Son corruptos, no suicidas. Ellos retrasarán las cosas, eso es todo. Pero el retraso es suficiente.

—¿Suficiente para qué?

—Para que nosotros decidamos nuestro próximo movimiento.

La ira de Simón estalló.

—¡No estaré satisfecho hasta que estén muertos!

David suspiró y dejó que Simón se calmara.

—Te llamaré cuando tenga la confirmación —dijo en voz baja.

Tras colgar, David permaneció sentado en la oficina a oscuras, figurándose tres movimientos por delante. Si el plan de Milán funcionaba, la siguiente solución no implicaría sobornos.

Implicaría finalidad.

La terminal del Aeropuerto Internacional de Milán era luminosa y ordenada, con la coreografía familiar de gente llegando y saliendo. Las voces se superponían en docenas de idiomas. Las pantallas parpadeaban con destinos y horarios.

Vargas y Yolanda acababan de llegar de Catania y estaban en la fila de control de pasaportes, observando la lenta progresión hacia las cabinas de cristal al frente.

Sentían algo parecido al alivio. Habían llegado hasta allí sin incidentes. Habían sido cuidadosos, seguros de que nadie los había seguido. Se permitieron la débil esperanza de que los hermanos aún no supieran que Ramírez estaba muerto. Pero ambos comprendían que el peligro no había terminado con él.

Yolanda se mantenía cerca, con el pequeño bolso de cuero al hombro. Dentro, cuidadosamente envueltos, estaban los documentos.

Cuando les llegó su turno, Vargas dio un paso adelante y le entregó los pasaporte. El oficial de inmigración era joven, con la expresión neutral de alguien que repetía los mismos movimientos todo el día.

Escaneó primero el pasaporte de Yolanda, miró la pantalla y se lo devolvió.

Rutina.

Escaneó luego el pasaporte de Vargas. Se detuvo, con los ojos fijos en la pantalla. Miró brevemente un documento que había sobre su mesa. Su postura cambió. La mayoría de los viajeros no lo habrían notado. Vargas sí.

El oficial levantó la vista y dijo:

—Por favor, esperen aquí. Salió de la cabina, llevándose el pasaporte de Vargas, y desapareció por una puerta tras los mostradores. Yolanda se dio cuenta de que su propio pasaporte se había quedado sobre el escritorio y, con un movimiento rápido y furtivo, lo deslizó de nuevo en su bolso.

Pasó un minuto. Dos... tres...

Apareció un segundo oficial.

—¿Signore Vargas?

—Sí.

—Por favor, venga conmigo. La *signora* también.

—¿Cuál parece ser el problema?

—Solo una verificación.

Su tono era neutral. Controlado.

Vargas y Yolanda intercambiaron miradas. Tenían que ser los hermanos. Su alcance llegaba más lejos de lo que esperaban. El oficial los condujo a una pequeña sala con dos sillas, un escritorio y sin ventanas.

—Por favor, siéntense y esperen.

Cuando el oficial cerró la puerta tras él, creyeron escuchar el clic de la cerradura. Yolanda empezó a hablar, pero Vargas la detuvo con la mirada. Se inclinó más y susurró:

—Conozco este aeropuerto. Traen a los sospechosos de contrabando a salas como esta. Hay micrófonos ocultos aquí.

Diez minutos más tarde, la puerta se abrió. Un hombre vestido de civil entró sosteniendo el pasaporte de Vargas. Lo colocó sobre el escritorio y mostró una placa de identificación.

—Mi nombre es Inspector Soltini. Soy agente de la *Agenzia di Sicurezza Interna*. Lamento informarle que hay una alerta asociada a sus nombres.

Las palabras estremecieron a los dos.

—¿Qué tipo de alerta? —Preguntó Vargas.

—Se solicita su presencia para un interrogatorio en relación con una investigación en curso.

—¿Qué investigación?

—No he sido informado. La solicitud procede del Ministerio del Interior. —Los ojos del oficial se fijaron en el bolso de Yolanda—. Tengo órdenes de confiscar cualquier documento que lleven consigo.

Extendió la mano. Yolanda apretó el bolso.

—¿Estamos bajo arresto? —preguntó ella.

—No —respondió el agente rápidamente—. Pero estamos autorizados a registrar las pertenencias de los pasajeros.

Yolanda dio un paso al frente.

—Conozco muy bien la ley, Inspector. Puede buscar objetos prohibidos o peligrosos. No tiene derecho a inspeccionar documentos legales privados sin una orden judicial. Si intenta incautar estos papeles, me pondré en contacto con el Consulado Americano en Roma y presentaré una queja formal. Soy abogada y conozco perfectamente las leyes de viaje de la UE.

El inspector exhaló.

—No me deja otra opción, *signora*. Volveré con una orden.

Salió de la habitación. Los dos se dieron cuenta de lo que sucedía. Esto no era una verificación de rutina. Era una intercepción, una forma de mantenerlos allí.

Unos minutos después, oyeron pasos acercándose por el pasillo y a alguien abriendo la puerta. Un hombre con el uniforme azul de seguridad del aeropuerto entró.

Miró a Vargas y soltó una carcajada.

—¿Henry? ¡Me pareció que eras tú pasando seguridad! ¿Qué haces aquí?

Estrechó la mano de Vargas y luego se volvió hacia Yolanda con admiración.

—¿Y quién podría ser esta belleza?

Vargas sonrió.

—Yolanda, este es Richard. Nos conocemos desde hace años.

—¡Y qué años fueron aquellos! —Richard dijo, riéndose.

Yolanda le dio un beso en la mejilla. Richard bajó la voz.

—Muy bien, Henry. ¿Qué está pasando? Sé que eres demasiado decente para andar con contrabando.

Vargas no respondió, pero Richard comprendió que algo le sucedía a su amigo.

—¿Cómo puedo ayudar? —dijo.

Vargas le preguntó:

—¿Sigue aquí el ‘helo’ de los Bertollini?

Diez minutos después, Richard salió de la habitación, dejando la puerta sin cerrar. Vargas y Yolanda esperaron otros diez minutos, luego salieron y se deslizaron por el pasillo.

—Sígueme —susurró Vargas.

Bajaron dos tramos de escaleras, atravesaron una pesada puerta metálica y entraron en el nivel de servicio del aeropuerto. Trabajadores se movían por el ancho pasillo. Algunos saludaron. La mayoría no les prestó atención.

Vargas se detuvo ante una puerta marcada *Manutenzione*. Estaba abierta. Dentro vieron herramientas, equipos, uniformes de trabajo colgados y equipos pesados para el frío.

Vargas agarró dos trajes térmicos aislantes y le entregó uno a Yolanda.

—Ponte esto.

—¿Vamos a hacernos pasar por un equipo de mantenimiento?

Él sonrió. —Tengo una idea mejor.

Salieron y se cruzaron con varios mecánicos. Algunos miraron a Yolanda y sonrieron. Ella les devolvió la sonrisa.

—Contaba con eso —murmuró Vargas sonriendo—. Los hombres ven a una mujer guapa y rara vez notan algo más.

—Me alegra que mantengas el sentido del humor. Estoy temblando bajo esta ropa gruesa. ¿Quieres decirme a dónde vamos y qué demonios es un "helo"?

—Lo verás en un minuto.

La siguiente puerta que Vargas abrió los condujo a un pasillo que abría a un gran hangar con tres helicópteros estacionados. En una esquina había una oficina. Vargas le pidió a Yolanda que esperara, entró en la oficina y mostró su identificación de piloto al hombre sentado en el escritorio.

El hombre se levantó y le preguntó cómo podía ayudarle.

—Estoy aquí para pilotar el helicóptero de la familia Bertolini. ¿Podría, por favor, sacarlo a la pista y hacer que lo reposten?

—Eso es nuevo. No lo han sacado en meses. No les gusta el frío —dijo el hombre y tomó una tabla con pinza de un gancho. Luego añadió—: No encuentro ninguna orden para eso. Tengo que llamar al despachador y completar el plan de vuelo.

—Fue una decisión de último minuto. Sería mejor que primero trabajaras en tenerlo listo. Estarán aquí en breve, y ya sabes lo mucho que se molestan si tienen que esperar.

—Está bien, capitán. Lo sacaré y lo repostaré, pero no se vaya sin verme primero. Tiene que firmar el formulario. Me importa un bledo si tienen que esperar.

—Puedes decir eso, pero no tienes que preocuparte por perder tu trabajo por esto. Vamos, por favor.

Quince minutos después, el helicóptero estaba siendo cargado de combustible. Yolanda salió y vio a Vargas quitando las sujeciones de las palas de un helicóptero Hill HX50 pintado de azul brillante y amarillo, un modelo reciente, propulsado a turbina.

En la cola estaban pintadas sus marcas de registro, “N442”. Vargas le hizo una señal a Yolanda para que subiera a la máquina y le dijo al operario que bombeaba el combustible que era suficiente. El operario le advirtió que el depósito estaba solo a la mitad, pero Vargas, temiendo ser descubierto por el encargado, insistió, y el operario retiró la manguera.

Vargas saltó de inmediato a bordo, se deslizó en el asiento derecho y cerró la puerta de ala de gaviota. La cabina se selló con un clic hermético.

Desde el asiento de al lado, Yolanda le preguntó:

—Querido, ¿puedes volar esta cosa?

—Solo cuando es estrictamente necesario.

Aunque no había pilotado uno en varios años, la cabina le resultaba familiar. Yolanda observaba todos sus movimientos en silencio; apenas empezaba a comprender el plan de escape de Vargas.

Él respiró hondo y comenzó el procedimiento de despegue: Batería — ON.

Los paneles duales de instrumentos se iluminaron al instante, ejecutando un rápido ciclo de autocombprobación. Los diagnósticos del sistema se desplazaron por la pantalla.

Turbine status: STANDBY.

Combustible: 72 galones.

Vargas hizo los cálculos, computando la autonomía con esa cantidad de combustible. A potencia de crucero, el consumo era de unos 120 litros por hora. Los vientos en contra sobre los Alpes aumentarían esa cifra. Iba a ser muy justo, pero no podían arriesgar más tiempo.

Completó el chequeo y pulsó el botón de arranque.

La turbina empezó a girar y un silbido suave y creciente llenó la cabina. En la pantalla, el indicador de velocidad empezó a aumentar: 10%... 15%... 20%...

Al 25%, la computadora introdujo combustible automáticamente, y un suave sonido *WOOAP!* señaló la ignición.

Vargas miró la temperatura de la turbina; no debía pasar de 850°C. Se estabilizó en 720°C, dentro del rango.

Cuando la velocidad superó el 50%, soltó el freno del rotor. Las palas sobre ellos empezaron a girar, despacio al principio, luego más rápido, cortando el aire con un ritmo cada vez más tenso. El helicóptero se sentía vivo.

—Abróchate el cinturón —le dijo a Yolanda. Ella ya lo había hecho. Encendió el aviónico, el transpondedor y las luces exteriores. En un acto reflejo, alargó la mano hacia el micrófono. La retiró de inmediato. Esta vez no habría llamadas a la torre solicitando permiso para despegar.

Movió el “colectivo¹⁰” suavemente y la obediente bestia se elevó limpiamente en un vuelo estacionario. El flujo de aire del rotor barrió el suelo del hangar, dispersando polvo y papeles sueltos.

Por un momento, el helicóptero se acercó peligrosamente cerca de una viga de acero. Vargas corrigió el “cíclico¹¹” con suavidad y las palas esquivaron la estructura por menos de un metro.

Empujó hacia adelante, la máquina despejó el hangar y la velocidad aumentó a 50 nudos.

Un momento después, la radio cobró vida con la voz del controlador desde la torre.

—*Noviembre cuatro cuatro dos, no tiene autorización para despegar.*

Un minuto después: —*N442, está en infracción. Regrese inmediatamente a su base.*

Vargas apagó la radio y cruzaron la valla perimetral. Ascendió hasta alcanzar una altitud de 300 metros, manteniéndose por debajo del espacio aéreo controlado.

Al frente, el perfil del horizonte norte aparecía en forma de bordes de montañas: la primera vista de los Alpes.

¹⁰ Colectivo es el control que ajusta el ángulo de todas las palas del rotor principal de forma simultánea, para hacer ascender o descender el helicóptero.

¹¹ Cíclico. Control de dirección del helicóptero.

Volar sobre las montañas significaba menos densidad de aire, mayor demanda para la turbina para mantener la sustentación, más combustible quemado.

A través de los auriculares, Yolanda le preguntó:

—Bueno, mi amor, ¿hemos añadido una más a nuestra lista de problemas con las autoridades? ¿Van a enviar aviones tras nosotros?

Él sonrió con suficiencia.

—¿Por esta nave? ¡No te preocupes! Pertenece a la familia Bertollini. Son dueños de las bodegas más grandes de Italia, además de otras cosas. Ni siquiera notarán que falta, en mucho tiempo.

—¿Entonces quizás ahora puedas decirme a dónde vamos?

—A Lucerna —respondió—. Está a 280 kilómetros. Una vez que crucemos la cordillera, estaremos a salvo.

En la oficina de seguridad, al otro lado de la terminal, el Inspector Soltini regresó con la orden en la mano. Abrió la puerta de la sala de interrogatorios. Las sillas estaban vacías.

CAPÍTULO 20

LOBOS

La palabra “sublime” era la que mejor describía la sensación de ver los Alpes por primera vez: una mezcla de asombro y una chispa subconsciente de temor.

El impacto más inmediato fue el darse cuenta de la gran parte del cielo que ocupaban, transformando por completo el horizonte.

A medida que Vargas y Yolanda se acercaban, vieron que lo que parecían ser nubes eran en realidad glaciares bañados por el sol, que parecían penetrar el firmamento.

Volando a 300 metros, vieron los Alpes alzarse como un imponente muro de sombra e hielo —hermoso y silencioso— que hacía que todo lo fabricado por el hombre, desde las autopistas hasta los pueblos, pareciera un decorado de miniaturas hecho a mano.

Desde lejos, las montañas habían parecido manejables, pero ahora, ascendiendo a través de los 1,500 metros, la escala se volvía opresiva. Crestas dentadas cortaban un pálido cielo invernal. Los campos de nieve brillaban bajo una luz solar intensa, y el viento se rizaba visiblemente sobre las cumbres en penachos fantasmales.

Los picos más altos de los Alpes promedian los 5,000 metros, y el helicóptero que pilotaban podía alcanzar los 5,500, quizás 6,000 en una emergencia. Pero la cabina no estaba presurizada y no tenían el suministro de oxígeno necesario para volar por encima de los 4,000 metros. Vargas había previsto esa circunstancia, de manera que voló a lo largo de los valles, con las cumbres nevadas cerniéndose sobre ellos.

Se internaron en las montañas y Vargas presionó el colectivo, aumentando la altitud. La turbina respondió con un silbido suave y ascendente.

—La densidad del aire a esta altitud no nos va a perjudicar, puedes respirar tranquila. —Le aseguró a Yolanda.

Cruzaron el primer valle al norte de Milán y el aire se volvió turbulento; corrientes invisibles golpeaban el fuselaje. El helicóptero se sacudió, aunque no lo suficiente como para asustar a Yolanda.

—Ondas de montaña —dijo Vargas con calma—. Perfectamente normal.

La siguiente corriente descendente empujó el helicóptero hacia abajo unos cincuenta metros en pocos segundos. Él empujó el cíclico hacia adelante, aumentando la potencia. Ganaron altitud y los valles se hicieron más profundos.

En otras circunstancias, la vista habría sido increíblemente hermosa, pero en ese momento, sus mentes estaban enfocadas en llegar al otro lado.

A 2,000 metros, el helicóptero empezó a sentirse pesado. La turbina, trabajando con más esfuerzo, aumentó su vibración. Afuera, la temperatura del aire cayó bruscamente.

Habían estado volando durante una hora y Lucerna todavía estaba a más de cincuenta millas de distancia. Vargas se dio cuenta de que el combustible se estaba agotando; no lo lograrían. Escaneó el terreno. Sin aeropuertos. Sin carreteras. Solo crestas blancas y profundas sombras azules. Redujo ligeramente el par motor para conservar combustible. Su tasa de ascenso disminuyó hasta ser casi nula.

—Henry —dijo Yolanda suavemente.

—Sí —respondió Vargas—. Tenemos que bajar. Pronto.

Como confirmando sus palabras, sonó brevemente un tono de advertencia: “Bajo Combustible”. Revisó la superposición del mapa. Una meseta elevada apareció adelante: un terreno más plano entre dos crestas.

—Vamos a bajar ahí —dijo—. Ese lugar es lo bastante plano y amplio.

El viento se intensificó cuando superaron la siguiente cresta. La nieve se elevaba en espirales desde la superficie inferior. Vargas anguló el helicóptero hacia la meseta. A través de los auriculares, le dijo:

—Abróchate bien.

Cuando el combustible alcanzó su punto registrado más bajo, la pantalla parpadeó y la turbina tosió. Vargas comenzó un descenso controlado, exprimiendo lo último de potencia para alcanzar la meseta. La turbina emitió un silbido tenue, agonizante, y se apagó. Volaban en absoluto silencio, excepto por el rugido del viento. Vargas reaccionó instantáneamente, listo para ejecutar una maniobra de autorrotación¹².

Colocó las palas del rotor de modo que, impulsadas por el flujo de aire ascendente, siguieran

¹² Autorrotación. Es la maniobra más crítica que aprenden los pilotos de helicóptero, debido a que los helicópteros no pueden planear como un avión en caso de una parada completa en el motor. Durante la caída, el piloto ajusta el ángulo de las palas —"cabeceo"— para que sigan girando por el flujo de aire que viene por debajo. A unos 30 metros del suelo, el piloto vuelve a posicionar las palas giratorias, de modo que disminuyen la velocidad de descenso, esencialmente "amortiguando" el helicóptero. Esta última acción se llama la bengala.

girando. El helicóptero entró en una caída controlada, descendiendo rápidamente.

A través de las ventanas, Yolanda veía las laderas de la montaña precipitarse hacia arriba.

Maniobrando con extrema habilidad, Vargas mantuvo la velocidad del rotor dentro de la zona segura: demasiado lenta y entrarían en caída; demasiado rápida y podría provocar daños.

Descendieron durante un minuto y la meseta cobró nitidez. No era plana; la nieve irregular ocultaba rocas debajo. A 30 metros, realizó una bengala brusca, ajustando las palas para reducir la tasa de descenso. La velocidad del rotor decayó. Tiró del colectivo en un movimiento suave y final, y el helicóptero golpeó el suelo, con la nieve explotando a su alrededor.

Durante unos segundos, los patines perforaron la costra, se clavaron y se asentaron. Las manos de Vargas seguían aferradas a los controles, con el sudor corriendo dentro de sus guantes.

Se volvió hacia Yolanda. Ella respiraba rápido pero estaba ilesa. A él lo invadió una oleada de alivio y amor, los dos sentimientos juntos. Durante toda la caída, ella no había gritado, ni una sola vez.

—Lo lograste —dijo ella con ternura—. Sabía que lo harías.

Él desabrochó los cinturones de ambos y la abrazó con fuerza durante un largo rato.

—Lo logramos —dijo él—, pero aún no hemos terminado.

Las palas se siguieron girando sobre sus cabezas, produciendo un chasquido mientras perdían inercia. Vargas apagó los sistemas automáticamente, resultado de memoria muscular. Encendió la radio y se puso los auriculares. Escaneó las frecuencias pero solo escuchó

estática: interferencia de las montañas. Podía transmitir, pero no podía estar seguro de que la señal llegara a alguien.

Sintonizó 121.5 MHz, la frecuencia internacional de emergencia "*Guard*", monitoreada por aviones comerciales y torres. Varias veces transmitió: "*Mayday, Mayday, Mayday*", seguido de la identificación del helicóptero, sus coordenadas geográficas y una breve descripción de su situación. Escuchó durante diez minutos, pero solo oyó el mismo siseo.

A continuación, revisó el GPS de mano. Estaban en territorio suizo, en lo profundo de las montañas. El asentamiento marcado más cercano estaba a veintiséis kilómetros de distancia, a través de terreno alpino. Se lo explicó a Yolanda, y ella lo miró inquisitivamente.

—¿Vamos a caminar?

—Caminamos.

Una ráfaga de aire frío, brutal y afilada como un cuchillo, los golpeó al abrir la puerta. El viento arrastraba láminas de nieve suelta. Vargas saltó y se hundió en la nieve hasta los tobillos. El helicóptero estaba con los patines medio enterrados, su pintura azul y amarilla resaltando brillante contra el blanco de nieve en la montaña.

Caminó a su alrededor, buscando daños. No vio ninguno. Ayudó a Yolanda a salir de la cabina. Se sentían razonablemente abrigados dentro de sus pesados trajes de piloto. Vargas caminó hacia la parte trasera del helicóptero y abrió el compartimento de equipaje.

Inmediatamente vio que la aeronave había sido utilizada para paseo de recreación; el compartimento estaba lleno de tablillas de nieves. Tomó una pintada de verde brillante y se lo mostró a Yolanda.

—¿Sabes usar uno de estas?

—Ni idea —respondió ella—. ¿Hay esquís? Podrían ser útiles.

Vargas apartó las tablillas. Había un par de viejos bastones de esquí de aluminio, pero no vio esquís. Sacudió la cabeza.

—No, lo siento. No hay esquís —sonrió—. Y soy demasiado viejo para aprender usar tablillas de nieve.

Yolanda agradeció el humor; mientras Vargas permaneciera relajado, ella se sentiría igual. En el fondo del compartimento, Vargas encontró una manta, una caja de herramientas, una pistola de señales con varios cartuchos, un kit de emergencia con un botiquín de primeros auxilios y una mochila.

Abrió la mochila, esperanzado por lo que pudiera haber dentro. Solo se sintió decepcionado a medias. Había varios paquetes de galletas con la etiqueta “Galletas de alta energía”, un libro usado, una caja de cerillas y una pequeña olla oxidada.

Le dio la manta a Yolanda y colocó el botiquín y la pistola dentro de la mochila. La caja de herramientas era demasiado pesada para cargarla. La abrió, sacó un martillo y un destornillador, y los metió en la mochila. Los bastones de esquí terminaban en punta; los ató a correas de la mochila. Podrían servir como herramientas defensivas.

Yolanda estaba a su lado, ansiosa por empezar a caminar hacia el pueblo. Vargas consultó su reloj. Quedaban unas dos horas de luz natural. Se volvió hacia ella, pero ella ya había adivinado su decisión.

—Supongo que vamos a pasar la noche en nuestro "helo" —dijo ella sonriendo.

—Sí, cariño. No queremos perdernos de noche.

—Bueno, he pasado noches en carruajes elegantes, pero esto se lleva la palma... —bromeó ella.

El helicóptero tenía cuatro asientos y se acomodaron bastante bien. No había combustible ni calefacción, así que se dejaron los trajes puestos y se acurrucaron juntos bajo la manta. Los Bertollini no habían escatimado al equipar la aeronave; los asientos eran sorprendentemente cómodos.

Yolanda abrió uno de los paquetes de galletas, sacó el libro de la mochila y se recostó a comer y leer.

Vargas salió y llenó la olla con nieve. Cuando regresó, le dijo:

—Lo siento, necesito unas cuantas páginas del libro para encender un pequeño fuego y derretir la nieve. Es la única forma de que tengamos algo de agua, o nos vamos a deshidratar. Yolanda le entregó el libro con gesto de decepción. Él miró el título: *La mujer del faro*.

—¿Otra historia de amor? —le preguntó él.

—No sabría decirte. No me has dejado avanzar. Pero parecía interesante. Recuerda el título; me lo vas a comprar cuando lleguemos a Boston —bromeó ella.

Desde que salieron de Italia, Vargas había notado que Yolanda parecía libre de preocupaciones. No parecía ansiosa por su situación, y él estaba descubriendo en ella un sentido del humor que no había notado antes.

Encendió un pequeño fuego en el espacio detrás de los asientos y bebieron el agua de la nieve derretida. Tenían sed y el agua sabía bien. Mientras planeaban el día siguiente, ella le dijo:

—Cariño, tengo hambre, y estas galletas saben a mierda.

—Lo siento. Yo también tengo hambre. Ella lo miró a los ojos.

—Siendo tú el caballero, ¿qué te parece salir y matar algo para la cena?

Él se rio. No solo la amaba, sino que confiaba en ella plenamente. Era la compañera perfecta para su aventura.

Ambos estaban exhaustos y se durmieron rápidamente. Avanzada la noche, Vargas sintió que algo rascaba el lateral de la cabina, pero estaba demasiado cansado y lo descartó como un sonido normal de la montaña.

Al despertar a la mañana siguiente, la luz del este, reflejada en el hielo y la nieve, inundó la cabina. Se dieron un beso de buenos días y discutieron el viaje que tenían por delante. Yolanda encontró una bolsa abierta de caramelos debajo del asiento y los comieron de desayuno.

Ambos coincidieron en que, en ese momento, pagarían cien dólares por una taza de café. Doblaron la manta, recogieron sus suministros y se prepararon para partir. Vargas revisó el GPS de mano. A dieciséis millas al noroeste se encontraba la salvación. Salió y ayudó a bajar a Yolanda. Entonces vio las huellas en la nieve.

Lobos.

Como alguien alcanzado por un rayo, la mente de Vargas reprodujo la conversación que tuvieron cuando se conocieron sobre Yolanda y los lobos. No mencionó las huellas a Yolanda, pero sabía lo que eran. Habían caminado unas cincuenta yardas cuando Yolanda vio al primer lobo.

—Henry...

Él se detuvo y se volvió. Detrás de ellos, en la elevación que acababan de descender, algo se movía. Una forma gris, nítida contra la cegadora nieve blanca; dio un paso hacia el animal. El lobo se quedó inmóvil, con la cabeza baja, observando.

—Sigue caminando —dijo Vargas, con voz baja y firme.

Dieron unos pasos más antes de que otra forma apareciera a su izquierda. Luego otra. Los no corrían ni se apresuraban; los miraban y esperaban. Se dieron cuenta de que los lobos estaban formando un círculo que se estrechaba. La respiración de Yolanda se aceleró.

—Nos están siguiendo.

—No —la corrigió Vargas—. Nos están rodeando.

Escaneó la pendiente frente a ellos. En un pequeño afloramiento de rocas, directamente en su camino, estaba el lobo más grande. Era casi completamente negro; su espeso pelaje de invierno absorbía la luz de la mañana en lugar de reflejarla. Tenía un pecho ancho y patas largas plantadas firmemente sobre la nieve. Una oreja tenía una muesca en el borde y una cicatriz pálida le cruzaba el hocico. Sus ojos eran de un ámbar frío y constante. Solo los observaba, midiéndolos.

La voz de Yolanda tembló.

—¿Qué hacemos?

Vargas descolgó lentamente la pistola de bengalas de su mochila. Sus dedos estaban rígidos por el frío.

—Retrocedamos —dijo.

Comenzaron a retirarse por donde habían venido, pero los lobos se movían con ellos, acortando lentamente la distancia. Yolanda empezó a temblar. Vargas se colocó entre ella y la manada; el lobo más joven estaba ahora a apenas veinte metros.

Un gruñido bajo rodó por la nieve. El lobo negro bajó de su roca y se situó a la cabeza del grupo. Eran unos diez.

—Despacio —susurró Vargas—. No corras.

Siguieron retrocediendo. El helicóptero estaba sobre sus patines a solo veinte yardas, pero la manada había acortado la distancia. Vargas se dio la vuelta y niveló la pistola de bengalas hacia el lobo negro. La

mirada decisiva en los ojos del humano y el objeto en su mano hicieron que el lobo se detuviera instintivamente. El enorme animal se paró, y el resto de la manada hizo lo mismo.

—Camina rápido hacia el helo. ¡No mires hacia atrás! —le dijo, con los ojos fijos en la bestia.

Podía ver las fosas nasales del lobo dilatarse con cada respiración.

—¿Qué vas a hacer tú?

—Estaré bien. ¡No corras, solo camina rápido!

Escuchó el crujido de las botas de Yolanda alejándose. El lobo negro se acercó un paso más, con los ojos fijos ahora en la mano que sostenía el arma. Vargas gritó: —¡CORRE! —y disparó.

El arma detonó con un siseo violento. Una explosión de chispas de magnesio golpeó al lobo en el hocico. Reaccionó y saltó hacia atrás rápidamente, sacudiendo la cabeza con violencia. Los animales más cercanos se desviaron dando breves aullidos de sorpresa, con el pelaje humeando donde fueron alcanzados por las chispas.

Vargas echó a correr. Pero mientras la manada se dispersaba, uno de los lobos más jóvenes reaccionó por instinto primario y se lanzó hacia él. Yolanda llegó a la puerta y la abrió de un tirón. Mientras ella trepaba al interior, el lobo joven chocó contra Vargas por detrás. Él golpeó la nieve con fuerza. El dolor estalló en su pantorrilla cuando los dientes se clavaron a través de la gruesa tela y su carne. El animal empezó a tirar, intentando arrastrarlo.

Vargas buscó su bastón de esquí, lo agarró con ambas manos y clavó la punta en el costado del lobo. El animal lo soltó con un gruñido agudo. A diez yardas, el

lobo negro permanecía inmóvil, observando. Había enviado al joven a probarlo, a medir el riesgo.

Yolanda estuvo al lado de Vargas en un segundo.

—¡Levántate! ¡Levántate!

Él se obligó a ponerse de pie, mientras la sangre se extendía oscura sobre la nieve blanca. Apoyándose pesadamente en el hombro de ella, se tambalearon hacia el helicóptero. Los lobos no cargaron esta vez; los siguieron a pocos metros, esperando un colapso final.

Llegaron al helicóptero y Yolanda lo empujó hacia arriba. Él se desplomó en la cabina, arrastrando su pierna herida hacia el interior.

Ella trepó tras él. Mientras cerraba la puerta, un cuerpo pesado golpeó el fuselaje. El helicóptero se balanceó sobre sus patines de aterrizaje. El lobo negro se había lanzado directamente contra la rendija de la puerta. El impacto reverberó a través de la estructura metálica.

Durante un segundo suspendido, Yolanda se encontró con sus ojos. Cerró la puerta de un golpe y bajó el pestillo interno con manos temblorosas.

Afuera, las garras arañaban el aluminio.

El silencio fuera de la cabina era peor que los gruñidos. Era el silencio de un depredador que sabía que ya no tenía que apresurarse.

Vargas yacía en el suelo de la cabina, con la respiración saliendo en vapores blancos y desiguales. La parte de bajo de la pierna de su pantalón estaba destrozada, y una mancha oscura y creciente se extendía por la tela sintética.

—Déjame ver —dijo Yolanda.

Él sacudió la cabeza una vez, con la mandíbula apretada. —Está bien.

Ella siguió adelante y cortó la tela con el pequeño cuchillo del botiquín. La mordedura estaba en la

pantorrilla, justo debajo de la rodilla, ligeramente hacia el exterior. Dos heridas punzantes profundas de los colmillos superiores estaban a tres centímetros de distancia. Los dientes inferiores habían desgarrado hacia abajo, dejando una laceración irregular de unos cinco centímetros de largo. Las heridas eran desiguales, no cortes limpios.

Yolanda había tomado clases de asistencia médica de emergencia en su escuela. Vio que no había chorros de sangre pulsantes; ninguna arteria había sido alcanzada.

Tomó antiséptico y vendas del botiquín, limpió y vendó las heridas. Pero sabía que los lobos no tenían bocas estériles. Su saliva podía portar la bacteria *Pasteurella*, estreptococos y otras enfermedades infecciosas. Además, las heridas punzantes profundas se cierran en la superficie pero atrapan bacterias dentro del tejido muscular. Vargas necesitaba ayuda médica inmediata; la infección podría aparecer en 12-24 horas.

Encontró un frasco de pastillas de paracetamol y le dio algunas a Vargas para que las masticara. Cuando terminó, él encontró una posición cómoda en el asiento trasero.

—La radio —jadeó, señalando hacia la cabina—. Prueba la radio otra vez.

Yolanda subió al asiento del piloto. Accionó el interruptor principal. Un gemido tenue y agonizante provino de la electrónica, pero las pantallas permanecieron oscuras. Cambió la frecuencia, pulsando el micrófono.

—Mayday, Mayday... —repitió la identificación del helicóptero y sus coordenadas geográficas—. ¿Alguien me recibe?

Estática. Un siseo seco y hueco fue la única respuesta.

—Nada —informó ella—. Puede que alguien esté escuchando, pero no hay forma de saberlo.

Vargas gruñó, incorporándose para mirar por la pequeña ventana rayada. El lobo negro estaba sentado a veinte yardas, perfectamente inmóvil, como una gárgola tallada en obsidiana. Los demás deambulaban, rodeando el fuselaje en una órbita amplia y perezosa.

—No se van a ir —dijo Vargas.

—Tienen que hacerlo —replicó Yolanda, con la voz subiendo de tono con un deje frenético—. Tendrán frío. Encontrarán otra cosa que cazar.

—Nosotros somos esa otra cosa —dijo Vargas, bajando la voz—. Para ellos, solo somos carne en una lata de conservas. Y tienen todo el tiempo del mundo.

Yolanda miró alrededor de la estrecha cabina. Sus suministros eran lamentables: el kit de emergencia, una manta térmica, la pistola de bengalas y una pequeña caja de galletas secas y duras como piedras.

—Tenemos las galletas —dijo ella, aferrando la caja como si fuera un arma—. Y el aislamiento de las paredes. Podemos aguantar unos días. Pero tenemos que beber agua —añadió—. Todavía nos quedan páginas en el libro, y puedo encender un fuego pequeño para derretir la nieve en el espacio detrás de los asientos, como hiciste tú antes.

Él se preocupó. —¿Cómo vas a recoger la nieve? —No necesito salir. Solo abriré la puerta lo suficiente y la recogeré desde aquí.

Estoy herido, pensó Vargas, ahora ella está al mando.

Ella entreabrió la puerta lo justo para pasar la pequeña olla y su brazo. Los lobos se pusieron en guardia al instante. No volvieron a echarse hasta que ella hubo recogido la nieve y cerrado la puerta de nuevo.

Tomaron unos tragos del agua tibia y guardaron el resto. Les dolía el estómago por la falta de comida, pero no lo mencionaron. No había nada más que pudieran hacer. Se sentaron a esperar.

—La temperatura va a bajar a veinte bajo esta noche —dijo Vargas, con los ojos siguiendo a un lobo joven que olfateaba el rastro de sangre que había dejado en el patín de aterrizaje—. La batería aún tiene carga, pero no tenemos calefacción.

Yolanda miró hacia la puerta. El aluminio era delgado, apenas más de un milímetro de metal entre ellos y los colmillos de afuera. Podía oír el leve *tac-tac-tac* de las garras del lobo joven probando el marco.

—Tenemos que elegir —dijo Vargas, aferrando el bastón de esquí que había conservado—. O esperamos aquí y nos congelamos hasta estar demasiado débiles para luchar, o encontramos una forma de convertir esas bengalas de magnesio y cualquier otra cosa que encontremos en algo a lo que tengan miedo.

Yolanda miró al lobo negro. No había parpadeado. Estaba esperando a que se pusiera el sol. Estaba esperando a que la cabina se convirtiera en un refrigerador.

La cabina del helicóptero se había vuelto un congelador. Al atardecer, las ventanas estaban cubiertas de escarcha y las paredes metálicas parecían irradiar un frío que les calaba hasta los huesos. Vargas miró la caja de bengalas en la funda de plástico de la pistola. Había usado una; les quedaban cuatro. Cuatro oportunidades para romper el asedio.

—No esperearemos a que oscurezca —dijo con voz ronca—. Una vez que el sol se ponga, las sombras serán suyas. Nos movemos ahora.

Yolanda asintió, con el rostro pálido pero decidido. Agarró un bastón de esquí de aluminio en cada

mano; los extremos tenían puntas de carburo afiladas. Vargas se apoyó en ella, con la pierna herida punzante, y la otra mano empuñando la pistola de bengalas como una reliquia sagrada.

Entreabrieron la puerta. El aire gélido los golpeó como un impacto físico. La manada estaba esperando. No se habían movido más de treinta yardas. El lobo negro se puso de pie, con la cola baja y rígida; una vibración baja comenzó en su pecho, sonando como un trueno distante.

—¡Vamos! —dijo Vargas.

Al bajar del patín, el círculo se colapsó. Los lobos no deambulaban esta vez; cargaron. Dos machos jóvenes se lanzaron desde los flancos, intentando morder las botas de Yolanda. Ella movió los bastones con una fuerza desesperada y frenética; las puntas afiladas alcanzaron a un lobo en el hombro y lo hicieron retroceder con un aullido.

Vargas niveló la pistola de bengalas hacia el centro de la manada y apretó el gatillo. ¡BANG!

El proyectil de magnesio cruzó el aire, un cometa chillón de luz incandescente. Golpeó el suelo helado y estalló en una fuente cegadora de chispas. Los lobos chillaron, cegados por el sol repentino, y se dispersaron hacia la línea de árboles.

Por un instante, hubo una abertura.

—¡A la cresta! —gritó Vargas, cojeando pesadamente—. Si podemos llegar a terreno alto...

Pero el lobo negro no había corrido. Había rodeado por fuera del resplandor de la bengala. Emergió del humo como una sombra hecha de carne. No dudó. No gruñó. Se lanzó desde diez pies de distancia: cien libras de músculo y hambre dirigidas directamente a la garganta de Vargas.

Vargas levantó los brazos para protegerse la cara, preparado para que el peso lo aplastara. Yolanda gritó, agitando su bastón, pero estaba demasiado lejos.

¡CRACK!

El sonido fue diferente al siseo de la bengala. Fue un trueno seco y agudo que resonó en los picos de las montañas.

En pleno aire, el cuerpo del lobo negro se sacudió violentamente. La luz ámbar de sus ojos se extinguió mientras se desplomaba, golpeando la nieve a los pies de Vargas con un ruido sordo. No volvió a moverse.

Siguió otro ¡CRACK!, y luego un tercero. Los lobos restantes, sintiendo el cambio en la jerarquía del poder, desaparecieron entre los pinos como fantasmas.

Vargas y Yolanda se quedaron paralizados, jadeando, con el aliento suspendido en el aire. En lo alto de una cresta apareció una silueta: un guardabosques con una parka blanca y un rifle de cerrojo apoyado en el hombro. El guardabosques bajó el rifle y saludó con una mano enguantada.

—¡November Uno Cuatro Cuatro Dos! —gritó, y su voz viajó sobre el viento—. Captamos un fragmento de su *mayday* ayer. Pensamos que quizás podrían utilizar un transporte.

Vargas miró al lobo negro y luego a sus manos temblorosas. Dejó caer lentamente la pistola de bengalas vacía en la nieve. El guardabosques desapareció tras la cresta y, diez minutos después, oyeron el temblor de un motor. Un repentino torbellino de viento lo sacudió todo, y sobre ellos apareció la panza roja y blanca de un Airbus H125, el mejor helicóptero de rescate a gran altitud del mundo, con la bandera suiza pintada en un costado.

Vargas y Yolanda se abrazaron.

—Llegan un día tarde —susurró Vargas, apoyándose en Yolanda mientras ella sollozaba de alivio—. Pero no voy a quejarme.

CAPÍTULO 21

EL CÓNSUL

El helicóptero operado por el equipo de rescate suizo los llevó a Lucerna. Allí, un médico examinó las heridas de Vargas y determinó que eran graves. Una ambulancia lo trasladó a un hospital en Zúrich, a unas treinta millas de distancia.

Mientras Yolanda esperaba en la sala de visitas, los médicos atendieron a Vargas. Le dijeron que no había infección, pero le advirtieron que las heridas tardarían unas dos semanas en sanar; le recomendaron que no apoyara la pierna durante al menos ese tiempo.

En Suiza, la mayoría de la gente habla varios idiomas —francés, italiano, alemán, inglés y el romanche local— así que, a diferencia de Italia, no tuvieron dificultades para comunicarse.

Durante todo este tiempo, Vargas y Yolanda fueron tratados con cortesía. Les sorprendió que, hasta ese momento, nadie les hubiera hecho ninguna pregunta. Pero eso no duraría.

Tras ser dados de alta, tomaron un taxi hasta el Hotel St. Josef, situado en el centro de la ciudad. Era el hotel preferido por las tripulaciones de las aerolíneas durante sus escalas, y Vargas se había alojado allí varias veces. Como no tenía su pasaporte, Yolanda los registró a su nombre.

Nada más entrar en la habitación, se deshicieron de sus trajes de piloto. Yolanda agarró el teléfono y pidió que la comunicaran con el Consulado Americano en Zúrich. Le dijeron que el cónsul estaba ocupado y que podría recibirlos al día siguiente a las 10:00 de la mañana.

Después, mientras Vargas descansaba, Yolanda salió a comprar ropa nueva y otros artículos de primera necesidad para el viaje. Cuando regresó, alrededor del mediodía, habían pasado cinco horas desde su rescate y el agotamiento finalmente la venció. Pidieron el almuerzo, comieron y ambos cayeron en un sueño profundo.

Tres horas más tarde, los despertó un golpe en la puerta. Yolanda abrió y vio a un hombre vestido de civil; detrás de él había un oficial de policía uniformado. El hombre dijo que eran de la policía y que necesitaba hacerles unas cuantas preguntas.

Yolanda los invitó a pasar. El hombre se presentó como el inspector Andreas Kelsch de la *Kantonspolizei* — la policía de Zúrich. Ella notó que ninguno de los dos estaba armado. Yolanda les ofreció sillas; el inspector se sentó mientras el oficial permanecía de pie. Yolanda se sentó en la cama y Vargas permaneció acostado en la suya. Cuando se disculpó por no levantarse, el inspector dijo:

—No se preocupe. Hablamos con el equipo de rescate y sabemos que fueron atacados por lobos. Un suceso extraño, la verdad. Aunque ya he oído antes de ataques de animales en los bosques del valle —Sonrió—. Zúrich es una gran ciudad. Pero afortunadamente, no tenemos lobos corriendo por aquí.

La pierna de Vargas palpitaba de dolor.

—¿Qué podemos hacer por usted, inspector?

—Si no le importa, me gustaría ver el pasaporte del caballero. Ya he visto una copia del de la dama en la oficina de registro.

—Lo siento, inspector —respondió Vargas—. Perdí el mío durante nuestra huida.

—¿La huida de los lobos, quiere decir?

—Así es. Y estaré encantado de darle toda mi información.

—Bueno, tal vez pueda decirme cómo terminaron atrapados en las montañas. Tengo entendido que tuvieron toda una aventura allí.

Vargas y Yolanda habían acordado decir lo menos posible sobre su situación hasta que hablaran con el cónsul. Vargas tenía su respuesta preparada.

—Somos turistas, inspector, y estábamos en Milán. Yo soy piloto y decidimos sobrevolar las montañas y visitar este hermoso país. Cometí un error al calcular el combustible necesario.

—El equipo de rescate dijo que fue un aterrizaje muy difícil; que o bien tuvo mucha suerte o es un piloto muy experimentado.

Vargas se limitó a responder:

—Gracias, inspector.

—El helicóptero... ¿es suyo?

—No, me lo prestaron.

—¿Son amigos de la familia Bertollini?

—No realmente. He pilotado para ellos antes y confían en mí para usarlo ocasionalmente, como cuando intento impresionar a una de mis amigas —dijo Vargas, mirando a Yolanda. Ella sonrió y el inspector asintió con aprobación.

—¿Cuánto tiempo piensan quedarse en este país?

—Una semana o dos, hasta que mi pierna sane.

El inspector se puso de pie.

—Muy bien. Les agradezco a ambos su tiempo. Por favor, avísenme cuando decidan irse.

Después de que los hombres se marcharon, Vargas y Yolanda exhalaban, finalmente relajados.

—Bueno, querida, eso salió bastante bien. Pero tenemos que hablar con el cónsul lo antes posible.

En el número 101 de la calle Dufourstrasse reside el Consulado de los Estados Unidos en Zúrich. A los ciudadanos estadounidenses se les permite la entrada al edificio mostrando su pasaporte al Marine de guardia. Yolanda y Vargas llegaron a la hora de su cita. Ella no tuvo problemas para entrar, pero como Vargas carecía de pasaporte, tuvieron que esperar en la fila para ciudadanos que reclaman documentos perdidos.

Se les asignó un número y esperaron hasta que los llamaron. Entraron en la oficina y conocieron al cónsul, un hombre bien vestido, de edad avanzada. Su cabello cuidadosamente peinado y su barba larga y completamente canosa lo hacían parecer más un profesor que un diplomático. Una cadena de oro a través de su chaleco completaba la imagen de un intelectual de los años veinte. Según la placa en su escritorio, su nombre era Josef Stain.

El cónsul parecía estar muy ocupado; su escritorio estaba rebosante de papeles de todos los tamaños. Les pidió que pasaran mientras clasificaba documentos y daba órdenes por el intercomunicador simultáneamente. Finalmente, se detuvo y se enfrentó a ellos. Con la voz resonante y tranquila de un maestro, dijo:

—Por favor, siéntense. Lo siento, pero como pueden ver, estamos muy ocupados por aquí —Miró una nota en su escritorio—. Sr. Vargas y Srta. Cardinale, mi secretaria me ha dado sus nombres, pero no tengo más información. ¿Qué puedo hacer por ustedes? ¿Está aquí para obtener un nuevo pasaporte, Sr. Vargas?

Vargas inspiró, preparándose para explicar su situación sin abrumar al hombre.

—Sr. Stain —comenzó—, ¿ha oído hablar de un accidente que ocurrió hace aproximadamente dos meses

en los EE. UU., cuando un vuelo comercial se vio obligado a aterrizar en un pueblo cerca de Dallas, resultando en la muerte de dos personas?

El cónsul se removió en su silla, impaciente.

—Lo siento, no. Estamos algo aislados de los accidentes fuera de la UE, incluso cuando ocurren en los Estados Unidos. ¿Tiene su visita algo que ver con una reclamación legal?

—Sr. Stain, el accidente fue causado por la negligencia de los directores de la compañía. Fue una infracción muy grave, un crimen con consecuencias mortales. Vinimos a Europa, específicamente a Italia, para obtener pruebas que permitan a las autoridades estadounidenses iniciar acciones legales contra los culpables...

El cónsul lo interrumpió.

—Sr. Vargas, eso parece ser un asunto legal que debe ser manejado por la policía o el FBI. No estoy seguro de cómo puedo ayudarles. Me parece que deben presentar su caso en los EE. UU.

—Eso es cierto. Pero debe saber que tenemos esa evidencia con nosotros, y la Srta. Cardinale y yo estamos arriesgando nuestras vidas para hacer exactamente eso. También debe saber que sobrevivimos a un intento de asesinato, y hace dos días estrellamos un helicóptero y fuimos atacados por lobos —Vargas se subió la pernera del pantalón y mostró al cónsul sus heridas—. Fuimos salvados por un equipo de rescate suizo que llegó justo a tiempo.

El cónsul miró a Vargas y luego a Yolanda, atónito. No sabía si creerles. ¿Decían la verdad estas personas o vivían en una fantasía?

—¿Dijo que estrellaron un helicóptero?

Yolanda le mostró al cónsul las tarjetas que les entregaron el equipo de rescate y el inspector de policía. Dijo: —Sr. Cónsul, cuando vinimos a verlo, sabíamos que nuestra historia sería difícil de creer. Pero es verdad — Sacó los documentos de su bolso y los puso sobre el escritorio—. Esta es la evidencia. Le invito a que la mire.

El cónsul se sintió conmovido por la sinceridad en la voz de Yolanda. Se volvió hacia Vargas. —¿Dijo que un avión aterrizó en un pueblo, matando a gente?

—Así es —dijo Vargas.

El cónsul clavó sus ojos en los de Vargas. —¿Era usted el piloto?

—Sí.

El cónsul pulsó un botón en el intercomunicador y pidió a su secretaria que retuviera todos los mensajes.

—Será mejor que me lo cuenten todo.

Media hora después, tras haberle contado Vargas al cónsul el accidente y la misión que los trajo a Europa, el cónsul se puso de pie. Abrumado por los hechos, caminó por la habitación reflexivamente.

—Esto está muy fuera de mi ámbito de trabajo normal —dijo—. Pero no puedo expresar lo suficiente mi agradecimiento por lo que están haciendo para sacar a la luz la verdad. Ambos han sido sometidos a riesgos mucho mayores de lo que se debería esperar de ustedes.

Hizo una pausa, sacó una cigarrera de oro de un cajón y encendió un cigarrillo. —No se supone que debemos fumar aquí —dijo a modo de disculpa—. Solo lo hago en casos especiales. Y este es tan excepcional como puede serlo —Se volvió hacia ellos—. ¿Creen que corren peligro aquí?

Vargas pensó por un segundo.

—No lo creemos, pero no podemos estar seguros. Los hermanos tenían suficiente influencia en Milán como para casi detenernos allí.

—Muy bien —El cónsul se dirigió a Yolanda—. ¿Confía en mí lo suficiente como para dejarme guardar esos documentos en mi caja fuerte personal hasta que decidamos qué hacer a continuación?

Yolanda miró a Vargas y él asintió.

—Sí, estarán más seguros con usted.

—Muy bien. Esto es lo que haremos: quédense en su hotel y tengan cuidado. Les daré mi número personal; llámenme si ven algo fuera de lo común. Hablaré con personas de mi confianza. Cuando sepa cuál es el siguiente paso, los llamaré; probablemente en unos días. Por ahora, imprimiré un nuevo pasaporte provisional para Henry.

Habló por el intercomunicador:

—Traigan mi coche y digan a mi conductor que espere en la entrada —Se volvió hacia ellos—. Mi conductor, José, los llevará de vuelta a su hotel. Confío en él plenamente.

El cónsul se levantó y les abrió la puerta.

—Solo serán contactados por mí o por José; no hablen con nadie más. Los veré en un par de días. Intenten disfrutar de Zúrich; es una ciudad hermosa. Adiós.

El cónsul llamó cinco días después y pidió a Yolanda y Vargas que acudieran a su oficina. Cuando entraron, se encontraron con el cónsul y un hombre desconocido.

El cónsul lo presentó como el Coronel Seprini, de la AISI, la Agencia de Seguridad Interna de Italia. Invitó a todos a sentarse y comenzó la reunión explicando que se había hecho amigo del Coronel Seprini cuando era cónsul en Milán y que confiaba plenamente en él. El coronel no

tenía jurisdicción en Suiza, pero dado que importantes acontecimientos relacionados con el caso habían tenido lugar en Italia, el coronel había aceptado ayudarlos.

—Amigos míos —continuó el cónsul—, estos pocos días han sido extremadamente fructíferos para revelar información sobre su extraño y complicado caso.

Los presentes notaron que el viejo cónsul estaba en su elemento, usando floridas frases retóricas para revelar lo que sabía.

—Cuando empezamos a investigar su caso, entramos en un laberinto muy complicado. Pero ahora dejaré hablar al Coronel Seprini. Él ha aceptado gentilmente explicar lo que hemos aprendido.

El coronel agradeció al cónsul y procedió a hablar en inglés con un marcado acento italiano.

—Queridos *signore e signorina*, cuando mi amigo el cónsul me contó su situación y me pidió que averiguara lo que pudiera, me sentí intrigado de inmediato. Según su historia, hubo dos sucesos contra ustedes: el intento de asesinato y la detención injustificada en el aeropuerto de Milán.

—Para la policía italiana, estas dos acciones parecieron al principio independientes entre sí. Pero descubrí que fueron ordenadas por la misma persona. Como saben, el nombre del sicario era Ramírez. Murió en un enfrentamiento con la policía. Al analizar su teléfono, la policía descubrió que se comunicaba a menudo con un número en Boston.

»A continuación investigué su detención en Milán y descubrí que no había registros de ella. Sin embargo, un oficial de seguridad del aeropuerto confirmó que se produjo. Recibió la orden verbalmente por teléfono desde un número perteneciente al asistente del Secretario del

Interior. El asistente fue detenido e interrogado, y confesó haber enviado la orden.

El coronel hizo una pausa para enfatizar sus siguientes palabras.

—Pero esto fue lo que me sorprendió: Ramírez y el asistente se comunicaban con el mismo número en Boston. Ese es el número de David Erskin, uno de los hermanos que mencionaron. Creemos que fue él quien inició esas acciones contra ustedes.

»Una cosa más: cuando el asistente supo que iba a ser acusado de conspiración para cometer un delito, decidió cooperar. A petición de la policía, envió un mensaje al hermano diciendo que ustedes habían sido detenidos indefinidamente. Eso debería mantener a los hermanos alejados de ustedes por ahora.

Vargas y Yolanda estaban eufóricos ante las palabras del coronel. Finalmente, se había establecido la prueba de la corrupción de los hermanos. Hubo sonrisas y gestos de satisfacción en toda la mesa.

El cónsul agradeció al coronel y dijo:

—Conservaré copias de los documentos y redactaré un informe para el Fiscal del Distrito de Boston. Lo enviaré al fiscal a través de los canales oficiales tan pronto como esté listo. Mantendremos la investigación en secreto; no sabemos hasta dónde llega la influencia de los hermanos. Eventualmente se reunirán con el fiscal y presentarán la denuncia oficial.

Vargas mencionó otra preocupación. Le dijo al coronel:

—Aún podemos tener problemas. Para escapar de Milán, robé un helicóptero privado. Puede haber una orden de arresto contra nosotros en Italia.

El italiano sonrió.

—No tienen que preocuparse por eso. Cuando la familia Bertollini supo que la aeronave estaba involucrada en una investigación oficial, se negaron a denunciarlo; simplemente lo dieron por perdido.

Todos estaban satisfechos; habían puesto en marcha los mecanismos de la justicia. El cónsul cerró la reunión diciendo:

—Organizaré su regreso a Boston en uno de nuestros vuelos oficiales. Un representante los recibirá allí.

CAPÍTULO 22

DE VUELTA EN EE. UU.

Los hermanos Erskin estaban en la oficina de David. Los tenía bastante preocupados la posibilidad de que Vargas y Yolanda llegaran a Boston, así que esperaban noticias de Milán comiéndose las uñas. Esa mañana, por fin, se pudieron relajar. La noche anterior, David había recibido un mensaje de su contacto en Italia diciendo que la policía del aeropuerto los había detenido por estar de ilegales en el país.

Simón seguía parado junto a la ventana.

—¿Confías en tu contacto?

—Es el asistente del Secretario del Interior. Confío en él. Y para estar seguro, me fijé en las aerolíneas. No están en ninguna lista de pasajeros que hayan salido de Milán hacia Estados Unidos en los últimos días.

—¿Y qué pasa cuando los larguen? La policía italiana no los puede tener guardados para siempre.

David suspiró, irritado y perdiendo un poco la compostura.

—¡Simón, por favor, cálmate! Tenemos contactos allá y, si hace falta, podemos mandar a alguien para que termine el trabajo. Yo me encargo. ¡Esto es Italia!

Simón se dio vuelta para encararlo.

—Igual no lo creo —dijo por lo bajo—. Esos dos no son tan estúpidos.

David le restó importancia con un gesto, pero las palabras quedaron flotando en el aire más de lo que cualquiera de los dos prefería.

—¿Y el ingeniero italiano? —insistió Simón—. Él sigue vivo.

—Por él no nos tenemos que preocupar. Cuando vea que Vargas y la novia desaparecieron, se va a quedar en el molde.

Cuando Simón estaba por irse, David lo frenó.

—Una cosa más. Ni se te ocurra comprarte un Cadillac nuevo u otro yate por un tiempo. Estamos cambiando todos los sistemas de combustible de los nuevos 787. No nos podemos permitir otro escándalo. La FAA nos está pisando los talones. Tenemos suerte de que todavía no nos metieron una denuncia penal.

—¿Y cuánto va a costar eso?

—Lo que cueste, no nos queda otra.

Simón se fue sin decir ni mu. David se quedó solo en la oficina. Por primera vez en la mañana, no se sentía del todo tranquilo. Simón era impulsivo y desconfiado —quizás hasta un poco inestable— pero sus palabras lo habían picado a David. No lo podía explicar, pero algo el instinto le decía que su hermano podría traerle problemas.

Siete días después del encuentro con el cónsul, Vargas y Yolanda llegaron al aeropuerto Logan en un vuelo diplomático. El cónsul había insistido en que retrasaran el regreso hasta que él pudiera presentarle al Fiscal de Distrito de Boston una declaración completa con todas las pruebas contra los Erskin.

Una vez informados, el fiscal y el cónsul acordaron mantener todo bajo siete llaves hasta que un juez firmara la orden de arresto. La acusación era tan grave que existía el riesgo real de que los hermanos intentaran fugarse.

Dos agentes del FBI recibieron a Vargas y Yolanda apenas bajaron del avión. Tenían cara de pocos amigos, pero fueron respetuosos. Los escoltaron hasta un

departamento asignado para testigos federales, un "aguantadero" seguro.

Esa noche, por primera vez en semanas, la pareja pudo estar junta y dormir sin miedo a escuchar pasos del otro lado de la puerta. Igual, Yolanda se despertó dos veces sobresaltada; las dos veces, Vargas la abrazó hasta que se calmó. Estar de vuelta en Estados Unidos les daba seguridad; una ironía, considerando que ahora estaban más cerca que nunca de los tipos que los habían querido eliminar.

Al día siguiente por la tarde, los llevaron al garaje subterráneo del edificio del FBI. De ahí, subieron a la oficina del Fiscal de los Estados Unidos.

Cuando entraron, el fiscal se levantó de su escritorio. Detrás de él colgaba el sello del Departamento de Justicia, imponente en azul y oro. Gustav Renaldi, el Fiscal de Distrito de Massachusetts, era la ley hecha persona y actuaba mostrando con una calmada autoridad.

—Es un honor conocerlos —dijo, dándoles la mano con firmeza—. Lo que hicieron fue heroico, nada menos. Si no fuera por ustedes, las acciones de los Erskin podrían haber terminado en una catástrofe.

Yolanda y Vargas le agradecieron y se sentaron en unos cómodos sillones alrededor de una mesa ratona. Una secretaria estaba a un costado, lista para anotar todo.

—Revisé con cuidado los archivos que mandó el cónsul —siguió Renaldi—. Las pruebas que han traído ustedes no dejan lugar a dudas sobre la conducta culpable de los hermanos. Ya ordené que se abra una investigación criminal. Un agente especial supervisor está a cargo. También pedí la colaboración de la NTSB y la FAA. Antes de llevar el caso al gran jurado, quiero ordenar las pruebas de manera suficientemente clara para pedir las

órdenes de arresto. En cuanto estén firmadas, nos moveremos rápido.

El tipo hablaba con una determinación total. Vargas y Yolanda sintieron que por fin habían encontrado al hombre indicado para que se hiciera justicia.

—Los va a entrevistar el agente especial y probablemente la gente de las agencias de aviación — agregó—. Pero ya pueden considerar que su misión principal está cumplida.

Yolanda miró a Vargas. —Señor Renaldi — preguntó con cuidado—, ¿tenemos que quedarnos sí o sí en la casa de seguridad?

El Fiscal se tiró un poco para atrás.

—Señorita Cardinale, es fundamental que los hermanos no sepan que están acá. Si se enteran de que están aquí y cooperando, pueden intentar alguna locura.

Vargas propuso una idea.

—Señor Renaldi, yo tengo un chalet en la montaña, cruzando la frontera con Canadá. Está muy escondido; el pueblo más cercano es *Villa Enchantée*, a más de ochenta kilómetros. Suelo ir a esquiar ahí en temporada. No hay teléfono ni correo; tengo que ir hasta el pueblo a buscar las cartas. Creo que ahí vamos a estar a salvo.

El Fiscal no contestó enseguida.

—Si les pasa algo fuera de la jurisdicción de EE. UU. —dijo al final—, nuestra capacidad para intervenir será limitada.

Un pesado silencio invadió la oficina.

—Pero —continuó—, que el lugar sea tan remoto también puede ser su protección. Está bien. Pueden ir, siempre y cuando se queden fuera de los Estados Unidos y no se expongan demasiado.

Yolanda soltó una sonrisita.

—Estoy totalmente de acuerdo. Siempre quise aprender a esquiar, y en Texas hay poca nieve. Está empezando la temporada... tu me puedes enseñar, Henry.

Por primera vez, Renaldi se permitió una sonrisa mínima. —Entonces, ahí quedamos, esperemos que este caso se cierre antes de la primavera.

Antes de irse, el Fiscal les preguntó cómo pensaban llegar a Canadá. Vargas le dijo que iba a buscar su auto, que estaba en el garaje de su departamento. Renaldi le dijo que mejor no: si los hermanos estaban vigilando el edificio, que el auto desapareciera sería una señal de que habían vuelto. Decidió darles un auto oficial sin identificación. En un caso así, no se podía dejar nada al azar.

Yolanda y Vargas le entregaron al Fiscal los documentos originales de las pruebas, charlaron un rato más y se despidieron.

De vuelta en el aguantadero, los siguientes dos días fueron un desfile de reuniones con el FBI y los investigadores de la FAA y del NTSB. Una y otra vez, Vargas y Yolanda contaron la historia del accidente, la búsqueda de testigos y lo que pasaron en Italia. Los investigadores llenaron pilas de papeles. Finalmente, les dieron el visto bueno para irse.

A la mañana siguiente, la mujer del FBI a cargo les dijo que tenían el auto listo. Por primera vez en meses, eran libres de ir a donde quisieran.

Iba a hacer un frío bárbaro en la montaña; los enamorados armaron los bolsos con ropa abrigada, y una mañana despejada de principios de otoño, se pusieron en marcha.

Tardaron tres horas en llegar a la frontera y otras tres para pasar la ciudad de Quebec y entrar luego en las montañas de Sainte-Brigitte. Cuanto más subían, más

silencioso se ponía el mundo. Después de casi dos horas sin cruzarse con un alma, llegaron a *Villa Enchantée*. Un cartel de madera al costado del camino decía: *Población 200*.

El pueblo estaba formado por un grupo de cabañas y chalets desparramados por una amplia meseta. Un hotelito. Un almacén de ramos generales con un solo surtidor de nafta. Un correo que no era más grande que un galpón. Un destacamento de policía que era también cuartel de bomberos. Un local de esquí con pósters en la vidriera. De algunas chimeneas salía humo. Por ahí, un perro ladró al sentir gente extraña. Las montañas rodeaban el pueblo como centinelas mudos; quedaba algo de nieve en las grietas y el aire era una maravilla de puro.

Entraron al almacén y llenaron un carrito con provisiones para la casa. Cuando pagaron, la chica de la caja los saludó de manera muy simpática. Un hombre de mediana edad que estaba cerca se acercó y saludó a Vargas con entusiasmo.

—¡Capitán! Lo estábamos esperando, ya arranca la temporada. ¿Y quién es esta dama tan hermosa?

Vargas presentó a Yolanda y charlaron un poco sobre los chismes del pueblo. Dos señoras grandes que acababan de entrar se sumaron al grupo; se notaba que lo conocían a Vargas y estaban curiosas por saber quién era Yolanda. Cuando por fin se fueron, a Yolanda le quedó la impresión de que, en ese pueblito, a Vargas lo conocía todo el mundo.

Cuando terminaron las compras, condujeron montaña adentro por dos horas más. En varios tramos el camino se hacía de una sola mano, bordeando precipicios profundos y sin ninguna baranda a la vista. Pero Vargas iba relajado, con una mano sola en el volante. Doblaron una última curva y a la vista apareció el chalet de Vargas.

La casa estaba ubicada en un valle prístino. Era una construcción típica de un lugar de esquí, de cedro y piedra, bañada en ese momento por la luz anaranjada del atardecer. El porche de madera maciza tenía apenas un poco de nieve, y las ventanas reflejaban los picos de las montañas en el horizonte.

Yolanda bajó del auto y miró todo despacito, absorbiendo la belleza del lugar. Desde cualquier lugar de la meseta, la vista se perdía entre bosques y cumbres. Nada de tráfico. Nada de ruido. Ningún testigo.

Enseguida entendió por qué su amante había elegido ese lugar para descansar. No era solo que estaba escondido, era sumamente romántico. Vargas la tomó de la mano.

—Por un tiempo —dijo Vargas bajito, tomándole la mano—, vamos a desaparecer. Seremos solo nosotros dos.

El interior del ‘nido’ era tal cual lo que Yolanda esperaba. La sala principal tenía el tamaño justo para una mesa de roble con sus sillas, todo hecho a mano, un par de sofás con una mesita ratona en el medio y un armario grande que usaban para guardar de todo. Una alfombra de lana gruesa cubría casi todo el piso. Contra una pared, una chimenea enorme para calentar toda la casa. La cocina, pequeña pero equipada con una cocina a gas natural, estaba abierta al salón. Uno de los dormitorios tenía una cama doble, una mesa de luz y un placar. El otro dormitorio tenía una cama simple y las paredes cubiertas de esquíes, bastones y equipo de nieve.

No había luz eléctrica y, excepto por el ocasional uso de una radio de onda corta a pilas, la casa era un remanso de paz. El lugar era idílico. Desde casi todos los ambientes, los ventanales ofrecían una vista sublime de los picos nevados que asomaban por encima del bosque.

Los amantes pasaron el primer día acomodando la casa. Como todavía no había nieve en las laderas más cercanas, los días siguientes los dedicaron a caminar por los angostos senderos que se metían en lo profundo de un bosque de pinos cercano. Un zorro colorado que vivía por ahí cerca los seguía en las caminatas, siempre a una distancia prudencial.

Después de semanas de tensión y amenazas, el chalet era casi el paraíso. Al cuarto día, Vargas le dijo a Yolanda que le tenía una sorpresa.

Bajaron al pueblo en auto y Vargas entró al correo para hacer una llamada. Después siguieron un kilómetro y pico más y frenaron frente a lo que parecía un garaje de gran tamaño. Vargas sacó una llave del bolsillo y abrió la puerta.

Adentro había un avión, con el motor y la cabina tapados con una lona. Yolanda no sabía mucho sobre aviones, pero igual le pareció una belleza. Era un Cirrus SR22, un avión de cuatro plazas de alta performance. Las líneas aerodinámicas resaltaban en una pintura roja y plateada. El avión podía volar a casi 200 nudos —unos 370 km/h—; una máquina diseñada para un piloto con experiencia.

Afuera del garaje, aprovechando todo el largo de la meseta, se estrechaba una pista de aterrizaje. Una manga de viento, roja y blanca, flameaba a un costado.

—Este es un aeropuerto privado, casi nadie sabe que existe —explicó Vargas—. En temporada, algunos socios amigos llegan volando con sus familias.

Vargas abrazó a Yolanda por la cintura.

—Amor —le dijo—, todavía no hay nieve suficiente para enseñarte a esquiar. Así que, si tienes ganas, te voy a enseñar a volar.

Yolanda quedó deslumbrada.

—Ay, Henry —susurró ella, y le dio un largo beso. Ninguno de los dos sospechaba que, solo semanas después, ese mismo avión le iba a salvar a ella la vida.

Mientras el Fiscal de EE. UU. armaba el caso contra los hermanos, Vargas y Yolanda vivían en un mundo ideal. Se levantaban tarde. Primero el café: siempre fuerte, siempre compartido en la mesita de madera junto a la ventana. A veces hablaban del futuro medio en serio; otras veces, se negaban a decir una palabra, como si nombrarlo pudiera romper esa paz tan frágil que habían encontrado.

Vargas hachaba leña con una satisfacción tranquila que no había sentido en mucho tiempo. Yolanda leía por las tardes, acurrucada bajo una manta de lana, con el pelo iluminado por el brillo ámbar del fuego. Cocinaban juntos cosas simples: pan, queso, carne asada y un vino que en la montaña sabía mejor que en cualquier otra parte.

A la noche, su mundo se reducía al calor de la chimenea. Afuera caía la nieve; adentro, el tiempo no importaba. Hablaban de todo lo que habían sobrevivido. Hablaban de nada. Más de una vez, Vargas se despertó antes del amanecer y se quedó mirándola dormir a su lado, con la cara por fin libre de miedo. Él había volado entre tormentas, por desfiladeros y en la oscuridad total, pero nada se había sentido tan real como esa quietud.

Por unas semanas, el peligro pasado parecía un cuento o algo que solo les sucedía a otros.

Siguiendo el consejo del fiscal habían evitado hacerse ver, pero en un momento Yolanda propuso bajar sola al pueblo.

—Va a parecer más normal —dijo—. Dos personas escondidas acá arriba sin que nadie las vea, puede llamar la atención.

Vargas dudó; eran dos horas de manejo por caminos de montaña peligrosos.

—Voy a comprar un par de cosas nada más — insistió ella—. Fruta fresca. Capaz unas flores.

Manejó con cuidado, como hacía en las montañas de Arizona. Una vez en el pueblo, se tomó su tiempo. Eligió las cosas sin apuro. En la caja, sin pensarlo, deslizó su tarjeta de crédito por el mostrador. Salió el ticket y ella firmó con su nombre.

La temporada de esquí ya había arrancado y estaba llegando gente. Nadie le hizo mucho caso. Volvió al chalet con las bolsas de papel y las mejillas coloradas por el frío, contenta con su independencia y feliz de demostrarle a Vargas que no tenían por qué caer en la paranoia.

Esa noche cenaron con pan fresco. Paró de nevar, dejando apenas un manto blanco finito sobre el pasto.

Ninguno de los dos sabía que, en algún lugar a kilómetros de ahí, el gasto de Yolanda había quedado registrado y alguien lo iba a notar y rastrear.

Una mañana despejada, con el cielo bien azul sobre los picos, Vargas llevó a Yolanda al aeródromo al lado del pueblo. El avión esperaba en el hangar modesto. Vargas hizo todos los chequeos previos al vuelo: reviso el combustible por condensación, cargó los tanques, sacó las calzas de las ruedas y empujó el avión fuera del hangar. Hizo la inspección final y se acercó a Yolanda.

Cuando caminaron para revisar la pista, Yolanda vio que terminaba en un precipicio.

—¿Esto es lo suficientemente largo?

Vargas sonrió y le agarró la mano.

—Mira, amor —le explicó—, a esta altura, este avión necesita una pista de unos 420 metros. Ésta tiene más de 500. Así que no debes preocuparte.

Pero ella estaba nerviosa. La primera vez que se subió al asiento del copiloto, soltó una risa nerviosa.

—Confío en ti —dijo.

—Eso es bueno —respondió él con dulzura—. Y también puedes confiar en el avión.

Le enseñó todo con la paciencia de un instructor. Cómo apoyar los pies apenas en los pedales del timón. Cómo sentir el comando, sin tironear. Cómo extender los flaps. Cómo escuchar el motor como si fuera un amigo que te quiere decir algo.

Vargas tomó el control, arrancó el motor, lo llevó hasta el principio de la pista, tomaron velocidad y despegaron. El hangar, la pista, el pueblo... todo se volvió pequeño y sin importancia. Las montañas de Sainte-Brigitte se abrieron abajo de ellos como una pared imponente de piedra y luz. Los campos de nieve brillaban. Desde arriba, el mundo parecía ordenado, casi benevolente.

A Yolanda le temblaron las manos la primera vez que él la dejó al mando.

—Movimientos suaves —le decía él—. El avión ya quiere volar solo.

Al principio ella corregía muy brusco, se pasaba de la medida. Se reía de sus propios nervios. Pero de a poco, empezó a sentirlo: ese equilibrio delicado entre la gravedad y la sustentación, entre la duda y la confianza.

Él la miraba, y ella miraba los instrumentos y el horizonte. Vargas notaba la concentración en sus ojos. Cómo el miedo se transformaba en pura adrenalina.

—¡Mira! —dijo ella una vez, señalando por fuera del ala. Abajo, un lago congelado brillaba bajo el sol como un espejo.

A veces ella se distraía y el avión se ladeaba suavemente. Nada peligroso, solo lo justo para recordarle que volar exige atención. Cuando Vargas volvió a tomar el control y aterrizó media hora después, ella estaba sin aliento. Lo abrazó fuerte y le dio un beso interminable. Allá arriba eran intocables. Sin fiscales, sin los hermanos, sin pasado. Solo la vista hermosa y el cielo.

Después de aterrizar, ella se quedaba sentada en la cabina unos momentos más, con pocas ganas de volver al mundo de tierra firme.

—Un día —dijo mirándolo fijo a los ojos—, voy a despegar yo sola.

—Lo vas a hacer —contestó él. Y lo decía en serio.

Repetieron las lecciones de vuelo varias veces. Aterrizar era lo más difícil: alinearse con la pista, compensar, cuidar la velocidad de caída, guiar el avión una vez en el suelo. Pero Yolanda hizo suficientes aterrizajes como para aprender a hacerlo bien. Y después pasaron al vuelo por instrumentos (IFR). Vargas le puso unos anteojos con los que no podía ver para afuera, solo el tablero. Se asustaba y pegaba algún grito de vez en cuando, pero se las arregló. A las cuatro semanas de empezar, Vargas consideró que estaba lista para su primer vuelo sola.

Él había sido un buen maestro, paciente y nunca se cansaba de repetir las instrucciones. Pensaba que, si el mundo alguna vez se les volvía a cerrar encima, ella iba a saber cómo escapar, volando por encima de todo.

CAPÍTULO 23

JUSTICIA

Simón Erskin entró en el despacho de su hermano David de buen humor. Habían pasado semanas sin que se mencionara ni se discutiera el asunto de las válvulas. Por lo que sabían, Vargas y su novia seguían retenidos en algún lugar de Italia.

—Me alegra que por fin estés aquí. Llevo una hora intentando localizarte —le reprochó David—. Recibí una llamada importante de mi contacto en Dallas.

Simón frunció el ceño.

—¿Qué pasa ahora?

—¿Recuerdas que cuando el fiscal de Dallas juzgó a Vargas en aquel pueblito llamado Pago Largo, su novia formaba parte del equipo de defensa?

—Sí —respondió Simón con impaciencia—. Ella fue la que obligó a Bernstein a presentar esa maldita válvula durante los alegatos del juicio.

—Exacto. Y asumimos que en este momento ella está con Vargas, detenida en Milán.

A Simón no le gustaba hacia dónde iba la conversación. Siempre había pensado que a David le gustaba dar demasiadas vueltas.

—¿Asumimos? ¿Qué diablos estás queriendo decir?

—Bueno, le dije a mi contacto que consiguiera toda la información sobre ella. Por cierto, se llama Yolanda Cardinale.

—¿Y...?

—Le pedí a mi contacto que vigilara las cuentas bancarias de Vargas y, por pura curiosidad, decidió investigar también las de ella. ¿Y adivina qué?

Simón se puso serio de repente.

—Será mejor que me lo digas. Ahora.

—Alguien hizo una compra usando su tarjeta de crédito. Pero eso no es todo. La compra se hizo en Canadá, de todos los lugares posibles.

La impaciencia de Simón se convirtió en confusión. Se inclinó hacia adelante, apoyando ambas manos en el escritorio de David.

—Hermano, más vale que me digas qué está pasando. ¿No se supone que está retenida en Milán?

—Bueno —dijo David—, aparentemente no.

Simón estaba harto de la actitud indiferente de su hermano ante este nuevo acontecimiento.

—¡No creo que te estés tomando esto en serio, hermanito! —gritó. En un arrebato de furia, agarró un pisapapeles y lo arrojó contra la pared—. Ahora dime, ¿qué carajo estás haciendo al respecto?

La fuerza en la furia de Simón hizo que David se sobresaltara en su silla. Levantó ambas manos, tratando de calmarlo.

—Por favor, cálmate de una puta vez. Si no te ha gustado esto hasta ahora, lo que sigue te va a gustar todavía menos.

Simón se sentó y encendió un cigarrillo.

—Está bien, lo siento. Estoy tranquilo. Dime.

—Intenté ponerme en contacto con mi enlace en Milán. Como sabes, es el asistente del Secretario del Interior, y él fue quien ordenó la detención en el aeropuerto. No puedo localizarlo. Su número privado está desconectado. Llamé a su oficina y, en lugar de su secretaria, contestó un tipo. Inmediatamente me preguntó quién era yo y cuál era mi asunto. Colgué.

Simón agachó la cabeza y se la tomó con ambas manos.

—Espera —continuó David—. No hace falta que entremos en pánico. Estoy haciendo algo al respecto. Contacté al investigador privado que hemos estado usando desde que mataron a Ramírez. Es bueno. Le pedí que averiguara si la compra fue hecha realmente por ella. Y, si ese es el caso, que averigüe si está sola o con él. El lugar está cerca de Quebec. El investigador está volando hacia allá ahora mismo. Como dije, es bueno. Me llamará mañana por la noche.

A las 9 p.m. de la noche siguiente, David atendió su teléfono. Simón estaba a su lado. David le hizo una señal de que el investigador estaba en la línea y pulsó el botón del altavoz.

—Esta es la situación —la voz del investigador se escuchaba con claridad—. La compra se hizo en un pueblo llamado Villa Enchantée, a dos horas de Quebec. Es un pueblo pequeño, una especie de centro de esquí. No son muy amigables con los extraños. Llevaba conmigo las fotografías de los dos sujetos que me enviaste. Entré en la tienda donde se hizo la compra y le pregunté a la chica si los conocía. Un tipo mayor, probablemente el dueño, se acercó, apartó a la chica, tomó la fotografía y, casi sin mirarla, me dijo que nunca habían estado allí.

El investigador hizo una pausa por un segundo, consultando sus notas.

—Después fui a un cobertizo que se supone que es la oficina de correos. Él no está registrado allí, y no conocen a nadie con su nombre...

Simón no pudo contenerse y exclamó al teléfono:

—¡O sea que no averiguaste nada!

—Paremos un poco, amigo mío —respondió el investigador—. No me pagan una fortuna para eso. Sigán escuchando. Esto es lo que hice: Me dijiste que el tipo es

piloto. Cerca del pueblo hay un pequeño aeropuerto. Hay un hangar con una avioneta dentro. Le pregunté al tipo que estaba allí de quién era, pero no quiso decírmelo. Pero conseguí las letras de la matrícula. En Canadá, todos los propietarios de aviones deben registrarse en la TCCA, *Transport Canada Civil Aviation*.

El investigador hizo otra pausa y continuó:

—¡Ganamos la lotería, amigos! El avión está registrado a nombre de un tal Henry Vargas, profesión: piloto comercial. Su dirección también estaba allí. Se las enviaré por mensaje de texto.

Simón aplastó lentamente su cigarrillo en el cenicero. —Así que escaparon de Italia —dijo en voz baja—. Y ahora sabemos dónde están.

Durante unos segundos después de que se cortara la línea, ninguno de los hermanos habló. La oficina estaba en silencio, salvo por el leve zumbido del aire acondicionado. Simón permaneció inmóvil, mirando el teléfono. Luego encendió otro cigarrillo y dio una larga aspirada.

—Así que —repitió, casi hablando para sí mismo—, los dejaron ir.

David se reclinó en su silla. —Eso parece.

—Y creen que están a salvo.

David no respondió. Conocía a su hermano lo suficiente como para reconocer el momento en que la ira de Simón se volvía fría. Era entonces cuando se volvía verdaderamente peligroso. Simón se levantó y empezó a caminar lentamente por el despacho.

—Este tipo, Vargas —dijo—, cada vez que pensamos que está acabado, vuelve a aparecer.

David intentó calmar a su hermano.

—No hagamos ninguna estupidez. Todavía no sabemos por qué están en Canadá. Puede que se estén escondiendo, intentando alejarse de todo.

Simón dejó de caminar.

—Ah, ¿eso es lo que piensas? ¿Estás dispuesto a correr ese riesgo? Por lo que sabemos, puede que ya sea demasiado tarde.

Caminó hacia la ventana y miró la ciudad.

—Y ahora se esconde en un pueblito de esquí en Canadá, jugando a la casita con su abogada.

David frunció el ceño.

—¿Qué estás pensando?

Simón se volvió hacia él.

—Pienso que problemas como éste solo tienen una solución.

David suspiró. —Simón...

Pero Simón ya estaba sacudiendo la cabeza.

—No. Hemos fallado demasiadas veces. Primero el juicio en Texas, luego muere Ramírez, después ese lío en Italia. Y ahora esto. —Señaló el teléfono—. Se nos escaparon de las manos otra vez.

Caminó de vuelta al escritorio y se inclinó hacia adelante. —Esta vez no voy a confiar en nadie más para que se encargue.

David entrecerró los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir —dijo Simón, con voz tranquila y plana—, que voy a ir a Canadá.

David lo miró fijamente.

—No puedes hablar en serio.

—Oh, hablo muy en serio.

—Estás hablando de cruzar la frontera y matar a dos personas en un pueblo pequeño donde todo el mundo se conoce. Eso no es Dallas ni Chicago.

Simón se encogió de hombros.

—Exactamente por eso funcionará. Esa gente no tiene ni idea de lo que está pasando.

Simón sonrió levemente, pero no había humor en su gesto. David sacudió la cabeza; comprendió hacia dónde iba Simón y sintió un escalofrío.

Simón siguió hablando.

—Vargas tiene un avión. La gente rica tiene aviones. Probablemente tenga un buen lugar. Piensa esto: un vagabundo pasa por allí de camino al norte y decide robarles. Vargas lo atrapa y el vagabundo lo mata. Pasa un millón de veces.

—¿Y la chica? —le preguntó David.

Simón dio otra aspiración larga.

—Ella muere también. Es abogada. Vargas debe haberle contado todo; ella sabrá exactamente cómo usar la información.

David se frotó la frente.

—Estás hablando de un doble asesinato en Canadá. Eso trae a la Real Policía Montada, investigadores federales, todo el circo.

Simón se sentó, se reclinó en su silla y no dijo nada. Caso cerrado.

La habitación volvió a quedar en silencio. Finalmente, David, resignado, preguntó:

—¿Cuándo piensas ir?

Simón consultó su reloj.

—Mañana por la mañana.

—¿Ya lo decidiste?

Simón asintió.

—Conduciré hasta Montreal y, desde allí, iré a ese lugar... Villa Enchantée. —Pronunció el nombre lentamente, casi con burla—. Suena romántico.

Se levantó y cogió su abrigo.

—Bueno —dijo—, veamos qué tan romántico es cuando yo llegue allí.

David lo vio caminar hacia la puerta.

—Simón.

Su hermano se detuvo y se volvió.

—Si haces esto —dijo David en voz baja—, ya no hay vuelta atrás.

Simón lo miró por un momento. Luego volvió a sonreír, con más frialdad que antes.

—Desde el momento en que decidimos no reemplazar esas válvulas, nunca hubo vuelta atrás.

Abrió la puerta y salió.

A la mañana siguiente, David se despertó pensando en cómo impedir que su irracional hermano cometiera otro crimen. Se aferraba a la idea de que Vargas y su novia estaban en Canadá solo intentando esconderse, para dejarlo todo atrás.

Cuando llegó a su oficina, se preguntó cuánto tiempo llevaba libre la pareja. Si hubieran tomado alguna medida contra los hermanos, se habría enterado. Tenía amigos en la policía de Boston y hasta ese momento no le habían dicho nada sobre ninguna denuncia contra ellos.

Entró su secretaria diciendo que tres hombres deseaban verlo; no dijeron para qué. David recordó que se suponía que tenía una reunión para conseguir una nueva ruta para *Sur Airways*. Le dijo que los hiciera pasar.

Los tres hombres lo saludaron pero no le estrecharon la mano. Uno de ellos llevaba un maletín. Sacó un documento y se lo presentó a David. Él miró el papel; era una orden de arresto.

Sus piernas se debilitaron y se desplomó en su silla. Durante semanas había intentado ignorar la calamidad inminente, pero ahora había sucedido. Vargas

y Yolanda no se escondían en Canadá; esperaban a que la ley se hiciera cargo del caso. Y este era el resultado.

—¿Puedo hablar con mi abogado? —preguntó.

—Cuando lleguemos a la oficina del fiscal, no antes. Lo siento, Sr. Erskin.

Le pidieron que se pusiera de pie y lo esposaron, con los brazos al frente. Uno de los hombres tomó el abrigo de David y lo colocó sobre las esposas. David se dio cuenta que estaba viviendo uno de esos momentos trascendentes en que todo cambia. La vida que había mantenido hasta ese momento se había acabado. A partir de ahí, comenzaba una nueva vida, completamente diferente, una vida que nadie deseaba. Todos sus derechos se habían evaporado; a partir de ese momento, tenía que hacer lo que le dijeran.

A las 6 de la mañana de ese mismo día, Simón se acercaba al cruce fronterizo hacia Canadá.

Llevaba tres horas conduciendo, pero no estaba cansado. Más que la necesidad de impedir que Vargas y Yolanda actuaran como testigos contra él y su hermano, lo motivaba su implacable deseo de venganza. Necesitaba ver los ojos de Vargas cuando le apuntara con su arma, y quería verlo sangrar en el suelo. Y lo mismo con esa perra abogada. Tal vez la violaría antes de matarla.

En la entrada del puente de cruce, un guardia fronterizo que le hacía señales para detenerse interrumpió sus pensamientos. Detuvo el coche y bajó la ventanilla. No le preocupaba la pistola de 9 mm escondida en el maletero; como ciudadano estadounidense, tenía el paso libre a Canadá.

El guardia fronterizo lo saludó. No le preguntó si era ciudadano estadounidense; lo sabría enseguida por su acento. En su lugar, le dijo:

—¿Va a Canadá, señor? ¿Cuál es el motivo de su visita?

—Solo turismo y tomar algunas fotografías.

—¿De dónde viene?

—De Boston.

El guardia se tomó un segundo para mirarlo a él y al coche.

—¿Podría esperar un momento, por favor?

Desapareció en la cabina.

Algo iba mal. Había cruzado a Canadá por este mismo puente muchas veces antes. ¿Había dejado alguna multa sin pagar en los EE. UU.? ¿Su lujoso Rolls llamaba demasiado la atención? ¿Sospechaban que podía llevar drogas?

El guardia regresó; esta vez, otro guardia, armado con un rifle, estaba detrás de él.

—¿Podría salir del coche, señor?

—La voz del guardia tenía el mismo tono educado, pero su mirada había cambiado.

Simón apagó el motor, salió del coche y siguió al guardia hasta la cabina. El hombre pidió ver su pasaporte.

—¿Sr. Simón Erskin?

Su nombre y su foto estaban bastante claros; *¿qué quería este guardia?*

—Sí, ese soy yo. —Irritado—: ¿Qué está pasando?

El tono de voz del guardia cambió, de educado a tajante.

—Hay una orden de arresto contra usted, Sr. Erskin.

Un sudor frío humedeció la frente de Simón. Atinó a decir:

—¡Eso debe ser un error! No tengo asuntos pendientes con la ley; soy el director de una corporación...

Un teniente entró desde una habitación contigua; llevaba un documento en la mano.

—¿Sr. Simón Erskin?

Simón, indignado: —¡Sí!

—Lo siento, señor, esta es la orden de arresto, firmada por un juez de Boston. Como puede ver, está en orden.

El teniente le mostró la orden. La firma del juez y del fiscal estaban allí.

Él preguntó: —¿De qué se trata esto?

—Eso no podemos decírselo, señor. Nuestras órdenes son mantenerlo detenido hasta que vengan a buscarlo.

Simón miró las esposas cerrándose alrededor de sus muñecas. "*Hasta que vengan a buscarlo*", dijo el oficial. ¿Quiénes eran "ellos"?

Le quitaron el teléfono y lo metieron en una habitación vacía, con solo una silla y una mesa. A través de una ventana, miraba los coches que iban y venían. Pidió agua y una secretaria uniformada le trajo un vaso. Ella lo miraba, preguntándose quién era o qué podría haber hecho. Luego le ofreció una taza de café y le trajo una. La espera era angustiante.

La secretaria dejó la puerta sin llave y por un segundo pensó en salir. Pero eso era ridículo; no había hecho nada. Siguió esperando y buscando un coche de policía que se detuviera fuera en cualquier momento.

Pero Simón no tuvo que esperar demasiado.

Cuando un coche negro se detuvo frente a la ventana y dos hombres con trajes negros bajaron, la respuesta le golpeó como un rayo en una tormenta.

El accidente, la válvula, Vargas, Ramírez... todo le vino a la mente a la vez. Era demasiado tarde. Vargas y

Yolanda le habían ganado. Sintió que el mundo se derrumbaba a su alrededor.

CAPÍTULO 24

EL JUICIO

El caso de los *Estados Unidos Vs. Erskin* comenzó una mañana gris en el Distrito de la Corte de Massachusetts.

La acusación imputaba a Simón y David Erskin, propietarios de Sur Airways, y a Sergio Delaney, un empleado de la compañía, los cargos de conspiración, fraude relacionado con piezas de aeronaves, homicidio involuntario, obstrucción de la justicia, manipulación de testigos y asesinato por encargo.

Los tres hombres se declararon inocentes.

El caso había atraído la atención nacional y la sala del tribunal estaba abarrotada. Los reporteros llenaban los bancos traseros y el público hacía fila con la esperanza de entrar. También estaban presentes colegas de Vargas y muchos pilotos, profesionales y aficionados. Querían conocer al hombre que había aterrizado el avión gigante, con los motores apagados, en una avenida de un pueblo pequeño.

En la mesa de la defensa se sentaban los acusados —los hermanos Simón y David Erskin y Sergio Delaney, el gerente de la planta— junto con sus abogados. Simón Erskin se veía tranquilo, casi aburrido. Se reclinaba en su silla, susurrando ocasionalmente a su abogado. David, sentado a su lado, parecía mucho menos sereno. Sus manos permanecían fuertemente entrelazadas sobre la mesa y, de vez en cuando, se limpiaba el sudor de la frente.

Al otro lado del pasillo se encontraba el equipo del gobierno. En el centro estaba el Fiscal de Distrito. Detrás de la mesa de la fiscalía, en la primera fila de la galería pública, se sentaban Henry Vargas y Yolanda Cardinale.

José García, padre del estudiante fallecido, y Manuel Mendoza, el esposo de la otra víctima, se encontraban entre los espectadores.

Los amigos confiaban en que el gobierno tenía un caso sólido contra los hermanos. Pero el fiscal les advirtió que siempre era difícil leer la mente de los jurados. El principal obstáculo iba a ser demostrar que los hermanos realmente sabían que la válvula era defectuosa.

—Intenté incluir el atentado de Ramírez contra la vida de los testigos —les dijo el fiscal—. Eso habría fortalecido nuestro caso. Pero el juez no lo permitió. Dijo que lo ocurrido en Italia pertenecía al sistema de justicia italiano. También tuve que luchar para introducir el testimonio de Santini, pero afortunadamente, lo permitió.

Vargas observaba a los hermanos en silencio. Yolanda sostenía un cuaderno en su regazo, un hábito de sus días como abogada. Cuando el juez entró, el alguacil llamó a la sala al orden, exclamando:

—Todos de pie!

Los miembros del jurado ocuparon sus asientos. El juicio había comenzado. El Fiscal de Distrito se puso de pie sin dramatismos y sin elevar la voz.

—Damas y caballeros del jurado —comenzó—, este caso trata sobre una elección. No sobre un accidente. No sobre la mala fortuna. Sobre una elección.

Esbozó el caso del gobierno con claridad:

—Los Skyliner 787 de la flota de Sur Airways contenían válvulas de transferencia de combustible defectuosas. El defecto podía interrumpir el flujo de combustible desde el tanque principal a los tanques de las alas. El fabricante recomendó su reemplazo inmediato. El reemplazo costaría cientos de miles de dólares. Los acusados eligieron retrasarlo. Confiaron en que los pilotos manejarían las emergencias. Ocultaron el defecto y, a

consecuencia, dos civiles murieron y varias personas resultaron heridas. Y cuando el descubrimiento se hizo inevitable, intentaron silenciar a los testigos.

Dio unos pasos, se enfrentó al jurado y terminó diciendo:

—Este caso no trata de una falla mecánica. Trata de la codicia, el engaño y la decisión deliberada de anteponer el beneficio económico a la vida humana. La verdad es que el accidente en Pago Grande era tanto previsible como evitable, y ocurrió porque, aun cuando los dos principales directores de Sur Airways y el gerente de la planta sabían del problema, conspiraron para evitar gastar los fondos necesarios para reemplazar la válvula defectuosa en todos los aviones nuevos. Esa es la pura verdad. Gracias.

Luego fue el turno de la defensa. Los abogados argumentaron que la falla había sido un trágico accidente, resultado de una ingeniería defectuosa y un mantenimiento deficiente. Los directores estaban a cargo de dirigir las operaciones; no sabían del problema y no eran responsables de los accidentes causados por fallas mecánicas.

Pero la evidencia contra los hermanos y el gerente general era abrumadora.

Para empezar, el fiscal presentó el testimonio jurado del ingeniero Antonio Santini, declarando que el gerente de la planta, Sergio Delaney, había sido informado de que las válvulas tenían un diseño defectuoso y que, eventualmente, todas fallarían. Mostró el documento al jurado y lo leyó:

Santini: Al gerente general: La válvula de transferencia de combustible presenta un riesgo operativo significativo. Se recomienda el reemplazo inmediato en toda la flota.

La respuesta del gerente general: Reemplazo no autorizado en este momento. Monitorear e informar las fallas individualmente.

En su testimonio, Santini añadió:

—Dos semanas después, me llamaron para atender una llamada urgente del piloto de un vuelo activo. El que llamaba era el Capitán Vargas. Me preguntó si había forma de corregir la falla de la válvula en vuelo. Le dije que no era posible; la válvula tenía que ser reemplazada. Después de eso, envié otro memorando solicitando el reemplazo de las válvulas, pero recibí la misma respuesta.

El testimonio de Santini finalizó declarando:

—Poco tiempo después, recibí una notificación de los directores agradeciéndome por mis años de servicio y ofreciéndome la oportunidad de jubilarme. Supe que algo andaba muy mal. Acepté mi compensación y me retiré a Sicilia.

Tras escuchar el testimonio de Santini, al día siguiente, el gerente general llegó a un acuerdo con la fiscalía. A cambio de una sentencia más corta, aceptó testificar contra los hermanos.

En el segundo día, el gerente describió la conversación que tuvo con los hermanos sobre la válvula.

—Después de que Santini me informara del problema —dijo—, se lo comuniqué a los hermanos. Me dijeron que no mencionara mi conversación con Santini a nadie. Dijeron que ellos se encargarían del problema.

El testimonio del gerente general fue muy perjudicial para los hermanos. Para refutarlo, el abogado defensor le preguntó:

—¿Tiene algún registro o evidencia de su conversación con los directores?

El gerente general tuvo que reconocer que no. El abogado defensor miró a los jurados, satisfecho. Pero el

gobierno tenía algo más para demostrar que los hermanos lo sabían.

En el tercer día, el fiscal llamó a Edward Milles, el piloto amigo de Vargas. Milles fue quien le había dicho a Vargas que él había experimentado el mismo problema, aunque había podido aterrizar a salvo.

—Capitán Milles, ¿tuvo que realizar un aterrizaje forzoso con su avión debido a la falla de la válvula de transferencia? —preguntó el fiscal.

—Sí, así es. Me pegó un susto de muerte.

—¿Tiene la obligación de informar sobre todos los accidentes a la FAA?

—Sí.

—¿Recibió instrucciones concernientes a la redacción del informe?

—Sí —respondió el hombre en voz baja.

—¿De quién?

Él señaló. —De él —dijo, indicando a David.

—¿Cuáles fueron esas instrucciones?

—Que destruyera mi informe original. Me dijo que la compañía se encargaría de ello. Justo después de eso, renuncié a mi trabajo.

Un murmullo recorrió la sala.

El momento más dramático llegó cerca del final del juicio. El fiscal llamó al Capitán Henry Vargas.

Vargas caminó tranquilamente hacia el estrado de los testigos y prestó juramento. El silencio llenó la sala mientras Vargas, con voz firme, narraba el accidente: el aterrizaje forzoso en el pueblo, el impacto, las muertes del joven García y de la señora Mendoza. No dramatizó; respondió con precisión.

Durante varios minutos, explicó los aspectos técnicos de la válvula y cómo había descubierto que el

problema era endémico en la flota de los 787. Luego, el fiscal hizo la pregunta final.

—Capitán Vargas, en su opinión profesional, ¿fue accidental la falla de la válvula?

Vargas miró brevemente hacia la mesa de la defensa. Simón sostuvo su mirada sin expresión.

—No —respondió Vargas—. Era de esperarse.

La sala quedó en silencio.

La defensa intentó desacreditar a Vargas durante el contrainterrogatorio, mencionando el caso penal anterior en Pago Largo. El abogado defensor sugirió un error del piloto.

Vargas respondió con calma:

—Ningún piloto puede corregir la posición de la válvula desde la cabina. El sistema de combustible no está diseñado para eso.

El intento de la defensa falló. El jurado ya había escuchado la historia completa: cómo se había manipulado la evidencia en aquel juicio y cómo la responsabilidad real eventualmente recaía en los hermanos Erskin.

La defensa intentó una cosa más. David Erskin fue llamado a testificar. David subió al estrado, frotándose las manos nerviosamente. El abogado le preguntó:

—Sr. Erskin, el Capitán Milles dijo bajo juramento que tuvo un problema con la válvula antes del accidente del Capitán Vargas y que se lo comunicó a usted. ¿Es eso correcto?

David respondió, manteniendo la mirada baja.

—Según mi leal saber y entender, no recuerdo haber tenido una conversación con el capitán sobre la válvula ni sobre ninguna otra cosa.

—¿Está diciendo que nunca le dijo al Capitán Milles que destruyera o no presentara su informe?

—Es correcto. Tal acción sería ilegal.

—¿Fue usted, en algún momento antes del accidente, informado de alguna manera de que había un problema con la válvula?

—No, señor. Solo me enteré hace una semana, cuando supe que estaba siendo acusado.

El abogado sonrió.

—Según sus conocimientos, Sr. Erskin, ¿usted o su hermano sospecharon alguna vez que la válvula era defectuosa?

—No, señor.

—Eso es todo —dijo el abogado, mirando satisfecho a los jurados.

Para cuando llegaron los alegatos finales, la tensión en la sala era palpable. El fiscal se dirigió al jurado con una intensidad honesta.

—Este caso no trata de una falla mecánica —dijo—. Trata de la codicia, el engaño y la decisión deliberada de anteponer el beneficio a la vida humana. —Hizo una pausa—. Los acusados creyeron que podían esconderse detrás de corporaciones, contratos y distancia. Pero la verdad siempre termina por alcanzarnos. Han escuchado a dos pilotos profesionales de reputación impecable declarar que informaron a la compañía sobre el problema. Escucharon el testimonio jurado de un ingeniero diciéndole al gerente general que todas las válvulas debían ser reemplazadas. Y escucharon a ese mismo gerente testificar que comunicó el problema a los directores. ¿Mienten todas estas personas? El sentido común nos dice que no.

Se acercó al jurado, miró a cada miembro a los ojos y finalizó:

—La codicia, el egoísmo, su disposición a anteponer el beneficio a la vida inocente, los hizo

esconderse e ignorar la solución humana y decente. Pero la verdad tiene una forma de reaparecer y darse a conocer ante personas íntegras como ustedes. Y porque conocen la verdad, deben declarar a los acusados culpables. Gracias.

Después de la fiscalía, el abogado defensor se dirigió al jurado:

—Todos sabemos por qué hay dos personas muertas, y hay una persona que podría haberlo evitado. El culpable es el gerente general. Solo hasta él llegó el conocimiento de que la válvula era defectuosa. Él afirma que informó a sus superiores —los hermanos Erskin— sobre el problema. Pero no hay absolutamente ninguna prueba de que ninguno de los hermanos lo supiera. El deber de los directores es gestionar las numerosas operaciones de la empresa, no reparar componentes defectuosos. Creer que enviaron a sabiendas a pilotos a volar en aviones defectuosos no solo es indignante, sino completamente irracional desde una perspectiva empresarial. Deben guiar su veredicto de acuerdo con la evidencia, no por sospechas absurdas. Deben cumplir con su deber y declarar a los acusados inocentes. Gracias.

El juez dio instrucciones al jurado y todos abandonaron la sala. Vargas y sus amigos se reunieron con el fiscal en su oficina. Hablando en tono paternal, les dijo:

—Sé cómo se sienten, y desearía poder darles una respuesta definitiva. Pero es imposible predecir cómo piensan los jurados. No pudimos presentar pruebas directas que demostraran que los directores fueron informados sobre el problema de la válvula, pero todos los hechos apuntan en esa dirección. He estado en esta profesión por muchos años y he aprendido a confiar en la gente. La verdad está de nuestro lado y confío en que ganaremos.

El jurado deliberó durante dos días. En la tarde del segundo día, la sala se llenó de nuevo cuando los jurados regresaron. Cuando se hizo el silencio, el juez ordenó que se leyera el veredicto. El portavoz se puso de pie.

—En el cargo de conspiración criminal con resultado de muerte, hallamos al acusado Simón Erskin... Culpable.

Simón permaneció inmóvil.

—En el cargo de conspiración criminal con resultado de muerte, hallamos al acusado David Erskin... Culpable.

David bajó la cabeza.

La sala estalló en aplausos para los jurados, los abogados y el sistema legal. Vargas y sus amigos se abrazaron. José García y Manuel Mendoza abrazaron a Vargas con lágrimas en los ojos y solo alcanzaron a decir:

—Lo ha logrado. Gracias.

Cuando la sala se calmó, el juez miró a los acusados con gravedad.

—La sentencia será dictada en dos meses —dijo—. Los acusados llevarán monitores de tobillo y permanecerán en libertad bajo fianza hasta esa fecha. Fijo el monto de la fianza en cinco millones de dólares cada uno. Les recomiendo que pongan sus asuntos en orden en previsión de su encarcelamiento.

El mazo golpeó. —Se levanta la sesión.

La sala se vació lentamente. Los reporteros se dirigieron a las salidas, dictando ya las crónicas en sus teléfonos. Después de unos minutos, los jurados se habían ido, el juez se había retirado a su despacho y el murmullo bajo de las voces se desvanecía en los pasillos. En los bancos, los abogados recogían sus papeles.

"En previsión de su encarcelamiento", las últimas palabras del juez resonaron en la mente de Simón. Se

levantó lentamente y, por primera vez desde que comenzó el juicio, se volvió hacia Vargas y Yolanda. Su expresión era tranquila. Pero la mirada en sus ojos era algo completamente distinto.

Un mes después del veredicto, Simón y David Erskin estaban sentados a una mesa en la casa de David. Su abogado, Robert Klein, recogía sus archivos en un maletín de cuero con calma metódica, aunque la tensión en su rostro traicionaba el golpe del veredicto.

—Caballeros —dijo Klein en voz baja—, la audiencia de sentencia es en un mes. La apelación está casi lista. Necesitamos reunirnos de nuevo mañana y dar los últimos toques. Creo que tenemos un buen caso; todavía hay opciones.

David asintió automáticamente, aferrándose a las palabras como si fueran un salvavidas.

—Sí, por supuesto —dijo—. Deberíamos repasar todo de nuevo.

El abogado se despidió y se fue. Simón no se había movido. Estaba sentado con las manos entrelazadas sobre la mesa.

—¿Simón? —dijo David.

Simón finalmente levantó la vista. Su expresión era tranquila, casi indiferente.

—No me interesa una apelación.

David parpadeó.

—¿Qué dices? Eso sería extremadamente imprudente, hermano. Las apelaciones son estándar en casos como este. Con las posibles condenas que enfrentamos...

—Exactamente —interrumpió Simón, sin levantar la voz—. Las posibles condenas. —Se reclinó un poco y

miró a su hermano—. Nos van a enterrar, David. Veinte años. Quizás treinta. Quizás cadena perpetua.

—Por eso apelamos —insistió David—. Así es como funciona el sistema.

Simón esbozó una fina sonrisa.

—Todavía crees en el sistema. —David sintió un escalofrío por el tono de voz de su hermano. —¿De qué estás hablando?

Simón bajó la voz aún más, obligando a David a inclinarse más cerca.

—No voy a pasar veinte años en una prisión federal.

David lo miró fijamente. —Aún podríamos tener opciones.

—Oh, yo ya decidí mi opción. —Las palabras fueron dichas en voz baja pero con absoluta certeza.

David insistió:

—Creo que te dejas llevar por deseos de venganza. Eso puede venir después. Ahora debemos ser realistas.

Simón sacudió la cabeza.

—No hay nada que discutir. Puedes presentar los papeles que quieras para la apelación. Pero yo no estaré aquí para firmar nada.

Tras un momento de silencio, David dijo lentamente: —Simón... ¿qué estás planeando?

Simón sostuvo la mirada de su hermano.

—Me voy.

David sintió que la sangre se le retiraba del rostro.

—Eso es imposible. Estás bajo custodia federal.

—Ya no, hermanito. —Simón sonrió y mostró su tobillo. El monitor ya no estaba.

—Simón, escúchame —susurró David con urgencia—. Sé lo que estás pensando; no lo hagas. Escapar hará que todo sea peor.

La sonrisa de Simón se endureció.

—¿Peor que la cadena perpetua?

David luchó por encontrar las palabras.

—¿A dónde irías siquiera?

—A Europa. Me he estado preparando para esto desde el veredicto. Puse el diez por ciento de la fianza en efectivo. El resto del dinero está en Suiza. Suficiente para vivir muy cómodamente por mucho tiempo.

David bajó la voz.

—Incluso si lograras salir del país, pasarías el resto de tu vida escondiéndote.

Los ojos de Simón se oscurecieron.

—No inmediatamente.

—¿Qué significa eso?

Por un momento Simón no dijo nada. Luego habló en una voz que era casi un susurro. —Antes de Europa... voy a hacer una parada.

David comprendió de repente.

—No, Simón —dijo David, determinado—. No irás tras ellos.

La mandíbula de Simón se tensó.

—Nos destruyeron. Ese piloto fue juzgado en Dallas y salió libre. Podría habernos dejado en paz, pero no; él y su perra estaban en una cruzada para destruirnos. ¿Por qué?

—Nos destruimos nosotros mismos —dijo David.

Simón ignoró el comentario.

—Vargas y esa mujer viven cómodamente en algún lugar de Canadá mientras nosotros estamos a punto de pudrirnos en prisión.

—Eso terminó —dijo David—. El juicio ha finalizado. Déjalo ir.

Simón se inclinó hacia adelante.

—No, hermanito. Es hora de la venganza.

Las palabras fueron tan frías que David sintió que se le formaba un nudo en el estómago. Simón se volvió brevemente hacia su hermano.

—Deberías concentrarte en tu apelación, David.

David lo agarró del brazo. —No hagas esto.

Simón retiró suavemente la mano de su hermano.

—Ya está decidido.

Simón se alejó sin mirar atrás. David permaneció a la mesa, viendo a su hermano desaparecer por la puerta. Una certeza terrible se instaló en su mente.

CAPÍTULO 25

MORIR POR AMOR

Yolanda y Vargas decidieron dejar pasar el tiempo hasta el día de la sentencia de los hermanos en su idílico chalé de Canadá. Aún no era temporada de esquí, pero las lecciones de vuelo de Yolanda y los preparativos para el invierno ayudaron a mantener a los amantes ocupados y a alejar de sus mentes los eventos del pasado.

Estaban enamorados, y habían llegado a comprenderlo juntos. Vargas decidió formalizar su relación. Nunca se había casado y buscó ayuda sobre qué hacer hablando en secreto con sus amigos del pueblo —principalmente las esposas—, quienes habían llegado a conocer a Yolanda y aprobaron alegremente su decisión. Entre otras cosas, le dijeron que Villa Enchantée no era el lugar para comprar un anillo de compromiso serio; Saint-Hyacinthe, una pequeña ciudad a dos horas de allí, era el lugar indicado.

Una mañana, durante el café, Vargas le mencionó casualmente a Yolanda que necesitaba ausentarse unas horas para atender unos negocios. Era la primera vez que Vargas iba a algún lugar solo.

—¿Ah, sí? —dijo ella—. ¿Y a dónde vas?

Vargas no esperaba la pregunta y no tenía una respuesta preparada; solo atinó a decir:

—A Saint-Hyacinthe. Está a solo dos horas. Estaré de vuelta antes del anochecer.

Yolanda no hizo comentarios, pero sonrió para sus adentros. Los secretos tenían alas en el pequeño pueblo, y ya le habían contado sobre las intenciones de su amante.

Todo parecía una bendición, pero la tragedia estaba a punto de mostrar su rostro más feo.

Al día siguiente, Vargas se marchó temprano, y por la tarde ya estaba de vuelta en Villa Enchantée, listo para sorprenderla. Planeaba conducir directo a casa, pero al pasar por el destacamento de policía, un agente llamado Pierre le hizo señas frenéticas para que se detuviera. Había urgencia en su voz.

—¿Dónde diablos estabas, Henry? ¡Te hemos estado buscando por todas partes!

La tensión en la voz del agente alarmó a Vargas.

—¿Qué pasa, Pierre? ¿Qué sucedió?

—El fiscal de Boston ha estado llamando por ti; dejó su número. Dijo que era urgente. ¡Entra, tienes que llamarlo de inmediato!

El destacamento de policía tenía el único teléfono satelital del pueblo, capaz de comunicarse por encima de las montañas sin importar el clima. Vargas llamó y el fiscal respondió enseguida. Antes de que Vargas pudiera hablar, el fiscal dijo:

—Henry, tengo malas noticias. Simón se cortó el monitor de tobillo esta mañana temprano. Hablamos con su hermano; dijo que Simón se dirigía a Canadá. ¡Tienes que llegar a tu casa de inmediato!

Vargas ya estaba en un estado de pánico, pensando qué hacer, cuando el fiscal añadió:

—Se llevó el coche de su hermano. Es un Mercedes negro, último modelo. ¡Tienes que darte prisa, Henry, puede que ya esté allí!

Vargas saltó de nuevo a su coche. Antes de irse, con el miedo reflejado en su voz, le preguntó al agente:

—Pierre, ¿alguien vio pasar por aquí un Mercedes negro de lujo?

La expresión del agente se tornó de grave preocupación.

—Pues sí, Henry. Algunos estaban hablando de eso. No vemos muchos coches de lujo por aquí...

Vargas sintió que la sangre se le retiraba de la cabeza. Preguntó:

—¿Hace cuánto tiempo?

—Hace aproximadamente una hora...

Vargas pensó en Yolanda sola en la casa; no tenía forma de alertarla. Trató de calmarse y pensar. El trayecto hasta su casa desde el pueblo tomaba dos horas —quizás más, ya que Simón no conocía el camino—. Le llevaba una hora de ventaja, pero Vargas pensó en una forma de alcanzarlo antes de que llegara. Se volvió hacia el agente.

—¡Pierre, ve tras él! —exclamó—. ¡Es un asesino! Pero no conoce el camino tan bien como nosotros. ¡Ve ahora, intenta alcanzarlo!

El agente no necesitó escucharlo dos veces. La tensión en la voz de Vargas fue suficiente. Dio media vuelta y corrió hacia su patrulla.

Vargas sabía que el agente no alcanzaría a Simón, pero él sí podía. Condujo hasta el hangar y corrió hacia su avión. Quitó las calzas de las ruedas y, sin molestarse en hacer la inspección previa al vuelo, saltó a la cabina.

El motor arrancó de inmediato, los seis cilindros asentándose en un rugido profundo y constante. Se dirigió a la pista más rápido de lo que lo había hecho jamás. Había viento de frente, y en cinco minutos rotó y ya estaba en el aire. El Cirrus SR22 saltó hacia adelante mientras Vargas empujaba el acelerador a fondo. El motor rugió, y la hélice se disolvió en un brillante disco giratorio. La pequeña pista de aterrizaje de montaña quedó atrás mientras él tiraba de la palanca de mando.

Había volado desde allí hasta su chalé muchas veces. Pero esta vez no siguió la ruta escénica a través del valle. Ascendió con fuerza hasta alcanzar una altitud

superior a los picos de las montañas que se interponían en el camino a su hogar. Debajo de él, el valle se extendía con pinos oscuros trepando por las laderas, y podía ver la delgada carretera gris retorciéndose como una cicatriz a lo largo de la ladera. En algún lugar de esa carretera, Simón conducía hacia la casa. Hacia Yolanda.

Vargas viró hacia el sur, apuntando el avión hacia la cresta que separaba el pueblo del valle donde se encontraba su casa. El avión respondió con entusiasmo, como si percibiera la urgencia de sus órdenes.

Yolanda está sola.

Las palabras se repetían implacablemente en su mente. La imaginó en la casa —quizás leyendo junto a la ventana que daba a la carretera—. Podría oír un coche acercarse y pensar que era él.

El avión subió con ímpetu por la pendiente. El viento rozaba las alas creando un bajo susurro. Había volado esta ruta cien veces; usualmente, lo llenaba de paz, pero hoy se sentía como un corredor que podía terminar en el infierno o en la salvación.

Trató de calcular. Simón había salido del pueblo hacía una hora. La carretera serpenteaba lentamente por el valle; el coche tardaría quizás otra hora en llegar a la casa. El avión cruzaría la montaña en diez minutos.

Diez minutos.

Estaba desesperado, pero en medio del torbellino, se obligó a pensar con lógica. La realidad era que solo había una forma de detener a Simón. Su plan era brutal, simple y definitivo. Ahora, solo en el cielo, visualizó la maniobra con la fría claridad de un piloto. Podía hacerlo.

Simón nunca llegaría a la casa. Y quizás él tampoco.

Por un momento, la imagen del rostro de Yolanda apareció en su mente: su risa resonando en el chalé, el

viento en su cabello cuando tomó por primera vez los controles del avión a su lado, sus ojos brillando de alegría cuando el valle se abrió bajo ellos.

—*Me enseñaste a volar, y por eso te amo más* — le había dicho ella una vez—. Una ola de angustia lo recorrió tan repentinamente que tuvo que parpadear para mantener la visión clara.

Había imaginado un futuro con ella: mañanas tranquilas, el olor del café, su avión esperando en el aeródromo, los dos elevándose hacia el cielo cada vez que el mundo de abajo se volvía demasiado pesado.

Una cresta se elevó delante. Vargas empujó el acelerador hacia adelante otra vez, exprimiendo cada gramo de potencia del motor. El avión trepó, superando la cima de la montaña. El siguiente valle se abrió debajo de él, y allí, de nuevo, estaba la carretera: una delgada cinta gris serpenteando a través del bosque oscuro hacia su casa.

Vargas bajó la punta del avión y comenzó a descender. A través de su ventana lateral, sus ojos buscaron desesperadamente a lo largo del camino. Después de unos segundos, lo vio: un coche negro moviéndose por un tramo estrecho, con la luz del sol destellando en su parabrisas.

Simón.

Vargas sintió que el mundo se reducía a un solo punto. Pasó al coche y dio una vuelta por encima del valle. Desde esa altura, el vehículo parecía absurdamente pequeño, como un juguete arrastrándose por una tira de papel. Sin embargo, sabía que el hombre que iba dentro llevaba la muerte.

Viró de nuevo, alineando la aeronave con la carretera. Apuntó el morro del avión hacia abajo y empujó el acelerador. A medida que aumentaba la velocidad, el

motor tronaba y las montañas se precipitaban hacia arriba para recibirlo. Vargas no sintió miedo; por el contrario, una extraña calma se apoderó de él.

Esta es la única manera, pensó, y Yolanda vivirá.

El avión se lanzó hacia el fondo del valle. Los árboles y las rocas comenzaron a definirse con nitidez. La carretera se ensanchó debajo de él, y el coche creció con una velocidad aterradora. *Perdóname*, pensó, sin saber por qué.

La distancia desapareció en segundos hasta que el coche estuvo justo delante de él. Por un breve instante — justo antes del impacto — vio el rostro de Simón a través del parabrisas. Sus ojos se abrieron en un horror repentino. Por una fracción de segundo, Simón vio la punta del avión dirigiéndose directamente hacia él y se lanzó hacia un lado.

El impacto llegó como el fin del mundo. El coche se sacudió violentamente mientras la hélice del avión cortaba primero el parabrisas, y luego la punta del avión penetraba en la parte delantera del coche, doblando y desgarrando el armazón de metal como si fuera papel. El resto del avión dio vueltas de campana por el aire en una tormenta de fragmentos de aluminio. Todo sucedió en un instante de pocos milisegundos.

Los fuselajes de ambas máquinas, ahora soldados juntos, se deslizaron por el camino en una lluvia de chispas. Cayeron por el terraplén y se separaron mientras rodaban por la ladera de la montaña en un caos de humo y partes volando en todas direcciones; luego, el silencio. Simón salió despedido del coche y quedó tendido entre las rocas, con los ojos abiertos. La última imagen en su mente fue la del avión viniendo hacia él.

El coche terminó al pie de la pendiente, con las puertas entreabiertas, doblado y retorcido. El avión

destrozado yacía a veinte yardas, encorvado como una escultura grotesca. Un ala ardía ferozmente, con las llamas lamiendo los arbustos cercanos. A través del parabrisas destrozado, se veía a Vargas, todavía atado al asiento del piloto, con un brazo atrapado torpemente contra los controles. La sangre cubría su chaqueta, sus ojos estaban cerrados.

En la casa, Yolanda había estado cerca de la ventana de la cocina, mirando hacia el valle. La tarde era tranquila y agradable. Había intentado leer y hacer té, pero estaba ansiosa y su mente no dejaba de pensar en cuándo volvería él.

Tomó una revista, salió al porche y se sentó en una silla, mirando hacia el camino que serpenteaba hacia la casa. Desde allí, podía ver el largo tramo que desaparecía tras una curva. Su lectura se vio distraída por un sonido tenue que venía del otro lado de la curva. Al principio, pensó que era el viento. Luego, reconoció el roncar rítmico y profundo.

Era el motor de un avión.

¿Podría ser él? Desechó la idea: ¿por qué volaría en lugar de conducir? No había lugar para aterrizar cerca. Se protegió los ojos con la mano y miró hacia el cielo. El sonido se hizo más fuerte, pero no parecía estar acercándose. En cambio, parecía precipitarse hacia abajo en algún lugar del valle.

El sonido continuó aumentando hasta que, de repente, las montañas parecieron explotar. El sonido de un choque rodó por el valle, resonando contra las laderas. Por un momento, Yolanda se quedó helada en el porche, con la mano cubriéndose la boca. Luego, saltó a su coche y se lanzó hacia el valle.

A lo lejos, oyó la sirena del coche de Pierre acercándose. Llegaron al lugar del accidente casi al

mismo tiempo. El suelo estaba cubierto de trozos de cristal roto y partes de aluminio. Cincuenta yardas ladera abajo, vieron los restos del coche. A pocos metros yacía lo que había sido el Cirrus SR22, grotescamente deformado, con un ala en llamas.

Yolanda corrió cuesta abajo hacia el avión; Pierre se quedó arriba un momento, llamando por su radio. A través del parabrisas roto, vio a Vargas. Estaba reclinado contra el asiento destrozado, con el pecho cubierto de sangre, respirando lentamente, luchando contra la oscuridad que se filtraba en los bordes de su visión. Pero aún estaba vivo.

El pasillo del hospital de Villa Enchantée estaba en silencio, salvo por el zumbido distante de máquinas monitoras y los suaves pasos de las enfermeras moviéndose tras las puertas cerradas. Las luces fluorescentes proyectaban un resplandor pálido sobre el suelo pulido. En algún lugar del pasillo, un monitor emitía un pitido constante, con un ritmo extrañamente fuerte en medio del silencio.

Yolanda estaba sentada sola en una silla fuera de la unidad de cuidados intensivos. Tenía las manos fuertemente entrelazadas en su regazo. No se había movido en horas. Vargas había sido trasladado seis horas antes en un helicóptero de rescate solicitado por el agente justo después de llegar al lugar del accidente.

Un médico había hablado con ella antes, explicándole las lesiones con palabras cuidadosas y medidas: conmoción cerebral, costillas rotas, fractura de hombro, pérdida severa de sangre. Dijo que su supervivencia era nada menos que un milagro. Por un momento, ella no había sido capaz de entender nada de

aquello. Las únicas palabras que permanecían en su mente eran: *Está vivo*.

Eso había sido suficiente para darle esperanza. Se reclinó contra la pared y cerró los ojos. Cada sonido hacía que su corazón saltara: el chirrido de un carrito, el timbre de un teléfono en el puesto de enfermeras, el murmullo de voces tras las puertas. En su mente, seguía viendo la misma imagen una y otra vez: el avión destrozado, la columna de humo saliendo del ala rota, el terrible pensamiento de que lo había perdido.

—*Hombre obstinado* —susurró para sí misma.

Él siempre había sido así. Calmado. Silencioso. Decidido de una manera que hacía casi imposible discutir con él. Por supuesto que no había sido un accidente. Por supuesto que él lo había hecho. Por supuesto que había tomado el avión y volado directo hacia el coche de Simón. Por supuesto que había estado dispuesto a dar su vida para que ella pudiera vivir.

El recuerdo hizo que se le cerrara la garganta. Se oyeron pasos acercándose por el pasillo. Yolanda levantó la vista. Una enfermera con uniforme azul acababa de salir de la unidad de cuidados intensivos y caminaba hacia ella. Por un momento, Yolanda no pudo ponerse de pie. Sentía las piernas tambaleantes, como si el suelo bajo ella se hubiera convertido en agua.

Finalmente, se levantó. —¿Cómo está? —preguntó.

La enfermera sonrió gentilmente. —Está despierto.

Yolanda la miró con sorpresa. —¿Despierto?

—Sí. Está preguntando por usted.

Agradeció a la enfermera y caminó rápidamente hacia la habitación de Vargas. El cuarto estaba en penumbra y en silencio. Las máquinas rodeaban la cama,

con sus pantallas brillando suavemente. Un ritmo lento y constante pulsaba en uno de los monitores. Vargas yacía contra las almohadas blancas, con el rostro pálido bajo las vendas. Su brazo derecho estaba envuelto y sostenido por un cabestrillo. Vendas manchadas de sangre cubrían su frente.

Él la vio de pie en el umbral y una leve sonrisa apareció en su rostro. Yolanda cruzó la habitación en dos rápidos pasos.

—Tonto —dijo ella, con la voz temblorosa.

Vargas intentó reír, pero el esfuerzo le produjo un dolor agudo en las costillas y se quejó. Los ojos de ella se llenaron de lágrimas.

—Ibas a matarte.

Por un momento, ninguno de los dos habló. Yolanda tomó su mano con cuidado, temerosa de lastimarlo.

—Me asustaste —susurró ella.

Vargas no respondió; solo le apretó un poco los dedos. Entonces, muy lentamente, la familiar chispa de picardía apareció en sus ojos.

—Tengo que salir de aquí; tenemos que seguir con tus lecciones —le dijo.

El pequeño avión se desplazaba suavemente a través del aire cristalino de la montaña. Debajo de ellos, la imagen familiar del valle se extendía como un vasto cuenco verde. El cielo otoñal era perfectamente azul, el aire tranquilo y estable; uno de esos raros días en los que volar parecía no requerir esfuerzo.

Yolanda guiaba la aeronave hacia arriba con una suave presión en los controles. Su cabello rubio estaba recogido, y la luz del sol del parabrisas llenaba la cabina con un resplandor cálido. A su lado, Vargas se sentaba en

el asiento del copiloto, llevando unos auriculares similares a los de ella.

La carretera que serpenteaba por el valle de abajo aún podía verse como una delgada línea curvándose entre los árboles. En algún lugar de esa carretera yacía el lugar donde todo casi había terminado. Pero hoy, se sentía muy lejano.

Yolanda se volvió ligeramente hacia él. —¿Cómo lo estoy haciendo? —preguntó a través del auricular.

Vargas sonrió levemente. —Como si lo estuviera volando yo mismo.

Sus heridas habían tardado meses en sanar. Los médicos le habían prohibido volar al principio. Yolanda había sido implacable al respecto, haciendo guardia como un general cada vez que él intentaba discutir. Pero el tiempo había pasado, las heridas habían cerrado y la mayor parte de su fuerza había regresado.

Yolanda miró por la ventana lateral, observando las largas sombras que se deslizaban por las laderas.

—Nunca pensé que amaría esto —dijo—. Volar.

—Tienes un talento natural —le respondió él—. Mejor que algunos estudiantes que he tenido.

Ella se rio. —¿Eso se lo dices a todos tus copilotos?

—Solo a las más guapas.

Ella arqueó una ceja. —Ya hablaremos sobre esto.

Yolanda niveló el avión a una suave altitud de crucero, con el horizonte perfectamente quieto. Él colocó una mano suavemente sobre la rodilla de ella.

—Me estás distraendo —dijo ella—, pero me gusta.

Durante un rato, volaron en silencio. Finalmente, Yolanda habló de nuevo.

—¿A dónde vamos?

Vargas sonrió. —A donde tú quieras, siempre que estemos juntos.

Ella sonrió. El avión continuó hacia el oeste, una pequeña forma plateada moviéndose pacíficamente a través del vasto cielo azul, con su sombra acariciando las montañas que dejaban atrás.

FIN



Jorge Morel es un ingeniero radicado en Chicago.

Jorge vivió durante 25 años en Europa y Asia, y escribió sobre sus experiencias en el libro "*7 años en Japón, India e Indonesia*", publicado en español.

Otra obra de no ficción es el libro "*La seducción comienza cuando la mujer dice 'no'*".

Sus trabajos de novela negra, publicados en inglés y español, incluyen:

"Dos criaturas inocentes",

"Flora, la mujer de los cuchillos",

"El Guardabosques"

"El sastre y la niña del pendiente de perlas"

"Venganza"

"Gina"

"La mujer del faro"

"El hombre sin memoria. Trilogía "

email: jorgemorel@hotmail.com

